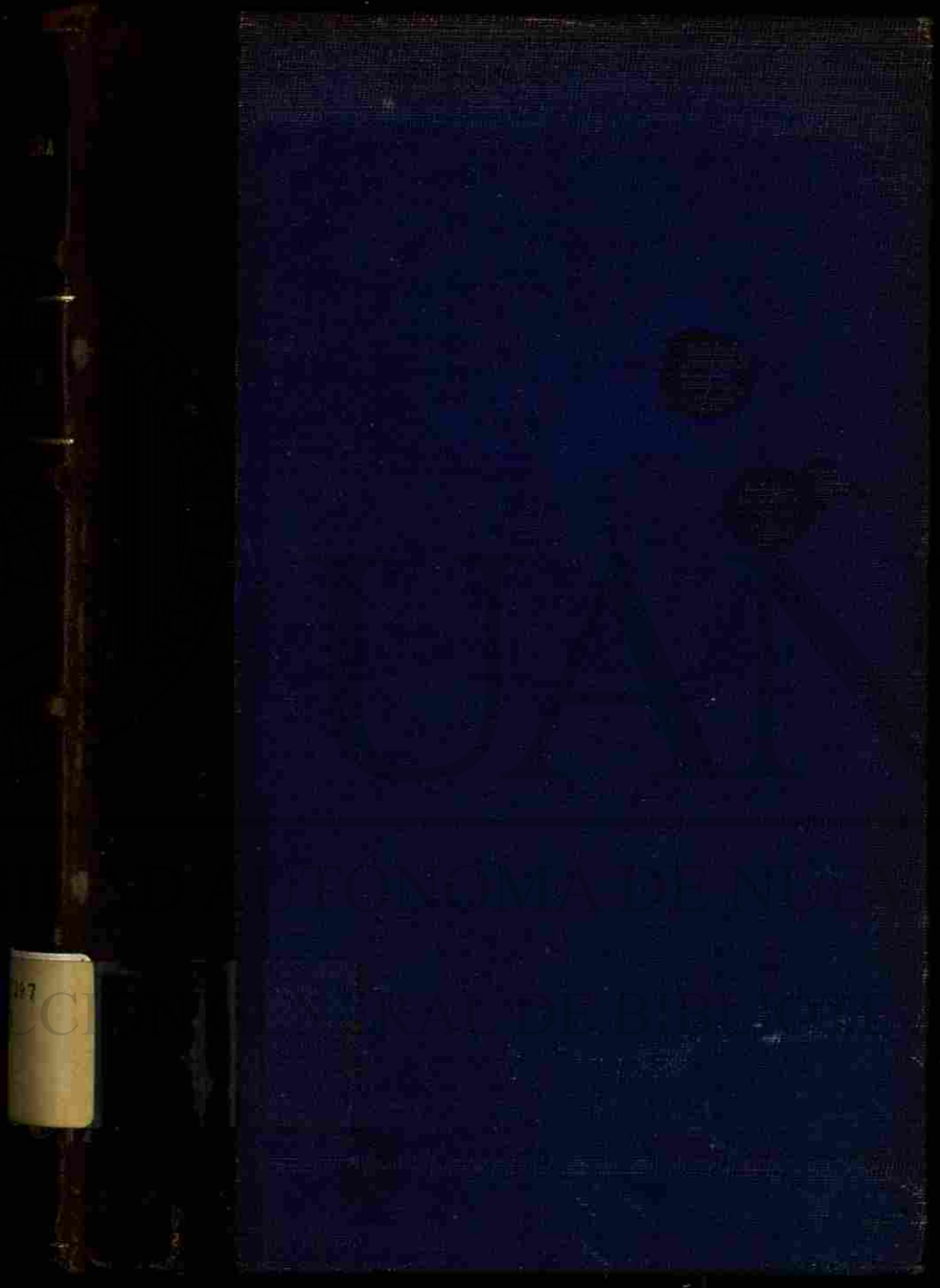

CARLOS
GONZÁLEZ PEÑA

LA
CHIQUILLA

PQ7297
.G63
C5

1020028247

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

LA CHIQUILLA

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. N
Núm. Autor G643ch
Núm. Adq. 33431
Procedencia —8—
Precio
Fecha
Clasificó

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Carlos González Peña

LA CHIQUILLA

— NOVELA —

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

F. Sempere y Compañía, Editores
Calle del Palomar, núm. 10
VALENCIA

099160

33431

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

C
M863
G

PQ7297
.G63
C5

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L:

Imp. de la Casa Editorial F. Sempere y Comp.ª—VALENCIA

AL SEÑOR LICENCIADO

DON IRENEO PAZ

veterano en las lides intelectuales, con grande admiración y cariño ofrece este libro

C. González Peña.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Monterrey, México

CARLOS GONZÁLEZ PEÑA

Heme aquí convertido de enemigo de los prólogos, en prologuista, por obra y gracia de la amistad.

El amigo González Peña no sabe, seguramente, con cuánto disgusto por parte mía voy á ser yo el que reciba al buen lector en el pórtico de este libro, de este libro en el que el autor debe haber depositado muchas esperanzas, muchas ilusiones, la mitad de su alma de artista quizás.

¿Y qué haré yo, qué escribiré yo, que no resulte pobre, triste, esmirriado, si se compara con lo que de otra pluma más galana y mejor templada que la mía deberá seguir, en este librejo, á lo que escribir tengo, pese á mis escrúpulos y á mis temores?

Porque aquí no se trata sólo de salir del paso con cuatro elogios vulgares y un par de citas manoseadas que justifiquen las pretensiones que de erudito puede tener el prologuista. Es necesario escribir un prólogo digno del libro, un trabajo meditado, correcto, sesudo... una verdadera crítica.

Ganas me dan de mandar al cuerno esta amistad que en tales apuros me mete, cuando yo más lejos me encontraba de pensar en libros y en prólogos. Los que nos ganamos los viles garbanzos escribiendo artículos diariamente; los que apechugamos todos los días con los amargos frutos de la carrera periodística; los que, á fuerza de escribir casi sin provecho, nos hemos acostumbrado á mirar la literatura con ojos irónicos de pesimista socarrón, no servimos para prologuistas de novelas, porque corremos el peligro, ó mejor dicho, lo corre el público, de que, creyendo obrar de buena fe, escribiendo en serio con buena voluntad, resulten nuestros prólogos sendas y muy soberanas tomaduras de pelo al que los leyere.

Casi no se comprende que todavía haya por esos mundos de Dios, sobre todo en Méjico, seres heroicos que emplean el tiempo en escribir cosas de arte, cuando tan lindamente se puede ganar dinero dedicándose á labores mucho más fáciles y enormemente más productivas.

Una novela es para muchos hombres, calificados de *emprendedores* en ese argot familiar que nos gastamos para los días laborables, una pequeñez, una cosa insignificante, una tontería; que también tonterías suelen llamarse á estas obras que no se han estudiado sumando cifras, sino *viendo* y *sintiendo:* dos cosas que suelen parecer muy vulgares, y que, sin embargo, son, en realidad de verdad, rarísimas.

Escribir arte ya parece recurso socorridísimo del que no sirve para hacer cosa de más provecho, y es lo peor que, hasta cierto punto, tienen mucha razón los que así afirman, ya que vemos á diario en número aterrador que los jóvenes literatos se revelan y consagran con una facilidad pasmosa, como si fueran artículo corriente y de abundantísimo consumo.

En cuanto un mancebo cualquiera descubre que vuela en los campos un insecto del orden de los neurópteros que se llama libélula y que la vecinita del piso bajo (ó alto, que este detalle no importa) tiene los ojos glaucos, ya se cree más poeta que el Dante y más erudito que Menéndez Pelayo. Por ahí andan en pequeños rebaños, no todos melenudos y tristes, como los pinta la crítica festiva, sino orgullosos, gallardos, creyendo eclipsar á Byron con su prosopopeya de excéntricos y sus vistosos, retóricos y estudiados desplantes de iconoclastas.

Ellos son los primeros en sonreir despreciativamente cuando sale un escritor joven, verdadero artista, un escritor que sabe escribir libros muy bellos, sin mencionar á los nenúfares ni á las gemas, sin echárselas de original y leyendo obras maestras, notables obras de literarura, que le enseñan á reirse de esas estúpidas innovaciones del decadentismo ramplón y vocinglero.

Mas no es cosa de salirse ahora con tales berenjenas, puesto que el prólogo es lo esencial y puesto que hay que aprovechar tiempo y espacio. Dejemos para mejor ocasión el hablar de poetas tontos y hablemos sólo del autor de La Chiquilla, que no es tonto ni mucho menos, sino un artista sin trampa ni cartón, un gran artista, que merece, seguramente, un puesto notable en la literatura mexicana, puesto que no me explico se conceda á muchos que no valen ni la centésima parte de lo que vale González Peña.

Aquí encaja perfectamente una explicación que estimo por

muy necesaria: me une con el joven autor de esta novela un afecto de amigo muy grande y muy profundo. Hablo ahora muy en serio, y en ello me complazco.

Como al hacer la crítica del mérito artístico de La Chiquilla tendré que elogiar, y no poco, siguiendo el dictado sincerísimo de mi conciencia, al caso viene advertir que en mis apreciaciones no influirá la amistad ni poco ni mucho: seré sincero, y si me equivoco, culparse pueden mis errores como hijos de mi ignorancia, nunca como conscientes benevolencias amistosas. Sentiría verdadera pena al sospechar que algún lector, juzgando exagerados mis elogios, los disculpará, considerando que pueden ser elogios de amigo.

Me gusta siempre cargar con la responsabilidad de mis afirmaciones, y por otra parte, no es Carlos González Peña quien necesita de encomios benévolos: tiene el gran elogio de su propia obra.

Y ahora, revistiéndome de toda mi buena voluntad, ya que no de más apreciables galas, entraré en el granero de la cuestión, procurando salir de este mal paso todo lo airoso que mis pobres recursos literarios me permitan.

*
* *

Conocí á Carlos González Peña hará aproximadamente dos años, cuando estrenó en el teatro Hidalgo su drama *El Huerto*.

Hacía pocos meses que me encontraba en México, y mi deseo de conocer *de cerca* algunas manifestaciones del arte mexicano, sobre todo de la literatura, era muy vivo. Confieso con toda franqueza que mis ilusiones respecto á los literatos del país eran muy pocas. No creo que le esté vedado á un extranjero, por el sólo hecho de serlo, manifestar sin hipocresías tontas una opinión particularísima, y así escribo con perfecta sinceridad.

Asistí, pues, al estreno de *El Huerto* sin la esperanza de toparme con una gran obra, casi seguro de que podría reírme un rato viendo interpretar un mal drama por peores comediantes. Y no me equivoqué del todo: la obra era muy mediana y los cómicos que la representaron, juzgados desde el punto de vista artístico, merecían la pena capital.

Sin embargo, sonaron aplausos desinteresados, hasta entusiásticos, y el autor del drama hubo de salir á escena varias veces. Era un joven como de diez y ocho á veinte años, alto y robusto, de facciones acentuadas y duras, moreno, que mi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

raba á la multitud que le aplaudía con ojos tímidos, como asombrado de que le aclamaran con tanto calor.

Ciertamente, el joven autor no había hecho nada que se saliera de lo vulgar en el orden artístico; pero tampoco era su obra, no obstante los muchos y muy grandes defectos que en ella pude advertir, un mamarracho ni mucho menos. Esperaba yo que la prensa jalearía á aquel dramaturgo en estado embrionario, animándole para que siguiera cultivando su difícil arte; pero me llevé el gran chasco: ningún periódico se ocupó de ello, acaso por falta de espacio, que reclamaría, quizás, la urgente é importantísima *crónica negra*, el seductor reportazgo.

Casi me había olvidado yo también de *El Huerto* y de su autor, pues pasó el tiempo sin que la obra se volviera á representar, cuando al llegar un día á la redacción me encontré sobre mi mesa de trabajo un libro de regulares dimensiones, bajo cuyo título *(De noche)* había impresa una palabra explicativa de lo que aquel libro era: *novela*.

El autor de ella, Carlos González Peña, me enviaba un ejemplar con atenta dedicatoria.

Fué para mí una sorpresa, una gran sorpresa: era la primera novela mexicana que había caído en mis manos, y una novela que, sin ser una gran cosa, demostraba que su autor, joven estudioso y con un raro talento para novelar, podría, con el tiempo, escribir muy buenos libros.

En América, la novela es muy poco cultivada, no obstante estar fuera de toda discusión que ningún otro género literario la supera en mérito. Por aquí se escriben versos á troche y moche, acaso porque los latino-americanos piensan como Campoamor:

> Lengua de Dios, la poesía es cosa
> que oye siempre cual música enojosa
> mucho hombre superior en lo mediano;
> y en cambio escucha con placer la prosa,
> que es la jerga animal del ser humano.

Sería cosa de insultar la memoria del ilustre autor de las *Doloras* si esto no se aceptara como lo que es: una humorada. Nunca he podido estar conforme con que se posponga á la poesía, casi siempre dulce y sensiblera como hueca, la prosa, la prosa real y vulgar, que cuando la escribe una pluma experta, puede hacerse tan bella, tan artística como los más artísticos y bellos versos. Además, la literatura moderna sigue otros derroteros, por los cuales no se puede caminar rimando. Dejemos á los grandes poetas de otros tiempos que

sigan siendo admirados, pero admiremos también con igual fuerza de entusiasmo á los magníficos prosadores de nuestros días, á los que, al hacer belleza, procuran hacer también humanidad.

Salvador Díaz Mirón y Amado Nervo son, indiscutiblemente, dos glorias mexicanas; pero su fama de artistas habría ido más lejos, sin duda alguna, si en vez de ser poetas hubieran sido novelistas ó dramaturgos. Estos se ponen en comunicación más directa con el público; no es el suyo el arte subjetivo del poeta, sino la obra útil y admirablemente humana del pensador artista.

Carlos González Peña es un caso raro entre los jóvenes hispano-americanos. Le seduce la prosa y mira los versos con un poco de desprecio, no muy justo quizás. Causa es ello de la estirpe de su cultura literaria, cursada de cabo á rabo en los libros que vienen de Europa. La novela *De noche* me gustó más que por sus méritos, no extraordinarios, como he dicho antes, por lo mucho brillante que en el porvenir del autor hacía vislumbrar. En *El Correo Español* publiqué una impresión crítica sobre ella, que después supe que fué la más entusiástica de cuantas en México se escribieron á propósito de la aparición de la modesta obrita.

¿Me había corrido en los elogios? Entiendo que no, y si yo no hubiera sabido perfectamente que no suelen distinguirse los mexicanos como novelistas, habría creído que aquí se escribían novelas colosales y que ningún caso se hacía de las que muy modestamente saltaban al campo de la publicidad en solicitud de un aplauso, también modesto, de la crítica.

La novela de González Peña no es mala, ni siquiera mediana; pero aquí, aquí donde se publican libros muy de tarde en tarde y la mayor parte de ellos de un valor literario muy dudoso, hay críticos, críticos que se gastan unos humos muy propios de un Brunetière ó de un Brandes, críticos que exigen... ¡hasta de un joven de veinte años que publica su primer ensayo de novela!

Por lo visto, la mucha erudición enseña sólo á censurar. La censura acerba, aunque muchas veces resulte intempestiva, suele proporcionar al que la emplea á menudo, bien matizada de cierta ironía muy teatral, reputación de hombre inteligente y culto.

Sigue el efectismo seduciendo á los *listos*.

*
* *

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" Monterrey, México

Carlos González Peña viene á demostrarnos con su novela La Chiquilla que ya puede reirse muy tranquilamente, muy *graciosamente*, de los Aristarcos que con tanta rudeza censuraron su primer libro. De éste á La Chiquilla hay una gran distancia, una notabilísima distancia. Me atrevo á afirmar, puesto que de ello estoy convencido, que como Carlos González Peña no hay en México otro joven novelista, y aun entre los viejos, muy contados serán los que le igualen.

No es una obra maestra, pero sí una novela primorosa; algunos defectos tiene, mas al de los defectos supera el número de las cualidades.

La Chiquilla no es una novela que se destaque sobre otras por la originalidad de su asunto. Es éste casi el mismo de *El cuarto poder*, de Palacio Valdés, y de *Las ingenuas*, la sugestiva novela de Felipe Trigo. Y sin embargo, La Chiquilla no se parece á esas otras novelas españolas. Por su valor literario, podría ponerse entre ellas; es una novela muy buena, buenísima.

Y al decir que es buenísima, pienso en sus superiores páginas descriptivas. Si en el estudio de los personajes alcanzara González Peña el mismo valiente colorido que en la descripción, sería ya lo que, seguramente, será dentro de algunos años: un magnífico novelista.

Sus maestros hay que buscarlos entre los afiliados á la escuela de Zola; admira el naturalismo francés y es, sin duda, uno de los más notables continuadores jóvenes de la obra del eximio autor de *Los Rougon-Macquart*.

Pensando con Boileau que «nada hay tan bello como la verdad y que sólo la verdad merece amarse,» González Peña es un realista sincero, un enamorado de la vida en su aspecto más rudo, más real, y así describe con arriscado atrevimiento los conflictos del amor, del amor sin romanticismos, aun cuando parece aceptado con los refinamientos aprendidos en las novelas de sus autores favoritos.

El asunto de su segunda novela (una adorable chiquilla que le birla el novio á su hermana y acaba por lanzarse á las tristes aventuras de la vida galante) no puede ser más real ni más humano. González Peña, como la inmensa mayoría de los hombres, no puede creer que en el amor no hay realidad, como estudia sutilmente Lichtenberg, ni tampoco que al amor nadie lo conoce, según afirmación de La Rochefoucauld, ambos citados por Schopenhauer.

Y tan real es en sus descripciones eróticas, que ya sé yo de algunos críticos algo rancios que torcerán el gesto al leer las atrevidas páginas de La Chiquilla.

Lena y *Antoñita*, los dos tipos sobresalientes de la novela, ofrecen un perfecto contraste y ambos son (estoy seguro de ello) dos tipos igualmente amados por el autor. La una hermosa y alocada, perezosa, amante del lujo y sensual; la otra un espíritu pobre, pero noble, trabajadora, resignada, verdaderamente angélica, que casi no ha presentido las delicias de la sensualidad.

Son dos mujeres que González Peña fundiría en una, porque ambas le encantan, ambas le enamoran, no obstante separarlas una de otra todo un abismo de oposición moral.

Hay en el temperamento artístico de Carlos González Peña lo que podríamos llamar muy bien *la esclavitud del límite*. Padece una obsesión en el dibujo de sus personajes, una obsesión que es consecuencia inmediata de un ideal tan humano como artístico. Carece de inventiva, además, y así resulta que en sus personajes nótase cierta monotonía.

Son todos ellos como los que nos pinta Mæterlinck, caprichoso en el diseño de caracteres rudimentarios. Los estudiados por el notable escritor flamenco son buenos y sencillos; si la maldad se revela en ellos, débese á la inconsciencia, á la adversidad; son malos sin saberlo.

Y esas admirables mujeres del ilustre autor de *Monna Vanna* y *Le tressor des humbles* (1), esas mujeres muñecas, bellas, menuditas, poéticas, ingenuas, que despiertan amores terribles, son las mismas mujeres que ama González Peña, las mismas que trata de pintar en sus obras, transplantadas á otro ambiente más vulgar y haciendo aún más rudimentarios sus caracteres.

Estudiad á *Selysette*, la dulce y encantadora *Selysette*, pequeña y frágil, sugestiva figulina de carne y hueso, y encontraréis ese gran ideal humano y artístico que hace monótonos los personajes creados por González Peña. Bien que éste siente, al revés de Mæterlinck, más lo francés que lo germánico, mejor la locura enfermiza parisiense, que la dulce y apacible poesía de las leyendas del Norte. Además, no es misterioso, no es fatalista, al contrario del gran flamenco.

Mi buen amigo es impulsivo, muy susceptible á las impresiones fuertes, casi brutal en sus entusiasmos y abatido ante las menores penas. Y sin embargo, es resignado en sus desengaños, cuando los tiene (de ellos nadie logra librarse), aunque los sufra y contra ellos se rebele. Los mexicanos y los españoles seguimos muy unidos por analogías de tempera-

(1) *El tesoro de los humildes*, publicado por esta Casa Editorial.

mento, y si tenemos que dar fe á lo que dice Fouillée en su *Bosquejo psicológico de los pueblos europeos*, el temperamento español es, casi siempre, nervioso, belicoso y abrasado por un fuego intenso sabe ocultar la pasión que le consume.

También es el autor de LA CHIQUILLA esquivo á los muchos amigos, apocado, descubriéndose en este importante detalle de su carácter las reminiscencias heredadas, quizás, de su estirpe vizcaina. De los vizcainos, los iberos más puros, ha escrito el mismo Fouillée que son enemigos de mezclarse con los extraños y suelen encerrarse en su aislamiento. Particularidades de un carácter colectivo que tienen en González Peña individual reflejo.

De nuestro artista, considerando su juventud (veintiún años), bien puede decirse que su actual personalidad literaria no es más que un ligero esbozo de lo que será en el porvenir. Hasta ahora, nada ha escrito de grandes pasiones, nunca se ha aventurado en el laberinto de las almas complicadas. Sobrio y sencillo en sus estudios psicológicos, ha aprendido de Zola, su gran amor literario, la gran fuerza descriptiva, una percepción de retina admirable y una superior imaginación reproductora para describir lo que ven sus ojos, adornándolo (estilo zolesco puro) con la encajillería de la frase galana.

En esto es en lo que González Peña se mueve con perfecta soltura y conoce siempre el terreno por donde camina. Sus descripciones no son, como hubiera dicho *Clarín*, fastidiosos inventarios, sino páginas de arte admirables. No es mi artista amigo una *cámara obscura*, ni es tampoco un paisajista vulgar; pinta con precisión, con garbo, con magnífico tacto artístico, para describir la belleza allí donde la hay, aumentándola discretamente con la óptica de su temperamento de ilusionista, pero sin falsear la realidad de lo que describe.

Enamorado de la forma más que del fondo, sin que por ello se aparte de una elegante sencillez, seguramente estudiada en las obras de Galdós y de Pereda, bien que algo romántico, como todos los naturalistas franceses, su estilo corre fácil y ameno, cuidado, pero no en exceso, dulcemente amable, finamente artístico, hasta cuando parece rudo en las páginas de una descripción atrevida.

Adviértese que González Peña ha pintado en este libro caracteres muy reales y muy hermosos, aunque todos ellos de fácil estudio, sencillos, como ya he dicho antes. La caída de *Lena*, esa caída prevista por el lector y por el autor bien justificada, es acaso, y sin acaso, lo más meditado que el libro entraña, lo más relevante de las dotes que de observador tiene el joven novelista.

Es una caída que comienza profetizándose con jugueteos y ocurre seria, terrible, obligada (ya han escrito Sterne y Schopenhauer que muy seria es la voluptuosidad).

A muchos parecerá una caída estúpida, y lo es, indudablemente, pero justificadísima lo está. *Lena* no ama á *Eugenio* ni *Eugenio* ama á *Lena;* pero si en sutilezas de la psicología femenil nos metemos, léanse las siguientes palabras que Jacinto Benavente, el cáustico comediógrafo español, ha puesto en labios de una mujer: «Bien sé que las mujeres amamos, por lo regular, á quien lo merece menos. Es que las mujeres preferimos hacer limosnas á dar premios.» El deseo irresistible que la *chiquilla* despierta en el novio de su hermana, inspira la *limosna* perfectamente instintiva y hasta impulsada por el contagio del mismo exigente deseo de *Eugenio*.

Y no pretendamos atribuir á *Lena* solapada premeditación para el pecado, porque, como ha dicho Anatole France hablando de la mujer, *elle ne comprenait que la beauté coutourière*.

*
* *

No creo que sea necesario alargar más este prólogo, puesto que con lo dicho basta para que Carlos González Peña sea presentado al lector *con todas las de ley*, según los cánones del prologuista de oficio: es un escritor joven y sobresaliente que escribe novelas naturalistas, sabiendo apartarse prudentemente de lo *sicalíptico*, mérito que pocos novelistas imitadores de Zola poseen. Por su estilo, recuerda al lector culto á un notable novelista español: Vicente Blasco Ibáñez. Como el autor de *La Barraca*, hace hablar poco á sus personajes y pone especial cuidado en describir el ambiente en que se desarrolla la acción novelesca. Se ve muy claro que le inspira poco entusiasmo el procedimiento de Stendhal. Además, es impersonal, á la manera de Flaubert.

Hay en LA CHIQUILLA dos descripciones notabilísimas: la de una noche del 15 de Septiembre, festividad de la Independencia mexicana, y de una pequeña juerga de vecindario, celebrando la tradicional *entrada de año nuevo*.

Una sincera manifestación para terminar. Cada vez que en América, en la América que fué española por las injusticias y errores de una política tirana y que lo es hoy por analogías de costumbres, por igualdad de idioma y religión, sobresale un literato que, como Carlos González Peña, hace pensar en un porvenir brillante para las letras americanas, siento un entusiasmo grande. Este lo explicó galanamente

don Juan Valera en su discurso escrito en 1903 para los Juegos Florales de Córdoba (España), y cuyo párrafo más esencial copio para echar la llave á este pobre prólogo mío.

«De igual manera que el amor de la patria ó de la raza repugna y rompe todo límite en el tiempo—decía el insigne académico—, en el espacio también le repugna y le rompe. Separados están ya de nosotros, después de sangrientas luchas fratricidas y de mortales odios, cuantos vivieron sometidos al imperio español y al cetro de nuestros reyes durante cerca de cuatro siglos, desde Tejas y California hasta el Estrecho de Magallanes; pero la filiación persiste y todavía miramos y celebramos como ventura propia el bien ó la prosperidad que logren los habitantes de aquellas tierras remotas, y todavía nos gloriamos de los ilustres varones que por allí han nacido, tanto, ó casi tanto, como si fuesen naturales de nuestra provincia, de nuestra ciudad natal ó de nuestra aldea.»

José Escofet.

México, 1906.

LA CHIQUILLA

I

El sol penetraba á raudales por la ventana abierta. Jugueteaba sobre la raída alfombra, trazando cuadros de luz que se prolongaban en áurea franja desde el cuartito pequeño, perdido en las azoteas, hasta el poniente, que en ese instante fulguraba, lanzando al espacio, pálidamente azul, ráfagas de tinte rosa, que se estremecían, esparciéndose con lentitud, hasta transformarse en manchas que salpicaban el firmamento, en donde lucían las tonalidades del iris: el rojo incandescente que incendiaba el ocaso; el amarillo suave, que era algo así como una sonrisa del escarlata; el verde, de transparencias exquisitas; el lila, semejante al color de las venas que se adivinan bajo los cutis blancos; el rosa, que se unía al azul del cielo en un beso arrobador de virgen.

Era una invasión de rizos rubios, de crenchas doradas que se agitaban. La habitación refulgía. Los muebles anticuados, las paredes tapizadas de papel turquesa, las porcelanas corrientes, resplandecían en medio del luminoso polvillo. Sonreía la tarde, con la sonrisa de los rayos errantes, y el resplandor del sol, próximo á extinguirse, prodigaba sus halagos á las cimas, á las torres, á las cúpulas, á los altos ramajes, á los techos lejanos.

Y en aquella bacanal desenfrenada de luz, el traqueo de la máquina de coser, puesta á un lado de la ventana,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

don Juan Valera en su discurso escrito en 1903 para los Juegos Florales de Córdoba (España), y cuyo párrafo más esencial copio para echar la llave á este pobre prólogo mío.

«De igual manera que el amor de la patria ó de la raza repugna y rompe todo límite en el tiempo—decía el insigne académico—, en el espacio también le repugna y le rompe. Separados están ya de nosotros, después de sangrientas luchas fratricidas y de mortales odios, cuantos vivieron sometidos al imperio español y al cetro de nuestros reyes durante cerca de cuatro siglos, desde Tejas y California hasta el Estrecho de Magallanes; pero la filiación persiste y todavía miramos y celebramos como ventura propia el bien ó la prosperidad que logren los habitantes de aquellas tierras remotas, y todavía nos gloriamos de los ilustres varones que por allí han nacido, tanto, ó casi tanto, como si fuesen naturales de nuestra provincia, de nuestra ciudad natal ó de nuestra aldea.»

José Escofet.

México, 1906.

LA CHIQUILLA

I

El sol penetraba á raudales por la ventana abierta. Jugueteaba sobre la raída alfombra, trazando cuadros de luz que se prolongaban en áurea franja desde el cuartito pequeño, perdido en las azoteas, hasta el poniente, que en ese instante fulguraba, lanzando al espacio, pálidamente azul, ráfagas de tinte rosa, que se estremecían, esparciéndose con lentitud, hasta transformarse en manchas que salpicaban el firmamento, en donde lucían las tonalidades del iris: el rojo incandescente que incendiaba el ocaso; el amarillo suave, que era algo así como una sonrisa del escarlata; el verde, de transparencias exquisitas; el lila, semejante al color de las venas que se adivinan bajo los cutis blancos; el rosa, que se unía al azul del cielo en un beso arrobador de virgen.

Era una invasión de rizos rubios, de crenchas doradas que se agitaban. La habitación refulgía. Los muebles anticuados, las paredes tapizadas de papel turquesa, las porcelanas corrientes, resplandecían en medio del luminoso polvillo. Sonreía la tarde, con la sonrisa de los rayos errantes, y el resplandor del sol, próximo á extinguirse, prodigaba sus halagos á las cimas, á las torres, á las cúpulas, á los altos ramajes, á los techos lejanos.

Y en aquella bacanal desenfrenada de luz, el traqueo de la máquina de coser, puesta á un lado de la ventana,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

resonaba acompasado, lento unas veces, con lentitud de agua corriente; presuroso otras, como torrente que se despeña. Antoñita, los pies en el pedal, imprimía el movimiento que estaba en relación con su ánimo; con las manos afiladas, pasaba el lienzo por debajo de la aguja; guiaba á ésta á lo largo de los bordes, volteando, ó á veces en dirección recta.

Absorta en su faena, no se daba cuenta de la fiesta del sol que se efectuaba en derredor. Con la mirada fija en la costura, entonaba en ocasiones cancioncillas de ritmo blando, juguetonas, traviesas como pensamientos de niño. Ya eran tristes, con la tristeza de la tarde otoñal; ya melancólicas, con melancolía que se creyera un refinamiento del regocijo. Pero con frecuencia, de la melodía que revelaba la pena nacía otra, acusadora de inocente placidez.

Cantaba con los ojos bajos, musitando casi. Sus tonaditas improvisadas confundíanse con el gorjeo de los canarios—cuyas jaulas colgaban del dintel de la puerta—, saliendo hacia afuera arrebatadas por el remusgo. De pronto callábase, permaneciendo silenciosa por un instante, cual si la embriagase la tarea emprendida con ardor, con furioso deseo de darle fin y ganar el tiempo perdido en el ensueño. Trabajaba con seguridad prodigiosa: sus dedos largos, coronados por rosadas uñas, se deslizaban hábiles junto á la aguja, sin temor, considerándola como buena y vieja amiga que les acariciaba. Mas cuando advertía alguna irregularidad en la puntada, llevábase la mano á la frente, con impetuosidad graciosa, y revolvía la rubia cabellera que aureolaba el rostro, para tornar en seguida á su reposo de antes, á su amor inefable hacia la prenda que en breve estaría concluída, yendo después á lucir en el escaparate su gallardía de hija de obrera cuidadosa y discreta.

Súbitamente, apagóse el ruido de la máquina.

Antoñita cogió la falda donde diera la última puntada; examinóla con insistencia, con tenacidad. Paseaba su mirada atenta por las costuras. Y de aquella mirada brotaba un amor dulce, un amor infantil, que envolvía

en suave caricia la labor de unas horas. Luego suspiró satisfecha, y desperezándose, dejó errar las pupilas por el jirón de cielo que se extendía más allá de la ventana.

Era rubia. La cara, un tanto oval, hacía gala de la blancura de la tez, que se arrebolaba levemente á causa de la fatiga, pero que casi siempre aparecía pálida, no con palidez enfermiza, sino con la palidez peculiar de los temperamentos nerviosos. De nariz mitad recta, mitad aguileña, recordaba los mármoles antiguos y los cuadros cristianos. En la boca pequeña, de labios delgados, que á menudo descubrían blanquísimos dientes, albergábase una sonrisita que se dijera irónica, á no ser por la afabilidad ingenua que á las claras acusaba. La frente, no muy espaciosa, sin ser por eso deprimida, tenía un encanto de soñadora, de musa apenas entrevista por la mente ardorosa de un poeta.

Se levantó, encaminándose á la ventana, en la cual se apoyó, contemplando á su sabor la inmensidad del ocaso.

Su cuerpo delgado, de caderas y pechos que empezaban á desarrollarse, no incitaba al placer, no provocaba el deseo que insinúan los rebosamientos de carne joven y bien oliente. Sin dejar de ser sus formas bellas, eran formas de niña, y por lo mismo, no atraían la contemplación obstinada. Tenía veinte años, y su cuerpo apenas comenzaba á redondearse, á poseer las curvas juveniles, que entonces diríase se anunciaban tímidamente, apareciendo en el talle, con un ligero pronunciamiento en los senos, y más abajo de la cintura, desprovista de todo cimbreo ó voluptuosa cadencia.

Era pequeña. Una muñeca rubia no tendría la gracia de aquella mujercita delicada. Los calaverones de la vecindad, al observarla de reojo por las tardes, cuando atravesaba el patio, decían, encogiéndose de hombros:

—¡Vaya, que esta niña no es muy apetitosa que digamos!

Efectivamente: Antoñita, vista por detrás, más bien semejaba chica á quien recientemente se han *bajado las enaguas*, que mocetona de veinte abriles, laboriosa y seria como la mejor; callada y tranquila siempre, como

modistilla que gana sus dos duros diarios, y le tiene sin recelo el «qué dirán» de las gentes que buscan muchachas gruesas y núbiles para extasiarse.

Hallábase inclinada con la barbilla sobre la mano. Miraba el atardecer con ojos dulces habituados á tal espectáculo, que constituía un recreo inefable después del trabajo.

El sol había huído del cuarto perezosamente. Primero dejó de iluminar el cielo, en donde poco antes se recreaba, envolviendo en la caricia de sus rayos los trozos multicolores de tela esparcidos por la alfombra. Ascendió al muro del fondo haciendo brillar con brillo opaco el papel azul. Entretanto, la claridad que antes invadía la salita desvanecíase. Las mesas las sillas, las estatuillas de barro, destacábanse en medio de una luz gris, que participaba de las languideces de la tarde.

Desapareció el cuadro luminoso que pausadamente iba acercándose al cielorraso; colóse la sombra con lentitud. Los tonos del gris se sucedían uno á uno del gris claro, transparente, al gris plomizo, casi negro.

Antoñita continuaba en la ventana. Experimentaba arrobamientos deliciosos ante el atardecer. Aquella muerte del sol le traía á la memoria el recuerdo de la agonía de los actores de los teatros: la agonía de Margarita en brazos de Armando; la extinción dolorosa de *Frou-Frou;* el suspiro melancólico de Mimí, que se dormía reclinada en los almohadones, cuando Rodolfo corría la cortina de la alta ventana de aquel cuarto de bohemio bajo cuyo techo se cobijaron sus amores y sus versos. Recordaba las lágrimas derramadas allá en la galería, junto á la turba emocionada; lágrimas gratísimas que dejaban en el alma un bienestar inexplicable. Y recordaba también sus sonrisas de muchacha candorosa, cuando en el sainete final veía llena de vida y de salud á la artista muerta en el acto anterior.

Así era el sol. Ella le llamaba, en sus ratos de expansión, entre risas y charlas, *el gran cómico.* Todas las tardes veía su mustio declinar, no con regocijo ni poseída del dolor, sino experimentando un sentimiento de un dulce-amargo exquisito, que á la mañana siguiente, cuando abría la ventana, se transformaba en júbilo, al ver el cabrilleo retozón de la luz.

En el ocaso parpadeaba aún el crepúsculo. Lampos de rosa, jirones de lila, discurrían por el cielo, fugaces, medrosos ante la noche que asomaba la adusta faz en el orto. Sutil franja de púrpura irradiaba en el límite del horizonte que la joven contemplaba por encima de los techos. Y el firmamento, límpio, sin nubes, palidecía.

Lentamente, los resplandores rojizos fueron apagándose; las gasas esparramadas en el dilatado piélago se desvanecieron. Una postrera palpitación estremeció el poniente, que, de súbito, se hundió en la sombra.

Antoñita abandonó la ventana, tornando á ella luego de dar un paseo por la habitación á obscuras. Acodóse en el marco. La tonadilla no salía ya de sus labios. Sus cabellos rubios, enmarañados por el viento de Octubre, caían á veces en menudos rizos sobre la frente. Cerraba los párpados, pensativa, embriagada por la noche tan tibia cuando doña Pepa, después de atravesar la sala con paso tardo, fué á poner la lámpara.

En seguida se acercó á la moza. La acariciaba, prodigándole diminutivos con zalamera voz. Excusábase de su demora. El padre Morales había predicado un sermón! Ya vería su sermón después del rosario. ¡Y qué sermón! Ya vería su niña cuando fuese á la Santa Veracruz quién era el padre Morales. Aseguró que su fama de orador sagrado volaba ya por todo México, y que no había señora amante de la religión ni caballero devoto que no le conociera y admirase. El más impío se conmovería al observar los ojos de los fieles llenos de lágrimas.

Y como Antoñita, que la oía sin atención, mirando al cielo, se volviese en este instante, doña Pepa la besó en la boca.

—¿Por qué siempre callada?—decíale—. ¡Si tú jamás te entusiasmas! Quisiera darte algo del fuego de Lena. Eres muchacha y pareces vieja, no tienes deseos, ni gustos, ni nada...

Ella sonreía, pasando sus manecitas por los cabellos entrecanos de su madre. No había razón para alegrarse

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

ni para reirse á todas horas. El trabajo era lo único que le agradaba. Por lo demás, nunca *manifestó* que se creería de primavera. Aspiraba con fruición el olor de los claveles de los tiestos que descansaban sobre la ventana; los heliotropos la sumían en el ensueño con su perfume, que llegaba á ella blandamente.

Escuchó ruido á su espalda, y sin volverse, preguntó:

—¿Eres tú, mamá?

—Sí, hija. Pero dime, ¿por qué en estas tinieblas?

Dejó el chal sobre una de las sillas; limpióse el sudor que bañaba su rostro, y cogiendo la caja de cerillas, se dispuso á encender la lámpara.

—¿No ha vuelto Lena?

—No, mamá... Ya sabes... La amiga, esa amiguita que ahora tiene... Clara Ruiz...

—¡Cómo! ¿Te disgusta? ¡Ave María Purísima! Pero no seas tonta, Antoñita. Es una buena muchacha, y tan amable, que, mira, hoy por la mañana, cuando saliste, subió trayéndome un paquete de dulces. ¡Y estaban tan ricos!...

Macilenta luz luminó la pieza. Los muebles se dibujaban con vaguedad en la penumbra. Sólo se distinguían los juguetes colocados simétricamente sobre la mesita en *sufrimientos*. Su querida mamá lo sabía perfectamente.

La buena señora hizo un guiño de incredulidad.

—Anda, anda, mosquita muerta... Si yo te dijera lo que se susurra allá abajo... Si yo te contase que un señoritín que no olvidas está próximo á venir...

Antoñita se estremeció. Miró luego á su madre, con la mirada clara de sus ojos azules, cual si intentase penetrarla.

—¿Qué dice usted?... ¿Él?...

—Sí, él, Eugenio...

Quedóse pensativa la muchacha largos instantes. Luego, alzando el rostro, que reflejaba un gesto de tristeza, murmuró:

—¡Es tan difícil!... Quién sabe; mamá, si sean fantasías tuyas...

En el arcaico reloj dorado, regalo que á doña Pepa hicieran en su ya lejana boda, la aguja marcaba las siete menos cuarto. Antoñita se alarmó. Había prometido á su patrona, Mad. Bernard, entregar el trabajo á las seis y media. ¡Se retardaba ya quince minutos! Corrió á la silla que estaba cerca de la máquina, y revolviendo paquetes de encajes y de telas, hubo de coger las prendas ya listas: una falda de lana azul y la blusa blanca que terminara poco antes. Envolvíolas cuidadosamente, se dirigió á la recámara vecina, echóse de prisa el chal, y despidiéndose de su madre, salió.

La vivienda, de construcción reciente, hallábase en lo alto de la enorme y vetusta vecindad. Era pequeña, incómoda; mas doña Pepa hubo de preferirla á otras por el aire sano que allí se respiraba. Más allá de la puerta de la sala, que formaba ángulo con el resto de la casa, simulando una L, estaba la del comedor, y al final, junto al rincón formado por dos muros, encontrábase la escalera de caracol, una escalera estrecha de palo, de peldaños gastados por el uso, que chorreaba agua fangosa en tiempo de lluvias, y que durante la noche permanecía casi en sombras, bañada por la luz de tosco farolillo.

Antoñita bajó con ligereza de colegiala, haciendo resonar los escalones con el vivo taconeo de sus chocios. No sentía embarazo en aquella boca de lobo en la que se metía diariamente, al anochecer, cuando iba á casa de la aristocrática modista parisiense, con el fin de cobrar la cuotidiana labor.

Cuando llegó al descansillo del primer piso, un ventanuco situado á la mitad de la pared se abrió, dando paso á la cabeza angulosa de sexagenaria vieja, de narices prominentes, boca desdentada y ojuelos que relucían en la sombra, cual si fuesen los de un buho.

—Muy buenas noches, niña.

—Felices las tenga, doña Manuela —respondió la chica, que se detuvo contrariada al escuchar la voz ronca.

Esperó un momento, haciendo girar el bulto entre sus manos, impaciente. A pesar de su innata dulzura,

aburríala aquella pécora que acechaba su paso con el propósito de retenerla, relatando chismes y poniéndola al tanto de las novedades del caserón. Ya iba á partir, cuando la idea de que doña Manuela sabría algo de lo tan misteriosamente dicho por su madre, la clavó en su sitio.

—¡A que no le han dicho á usté lo que se murmura por allá abajo!

La moza enmudeció de puro gozo.

—Dicen unas cosas... ¡Ay, mi alma! si no fuera usté tan niña y tan inocente, no dejaría juntar á su hermanita con esa desvergonzada...

Antoñita sentía una crispación nerviosa. Quizás hubiese transcurrido ya otro cuarto de hora, y aun no abandonaba la casa ni nada descubría.

—Porque, créame; Clarita no anda en buenos pasos, y tarde que temprano se hacen públicas las cosas... ¿Ignora usté que el señor Cortezo salió por las ventanas?... Pero el cuento es largo y voy explicarle...

—No, perdóneme—interrumpió Antoñita—. No puedo detenerme.

—Entonces, ya se dará otra vueltecita por aquí, y charlaremos.

Su acento era recio, á la manera de estallido de fusta; y la muchacha, queriendo á todo trance escapar antes que de nuevo comenzara el chismorreo, dió las buenas noches y descendió corriendo. Ya en el patio, anchuroso y débilmente iluminado por la llama de un farol de petróleo, marchó presurosa, desengañada, esquivándose.

—Si á oídos de doña Manuela no llegó—pensaba absorta—, es mentira lo que dijo mamá.

Media docena de granujas, con las ropas desgarradas, los mofletes negros de tierra, retozaban, empujándose, brincando. Sus voces melifluas de pequeños, uniéndose en una sola, hacían retemblar la casona. Del interior de las viviendas, por las puertas entreabiertas, se escapaban sollozos de niños, vozarrones de hombres furiosos, regaños de mamás irritadas por las diabluras de sus hijos. En medio, bajo un cobertizo miserable de

cinc, se destacaban de la media luz reinante las manchas negras de los lavaderos, á lo largo de cuyas tuberías aun cuchicheaba el agua sucia con cuchicheo misterioso.

Un malestar inexplicable se apoderaba de Antoñita cuando pisaba las baldosas negruzcas del patio. Aquel ruido que no se interrumpía, aquel ambiente de lucha bestial que allí se respiraba, le oprimían el corazón. Huía con presteza, fija la mirada en el portón del zaguán, que se abría al fondo, rebosante de claridad, dejando ver un cuadro tupido de follaje, abrillantado por luminoso fulgor.

Cuando pasó el umbral y encontróse en plena calle, suspiró satisfecha, deslumbrada, aturdida. El hondo respirar de México escuchábase distintamente. Los paseantes se codeaban en la acera. Los obreros, enardecidos por el pulque, despidiendo un tufillo de pipa mal lavada, iban cogidos del brazo, disputando; llevábanse las manos á los bolsillos y hacían sonar, con argentino tintineo, los restos del jornal, mirando de reojo al gendarme, que, estacionado en la esquina, se cruzaba de brazos, con aires de guardián celoso. Las criadas, mugrientas, se escurrían, casi rozando el muro, con los cestos en la mano, riendo airadas ó dichosas cuando alguien les cerraba el paso brutalmente. Corrían los trenes, seguidos de exótica música de ruedas y timbres sonoros: se les veía venir, cual si brotaran de la indecisa mole de edificios que recortaba el cielo sombrío, para perderse después en Occidente, desvanecidos en la lejanía. Los vendedores ambulantes gritaban, con acento gangoso, mientras que un fonógrafo, en la cantina próxima, destrozaba un aria de *Payasos* ignominiosamente.

La masa de follaje de la Alameda contrastaba con su tono verde obscuro con las fachadas irregulares. Era un amontonamiento de árboles, de flores y de tallos, á través del cual se filtraban estrías de luz blanquecina; un verjel que esparcía en torno oloroso vaho de frescura que hacía presentir la risa perlada del agua, el canturreo monótono de los grillos que se embriagaban en amoríos apenas soñados en nidos de hojas.

Antoñita atravesó la avenida, risueña, después de haberse detenido al ver un tren que avanzaba. Sonreía, sentíase poseída de íntimo regocijo por las noches, cuando caminaba con andar rítmico, con el bultito debajo del brazo, después de la ruda tarea. La fatiga consiguiente á toda faena, hacíale experimentar un cosquilleo voluptuoso, sumiéndola en grato sopor.

Tomó por uno de los paseos. A esa hora, la Alameda estaba casi en silencio. El charloteo de los niños, las carcajadas de las nodrizas robustas, que durante el día se oían entre las ramas, no turbaban la paz serena de la noche. Acortó el paso. La embelesaba la contemplación de la fronda. Su naricilla encantadora dilatábase, aspirando las emociones de la tierra húmeda. Y miraba en derredor, con curiosidad de niña caprichosa. En lo alto, los ramajes parecían entrelazarse, formando un toldo por cuyas aberturas se veían las estrellas, temblequeando en el cristal azul. A los lados, extendíanse los prados: el césped, bañado por la luz, tenía matices extraños, y las flores, mecidas por el aire, esparcían suaves aromas. Al fondo de la calleja, una Venus de caderas prominentes, de túrgidos senos, pintada de verde, alzábase en lo alto de un pedestal, con la casta mirada perdida en las aguas de la fuente, sobre las cuales se quebraban rayos de luz con irisaciones opalinas.

Vióse tentada de sentarse al borde. ¡Se estaría tan bien allí, escuchando el gotear del agua! Mas acordóse de Mad. Bernard, y hubo de apresurarse, internándose en uno de los paseos. A la sombra, la sensación de frescor se extremaba, y el atronar de las calles fundíase en apacible murmullo. Allí se percibía intenso el musitar del agua, el susurro de las hojas, el canto de los grillos.

Tan cavilosa marchaba, que un rumorcillo de charla la hizo volverse. Dos chicos pasaban, lentamente: ella, cogida del brazo de él; él inclinado, casi rozando con los labios la frente de la muchacha.

Antoñita aceleró el paso... Renacía en su alma la tristeza, la ansiedad que experimentaba al oir las frases de su madre. En tanto, la amante reía á lo lejos, y aquella

risa, hiriendo los oídos de la modista, la impulsaba á huir, confusa, sin saber por qué.

Desembocó en el puente de San Francisco, pareciéndole que se hundía en un mar de luz. El asfalto fulguraba. Los transeuntes recorrían las aceras, erguidos, lanzando miradas de curioseo á las damas que tornaban del Bosque, reclinadas en los cojines de los coches, que caminaban despacio, tirados por soberbios troncos. El tascar de los frenos, el girar de las ruedas, los silbidos de los papeleros, que iban de acá para allá, ahogaban el resuello de los motores de los automóviles. A lo largo de las paredes, los escaparates semejaban una enorme ascua. El resplandor de los foquillos caía sobre las telas, artísticamente plegadas; sobre los sombreros de moda; iluminaba los anchos encajes y hacía despedir vivos destellos á las joyas. En las tiendas de ultramarinos, pirámides de latas y de frascos atraían. En las perfumerías, las cajas de raso se alineaban, luciendo el primor de su confección.

Pero Antoñita, disipada un poco su tristeza, sólo se fijaba en los dulces, pensando en el deseo goloso de su madre, al ver las miniaturas de la dulcería francesa agrupadas con exquisito gusto, las cuales ya formaban castillos de hadas, conos multicolores donde el azúcar resplandecía como polvo de piedras preciosas, ó bien se mostraban en platos de cristal finísimo, ó llenando lujosas canastillas.

Detúvose, acechando la ocasión de pasar á la acera de enfrente. El tráfico de carruajes era tan grande, que hacía imposible atravesar desde luego la calle.

Cuando entró en la casa de modas, Mad. Bernard charlaba con dos señoras jóvenes, mostrándoles las novedades de la estación, con mimos que la denunciaban como persona hábil en tales manejos. Hizo á la vez un guiño amistoso, corriendo hacia ella en cuanto las damas se despidieron.

—Mi querida niña, ¿concluyó usted ya, tan pronto? —interrogó, con marcado acento francés.

—Sí, *madame;* aunque me costó un trabajo inmenso. ¡Figúrese que anoche no dormí tres horas cabales!

. La gran modista sonrió, llevando su galantería al extremo de acariciar á Antoñita en las mejillas, lo que jamás hacía con empleadas de la casa.

—¡Eh, ya lo decía yo! Es usted una chica que vale oro macizo...

Y acto seguido, comenzó á examinar el trabajo con nimio detenimiento. Extendió la falda sobre la angosta mesa de cortar, reflexionando. Los forros fueron objeto de especial atención, hizo notar algunos defectos leves, y asintió por último, satisfecha. La señorita Fernández sería, con los años, una maestra. Ya lo aseguraba ella, Mad. Bernard, de todos conocida, y poseedora de una experiencia que nadie podría disputarle. Y hablaba en voz alta, con aflautada voz de mujer enriquecida, mirando de reojo á las costureras, las cuales observaban á aquella mocita que recibía los elogios emocionada, con los ojos bajos, murmurando continuamente:

—No, *madame;* la bondad de usted...

De vuelta en casa, encontró á su madre, que la esperaba en el comedor. Era éste un cuartito estrecho, con puerta vidriera que daba á la azotea. Al fondo, el aparador, un viejo mamotreto de encina, deteriorado por el uso, lucía media docena de platos, un *convoy* de metal oxidado y un ramo de flores silvestres. Cuatro sillas de paja nuevecitas hallábanse alineadas junto al muro, separadas una de otra por espacios regulares, cual si la mano que allí las pusiera fuese de burguesa enamorada del orden y la simetría. En el centro, la mesa, pequeña, veíase en ese instante cubierta por blanquísimo mantel, sobre el cual estaban dos cubiertos.

—¡Pobrecita! Estarás muriéndote de hambre. ¿Para qué me aguardas?

Doña Pepa la besó en la frente, agradecida de su solicitud: bien sabía que á ella no le gustaba sentarse sola á la mesa.

—Entonces, Lena...

—¡Hum! Duerme la inocente. Volvió cansadísima, luego que tú saliste. Acompañó á Clarita... no sé adónde...

La amistad de su hermana con Clara Ruiz causaba á Antoñita una desazón indecible, que no acertaba á

velar, no obstante su natural bondadoso. Doña Pepa advirtió una sombra de malestar en su rostro inclinado, pensativo, y hubo de hacerle una muda súplica. ¿Por qué afligirse de cosa tan sencilla? Que Clara era una muchacha coqueta. Bien; lo comprendía. ¿Mas por ventura la coquetería es pecado imperdonable, ó patrimonio de señaladas personas? El mismísimo padre Morales había tratado el asunto desde el púlpito, y á fe que no dijo pestes de las niñas que incurrían en tan insignificante falta.

Antoñita alzó los ojos, y la miró con mirada larga y triste.

—¡Ojalá no te equivoques!...—dijo en voz baja.

Estrepitoso rumor de vajilla resonó en la cocina contigua. La sartén, retirada súbitamente de las brasas, chirrió, y Estéfana, la vieja maritornes, arrastrando sus chanclos, apareció en la puerta.

—¡Válgame! ¿Pero todavía no comienzan? Ande usté, señora, que es tarde, y la niña tendrá un apetito...

Despabiló la vela, que esparcía mortecino resplandor, y la llama, avivada, derramó sobre los enjalbegados muros repentina claridad. Puso los platos de carne asada, aun humeante, en su sitio, y casi obligó á la chica á que tomase asiento.

Comían en silencio; doña Pepa, con las narices metidas en el plato, cortaba grandes rebanadas de pan, que desaparecían en su boca; Antoñita apenas probaba bocado, con gran descontento de Estéfana, que iba y venía gruñendo frases ininteligibles. ¡Señor! Se moriría de consunción la pobrecita. Ya creía que se alimentaba con aire. Esto y otras cosas más que nadie imaginara, murmuraba de dientes adentro la cocinera. Antoñita, comprendiéndolo, sonreía sin responder, acostumbrada como estaba á las cariñosas reprimendas de aquella buena vieja que la arrullara en su infancia; mas al observar que rondaba la mesa, metiendo ruido con los trastos y masculando palabras cada vez más fuertes, murmuró:

—Estéfana... No es que no me guste... Mira, no tengo gana...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La expresión de la cara rugosa se dulcificó.

—¿Estás mala?—preguntó, asombrándose al ver que la muchacha reía—. Pues si no es así, ¿por qué no tomas un poquito de arroz? Está dorado, como á ti te gusta—. En seguida, volviéndose á doña Pepa, que continuaba engullendo, ajena á tales disputas, dijo:—Ruéguele que pruebe el arroz...

—Vamos, niña, ya ves que Estéfana...

Cediendo á tan reiteradas instancias, Antoñita aceptó dos cucharadas. Después, cuando hubo terminado, dobló la servilleta, levantóse, y besó á su madre.

—Buenas noches, mamá.

Un soplo de aire puro acarició su frente al llegar á la sala. Por la abierta ventana entraba la noche con sus aromosas brisas, con sus cuchicheos lejanos, con el parpadear de su cielo pálido. Antoñita respiró allí á sus anchas. Sentíase sóla, entregada á sus cavilaciones. Encerrada en su cuartito predilecto, refugio perdido en lo alto que cobijó sus ensueños, sus primeros estremecimientos, sus abandonos infinitos de vírgen, que se insinuaban en vagas melancolías, en deseos apenas esbozados, en horas intranquilas, impregnadas de una voluptuosidad inocente; recluida en aquel albergue, que se alzaba por encima de la humana miseria, del lodo amontonado en torno, experimentaba tal bienestar, beatitud tal, que ni ella misma fuera capaz de expresarla.

Se encaminó á la ventana. Bajo el inmenso dombo en que titilaban las estrellas, la ciudad dormía. Los techos, unos altos, bajos los otros, extendíanse en negruzca masa hasta la línea gris del horizonte, anegados en la lechosa luz de la luna. Lucecitas tenues aparecían aquí y allá, rasgando la penumbra. Las calles semejaban anchas cintas luminosas, que se dilataban paralelas hasta desvanecerse en el fulgor blanquecino que ascendía, esfumándose suavemente en el cielo. El viento traía consigo murmullos casi imperceptibles, ahogados á veces por el silbido de los trenes ó el toque argentino de alguna campana de reloj.

Antoñita entreabría los labios, se embriagaba aspirando aquel olor de noche otoñal. Embargábala una

felicidad que tenía algo de triste. A ratos cerraba los ojos; después les dejaba vagabundear por los rincones obscuros, por las avenidas apenas entrevistas en el mar de azoteas. Gozaba del instante de plácido reposo anhelado durante el día, cuando inclinaba la carita pálida sobre la labor. Absorta, dijérase que su pensamiento, como sus pupilas, erraba por espacios imaginarios. El hondo respirar de la capital adormilada á sus pies, no conseguía turbarla. Meditaba. Las frases de doña Pepa venían á su mente. «El ha vuelto, él está aquí.» Y la visión de los amantes que unían sus labios en la calleja enarenada, bajo las ramas, tornaba á ella con porfía, obsesionándola.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

Antoñita despertó alegre. Un matiz rosado, de adorable frescura, teñía sus mejillas; la risa brotaba de sus labios á borbotones, como el recuerdo de algo placentero. Y un torbellino de palabras, un charloteo continuo hubo de invadir la casa, en cuanto ella salió de la recámara; á tal punto, que los gorriones que piaban en la azotea, corriendo á saltitos, escapaban azorados hasta posarse en la torre vecina. Estéfana, que á tal hora volvía de hacer las compras, extrañóse tanto al verla así, que dejando caer la cesta, que olía á pan caliente, la interrogó con pertinacia, cual si recelara engañarse y no diese crédito á lo que sus ojos miraban.

¡Nada! ¿Qué se creía la buena Estéfana? ¿Pensaba acaso que su niña iba á permanecer callada siempre? Pero ¡Virgen María! ¿quién le había metido tales ideas en los cascos? ¡Ni ella misma lo sabía! Ni el Niño Jesús, ni aquel Niño Jesús regordete y feo del templo cercano, que la buena cocinera tanto temía y ponderaba tanto, era capaz de explicar su júbilo.

—¡Niña! no diga usté esas atrocidades... Mira que si el Santo Niño se enoja, se le irá el gozo al pozo...

Y eso lo afirmaba con entonación grave, los ojos puestos en el techo, disimulando á duras penas la carcajada franca que le retozaba en los adentros, al ver á su ama dichosa. Habituada á la tranquilidad imperturbable de Antoñita, á su discreto mutismo, á su sonrisa más que á su risa, era para ella no flaco suceso lo que observaba con el asombro pintado en el semblante. Seguía de pie, con los brazos caídos, las puntas del rebozo barriendo el suelo, mientras que Antoñita iba y venía corriendo, atropellándolo todo, y ponía el mantel sobre

la mesa, y trasladaba á ésta vasos y platos, tenedores y cuchillos, con estruendo, reidora, cuando la vajilla, bien humilde por cierto, amenazaba romperse.

—¡Estéfana, falta agua en el botellón! ¡Estéfana, aquel salero no tiene sal! ¡Estéfana, la taza de mamá está sucia!

Y la pobre vieja la contemplaba boquiabierta, aturdida, ignorando cuál de los mandatos debería obedecer primero. La moza, cada vez que por su lado pasaba, acariciábala en el cabello entrecano, sacudía los angulosos hombros y le daba palmaditas cariñosas en las espaldas, prodigándole mimos que de puro melosos parecían exagerados.

—Lena todavía duerme. ¡La perezosa! A ver, dame el pan... ¿Cuándo pensará levantarse mi hermanita?

—Pues ya tiene para rato—respondía Estéfana, colocando los bizcochos en su sitio.

—¿Y mamá?

La doméstica se encogió de hombros. ¡En aquella casa servíase el desayuno á mediodía! Al regresar de la tienda encontró á la señora, camino de la Santa Veracruz, dispuesta á oír la misa del padre Morales. Claro que tardaría en volver. ¡Vaya si el padrecito dilataba las misas! Era un horror. Aconsejaba á Antoñita que se abstuviera de poner los pies en la iglesia de marras, y daba pequeños detalles: una vez, en tantico estuvo que no se quemara la leche á consecuencias de su dilación; otra, sufrió terribles retortijones de estómago, por razón de una plática religiosa interminable.

—Eso de las misas largas y los sermones que nunca acaban, bueno estaría para el niño Alberto, que cada semana es más perdido que el demonio—agregó señalando con un gesto la puerta baja que se abría más allá de la cocina, en la azotehuela.

Todo su orgullo de sirvienta halagada, de ilota que participaba de las desazones y alegrías de sus amos, que se identificaba con ellos, llegando á ser, al cabo del tiempo, algo así como una venerable parienta, estallaba al pensar en Alberto, el primogénito, el libertino que si en su adolescencia tuvo derecho para explotar el pater-

no bolsillo, ahora cometía la mayor de las infamias viviendo á costa de su hermana, de la pobre Antoñita, que trabajaba del día á la noche sin descanso «como una mártir». Cuando la rubia oía tales reproches, poníase grave. Consideraba que Alberto, engañando á su familia con un falso talento, siguiendo los cursos de medicina desde hacía años, sin terminarlos nunca, era digno de acres censuras; pero sus labios sólo acertaban á hablar de perdón.

¡Qué perdón ni qué calabazas! ¿Le parecía razonable que el grandísimo sinvergüenza entrara en casa al amanecer? ¿Era justo que el dinero ganado por ella con el sudor de su frente fuese tirado á la calle por el grandullón de su hermano? Y se complacía en dar pormenores acerca de la vida de Alberto: ella misma le había visto apurando copa tras copa en la cantina de á la vuelta en unión de pícaros de su ralea. Doña Manuela, que se hallaba conceptuada en la vecindad como persona excelente, que se desvivía por las buenas costumbres de los demás, y siempre andaba á caza de bellaquerías, justamente para corregirlas, refería cómo le encontró, riendo á carcajadas, cogido del brazo de una mujerzuela, en pleno Zócalo, un domingo por la tarde.

¿Quería saber más? Allí estaba el caserón entero, que le contaría mil lindezas. ¿Tenía aún fresco en la memoria el recuerdo de aquellas dos coristillas que ocupaban el 5? Pues bien; Petra, la criada de los Gómez, con los propios ojos que Dios le diera, vió cómo una mañana, tempranito, don Alberto salía del cuarto de las cómicas, acompañado hasta el umbral por la más joven, una rubia flacucha, que, en camisa, lanzaba risotadas, chillidos de gata en celo, al notar que el honradísimo hijo de doña Pepa hundía el brazo hasta el codo en el escote y tiraba del camisón hasta dejarla... ¡Jesús, qué atrocidades se ven en el mundo!

¿Y no intentó, meses atrás, seducir á la misma Petra? ¡A Petra! una marisabidilla ligera de cascos. ¿Y qué más? ¡Ni las viejas escapaban á sus atrocidades! La portera, una chocha que podía ser su abuela, fué requerida de amores por él.

Antoñita escuchaba con los ojos bajos. Instintivamente experimentaba honda repugnancia hacia el chismorreo de la vecindad, hacia el cúmulo de soeces aventuras que Estéfana, con ser tan buena, guardaba en los labios, pronta á dispararlas, aumentadas y corregidas. Comprendía que Alberto era calaverón; convencida estaba de la verdad de su existencia crapulosa; mas con ternura de virgen, procuraba echar un velo piadoso sobre el fango en que él se anegaba. Su boquita pálida tenía una sonrisa de misericordia para cada falta, y sus ojos una lágrima que á manera de rocío purificaba el ambiente de aquel pantano.

—¡Es un mal hombre! Y tú una santa que morirá sin recompensa...

Antoñita, pensativa, con la frente baja, jugueteaba nerviosa, haciendo chocar contra uno de los platos la taza que tenía en la mano.

—Ya ves—murmuró cuando Estéfana hubo terminado—; me robaste mi alegría de esta mañana...

Alzó la maritornes la angulosa testa; en sus grises pupilas, bajo las cejas de rudeza hombruna, fulguró una mirada de perro fiel. Aproximóse á ella, y cogiendo la manecita fina, que se colaba al sentir la opresión de los ásperos dedos, le dijo quedo, dulcificando su tono habitual:

—Si te lo digo por tu bien... Veo lo que aquí pasa y me enojo... Pero no te aflijas, que todos los males tienen remedio... Ahora, si quieres, me callaré...

La halagaba, acariciando el rubio pelo, que resplandecía á la clara luz matinal que entraba por la puerta abierta, tocando apenas las mejillas de palidez sonrosada de pétalo.

—Mi niña, mi pobre y buena niña...

Y como á chiquilla, le prometía golosinas para que diese de mano á la morriña, dulces buenos que vislumbraba en los escaparates. Antoñita, entregada al pesar momentáneo, sonreía á cada nuevo halago. Un arrebol de dicha destellaba en su rostro, que aparecía más bello con la albura de los dientecillos que asomaban entre el leve carmín de los labios, con el júbilo de los ojos pro-

fundos, con el oro suave de los cabellos mal peinados, que se esparramaban en mechones sobre la frente.

—¿No se levantará la chiquilla? ¡Es tan tarde! Ve á despertarla—dijo á Estéfana.

Una carcajada estalló detrás de la puerta, y la chiquilla en persona entró en el comedor de un salto, con susurro de faldas recién planchadas.

—¿Estabas allí?—preguntó la mayor, besándola.

No era capaz de evitar que la invadiese pueril temor cuando se figuraba que Lena podía enterarse de los chismes de la fregona. Contemplábala tan pura, con su redonda cara morena, sus vivos ojos de niña, que procuró siempre mantenerla en relativa inocencia, impidiendo que conociera la podre de su clase, el lodo amontonado en derredor, que adivinaba más bien que veía. Adoraba á aquella moza de diez y siete años, tan robusta y exuberante, que representaba veinte. Tenía para ella ternuras maternales, complacencias de abuela hacia nietecilla caprichosa. Desvivíase por saciar sus deseos, sus antojos todos, y cuando Lena incurría en falta, la amenazaba con el dedo, como á pequeña, diciéndole que si no era buena no tendría la blusa ansiada, el sombrero nuevo que iba á comprarle ó el cinturón con hebilla que le prometiera. Y Lena la besaba fuertemente, semejante á jovencito vigoroso, ofreciendo que no la enfadaría en adelante, que sería formal como una señorita. Entretanto, la fingida mirada severa de Antoñita transformábase en caricia.

—Sí, preciosa, no seas traviesa; quiéreme mucho, como te quiero yo, y bésame así, así...

Y la sentaba sobre sus piernas, juntando su cara con la de ella, envolviéndola en un abrazo. La chiquilla murmuraba frases de niño consentido, haciendo mohines, torciendo el *hociquito* de modo tan gracioso, que la costurera se hacía la ilusión de tener en sus rodillas á una hija.

Las Gómez, cuando lograban sorprender un instante de ternura de las dos hermanas, reían burlonas. Realmente, era demasiado afecto el de Antoñita; un cariño exagerado. Ellas no conocían otro igual. Por eso al

verlas salir de paseo los domingos, Lena muy peripuesta, elegantísima, cual damita aristócrata; la otra ataviada con modestia, con un vestido de buen gusto, pero pobre, decían que la mojigata de la chiquilla era una tirana que mataba á fuerza de hambre á los suyos con el fin de gastar buenas prendas.

Muchos había que juraban que Antoñita era la más joven. En efecto, ¿cómo creer que ésta, tan desmedrada y tímida, contaba tres años más que aquélla? ¡Diantre, lo de la *chiquilla* era una ironía! Como que Antoñita inspiraba sólo una inclinación meramente casta, y el Benjamín de la familia—de alguna manera habían de llamarla—atraía con la voluptuosidad de sus andares.

Era regular de estatura, morena, de grandes ojos color de avellana. Su cara, un tanto ancha, adquiría una expresión de altivez bajo los cabellos negros, que caían en dos ondas abundosas sobre las sienes, cubriendo las orejas. Su boca, de gruesos labios, contraíase á menudo, incitante, como si guardara el secreto de un deleite. Vagaba por sus pupilas una mirada de granujilla, mirada engañadora de picardía y de candor. Y poseía su cuerpo las curvaturas sensuales de los cuerpos ávidos de placer: las caderas, amplias, estallaban en una florescencia de juventud bajo las enaguas; el busto, de pechos mórbidos, se erguía desbordante, pleno de savia. Triunfaba con el ritmo ondulante de su paso, con el gesto pillo de su rostro.

Mirábala Antoñita extasiada, con la ternura suma de las madres que sueñan con el porvenir dichoso de sus hijas. En aquella familia, de la cual la modistilla era la sostenedora única, Lena constituía esperanza, flor pronta á abrirse. Años antes, cuando don Juan Fernández entregó su alma á Dios, dejando por herencia á doña Pepa un tenducho comido por las deudas y tres hijos, el mayor, estudiante de primer año en la Escuela de Medicina, la pequeña, inútil entonces para cualquier labor, y la otra, paliducha y enfermiza, nadie dijera que tales gentes se sostendrían á flote, contra viento y marea, gracias al empeño de aquella rubita, que se sacrificó en aras del bienestar de la casa, transformándose

en hada protectora. Hoy, el más escéptico sonreía al verla con la chiquilla en las piernas, ensoñando con una felicidad perenne para la hermanita, con una dicha que para ella nunca imaginó. Y al par que Antoñita, doña Pepa adoraba á Lena, llegando su cariño á la sumisión: cuando ésta lloraba ó imponia su voluntad con ademanes de persona entrada en lustros, la devota bajaba la frente. Imposible creía no transigir con la niña. ¡Cómo no ser débil con la más chica! Tal razón era la que exponía, con acopio de deducciones, siempre que la acusaban de flaqueza. Cierto que Antoñita era más buena y más blanca de alma que los manteles del altar; pero podía vivir ya por sí sola, merced al conocimiento que de la vida tenía; mientras que la pequeña era una inocente de Dios que todo lo ignoraba, mereciendo, tanto como el afecto, un poquitín de compasión maternal más que la otra.

Hasta Alberto, el zángano de veinticuatro años, hurañote y desamorado de los suyos, que jamás entraba en la vivienda si no á comer ó reparar los molimientos inherentes á libidinosa existencia, parecía sugestionado por Lena. Le encantaba aquel diablillo que, al revés de Antoñita—que para él sólo tenía la triste mirada de reproche—, se encaramaba en sus espaldas, con las gruesas pantorrillas al aire, el pecho convulsionado por la risa, cuando por mera casualidad tornaba él temprano á casa, agotado, exhausto de vigor, después de semanas de crápula.

—¡Serás una gran mujer, conejita mía!—exclamaba—. Necesitas un buen marido que te dé gusto...

A ella no le agradaba mucho el mote, justamente porque lo había visto en una novela de Paúl de Kock, que leyó á escondidas. Lo de conejita le parecía ordinario y corriente. Mas el doctor en ciernes se moría de júbilo al hacerla rabiar, repitiendo que juzgaba de todo punto preciso que el casorio fuese con uno que le diera gusto.

Lena, á veces, le interrogaba con malicia acerca de los maridos:

—¿Cuáles daban gusto y cuáles no?

Alberto contentábase con insinuar la cuestión matrimonial, murmurando quedamente que si quería saberlo se deslizara en la alcoba de Juanita López, una recién casada, que ocupaba la vivienda principal. ¡Grandes cosas se verían allí, á eso de la media noche! Y Lena reía con risita picaresca, fijando sus grandes ojos en los enrojecidos del primogénito, asegurándole que no entendía, que se explicara con claridad.

Recelo inquieto embargaba á Antoñita al observar á su hermana hablando en secreto con el estudiante. Pensaba que el tal, corrompido por años de libertinaje, era capaz de difundir el mal aun en el propio hogar. Y ya que no impedir las conversaciones entre ambos, porque esto lo consideraba imposible, procuró, por cuantos medios tuvo á su alcance, que Lena ignorase toda suerte de detalles sobre la vida de Alberto.

Cuando la vió plantarse en mitad del comedor, con ligereza de gacela, la interrogó con insistencia, preguntándole si había escuchado.

—No, no; te digo que no... Pero, oye: ¿acaso se trataba de algo reservado? A ver, dímelo, dímelo...

Y rodeaba el cuello de la moza con sus brazos morenos, besándola en la barba, en la nuca, donde se agitaban ricitos rubios.

—Dímelo, dímelo—repetía—; quiero saberlo...

Estremecíase de placer al reiterar sus ruegos. Lo sabía todo, conocía al dedillo las aventuras de Alberto; no le eran extraños sus lances en la vecindad y en la calle. Sólo que ahora hubo de aumentar su caudal con nuevas noticias: oyó distintamente las cuestiones de Estéfana, mientras se vestía allí, en el marco mismo de la puerta, tras de los cerrados maderos.

—Anda, no seas mala... ¿Qué era eso, eh?

La cocinera, que desde momentos antes se frotaba las manos en el delantal, señal irrecusable de enojo en ella, dijo:

—¡Válgame! ¡Por Nuestra Señora de los Remedios, qué curiosa es usté! Déjese de argüendes y de vidas ajenas, que no cuadran con las niñas de su edad...

—¿Y á ti qué te importa?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Mírala, Antoñita. Se propone sacarme de mis casillas, burlándose de mí, como si yo no tuviera canas...

—¿Y qué? ¡Ojalá que no las tuvieras! Serías menos fea.

Seculares eran las reyertas entre mocosa y fregona. Esta, con su espíritu de dominación adquirido en luengos años de vasallaje doméstico, pretendía corregir á aquélla, la cual se rebelaba, no desperdiciando ocasión de herir.

—Aunque rabies, Antoñita me lo dirá—. Y, luego, volviéndose á su hermana, con felina zalamería, musitaba—: ¿Verdad que me lo dirás, madrecita?

—Si no vale la pena... Insignificancias... ¡Asómbrate, ya se me olvidaron!

Y como la chiquilla hiciera un mohín de disgusto, Antoñita preguntó á Estéfana:

—¿De qué hablábamos, te acuerdas? Díselo tú...

—Que mi abuela lo sepa—gruñó la vieja, encaminándose á la cocina, con chancleteo furioso.

Una oleada de luz suave penetró en la pieza. Doña Pepa, rosario en mano, con el chal prendido en el moño, entró de pronto. Venía sofocada; estremecíase de fatiga su cuerpecillo endeble, á causa de la ascensión por la angosta escalera; sus ojos pequeños, grises, animados de rara brillantez, parecían decir algo que á pronunciar se negaban los labios. Despeinada, con el sencillísimo vestido negro cubierto de polvo, aspiró grandes bocanadas de aire, en tanto que su nariz roma se dilataba; luego arrojó el chal sobre la silla más próxima, así como el breviario de mugrosos cantos, sentándose en seguida. Las dos muchachas la miraban, azoradas de tal desasosiego en persona por temperamento apacible.

—Lo que te dije, Antoñita, lo que te dije...—articuló al fin, mirando á la moza con maliciosos ojuelos—. Pero ¿no lo sabes ya?...

Titubeó la chica, barruntando, sin embargo, para sus adentros, de lo que se trataba.

—¿No? ¡Si no hay gato en la casa que no lo sepa!... Arsenio Urízar anda como unas pascuas; doña Manuela se lo cuenta al que quiera oirla...

Estéfana se precipitó desde la cocina, con soplador y todo, ávida de gulusmear. Iba de por medio su honor de doméstica que está enterada de cuanto pasa en la vecindad. Mas no interrogó; limitóse á ponerse en jarras y esperar pacientemente á que su ama despegase los labios.

—¿Ves como fué verdad? Eugenio ha vuelto; ayer mismo alquiló el cuarto del rincón.

Antoñita, que por un instante permaneciera muda, palideció levemente, enrojeciendo después. Había alzado el rostro: los mechones rubios invadían su frente; sus manos, nerviosas é inquietas, se juntaban, y en sus pupilas advertíase dulce júbilo. Apenas pudo decir palabra; el acento de su voz era vago y trémulo; su carita, despojada de la habitual tristeza, sonreía confusa á las risas, á los plácidos gestos, á los chillidos de Lena, que, semejante á una peonza, danzaba en torno de ella. «Ya lo sabía, mamá», pensó, sin osar revelarlo, recordando con ternura el ensueño de la noche anterior, su presentimiento, su esperanza, la esperanza por tanto tiempo acariciada en lo íntimo del alma, en los días tristes ó dulce amargos de su vida obscura. Y la certeza del retorno de él le inspiraba la alegría callada, el amor al cielo, á las flores, á la casa, á la gente, á la existencia que palpitaba en derredor, eternamente renovada, eternamente joven. Y Estéfana la observaba dichosa. ¡Qué gusto sentía viendo á la niña contenta! ¡Sí, que riera; por María Santísima, que riera como los niños ríen, mostrando los dientecillos blancos! Y su predilección por Antoñita desbordábase en un charloteo francote y cariñoso.

—Ahora no se te va de entre las manos—declaraba Lena, ebria de gozo—. Gran pillo sería el tal Linares si se largara de nuevo.

A lo que la maritornes asentía con vivos movimientos de cabeza, sin percatarse de que doña Pepa imploraba, repitiendo:

—Estéfana, el desayuno... El desayuno, Estéfana... ¡Por Dios, que me muero de hambre!

Sentados ya á la mesa, doña Pepa en el centro y á

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" 33431

sus lados los lozanos retoños, aquélla devoró desde luego un bizcocho. Después, entre sorbo y sorbo de café, con la bocaza llena, masculiando las frases al propio tiempo que el pan, contó detalles conmovedores acerca de Eugenio Linares. Recordó la partida de éste, hacía seis meses, cuando, interrumpiendo sus estudios, enderezó los pasos hacia el pueblo natal, un polvoso lugarejo jalisciense donde su madre agonizaba, consumida por una enfermedad del estómago, que lentamente había minado su existencia hasta conducirla al lecho de muerte en que el pobre muchacho la encontró, exangüe, y en donde lanzó el último suspiro tres días más tarde, en brazos del hijo torturado por el sufrimiento. Era aquel el único ser que á Linares restaba en el mundo, y al verse solo, abandonado á su tristeza, en la habitación pálidamente alumbrada por los cirios, decidió huir del pueblo, esconderse en una ciudad lejana. Le hostigaban las miradas de los parientes, que, convencidos de su pobreza, apenas si le dirigieron un saludo cuando le veían bajar por la empinada cuesta que al cementerio conducía. Y con los restos del mermado patrimonio en el bolsillo, repleta de ilusiones para el porvenir el alma, tornaba á México, á su antiguo cuartito de estudiante.

Tal relato, que más tenía de imaginario que de real en sus sentimentales peripecias, apasionó al caserón entero. Hasta las Gómez, tan díscolas y habladoras, como jamonas que maldicen su sino, entristeciéronse al saber cuál había sido la suerte del mozo, riente antaño, que ahora volvía, con huellas frescas de dolor en el rostro.

Y en tanto que doña Pepa refería los hechos con voz monótona, el sol se colaba por la puerta. Fué una invasión lenta, una conquista callada: después de haber dorado el suelo, deslumbrando al gato blanco, de redondos ojos verdes, que se desperezaba, tendiendo las finas garras, ascendió á la mesa, haciendo resaltar la nitidez del mantel y envolviendo en sutil polvillo de luz los trastos sucios.

Antoñita, con las manos en la frente, parecía entregarse á vagas añoranzas. Y aparecía más hermosa que nunca en el comedorcillo limpio, con la sonrisa en los

labios, mirando cómo una onda de luz se deslizaba por sus brazos, hasta unirse en beso diáfano con los rizos que caían sobre las sienes, rebeldes, con desbordamiento de mies madura.

Un rato más tarde, levantóse, encaminándose á la sala, experimentando la fiebre de acción, de movimiento, que sigue á las emociones plácidas.

Al entrar hubo de hacerse un reproche, levantando contra sí la mano pequeña, cuyos contornos apenas veía, en la penumbra que flotaba en la habitación olorosa á flores marchitas. Habíase olvidado de dar paso á su buena amiga la mañana, que estaba allí, tras de las cerradas hojas, dejando penetrar por las rendijas estrías de luz amarillenta, que se deslizaban tímidas, arrastrándose, retorciéndose en la sombra, desvanecidas, hasta morir cerca de la máquina de coser, que parecía adormecerse, encerrada en su funda blanca.

—¡Qué cabeza la mía! ¡Las nueve, y esto á obscuras!

Se detuvo... El gato, que se acercara sin ser visto, frotaba la sedosa piel contra su falda. Maullaba dulcemente, enarcándose, moviendo la cola, alzando hacia la moza sus pupilas de esmeralda.

—¡Cómo! ¿No te han dado tu carne, *Bonifacio?* Esta desdichada de Estéfana...

Volvió hacia la puerta. El animal la seguía con ligereza de bestia hambrienta.

—¡Estéfana! ¡Estéfana!

Asomóse la vieja: tenía el rostro congestionado y temblaba furiosa.

—¡Bastante me fastidio con los gatos! Quieren que yo tenga cabeza para todo: don Alberto grita improperios porque no se le lleva pronto el agua; Lena me aturde con sus retozos... ¡Y ahora el gato! No más eso me faltaba... ¡Válgame!

Antoñita rió, murmurando:

—Piensa que el infeliz...

Entonces ablandóse la criada; chasqueando los labios, hubo de llamar á *Bonifacio*, que se alejó de la joven, presuroso, enarbolando la cola, que á la claridad matinal ostentaba una pureza de nieve.

Abrióse la ventana con desentonado chirrido. Una claridad pálida de otoño y confuso murmullo invadieron la pieza; dijérase que prolongada y juguetona risa tomaba posesión de la salita, antes mustia. Hasta el péndulo, que en las tinieblas sonaba acompasado, era presa del regocijo. Antoñita pensaba que su tic-tac escuchábase menos ronco y más ligero, cual si pregonara la alegría de la mañana con su pasito menudo de dama coqueta.

Sacudidor en mano, comenzó á limpiar los muebles con delicadeza tal, que se creyera fuesen éstos joyas; Primero quitó el polvo de la mesa de centro, un trebejo de nogal, recuerdo de mejores tiempos. La lámpara de globo azul que sobre ella se erguía, fué objeto de las atenciones mayores: la cogió suavemente, frotándola con el trapo sucio hasta abrillantarla. Luego se dirigió al rincón donde el juguetero se veía mostrando el encanto de sus *bibelots* amontonados sin orden ni concierto; y cuando á asearlo se disponía, quedó suspensa ante un cisne de porcelana, diminuto, que, abiertas las vaporosas alas, parecía emprender el vuelo hacia las regiones de sus recuerdos, reviviendo en su mente pasadas horas é ilusiones que ella juzgaba muertas. Ante todo, apareció en su cerebro, destacándose de vago ensueño, la figura amada de Eugenio Linares. Recordaba, como si fuera ayer, que el estudiante, un tanto aficionado á ella durante las Posadas del año anterior, hubo de poner en sus manos, con indecible turbación, el primoroso juguete de porcelana; recordaba también que semejante regalo despertó en su alma de novicia en amorosos achaques dulce é inquietadora esperanza.

¡Qué deliciosos días aquellos de las Posadas! Nueve noches de holgorio, de música, de bailoteo, que la arrancaron á su acostumbrada tristeza, que la hicieron vivir una vida nueva, loca, al darse cuenta de que en su interior comenzaba á germinar una ilusión, con el esplendor tímido de los brotes que en primavera verdean en los solitarios troncos. No la comprendió al principio; casi la ignoraba. Era un afecto escondido en hondos repliegues, espontáneo, que se revelaba en fútiles

paliques, en largos apretones de manos, en miradas de infinita terneza que la hacían bajar los ojos, arrebolada; en rubores y trémulos balbuceos, cuando alguien, en presencia suya, refiriase al mocetón.

Poco á poco, sin embargo, tal sentimiento surgió del fondo de inconsciencia en que se hallaba.

Una vez, en la segunda Posada, cuando los músicos, cuatro hombretones de cabellos largos, de zapatos destrozados y rotos trajes, evocadores de una bohemia de miseria, preludiaban el primer vals, ella salió al patio extrañando la ausencia de Linares. ¿Por qué no vendría? Vióle en la puerta de su cuarto, sonriente. No se atrevía á acercarse, y cuando él la distinguió, sus mejillas se colorearon. Saludáronse con un movimiento expresivo de cabeza, como buenos amigos, y ya iba á tornar á la sala, cuando se decidió á aventurar una pregunta:

—¿No viene usted esta noche?

Se excusó. Los exámenes no tardarían. Necesitaba estudiar; cada minuto perdido era una probabilidad menos de éxito. Ella sintió tristeza. La fiesta, sin él, parecíale menos agradable. Le acarició con los ojos maquinalmente: fué un instante de mutuo estrechamiento, bajo las estrellas que asomaban su carita pálida en el cristal azul.

—¿Irá usted?—repitió.

—Sí, iré...

Y se miraron un momento más, hasta que la muchacha partió corriendo, alborozada, radiante.

Otra vez, la víspera de Navidad, una carcajada de Lena les sorprendió á los dos, reclinados en el brocal de la fuente, contemplando el agua inmóvil, sobre la que cabrilleaban rayos de luna. Un mismo pensamiento le llevó allí. Deleitábanse ante aquel agujero húmedo, que exhalaba frescas emanaciones. A intervalos, el mozo arrojaba trocitos de argamasa, piedras pequeñas. Agitábase el agua entonces en ondas que nacían del centro y se alejaban lentamente hasta besar los bordes con imperceptible murmullo. Al cabo el oleaje se debilitaba; volvía el agua á su tersura de antes, y tornaba también el rayo blanco que parecía estremecerse de frío.

Sus rostros, arriba separados, se unían en el fondo. Antoñita reconocía el de Eugenio, ancho, de bien cortados cabellos, al lado del suyo, rodeado de rizos que semejaban en el agua pinceladas irregulares de sombra. Enmudecían. No experimentaban el deseo de hablar: su mutismo lo expresaba todo. No tenían oídos más que para la brisa, que imprimía en sus nucas helada caricia; para la fuente, que modulaba un canto misterioso con el incesante gotear de sus paredes mojadas. A sus espaldas el violín sollozaba, dulce unas veces, ronco y destemplado otras; la flauta esparcía notas blandas; el salterio, con su acompañamiento uniforme, parecía evocar viejas serenatas, bajo arboledas rumorosas, al pie de altas ventanas ojivales, y el contrabajo, con su quejido rudo, hacía pensar en dolores ignotos. Mas nada les despertó de su sueño, y todavía permanecieron allí serios, sin hablarse, hasta que la chiquilla les sobresaltó con su reir burlón y brusco.

En casa de don Hilario Gómez, tal suceso fué el éxito de la noche. Como que el señor padre de Eloísa y Teresa, y su gordinflona esposa doña Luisa, se perecían por los lances galantes, cual gentes que en éstos confían para colocar á sus hijas, sobre todo cuando las pobres se acercan y aun pasan de los treinta. De seguro envidiaban á doña Pepa por su buena fortuna para encontrar yernos en perspectiva, ya que ni las Posadas, hechas á fuerza de cruentos sacrificios, les proporcionaban á ellos dicha igual. Entre los convidados la chirigota tomó creces. Apenas supieron por boca de Lena el sucedido de la fuente, empezaron á bromear, sin reprimir picantes comentarios en presencia de las mamás y de los viejos, dando con el codo á Linares, quien, sonrojado, escuchaba frasecillas de parabién espetadas en voz baja. ¡Diantre, era un conquistador! Nunca se vió en salón alguno—y decían *salón* con énfasis, avizorando los muros del cuarto principal de los Gómez, de lujo dudoso—varón que sedujera con tal prontitud á las muchachas, máxime cuando éstas merecían el calificativo de recatadas y mosquitas muertas como Antoñita. No hacía aún seis días que con ella hablase, y ya era su novio.

—No es verdad—replicaba el intrigado estudiante—. Ni ella ni yo nos ocupamos de esas cosas...

—¡Caramba, hombre, caramba! Hazte el desdeñoso.

Y le felicitaban, mientras que otros añadían:

—Ha hecho usted una buena adquisición. Sólo que nosotros hubiéramos preferido á la más chica. Tiene unas caderas y unos ojos... que cualquiera se atrevería á codiciarlos, á no ser porque de memoria supiese que la graciosa Lenita tira muy alto, ¡á príncipes!

En medio de la algazara, únicamente las hijas de don Hilario estaban serias. Teresa, la menor, arrugó el entrecejo en cuanto Arsenio Urízar, el joven poeta, con voz tonante, sacudiendo la negra melena, improvisó un soneto alusivo á los novísimos amoríos. El bardo, de pie en lo alto de una silla, recitaba sus mal medidos versos, con las manos en la frente, los ojos puestos en el cielorraso, cual si invocara á la musa. Tratábase de una paloma nívea de sonrosado pico, que, por las exigencias que el símbolo imponía al vate, moraba en el interior de la fuente, en un arrullo tierno de aguas dormidas. Allí vivía tranquila, ajena á las miserias del mundo, cuando en la segunda cuarteta descendió un gavilán. La blanca ave echóse á temblar, aterrorizada ante la súbita aparición: se esquivaba en la grieta del muro, y ya iba á emprender el vuelo, cuando el intruso, con mirada triste, le mostró la herida que con dorada flecha había abierto en su corazón un cazador desnudo que lucía en la espalda dos alitas. La paloma se conmovió, y ambos se unieron enternecidos en la verdosa oquedad, que despedía tibios olores de alcoba.

—¡Bravo! ¡Bravísimo! ¡Serás una gloria nacional! —gritaban los hombres, deslumbrados por Arsenio, el cual, riente y chancero, repartía abrazos y apretones de manos.

Y Esteban Conti, periodista, íntimo amigo del poeta, dijo:

—Cuento con ese soneto para los «lunes» de *La Aurora*.

Un vals, preludiado por los pobretes de los músicos, puso fin al bullicio. Allá iban las chicas de la vecindad

reclinadas sobre los varoniles hombros, cimbreando los talles amorosamente estrechados; allá iba Lena, riente aún, murmurando palabrejas maliciosas á los oídos de Urízar. En la sala, alumbrada por cuatro quinqués que esparramaban amarillenta claridad, sólo quedaban, sentadas á lo largo de las paredes, Eloísa Gómez, que miraba de reojo el fino perfil del periodista, como avecilla que con insistencia contempla el maduro fruto pendiente de las altas ramas; Antoñita, que, sola en un extremo, parecía sufrir el resquemor de las bromas pasadas, y doña Pepa, charlatana y alegre, entregada á religioso palique con una devota. En un rincón, doña Manuela, casi oculta tras de vieja rinconera, ataviada con raída falda de lana negra, envuelto el pequeño y arrugado talle entre los pliegues de un chal amarillo que le daba un aire exótico, departía con la voluminosa ama de la casa, refiriéndole sus desazones y cuitas profesionales. Los negocios marchaban mal, malísimamente. En los treinta años que tenía de ropavajera, desde que enviudase, nunca como hoy había decaído tanto el oficio. Recordaba sus pingües ganancias de antaño, sus correrías de casa en casa, cambiando cristalería y quincalla por ropa de medio uso, que remendaba y cosía después, realizándola á muy buen precio entre gente que conocía. ¡Dichosos tiempos aquellos! Se comían excelentes bocados, sin grandes molestias, con la mano en la cintura. Dormía uno tan calentito, y holgaba de lo lindo. Ahora... ¡Señor, qué apuros para ganarse un centavo! Lo juraba por la corte celestial: vivía de puro milagro. Doña Luisa, harta ya de lamentaciones lacrimosas, murmuró, al ver á Arsenio que pasaba junto á ellas, siguiendo el voluptuoso ritmo del vals:

—Es un muchacho de talento... ¿Qué tales versos, eh?

Doña Manuela, poniéndose seria, adoptó la actitud solemne de los ratos culminantes de chismorreo: los ojillos entornados, el gesto compungido, rugoso el ceño, respondía con intensa melosidad y lentitud.

—Mire usté, mi querida señora; todo estaría bien si este don Arsenio no fuese tan inmoral... Y si no, dígame usté: ¿á qué viene que se ponga á hablar de los olores de

alcoba delante de las niñas? No hay en eso moralidad, ni decencia, ni nada, ¿verdad?

—Realmente...

—Que nos lo dijera á nosotras, santo y muy bueno. Al fin somos viejas, y ya pasamos por todo eso. Pero las inocentes...

Metióse en seguida en largas historias. Contaba con detalles la vida de Arsenio Urízar, sin omitir pelo ni señal. Era un depravado que no se ocupaba de labor alguna, como no fuese la de escribir cosas malas que nadie entendía. En las noches calurosas, sentábase en cueros á la mesa de trabajo, so pretexto de que la inspiración no venía sin la frescura; vociferaba oprobios de las mujeres, meramente como si se creyese limpio de conciencia. Y luego, como vivía solo, sin alguien que le refrenara... Y sus versos, ¡oh! sus versos eran para perder á un santo. Allí estaba San Antonio, que se vió tentado por ellos. Con sus propios ojos miró ella en un escaparate cierto libro que trataba de eso; haciendo memoria pudo acordarse del título. Llamábase el tal *Las tentaciones de San Antonio*.

Doña Luisa la escuchaba atenta, asombrada de que gentes como la ropavajera hablasen de libros, objetos para ella desconocidos y raros. Doña Manuela suspiraba de orgullo, é iba á continuar la narración con las espaldas encorvadas, misteriosa la voz, cuando un tumulto pobló la sala de gritos y correteos. Chillaban los unos; otros reían socarronamente; los más escurríanse discretos hacia el patio, temiendo que la Posada terminase en la comisaría.

Alberto Fernández, completamente ebrio, se había plantado en mitad de la habitación, insultando á Engenio.

—¡Eres un grandísimo puerco! Yo no tolero que enamores á mi hermana. ¡Bonita quedaría la pobre si tuviera por novio á semejante marrano!

Y revolvía los ojos en las órbitas, con ferocidad, enrojecido el rostro, los labios trémulos, en tanto que Linares le suplicaba con timidez que se callase. Después arreglarían el asunto. No era propio de caballeros disputar en presencia de señoritas.

—No intentes ablandarme. Te desafías conmigo, ó aquí te dejo seco de un tiro...

Fué un instante de confusión. Las señoras que se interpusieron entre ambos contendientes, lanzaron aullidos de terror al oír hablar de tiros. Antoñita, pálida, intensamente pálida, titubeó en acercarse.

—¿Conque no quieres?—rugió Alberto—. ¿No? ¡Pues toma!

Y avanzó hacia Eugenio, hundiéndole en el estómago una botella vacía, que previamente sacara del bolsillo.

Estalló una carcajada, un delirio de alegría, un ataque de risas. Las mamás se estrechaban, convulsionadas; mostraba doña Manuela su desdentada boca, de la que brotaban roncos sónidos; saltaba la granujería; Urízar apoyábase en el muro para no caerse.

—¡Señores!—exclamó Alberto, con los carnosos párpados entornados, dando traspiés—. Si no le maté, ha sido porque el *parque* me lo había guardado ya en la barriga...

La hilaridad creció. Todos recorrían la habitación, apretándose el vientre, con los ojos llenos de lágrimas, balbuceando: «Este demonio de Alberto...» Pero á la que más gracia hizo el lance fué á doña Luisa, que con su corpachón enorme se debatía en la penumbra del rinconcito; á tal punto, que el sillón en que se hallaba crujía, amenazando romperse en mil pedazos. Junto á ella, reía don Hilario con la risilla monótona que le era peculiar, asomando las curvas narices de pico de ave rapaz por encima de la cabeza de su cara mitad. Mas ambos callaron al percatarse de la furibunda mirada que Teresa les dirigía, no pudiendo contener, sin embargo, los accesos que les estremecían, hasta que la moza dijo:

—¡Apenas se comprende que rían estas brutalidades!

Mordíase los labios, rabiosa, con los ojos brillantes, la respiración difícil. Atravesaba entonces la edad crítica de la mujer, los treinta años; comprendía que la derrota más nimia condenaríala al celibato eterno, y que Eugenio Linares, proclamado ya novio de la modista,

era presa que se escapaba. Pero lo que hubo de sacarla de quicio, fué el regocijo de sus padres, de aquellas buenas personas que organizaban fiestas con el fin único de colocar á sus retoños, y que ahora reían cual dos imbéciles.

Antoñita, entretanto, se había sentado, avergonzada, junto á su madre. Adivinábase en su mutismo, en la palidez de su cara y en el temblorcillo nervioso de sus labios, subidísima angustia. Y era que su ilusión, acariciada al borde de la fuente, cuando en el fondo verdoso se reflejaban rayos de luna, rodaba ya de boca en boca, en aquella sala vulgar, seguida de burda alegría. Veía á Alberto vacilante, lanzando bromas con voz aguardentosa; veía á Linares, sonriendo medroso en un corro de señoras, como si le invadiese invencible timidez que á la indiferencia le impulsaba. Y ella, tan fuerte otras veces, tan vigorosa en los rudos combates de la vida, á pesar de su cuerpecito endeble, sintió que sus pupilas se nublaban.

—¿Qué te pasa?—interrogó doña Pepa.

—Nada, mamá. Vámonos.

Y salieron.

Al siguiente día bajaron muy tarde á casa de los Gómez. Antoñita estaba seria. Habló poco. El peso de las miradas de Teresa la hacía sufrir, y en cuanto el baile comenzó, hubo de escapar hacia el patio.

Aunque de Navidad, era aquella una noche triste. Su tristeza impregnaba los soplos vagos del aire, que sollozaba en las grietas; las últimas hojas secas de los tiestos, que barrían el suelo murmurando quedo una cancioncita melancólica; el chorro de agua del lavadero, que todavía destilaba por los caños, estancándose, cual si estuviera cansado, en los montoncillos de lodo. Antoñita paseaba delante de las viviendas adormecidas en dulce sopor. Tranquila en la apariencia, allá en sus adentros germinaba un sentimiento velado antes. Ya no era una inconsciente como el día anterior: amaba.

El farol de la portería había sido apagado. La luna, arrebujada en ese instante en el manto gris perla de una nube, iluminaba tenuemente el cielo. A veces, sutiles

franjas de luz lamían los muros, chocaban contra el cobertizo de cinc del lavadero y bañaban con macilenta claridad las macetas alineadas delante de las puertas. A lo lejos, en la sala, desenvolvíase un tema de vals, lento, caricioso, que llegaba hasta la muchacha en una sucesión de notas agrupadas. Al fin, la música dejó de oírse y las risotadas de los niños poblaron de nuevo el silencio del caserón.

Antoñita se detuvo. Escuchaba rumor de pasos á su espalda, y ni siquiera intentó volverse, invadida por la emoción, sabiendo quién era el que en su busca venía. Cuando Eugenio Linares estrechó sus manos, temblaba.

—Antoñita, ¿qué hace usted aquí?

—Nada...

—Pensé que se había marchado. Y como no me saludó...

Hablaba á intervalos, interrumpido por largas pausas que mal disimulaban su turbación. La rubita observábale de reojo, inclinado levemente ante ella, con el moreno rostro animado por tímida sonrisa. ¡Cuánto temor, y al mismo tiempo qué grande seducción experimentaba cerca de aquel mocetón bajo de cuerpo, de obscuras pupilas, de gruesos labios voluptuosos, de dilatada nariz y de pelo rizado y negro! Quiso huir cuando él le habló de nuevo, mas una energía incontrastable la retuvo allí, inmóvil.

—¿Está usted reñida conmigo, Antoñita?...

—Reñida... ¿por qué?

Linares calló por un momento, algo trémulo. Al cabo, alzando el rostro, murmuró:

—¡Oh! Por lo de anoche...

Brillaron los ojos azules, animados de intenso fulgor. Y ella respondió en voz baja:

—No sería posible...

Permanecieron en silencio. Allá en la sala, el júbilo de la chiquillería aumentaba. El airecillo invernal traía en sus alas cristalinas risas, gritos de alborozo, que hacían contraste con el mutismo de los dos, plantados uno enfrente del otro, sin decirse nada, sin osar siquiera mirarse. Y no era que experimentasen angustia: les

conmovía una atracción mutua, un sentimiento que por timidez ocultaban. Antoñita pensó que el mozo le espetaría una de aquellas frases bonitas que tan á menudo leía los domingos en las novelas de los escritores modernos. Y aunque bien es cierto que ella se consideraba incapaz de hablar á un hombre con el lenguaje florido de sus heroínas predilectas, no lo era menos que barruntaba que Eugenio Linares desbordaríase en lirismos.

Esperó en vano.

El joven, turbado hasta ponérsele las orejas carmíneas, apenas pudo murmurar entre dientes:

—¿Sabe usted?... Repartieron los juguetes ya... Yo elegí éste para dárselo...

Y le puso en las manos el cisne, no pudiendo reprimir suave estremecimiento al rozar sus dedos. Luego, al escuchar las risas de los niños, que crecían, presagiando que la *piñata*, el tradicional cántaro envuelto en papeles de colores y repleto de golosinas, iba á romperse, Linares, arrebolado como un sol de Abril, titubeó, y dijo, mostrando el sitio de la fiesta:

—Sería bueno que entrásemos...

La muchacha irguióse bruscamente, como si despertara de un sueño; le miró, y con presuroso andar hubo de precederle, transponiendo el umbral de la sala, seria, nerviosa, con los labios apretados.

¡Qué bullicio! Todos iban y venían, charlando, entrometiéndose en galanteos y bromas. En sus rincones, los viejos formaban grupitos, mientras que las niñas hacían mohines al apurar las copas de Jerez ofrecidas por los novios. Las Gómez, cariacontecidas, lamentaban su ingrata suerte. Las Posadas terminarían aquella noche y ellas continuaban célibes como antes. Arsenio Urízar, rodeado de amigos, recitaba un fragmento de sus *Poemas salvajes*, obra que escribía de meses atras, y que, al decir de él, revolucionaría el anémico arte nacional. Más allá, doña Manuela, guiñando los vivarachos ojuelos, contaba sus eternas historias á las viejas ávidas de chismorreo.

Antoñita, muerta de tedio, tomó asiento en un ex-

tremo de la habitación, cuando los músicos afinaron los instrumentos para dar principio á un *schottich* muy de moda entonces. Eloísa Gómez, que á pesar de los desdenes del periodista estaba ojo avizor, observó que Eugenio ni siquiera pretendía acercarse á la mustia de la costurera, y acordóse de su hermana.

—Oye—le dijo—. Ahora es tiempo de que hagas cosquillas á esa loca de Antonia.

Y la empujó hacia el estudiante, el cual, arrellanado en el sofá, disponíase á encender un cigarro.

Y un instante más tarde, la hija de doña Pepa vió cómo Teresa pasaba á su lado, abandonándose al ritmo pausado de la música en brazos de Linares.

Comentóse el hecho largamente. Todos se preguntaban sobre la verdad de los amores tenidos la víspera por ciertos. Lena misma no supo qué responder á la ropavajera, que la interrogaba tenaz, dándole dulcecillos en la boca.

A las cuatro de la mañana, después de sobremesa dilatadísima, epílogo de la cena, la familia Fernández hubo de retirarse. Antoñita siguió á su madre y hermana á lo largo del caracol, que se extendía, retorcido, iluminado por la claridad fosforeante del amanecer. ¡Qué extraña sensación le producía el resonar de los peldaños! Creyó tener la cabeza vacía, y varias veces sus piernas flaquearon. A menudo cogíase del pasamanos resbaladizo, deteniéndose para respirar.

En el comedor hallaron á Estéfana, dormida sobre la mesa. El mechero de petróleo de la cocina ardía junto á ella, inundando la estancia de un humillo negro.

—¡Estéfana... Estéfana!...

Despertó, restregándose los ojos, gruñendo. ¡El grandísimo perdido no volvía aún de la calle! ¡Qué escándalo! ¿verdad? Mas doña Pepa nada repuso. La preocupaba poquísimo que su hijo se recogiera en casa á la hora que se le antojase.

—Déjale, Estéfana. Está en la edad.

Antoñita se echó vestida en la cama. El frío de invierno, atravesando las hendiduras de la ventana, tornaba helado el ambiente del cuarto, de ordinario tibio,

y hacía tiritar el cuerpecito de la moza inmóvil y despierta. Pasaron algunas horas. Al fin, cuando el sueño se apoderó de ella, sus ojos estaban húmedos.

Al día siguiente, al despertar, vió que la mañana esplendía, pugnando la luz por entrar en la recámara, al mismo tiempo que en la puerta resonaban golpecitos acompasados, y una voz burlona decía:

—¡Perezosa, dormilona, levántate!... ¡Son las nueve!

Se puso en pie de un salto; deshizo la cama; arregló sus cabellos, que se desbordaban sobre la frente, y exclamó, levantando el pestillo:

—Entra, Lena; estoy bien despierta.

Desde entonces una súbita tranquilidad se apoderó de su ser. Absorta en el trabajo, pasaba las horas sentada á la máquina, canturreando. Entregóse á sus labores con pasión, como si en ellas encontrara dulce consuelo. Era una fiebre de actividad la que le embriagaba, un deseo infinito de hacerlo todo. Al rematar la cuotidiana faena que le encomendase la modista, no podía resistir la inacción: desempeñaba los quehaceres de la casa, las rudas tareas de Estéfana, que lloraba de agradecimiento al observar que la niña se compadecía de su vejez. Doña Pepa la reñía inquieta, asombrada de su energía increíble. Temía que se enfermara, y hasta habló de llamar al médico. Antoñita se opuso. ¿Para qué? Estaba mejor que nunca.

Una tarde, sin embargo, cayó en cama. No respiraba bien; sentía rara fatiga; el corazón le palpitaba irregularmente. Vino el doctor, recetó, y hubo de recomendarle que trabajase menos, que frecuentara los paseos. Preciso era distraerse á su edad, dar libre expansión al ánimo. Cuando estuvo bien de salud supo que Eugenio había partido. Ella misma sorprendióse al ver que la noticia no le produjo un dolor intenso: experimentó cierta tristeza, y nada más.

¿Su amor había muerto?

Aquella mañana, mirando el cisne pequeñito, cuya blancura no deslucía la de su cutis, haciase la eterna pregunta. Luego de haber quedado pensativa, evocando el pasado que se aparecía ligeramente desvanecido por

las brumas del tiempo, sonrió. No, no había muerto; aun estaba allí, en su pecho. Suspiró. No valía la pena de acariciar esperanzas. Quizás Eugenio la hubiese olvidado ya; quizás nunca pensó en una pasión. Y prosiguió en su tarea, sacudiendo el polvo, colocando los muebles en su sitio. Tornó á limpiar la lámpara, poniéndola de manera que el chorro de luz de la ventana se estrellara contra el globo de cristal azul. Recorría el cuarto pausadamente, huroneando en los rincones. Estaba muy bella en su matinal desaliño, con su falda negra, demasiado vieja, y su blusita de lila pálido, un tanto rota por los codos, que, desabrochada en el cuello, permitía ver la garganta lechosa que surcaban sutiles venas. Con las mangas remangadas, trafagueaba, ostentando la blancura de los brazos. El pelo rubio, despeinado, rebelde; los rizos áureos cayendo sobre las sienes é irguiéndose en la nuca; las mejillas, suavemente coloreadas, le daban un aire delicioso de frescor, de vida joven.

Ocupábase de recoger algunas hilachas esparcidas por el suelo, junto al sofá, cuando oyó que llamaban discretamente á la puerta. Reflexionó, sorprendida. ¿Quién podría ser? Nadie acostumbraba entrar por allí á tal hora.

Fué á abrir.

Cuando la hoja giró, con leve chirrido, ella retrocedió, muy pálida.

Eugenio Linares, de pie en el umbral, le tendía la mano, sonriendo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Fondo 1625 MONTERREY

III

De espaldas en el lecho, con el aromoso cigarro entre los dedos, contemplando las espirales de humo que ascendían, Clara Ruiz tarareaba el cancán que viese bailar la noche anterior en el teatro Principal. Su voz chillona, desentonada, llenaba la pequeña alcoba, dominando el rumor de vida que se introducía por la ventana, á través de cuyos visillos adivinábase una pálida mañana de invierno. A veces enmudecía, cerrando los ojos; el vozarrón de la portera, que disputaba con la criada de las Gómez, se escuchaba distinto, entrecortado por las palabras tranquilizadoras de doña Manuela, que desde el amanecer recorría la vecindad, metiendo las narices en todas partes, imponiendo paz á los rijosos y adulando á las señoras, con la santa intención de zamparse un bizcocho ó apurar una taza de chocolate, en cambio de sus buenos servicios. Ladraba un gozquecillo, y de la fuente provenía infernal ruido de cubas que chocaban, de agua agitada.

Súbitamente, la real moza tornó á su cancán, con energía, alegre, cual si le fastidiase el murmullo sordo del exterior, que traía á su mente el recuerdo poco grato de la lucha diaria; que le hacía cavilar sobre la vulgar existencia de los otros, de las bestias que se derrengaban ávidas de pan, ignorando la alegría de vivir, la dulzura de los instantes de ocio pasados en el colchón mullido, impregnado del olor de carne joven, que exhalaba un calorcillo suave, mareante, que sumía los nervios en deliciosa laxitud.

Y de su garganta se escapaban sonidos agudos, metálicos, mientras que con el brazo en alto marcaba el compás. Una nube de gasas, de tobillos rosados, de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las brumas del tiempo, sonrió. No, no había muerto; aun estaba allí, en su pecho. Suspiró. No valía la pena de acariciar esperanzas. Quizás Eugenio la hubiese olvidado ya; quizás nunca pensó en una pasión. Y prosiguió en su tarea, sacudiendo el polvo, colocando los muebles en su sitio. Tornó á limpiar la lámpara, poniéndola de manera que el chorro de luz de la ventana se estrellara contra el globo de cristal azul. Recorría el cuarto pausadamente, huroneando en los rincones. Estaba muy bella en su matinal desaliño, con su falda negra, demasiado vieja, y su blusita de lila pálido, un tanto rota por los codos, que, desabrochada en el cuello, permitía ver la garganta lechosa que surcaban sutiles venas. Con las mangas remangadas, trafagueaba, ostentando la blancura de los brazos. El pelo rubio, despeinado, rebelde; los rizos áureos cayendo sobre las sienes é irguiéndose en la nuca; las mejillas, suavemente coloreadas, le daban un aire delicioso de frescor, de vida joven.

Ocupábase de recoger algunas hilachas esparcidas por el suelo, junto al sofá, cuando oyó que llamaban discretamente á la puerta. Reflexionó, sorprendida. ¿Quién podría ser? Nadie acostumbraba entrar por allí á tal hora.

Fué á abrir.

Cuando la hoja giró, con leve chirrido, ella retrocedió, muy pálida.

Eugenio Linares, de pie en el umbral, le tendía la mano, sonriendo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Fondo 1625 MONTERREY

III

De espaldas en el lecho, con el aromoso cigarro entre los dedos, contemplando las espirales de humo que ascendían, Clara Ruiz tarareaba el cancán que viese bailar la noche anterior en el teatro Principal. Su voz chillona, desentonada, llenaba la pequeña alcoba, dominando el rumor de vida que se introducía por la ventana, á través de cuyos visillos adivinábase una pálida mañana de invierno. A veces enmudecía, cerrando los ojos; el vozarrón de la portera, que disputaba con la criada de las Gómez, se escuchaba distinto, entrecortado por las palabras tranquilizadoras de doña Manuela, que desde el amanecer recorría la vecindad, metiendo las narices en todas partes, imponiendo paz á los rijosos y adulando á las señoras, con la santa intención de zamparse un bizcocho ó apurar una taza de chocolate, en cambio de sus buenos servicios. Ladraba un gozquecillo, y de la fuente provenía infernal ruido de cubas que chocaban, de agua agitada.

Súbitamente, la real moza tornó á su cancán, con energía, alegre, cual si le fastidiase el murmullo sordo del exterior, que traía á su mente el recuerdo poco grato de la lucha diaria; que le hacía cavilar sobre la vulgar existencia de los otros, de las bestias que se derrengaban ávidas de pan, ignorando la alegría de vivir, la dulzura de los instantes de ocio pasados en el colchón mullido, impregnado del olor de carne joven, que exhalaba un calorcillo suave, mareante, que sumía los nervios en deliciosa laxitud.

Y de su garganta se escapaban sonidos agudos, metálicos, mientras que con el brazo en alto marcaba el compás. Una nube de gasas, de tobillos rosados, de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

senos túrgidos, de vientres que se movían, inflamados por el deseo, esbozábase en su cerebro. Era una turba de chicas púberes, de cuerpos aun no formados que se ofrecían; de pechos nacientes, de pechos duros que incitaban al halago brutal; de piernas delgadas, encerradas en malla rosa y ceñidas por listones, que iban y venían siguiendo el ritmo lento. Una avalancha de mujeres marchitas que lucían sus carnes mancilladas, sus gorduras bestiales, como diosas del vicio reverenciadas por sus compañeras jóvenes. Las había flacas, huesosas, que mal disimulaban la ruina viviente de sus talles con algodones; de pómulos salientes cubiertos de polvos de arroz; de labios ajados que ocultaban su lividez tras del carmín; de pupilas opacas, cual si su brillo se hubiese agostado en una eterna mirada de lujuria. Las había robustas, con robustez enfermiza: sus barbillas desaparecían en el ancho pliegue carnoso que deformaba el cuello: sus piernas enormes como troncos, sin curvas, casi aplanadas, movíanse con dificultad; sus caderas anchas, blandas, semejaban informe montón de carne donde se revolcaba la hidra del placer.

Se deslizaban pausadamente, corrían vertiginosas, deteníanse, abrazadas por la cintura, alzando los pies al nivel del rostro, en medio de vaporosa cascada de encajes y de blondas, obedientes á la batuta del maestro, que en su alta silla se debatía furioso, agitando los brazos, encorvándose, marcando los golpes de orquesta con fiereza...

Aquella evocación de Clara era el apoteosis del deseo, la consagración del deleite. Y la joven, maquinalmente, pensaba en los rostros de los espectadores excitados por el lúbrico baile; en las orejas encendidas que temblequeaban con temblor intenso, en las respiraciones entrecortadas, anhelantes. Merced á la fuerza poderosa del recuerdo, creía percibir aún el grito que siguió al cancán; un grito febril, que traducía el ansia de posesión, el ansia de goce, la aspiración suprema al placer despertado por las piernas rosa, por los senos que palpitaban al recibir la luz, por las caderas que ondulaban rítmicas al compás de aquella música loca. Observaba todavía el sacudimiento del público que se agitaba con furores de bestia; el aullido de la muchedumbre ebria ante las actitudes provocantes de las bailarinas.

Y terminó muy quedo, suavemente, como enervada. El cigarrillo humeaba aún entre sus dedos. Lo arrojó al suelo, cerrando los párpados, como si le placiera prolongar el sueño.

No cabía duda. La adoración del hombre por la mujer era inmensa: rayaba en la idolatría; transformábase en culto entre bambalinas y bastidores. ¡Ah! Si ella entrase en el teatro... Ahora, más hermosa que nunca, triunfaría.

Y abriendo los ojos con lentitud, paseaba una mirada amorosa por su cuerpo, que se adivinaba tras de las sábanas, exuberante, pródigo en curvas. Era una caricia tenue, que la envolvía desde el seno hasta las puntas de los pies, que asomaban, levemente sonrosadas, destacándose de la blancura de las ropas, junto á las barras de metal del lecho, que lanzaban débil fulgor al contacto de la claridad gris.

—¡Oh! ser admirada... —murmuró.

Las exclamaciones del cartero, que bromeaba en la portería, hiciéronla reflexionar en la hora. De seguro era muy tarde: el correo se repartía á las diez. Se arrebujó de nuevo entre las sábanas, con encogimientos de gatita mimada. Sería el último sueño. ¡Era tan delicioso el calorcillo que sentía! Hundida en los almohadones, cubierta hasta la nariz por el cobertor, con los párpados entornados, permaneció inmóvil por un momento. Su respiración adivinábase en el movimiento acompasado del pecho. Un rayito de sol la despertó.

—¡Caramba! Ahora sí que he dormido...

Se incorporó, y arrojando las cobijas á un lado, miró su cuerpo desnudo hasta los muslos, del cual se desprendía un aroma tibio. Saltó al tapete lanzando un grito al sentir frío. Cogió las medias de finísima seda negra, y se las puso, muy despacio, sentada al borde de la cama. Luego, abriendo el buró, sacó unas zapatillas de raso azul desteñido por el uso, que mal se ajustaban á sus pies. Quedó un instante indecisa, reflexio-

nando si sería conveniente adormilarse un rato más, y por fin, decidida, fué al espejo, puso en orden sus cabellos castaños, y envolviéndose en viejo chal gritó:

—¡Madre, trae el té!

En su vocecilla aguda dominaba un acento imperativo, acerado tono de mando. Con los ojos fijos en la puerta, esperó impaciente, y hubo de repetir la orden, añadiendo, burlona:

—¡Te dormiste! Buena la has de haber cogido anoche. Eso no me gusta, no me gusta, no me gusta...

Hábito era en Clara insistir en sus órdenes pronunciando las últimas palabras, como si ello coadyuvase á la perfecta comprensión de aquéllas.

Murmurando, acercó al sofá colocado á la izquierda, junto á la pared, una mesita pequeña con cubierta de verde terciopelo manchado.

Después arrellanóse cómodamente. Experimentaba secreto deleite en pasar una hora larga de la mañana semidesnuda, en camisa, con las regordetas pantorrillas al aire y el albear de los brazos, que disonaba de la negrura del chal que apenas la cubría. Convenciase de que así se respiraba mejor, prolongando por unos instantes más la voluptuosidad del lecho. Sobre todo en los días grises, gustaba de las exquisiteces de tal costumbre; tenía refinamientos de cortesana antigua. En medio de las oleadas de luz que bañaban el *budoir*, como solía llamar, con gran asombro de doña Manuela, á la alcoba bien modesta, entregábase á los desvaríos de su imaginación. ¡Oh! si al levantarse tuviera un baño de mármol rosa, digno de su desnudez, donde se hundiera hasta el cuello en el agua perfumada... ¡Qué sensaciones experimentaría allí, recibiendo las caricias de la misteriosa flora acuática que sólo conocía en las novelas; qué dulce placer sentiría desperezándose entre los ciclantos enormes, que se anudarían á su talle cual serpientes; entre los pandanos de finísimas hojas estriadas; entre las tornelias monstruosas! Y soñaba que su busto sobresalía del cristal opalino del estanque, á manera de inmenso lirio blanco, en torno del cual los nenúfares abrirían sus florecillas de tinte sonrosado.

El rechinar de la puerta la hizo despabilarse.

—Mamá, ¡cuánto tardas!

Una vieja empequeñecida, delgaducha, de grandes ojos circundados de arrugas, avanzaba despacio, con un plato y una taza rebosante de té en la mano, las pupilas fijas en el líquido, chillando cuando una gota se desbordaba y corría á lo largo de la porcelana.

—¡Pero anda, por Dios! ¿Estás creyendo que no tengo hambre?

Apresuróse á poner los trastos sobre la mesa. A cada uno de los reproches de Clara, respondía con una sonrisita apenas dibujada en las comisuras de los labios. Y cuando la moza comenzó á disolver el azúcar, agitando la cucharilla, quedó inmóvil, mirándola en silencio, con adoración de perro fiel. Había en su actitud algo de la bestia enamorada del cachorro.

Clarita, al notar que era objeto de tan minucioso examen, rió levemente.

—¿Qué ves?—dijo.

—¡Estás tan guapa!

—¡Ah! ¿Te lo parezco, Silveria?

A ratos, cuando se disipaba de su rostro la expresión de fastidio, llamaba á su madre por su nombre.

—¿Estoy bonita, Silveria?

No respondió: aproximándose á su hija, y con vivísimas muestras de satisfacción, paseó su rugosa mano por las mejillas rosadas, por el cabello castaño, por los brazos redondos, en los que descubría graciosos hoyuelos. Contempló con mirada estúpida los ojos de verde claro, é inclinando el rostro, la besó, temerosa. Clara le dejó hacer; después, con un mohín de hastío, hubo de rechazarla débilmente, murmurando:

—Basta, basta ya...

Doña Silveria tornó á su puesto, delante de ella, pidiéndole dulces.

—Anda, no seas mala, hijita... Me conformo con dos ó tres. Si me los dieras de chocolate...

Gimoteaba suplicante. ¿Por qué negarle una cosa tan nimia, que bien poco valía? Y con sus ruegos iban promesas de ser buena, de no tomar vino, de trabajar

mucho. No; su Clara no padecía ese mal horrible de la avaricia: era bonita, generosa; pero más que nada, bonita, y las niñas como ella, obligadas estaban á complacer á las pobres mamás. Al fin, la muchacha, aburrida, abrió el cajón de la mesa, vaciando en seguida en el delantal sucio de la vieja el contenido de un paquete de dulces.

—¡Vaya! El regalo de Esteban ha sido para ti. Con la mayor frescura te has tragado mis caramelos.

Doña Silveria reía, sin importarle un ardite las recriminaciones infantiles. Era glotona, con glotonería insaciable: su cuerpecillo enteco estremecíase de placer ante las golosinas. A pesar de sus sesenta años, considerábase capaz de zamparse un tarro de dulce sin pestañear, al decir de las comadres del caserón.

—¿Has terminado ya?—interrogó viendo que Clarita había apurado el último sorbo de té y se limpiaba los labios con el chal.

—Sí, llévate eso—repuso ella señalando los trastos.

Bostezó. Aquel día experimentaba una modorra terrible. La desvelada de la víspera y la tristeza gris de la mañana, que palidecía tras de los visillos, le hacían sentir grata pereza: sus movimientos eran pausados, lánguidos, como si la fatiga la rindiera; y sobre las revueltas ideas que su cerebro albergaba, flotaba una muy dulce: el recuerdo del cancán. Asociábase á éste el de la charla que entablara, al volver del Principal, con Esteban Conti. Sabedor el mozo de las aficiones de ella, le propuso, con sonrisilla de buen amigo, que intentase un debut; jactábase de tener estrechas relaciones con el empresario de un coliseo de segundo orden, el cual, á una simple indicación, la haría entrar en la compañía. Pero Clara se negó. Ahora mismo aseguraba á doña Silveria que jamás la sedujeron los salones ínfimos de zarzuela. Su ilusión era codearse con las tiples de alta nombradía y no menos altas artimañas, que de España llegaban.

—¡Ah! mamá. Si yo fuese cómica...

—¡Ojalá! Saldríamos de esta situación.

Y comenzó á lamentarse de su pobreza. Los cincuenta pesos mensuales de la pensión, eran insuficientes. Todo había encarecido... ¡El tendero de la esquina, un judío que aumentaba los precios á su antojo, estafando á la clientela, muy cariñoso, muy afable, con las manazas en el vientre, dábase la gran vida á costillas de los pobres! ¡Oh! si la niña fuese cómica... Son las mujeres de teatro personas que comen bien y visten ricamente. Y luego, ¡las ensalzan tanto! Los periódicos hacen grandes elogios, arruínanse los aristócratas; y ¿qué más? hasta los diputados, esos señores tan graves y pagados de sí, se suicidan por ellas.

Animóse. Brillaban sus ojos enrojecidos; de su boca, que despedía un tufillo á alcohol, salía un raudal de frases, un palabreo incomprensible en ella, de ordinario tan callada. Sí; era preciso que pisara su hija las tablas, que fuese célebre, como su palmito lo merecía; que derramara el dinero á manos llenas en el tugurio aquel, tornándolo alegre y suntuosa mansión. Entonces otra sería la existencia: comería ella los dulces que le viniesen en gana, tomaría una criada, que bien había menester por su edad y sus achaques, y su queridita no se aburriría en adelante. Arrojaría al basurero las cursis zapatillas azules. Toda su ambición de borracha hubo de desbordarse en torrente de súplicas. Erguíase manoteando, como si creyera fácil por extremo ver el nombre sugestivo de Clara Ruiz en letras de molde tamañas, luciendo en los carteles. ¿Que no era posible? ¿Por qué? ¿Acaso por la decencia?... ¿De dónde procedía ella, doña Silveria, si no de un teatro de provincias, del que la sacó, enamorado hasta los tuétanos, el difunto coronel Ruiz?

La moza escuchaba pensativa. A veces, sus dedos se contraían en crispaciones nerviosas. Como á su madre, atormentábala una codicia loca. Envidiaba á las jóvenes de la *high life*, que, á diario, en sus paseos por las calles, miraba hundidas en el fondo de sus carruajes como princesitas; la acometía sorda rabia al ver los trajes lujosos, las joyas, los palacetes soberbios que se alzaban allá en los barrios nuevos, Bucareli, la Reforma, lejos de los suburbios que albergaban á los míseros;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

indignábase al ver en el teatro á las damas que hacían mohines en los palcos, rodeadas de caballeros. ¿Por qué ella, hermosa, anhelante de placeres, se agostaba en un rincón ignorado, arrastrando sus faldas descosidas, pisoteando el arroyo con sus botitas rotas? ¡Oh, no; no era justo; el mundo pareciale informe montón de cieno, hediondo fangal!

Una tarde, al volver á casa, lloró. Había llovido, y el asfalto, cubierto por sutil capa de barro, haciase resbaladizo. Al atravesar por la Mariscala, apresurada, bajo finísima lluvia, sin paraguas, con las enaguas recogidas hasta los tobillos, hubo de caer de bruces, prorrumpiendo en agudo grito. Un vejete que la seguia corrió hacia ella, y cogiéndola del brazo, la puso en pie. Iba á darle las gracias por su fineza, cuando él, escudriñándola con picarísimos ojos, le hizo una proposición formal, tan formal, que le ofreció algunos duros por el favorcillo. ¡El gran bellaco! ¿Acaso tenía ella algo de común con las mujerzuelas? Todavía hoy recordaba el suceso irritada, no porque juzgara imposible que la mujer se entregase por ansia de oro, sino porque una venta como la propuesta, por un puñado de monedas, la hería en su orgullo.

Sí; era necesario vivir otra vida, escapar del antro de miseria en el cual languidecía, como flor mustia. Odiaba la casuca, tan fea, tan estrecha, con su recámara semejante á cuarto de muñecas, su comedor, donde doña Silveria dormía sobre la mesa, y su cocinilla de paredes ahumadas, que chorreaban grasa.

Había nacido para algo mejor. No aspiraba á ser, en el porvenir, ama de llaves ó fregatriz, ni á casarse con un pobrete. ¡Dios mío! ¿De qué servían aquella cara y aquellos ojos?

Añoraba los años de colegio. ¡Ah, no volverían los buenos tiempos!... ¡El pasado! ¡El pasado!

Veíase niña aún, muy sonrosada, muy mona, con su vestidito de merino azul, correteando por el parque del colegio del Sagrado Corazón. Entonces sí que era dichosa. Comía con sobriedad, como ahora, pero cosas buenas; bebía excelentes vinos; gastaba magníficas telas, y dormía á pierna suelta, arrullada por el acento nasal de las hermanitas, ignorante de la existencia de perros que más tarde sufriría. Los domingos visitaba á los autores de sus días. Su padre, un veterano coronel de la Reforma, adorábala. Bien es cierto que no desperdiciaba ocasión de empinar el codo, en unión de viejos camaradas. Juraba que se rejuvenecía ante una botella de buen coñac, recordando los azarados tiempos de la degollina, echando pestes en contra de los cochinos *mochos* y refiriendo, con donosa frivolidad, anécdotas relativas á la expulsión de las monjas. Era de verle sentado á horcajadas, con los bigotazos temblorosos por la emoción, los ojos chispeantes, hablando de los curas. ¡Cañones! Esos cazurros que todo el mundo creía tan humildes y reñidos con el pecado, predicando el bien por todas partes, no merecían otro nombre que el de pillastres de tomo y lomo. ¡Que si quieres! El, con aquellos luminares de ojos que la Naturaleza le diera, había sorprendido á una monjita besuqueándose con un presbítero antes de abandonar el santo claustro. ¡Cañones! ¿Se lo imaginaban ustedes? Y su charlatanería desbordábase en casa. Era un hombretón desprendido, que emborrachaba á la bendita de su consorte—la señora aquella que en sus mocedades le entusiasmara en un teatrucho cantando *La paloma*—, haciéndole creer que en el rubio vinillo residía la felicidad, que no conocía, en su gloriosa vida de luchador, deleite más exquisito que el de achisparse. Así, los haberes se derrochaban en el hogar, habiéndose dado el caso de que, en las postrimerías del mes, la espada del digno veterano fuese á parar al montepío.

Pasaba el tiempo en una embriaguez de delicias. Clara, en el suntuoso colegio, codeándose con las chiquillas de la aristocracia, hijas de ministros, de banqueros, de grandes negociantes; doña Silveria, recluída en su glotonería y borrachera, engullendo buenas tajadas y apurando copas rebosantes; don Hermenegildo, paseando sus años de soldadón retirado por cantinas y antesalas: estaban en el paraíso, deslumbrados por el fulgor de su propia apoteosis.

Pero cátate que en caluroso día de Mayo, cuando

horrible epidemia devastaba la ciudad, el héroe de la Reforma volvió á su morada enfermo, con la redonda cara roja por la calentura, las pupilas inyectadas, temblonas las piernas. Metióse en cama vociferando, y esa misma noche deliró. Venido que fué el doctor, una celebridad en boga, declaró, con entonación grave, que el benemérito coronel don Hermenegildo Ruiz padecía un tifus gravísimo. En seguida se llamó á Clarita, quien, al salir del plantel, sonreía, pensando en alguna fiesta; los parientes pobres, avisados del suceso, acudieron también á la antaño ruidosa mansión, huyendo luego á la desbandada, temerosos del contagio.

¡Qué soledad y qué tristeza! Allí, junto al lecho del moribundo, se hallaron las dos: la mozuela de doce años, pálida á causa de los insomnios, ojerosa, mohina por el contratiempo que turbara sus alegrías de colegiala; la futura viuda, bebiéndose sus lágrimas mezcladas con el coñac de la botella que á mano tenía, dolorida de su desventura, mirando con ojos brillantes de ebria al enfermo, al cual llamaba «su adorado coronel». Ya de antemano gemía, presintiendo su miseria, su vida obscura después de la época deslumbrante en que sació sus apetitos; su vejez, rodando por los barrios, en húmedos tugurios.

—Pero mamá—decía la niña—; tú te apuras por nada. ¿Cómo sabes si papá nos deja algo con que vivir cómodamente?

Discurría con seriedad, reflexionando, cual podría hacerlo una mujer de treinta años. No se mueren las personas así como así. No obstante, doña Silveria replicaba que su querido esposo se encogía de hombros cuando de herencia le hablaban, y juraba como un carretero que las monedas eran para gastarse y nada más que para eso.

Días lúgubres fueron aquellos en que madre é hija se adormecían en el ambiente asfixiado de la recámara. Veían venir á la muerte en la faz angustiada del agonizante, mas no venía sola, no: acompañábala una sombra siniestra que apenas vislumbraban en el estado de holgazanería y de lujo en que vivían. Se apoderaba de

ellas una sensación de frío al pensar en la estrechez. Todavía conservaba Clarita un recuerdo imborrable de la cuarta noche de velada.

Llovía. Con la frente apoyada en los cristales, miraba caer el agua en delgados hilos, que al chocar contra el suelo producían un quejido lento, doloroso, que ella escuchaba entrecortado por los lamentos roncos de su padre, que moría allá en el rincón débilmente iluminado por la lámpara. La ancha avenida extendíase hasta el horizonte, donde el relámpago hacía jirones el cielo obscuro. La luz de los focos reflejábase en manchas blanquecinas que lucían á intervalos sobre el pavimento mojado. Las fachadas, altas, irregulares, recortaban el espacio en una línea sinuosa, y los arbolillos plantados junto á la acera estremecíanse, azotados por el aire. Absorta, oía el golpetear monótono de la lluvia sobre la ventana: era una música triste que parecía evocar cosas pasadas, y que calmaba un tanto su ansiedad. Habían sonado las tres de la mañana, y la calle estaba silenciosa, sólo turbada por la tormenta, que á veces arreciaba y otras decrecía hasta convertirse en llovizna fina, suave, como *fru-fru* de sedas. Un simón desvencijado pasó, con el chirriar de sus muelles, al galope de cidos flacos rocines que inclinaban la angulosa testa chorreando agua. El ruido la sobresaltó: creía soñar. Continuó mirando, entristecida. De súbito, el aguacero cesó. En el Oriente se insinuaban tintas sonrosadas, casi pálidas, que presagiaban la aurora, la aurora de un nuevo día, que quizá fuese el primero de su infortunio. Y en su rinconcito, envuelta en la cortina, se imaginó que despertaba en la cama blanca del colegio, sin amarguras, sin penas. Por un instante olvidóse de todo, del enfermo, de la temida pobreza; contemplaba el amanecer con la sonrisa de la muchacha que espera la luz para entregarse á sus juegos.

Percibió blando rumor de pasos. Alguien se acercaba. Al principio fué una mancha borrosa, luego sus contornos se dibujaron en la sombra, y bajo la luz lívida que inundaba la esquina, Clarita vió á una mujer y á una niña que avanzaban por la acera, con los pies des-

calzos, las faldas recogidas, tiritando, caladas hasta los huesos. Iban despacio, como si la fatiga las doblegara; saltaban las charcas siempre juntas, cogidas de las manos, cual si necesitasen una de otra para soportar su miseria...

Huyó de la ventana, estremecida. Sentía que las lágrimas subían á sus párpados y que la congoja la torturaba más. Corrió, abrazándose á su madre. La vieja dormía, y al recibir la caricia loca de su hija murmuró algunas frases ininteligibles, cayendo sobre el respaldo del sillón. Entonces, en busca de otro refugio, volvió el rostro en dirección de su padre: la faz lívida, los ojos empañados, crispadas las manos, don Hermenegildo lanzaba el último aliento. Ni siquiera pretendió incorporarse. Las ansias de la muerte no le hicieron presa. El, antaño bullicioso, chocarrero, expiraba sin una palabra al sufrir el enfriamiento de sus miembros enardecidos por la fiebre. El, en otro tiempo tan erguido, con su cabeza de soldadón satisfecho, estaba allí, sobre la cama, con la boca abierta, inmóvil. Había emprendido el gran viaje sin decirles adiós; partió sin un lamento, sin una mirada para ellas, que en adelante quedarían entregadas al destino, á su propia fortuna, al basurero, á manera de guiñapo lujoso que, incapaz de no desentonar en sala modesta, es arrojado al montón de las cosas inútiles.

Se aproximó, muda, aterrada. Lentamente hubo de arrodillarse, como si temiese á alguien; cogió la mano fría que resaltaba de la nitidez de las sábanas; la estrechó con fervor entre las suyas; imprimió sobre ella sus labios helados, estallando en lágrimas. Un leve resplandor dorado atravesaba los visillos, y afuera se oía el musitar de la lluvia...

Al día siguiente, no bien desapareció á la vuelta de la calle el negro féretro del veterano, seguido por un regimiento, los acreedores emprendieron el saqueo. No fué tarea larga. Al cabo de una semana la mansión quedó limpia como la palma de la mano. Desaparecieron los muebles de lujo, las mesas talladas, los ajuares, unos primorosos ajuares estilo Luis XV, que eran el orgullo del militar y la envidia de los parientes pobres; las estatuas de bronce, los cuadritos de pintores anónimos que tanta alegría daban al comedor, las vajillas nuevas, las macetas de camelias, de begonias, de gardenias, las joyas adquiridas á costa de trampas sin cuento. Hasta *Lulú*, una hermosa cacatúa que lucía su plumaje blanco en el centro del corredor, aprisionada en gigantesca jaula de metal, fué arrebatada por aquellos ladrones, á pesar de sus chillidos de espanto. Clara salió del colegio. Las señoras del Sagrado Corazón reclamaban nada menos que tres meses de pupilaje, y era imposible pagarlos. ¡Bien lo había presentido! La mirada con que envolviera el parque el día en que la llamó su padre moribundo, era la última.

Después del derrumbamiento vinieron las miserias, las comidas demasiado frugales y los trajes pobrísimos. Y habrían alcanzado la sima, sin la pensión que les otorgara el gobierno y el auxilio—que al principio creyesen nobilísimo—de don Antonio Cortezo.

Nobilísimo, sí. ¿Cómo podría dudar Clarita del amigo íntimo de su padre, del que infinitas veces, cuando era niña, la tuvo en sus rodillas y la divirtió con sus juegos? Todavía se imaginaba verle, sonriente, con sus grises patillas, sus adormecidos y en ocasiones relampagueantes ojos y su vientre respetable. ¡Señor, lo que son los hombres! ¿Quién podía concebir que don Antonio, que prestó franca ayuda en amargos trances á la viuda é hija de su amigote, osaría más tarde murmurar al oído de la moza deshonestas y repugnantes proposiciones? Ni ella misma atrevíase á creerlo cuando le vió arrodillado á sus pies, trémulo, balbuciente; y sólo hubo de convencerse al despedirle indignada, á tiempo que él, irónico, le dijo desde la puerta: «Si algún día necesita usted de mí, sepa que estoy á sus órdenes.»

¡Ah, Dios bendito, qué caída! Ahora ocupaban aquella miserable vivienda, allí, en la calle de San Juan de Dios, á un paso de la Alameda. En el transcurso de seis años, doña Silveria amoldóse á su situación. Hundida en la glotonería y en la embriaguez, cerraba los ojos, aceptándolo todo, hasta el papel de sirvienta que le re-

servó su hija. Esta, menos accesible que la viuda del grande hombre á la resignación, añoraba el esplendor muerto, conservando ridículos hábitos, haciendo vida ociosa. Entregóse al agradable placer de no hacer nada: se la veía recorrer las calles, sola, engalanada con vestiditos que mal ocultaban su estrechez; acostábase tarde, hablaba poco y dormía hasta las once. Al observarla, dijérase que carecía de ambiciones. No obstante, en lo recóndito del alma alimentaba de tiempo atrás un furioso deseo de reconquistar lo perdido, de subir, de subir muy alto. Le conmovía sorda rabia, cuando, en sus paseos, las amigas de la niñez, las que antaño se atracaran de dulces á costa suya, hacíanse las indiferentes, fingiendo desconocerla. ¡Oh! ¡si le fuera posible aplastarlas! Así, permanecía en acecho. Ella, consciente de sus anhelos, y la vieja, ignorante aún de sus propios deseos, eran dos bandoleros prontos á desvalijar al primer incauto.

Por eso la idea de una medianeja posición adquirida por medio del teatre, las embebía en mil reflexiones. Clarita Ruiz, inclinada, absorta, miraba la punta de sus zapatillas azules, oyendo, sin darse cuenta de ellos, los consejos de doña Silveria, que hablaba con la boca llena, corriéndole por las comisuras de los labios dos hilillos de almibarada saliva.

—Esteban tiene razón—decía—. Yo necesito de la celebridad... No soy fea ni demasiado tonta; otras, con menos méritos, han triunfado... Si me decidiese... Si me decidiese...

De su entrecortado soliloquio vino á sacarle un medroso pensamiento de la vieja.

—Oye, hijita. ¿Y si el señor Conti, como don Antonio Cortezo, pensara...?

—¡Oh, mamá! — exclamó ella, interrumpiéndola—. Eso sería difícil. Esteban tiene novia. Y aunque yo le concedo algo, que lo alcanzara todo me parece imposible... Hay que saber vivir, madre; hay que saber vivir...

Intensa claridad inundó el cuarto. Adivinábase el patio, bañado por el sol; y si las paredes de enfrente no fueran tan altas, la muchacha, que con regocijo admiraba aquella resurrección de los días de primavera, habría podido ver, tras de los visillos, un pedazo de cielo azul, muy claro. Levantándose, dijo:

—¡Vaya! veremos lo que debe hacerse. Por de pronto, ya que el sol ha salido, iré á desentumecerme á la calle. Lena me prometió venir. ¿No la has visto?

Doña Silveria movió negativamente la cabeza, saboreando el último puñado de caramelos.

—¡Diablo de chica!

Y la vieja se retiró, cerrando la puerta, mientras que Clarita comenzaba á vestirse.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV

Por la tarde, á las seis, Estéfana volvió de hacer las compras. Con el enorme cesto repleto de golosinas al hombro, á duras penas hubo de subir el caracol, que aquel día brillaba, limpísimo, en fuerza del terrible fregoteo á que lo sometiera. Poco antes, al llegar al descansillo del primer piso, encontróse con doña Manuela, que, con las antiparras montadas en la punta de la nariz, zurcía unos pingajos, mirando de rato en rato el patio de la vecindad, que tronaba á esa hora con el último trafagueo. Invariablemente, hallábase allí al atardecer, enterándose desde su cuchitril de los nimios sucesos que agitaban el caserón, deteniendo á las gentes que entraban ó salían, adulándolas con mimos y palabrejas dulzonas, ávida de chismorreo. Y como Estéfana tenía ciertas semejanzas de carácter con la cizañera, ambas veíanse como excelentes amigas, recibiendo regocijadas los ratos de palique, las charlas de vidas ajenas que sus encuentros les deparaban.

—¡Eh, querida Estéfana! ¿Adónde va usté tan cargada de cosas buenas?

La vió venir desde que entrara al zaguán, en el instante mismo en que había alzado la rugosa cara, chupándose el índice á causa de un pinchazo de la aguja. Después, cuando la cocinera ascendía los desgastados peldaños, arrastrando los pies, con la apergaminada faz bañada en sudor, le dirigió la melosa pregunta. Sonrió Estéfana, mostrando el canasto con guiños maliciosos.

—Ya lo sabe usté. Voy para arriba...

—Pero no corra. Espérese, querida. Sus charlas son como la miel... Un ratito, un ratito no más. No vale la pena de largar los espíritus.

Se detuvo. Dejó la cesta en el suelo; limpióse el fatigado rostro con el rojo pañuelo floreado; y cruzándose de brazos, escuchó.

—¿Conque hay comilona allá?

Estéfana se sorprendió. ¿Cómo lo sabía?

¡Señor! No era posible que acontecimientos de por sí raros en aquella morada, pasasen inadvertidos, máxime para personas que, como ella, sabían dónde penaban las ánimas del purgatorio. Lo adivinó desde la víspera, al notar la ausencia de su querida Estéfana en el corrillo del patio. Se decía que lavaba la escalera, y que en casa de doña Pepa emprendíase una obra de aseo general para recibir á las amistades. Además, la dependienta de la pastelería en la que compraba su *brioche* para el chocolate, le dijo que Antoñita Fernández había encargado un ciento de pasteles de lo mejorcito. Y don Patricio Mundiedo, el tendero del cual afirmaba la borracha indecente de doña Silveria que era un judío, confesó que con gran asombro suyo, Lena hubo de tomar á crédito cuatro botellas de rico tinto, dos de moscatel sabrosísimo y tres de Jerez. ¡Nueve! ¡Y de vinos legítimos! ¡Un Potosí! Por eso la noticia la aturdía. Para hacer gastos semejantes, de seguro que se trataba de algo gordo.

—Y diga usté, apreciable Estéfana — concluyó—: ¿son muchos los convidados?

Desde por la mañana, la idea de quiénes asistirían á la cena fin de siglo de las Fernández, le hacía cosquillas. Escudriñó semblantes, trajo á cuento conversaciones alusivas. Y todo sin resultado: las caras permanecían impenetrables, y á sus parloteos nadie respondía.

—Pues oiga usté; la mera verdad, á mí no me han dicho nada.

Doña Manuela, con los grises ojillos hundidos en la carnosidad de los párpados, miró de frente á la doméstica. Con los brazos colgantes, ó hurgando el delantal, ésta esquivaba la penetración de la ropavejera, entreteniéndose en pisotear con la punta del grueso zapato un pedazo de cacharro que yacía en el pavimento.

—Ande, ande, vida mía, no se haga la misteriosa...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"

Hoy por mí, mañana por usté, todas necesitamos unas de otras...

Mas no fuera á imaginarse que ella tenía empeño en saber tales músicas. ¡No; por María Santísima que no! A Dios gracias, no había nacido para curiosa. Se interesaba, sí, por la felicidad de las gentes amadas, y por esa razón siempre andnvo á caza de detalles. Por lo demás, podían estar ciertos de que no asomaría las narices por allí. No la atraían fiestas ni chacotas. Hacía presente, una vez más, su profundo afecto por la familia Fernández, de la cual adoraba á Antoñita. Lena también le simpatizó de meses atrás; doña Pepa era una señora modelo, muy religiosa, llena de fervor por Jesucristo y sus Santos Apóstoles; en cuanto á Alberto, reconocía que no obstante sus vicios, era un guapo mozo. A este propósito, recordó que en las Posadas hubo de invitarla á bailar un *two step*.

Sí, lo juraba. Quería entrañablemente á los Fernández, pero no concurriría á la cena. Pondríanle en grave aprieto, caso de invitarla. Que se comieran sus dulces y se bebiesen sus caldos en buena hora. Ella no aceptaría ningún convite, por insinuante que fuese. Estéfana, entretanto, parecía poseída de secreto enternecimiento. Adquiría la convicción de que doña Manuela merecía el calificativo de señora virtuosísima y henchida de bondad.

La vieja miraba al cielo por encima de las antiparras, entrelazadas las manos en actitud devota.

—¡Ah, no, Estéfana; bien sabe Dios que no soy yo de esas amigas falsas que gustan del jaleo! ¿Que hay un festejo en honor de Fulanita? Pues no concurro: celebro su dicha desde mi agujero, y amén. ¿Que se trata de un luto, de una desgracia? Allí estoy, la primera. Exigirme algo contrario á mis costumbres, sería imperdonable...—Y haciendo un gesto de honradez, añadió:—¿Verdad que es bonito pensar así?

—¡Ya lo creo! Pero se me figura que usted se sacrifica demasiado, sin otra compañía que la de ese animal —repuso la maritornes, señalando á *Matasiete*, el viejo gallo que picoteaba granos de maíz en el alféizar de la ventana.

—¡Qué le vamos á hacer!... En cambio otros sienten lo contrario. Allí están, por ejemplo, las Gómez, don Arsenio, don Eugenio y la libertina de Clarita, que irán esta noche... Porque están invitados, ¿verdad?

Cuando Estéfana se dió cuenta de la pregunta, la había contestado ya afirmativamente.

—Sí... sí... me parece que irán... Aunque, si no me equivoco, la niña Clara no ha sido convidada...

Doña Manuela se irguió. ¡El Señor las librara de meter en casa á semejante roñosa! Le constaba haberla visto en trapicheos nada limpios en las calles obscuras. Sentía cólera al oir hablar de la Ruiz, y si echaba pestes en su contra, no era porque la hubiese pillado en sospechosos lances. Hasta entonces no logró apoderarse de la vida privada de la chica, lo cual la exasperaba.

Estéfana cogió de nuevo el cesto. Antes de que marchara, la ropavejera renovó sus expresiones cariñosas para las Fernández.

—Dígales—gritó cuando la fregona desaparecía en lo alto de la escalera—que las felicito en el fin del siglo.

Al pisar los últimos peldaños, una racha de aire frío le heló el rostro. Encorvada, murmurando palabras bruscas, tosió, llevándose el rebozo á los labios. Lena lanzó una risotada al verle asomar la cara flacucha en la penumbra del caracol.

—¡Ya está aquí! ¡Ya está aquí!

Canturreaba palmoteando. Sus mangas, remangadas hasta el codo, dejaban ver los morenos brazos enharinados; las faldas, prendidas con alfileres, no cubrían las piernas regordetas, oprimidas por negras medias. Lucía una dejadez provocativa, con su blusa desabrochada, su cuello incitante, sus crenchas apelotonadas en la nuca, sobre la que alborotaban ricillos rebeldes.

—¡Jesús, niña, si ya mero se desnudaba!—exclamó la criada, mirándola con duro ceño, por más que no le sorprendiesen tales abandonos.

Lena rió.

—¡Caramba! ¿Querías que me pusiera el *dominguero* para amasar harina?

Y seguía saltando delante de la vieja, á la cual prodigaba diminutivos como «viejecita mía», «abuela de mi alma», «carcoma adorable». Estéfana, contra su costumbre, sonreía al verse llamada así. Pero lo que hubo de sacarla de quicio fué lo de «carcoma». ¿Por qué burlarse de su ancianidad? Otras había menos bien parecidas que ella, y con montones de años en el espinazo.

Entraron en el comedor. Lena llamó á Antoñita, que cosía en la sala.

—¡Antoñitaaa! ¡Antoñitaa! ¡Ven!

No respondía. Ambas escuchaban el ruido acompasado de la máquina de coser, que no se detenía un momento, entonando siempre la canturria monótona y dulce. Al cabo, la mocita decidióse, y entró como trompa en las habitaciones, riendo, con su eterna risa de pilluela. Mas volvió luego; Antoñita hallábase muy atareada, y sólo ella y Estéfana podrían ocuparse de los preparativos de la cena. Examinó en seguida el contenido del cesto. Sobre la mesa puso un trozo de Gruyère, que exhalaba un olorcillo fétido, pero agradable; medio kilo de jamón, de tinte rosa veteado de blanco; gruesos salchichones brillantes de grasa, sobre los cuales aun se veían jirones de papel de estaño; pomos de *picklés* á través de cuyo cristal se columbraban pedazos de coliflor ennegrecidos por el vinagre, zanahorias pequeñas que habían perdido el amarillo claro que lucían en el mercado; pomos de mostaza, achatados, con sus etiquetas azules en idioma que ella no comprendía. Y le fué necesario introducir el brazo en la cesta para extraer dos lenguas ahumadas, muy blandas, que temblequeaban en sus manos. Agitó después la botella de aguardiente que encargara con objeto de preparar el ponche.

—Es Parras del bueno—afirmaba Estéfana, chasqueando los labios—. El mismo señor Mundiedo me dió una copita...

Sonreía, mostrando los dientes negruzcos, al acordarse de las galanterías del tendero. No era aficionada á juergas, mayormente cuando comprendía que se realizaban á costa de Antoñita. Pero ¡qué diablo! no le parecía mal echar una cana al aire para decir adiós al siglo. Y enarboló los panes dorados que la muchacha miraba con desconfianza, asegurando que no los había más ricos en parte alguna. Luego, sin transición, como si no pudiese disimular el móvil de su extremo regocijo, hábilmente fingido para halagar á la pequeña, alzó la angulosa testa, fijando en aquélla los grises ojos.

—Oye, niña—dijo tuteándola, como solía hacerlo con sus amos, á excepción de la costurera, en los ratos de esparcimiento ó tristeza, que la hacían olvidar que no eran éstos los chiquitines que había conocido—. ¡Si vieras lo que me han dicho!

La chiquilla no la oía, abstraída en alinear en el aparador las botellas de Jerez, que lanzaban pálidos destellos al ser acariciadas por la indecisa claridad de la tarde.

—Doña Manuela... La pobre... ¡Las quiere tanto á ustedes!... ¡A ti, sobre todo!

—Pero, mujer, dilo de una vez. ¿Qué deseas?

—No la invitaron, y sabe que habrá fiesta hoy.

Su voz cascada tenía inflexiones dulces, y entornaba los párpados, compungida, cual si oyera todavía el estribillo de la comadre.

—Ella tiene la culpa, por chismosa.

—¡Válgame, niña! ¿Cuándo supiste tú que murmurase del prójimo? Al contrario, alaba al mundo entero. Cuenta que eres preciosa...

—¡Cuidadito con los piropos!—gritó Lena, amenazándola con ademán infantil.

La vieja la miró maternalmente.

—¡Vaya!—suplicó—. ¿Me permites que la llame?

Lena simuló enojo. ¡Bonito iba á estar aquello con la bendita señora. Ya tenían para divertirse con las historias de doña Manuela. Mas, en fin, puesto que ella mostraba tal empeño, que la invitase... ¡Eso sí, con una condición! Estéfana no la reñiría en adelante. El rostro de la cocinera se iluminó; no esperaba semejante favor de la niña. ¡Buen gustazo se daría por la noche! Y saboreaba de antemano las delicias de los instantes de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

charla que entablaría con su amiga al amor de la lumbre, mientras que afuera tiritaban de frío los personajes.

—Pero ¡qué atrocidad!—exclamó la moza de pronto—. ¡Llamar á doña Manuela cuando Clara vendrá también!

Estéfana quedóse estupefacta. ¡Cómo! ¿Aquella bribona pisaría el umbral de la puerta? Y se mordía los labios, encolerizada, no encontrando palabras que desahogaran su rabia.

Lena consideraba un triunfo el haber logrado de Antoñita que la hija de doña Silveria fuese parte integrante de la reunión. En el ánimo de su hermana cada día acrecentábase más la malevolencia hacia Clara Ruiz. Antoñita veía en ésta á la aventurera de quien todo puede temerse. El aire de misterio que la circundó desde un principio; su existencia ociosa, sus extravagancias, sus recursos ignorados, el ambiente, en fin, de que se rodeara, queriendo aparecer extraña en el vetusto caserón, no agradaron jamás á la modista, que observaba el estrechamiento cada día mayor de las relaciones de Lena con la Ruiz; los nuevos hábitos imbuídos en la chiquilla maliciosa, que ella creía, sin embargo, inocente; los asomos de erotismo que empezaban á manifestarse en sus acciones pueriles. Meses antes, al iniciarse la amistad que tanto la contrariaba, opuso una débil resistencia, procurando interesar á su madre en el asunto. En la ternura de Lena por la desconocida, presentía un peligro. Mas ya fuera que doña Pepa, que comenzaba á entregarse á la religión, no pensara igual que su hija, ya que, dado su genio indiferente, hiciese poquísimo caso de tan reiteradas advertencias, no impidió el desarrollo de tales relaciones, sino que, por el contrario, hubo de fomentarlas. Era justo—decía—que la pobre niña se distrajera. Si no se le proporcionaban paseos ni se le permitía salir más allá del zaguán, ¿por qué oponerse á que tuviese una amiga?

Pasaron los días. Antoñita, vencida, cedió á los mimos de la mocetona. No obstante, cuando Lena le suplicó que dejase venir á casa á Clara, no consintió en ello. Apenas si la saludaba, y varias veces, durante la comida, indignóse hasta las lágrimas al insinuar doña Pepa la idea de una visita á la viuda del coronel.

La víspera, al regresar aquélla de la Santa Veracruz, hizo á la mayor de las niñas una proposición que la muchacha aceptó resignada, pero con la tristeza en los ojos.

Tratábase nada menos que del padre Morales. El digno sacerdote, ansioso de contemplar á sus anchas la agonía del siglo XIX, habíase lamentado en la sacristía, delante de algunas devotas, de la dificultad de realizar tan ferviente anhelo, por razón de que sus achaques le impedían pasarse una noche de claro en claro en la vetusta torre, solitario y en silencio. ¡Ah! los años... Le pesaban bastante á esas fechas... Y sonreía, con sonrisa de mártir, mesándose los pelos lacios, en los cuales brillaban algunas canas... ¡Sería tan bello atisbar el fin de ese siglo que llamaban de las luces y él calificó en innúmeras ocasiones de impío!

Las señoras se miraban consternadas. El venerable padre, honra y prez de sagrados oradores, quería, sin duda, anatematizar al siglo. ¡Y era imposible! ¿Por qué? ¡Por algo bien sencillo! Por carecer de una morada alta.

—¡Dios mío!—exclamó al percatarse del interés que su deseo despertaba—; ¡si la cosa no vale la pena! Ha sido una pequeñez, y nada más... Prevengo á ustedes, mis queridas señoras, que no aceptaré ningún convite... ¡Bastante tienen ustedes con sus esposos y pequeños hijos, para ocuparse de mí!

Y bajaba los ojos candoroso. Mas al observar que las damas cuchicheaban, discutiendo quedo, como si temieran herir su discreta susceptibilidad, tronó alzando la voz. ¡No, por María Santísima, le darían una seria desazón al obstinarse en hacer caso de sus futesas! El, siervo de Dios, allí estaba, no para placeres, sino para postrarse ante el altar, rogando por los pecadores.

Fué una conquista lenta. Las viejas, encabezadas por doña Pepa, le persuadieron de la virtud de sus intenciones. El decía que no con la cabeza, citando ejemplos de santos que habían extinguido su mísera existencia en la obscuridad de las cavernas. ¡Ya podían

desgañitarse, que no conseguirían su empeño! Entonces, sudorosa, armada de místico valor, la horda beata le recordó que el siglo futuro necesitaba de bendiciones y plegarias. Justo era evitar, por medio de la oración, que en el porvenir aparecieran aquellos anarquistas de los cuales hablaba él tanto.

—¡Ah, sí— rugió el cura—; urge impedirlo, sí, urge! ¡Se hundiría la tierra, sobrevendría el juicio final, en cuanto asomaran su repugnante faz en el mundo los impíos como Voltaire, Spencer ó Zola!

Fué un arranque lírico, muy común en él. Las viejas sonreían, asombradas de tamaña enjundia, y cuando terminó, gritaron todas á coro:

—Luego, ¿por qué no quiere usted ir?

—¿Adónde? ¡estoy dispuesto!

Doña Pepa adelantóse, y dulcemente le hizo la invitación. Le esperaba en casa, allí, á un paso, al día siguiente por la noche.

Antoñita, sorprendida, accedió, sin vacilación casi, á las instancias de su madre. La turbaban en su soledad; pero ¡la pobre madre era tan buena, que bien valía la pena de ser amable! Además, Lena se encargaría de todo. Estaba como unas pascuas al enterarse de la fiesta. Habló de hacer los pastelillos famosos, y acto continuo insinuó sus deseos de traer á Clarita. Merced á sus gracias, á sus caricias seductoras de chiquilla, hubo de domeñar la renuencia de su primogénita, ayudada, por supuesto, de Alberto, á quien no disgustaba la moza de abajo.

¡Y ahora quería Estéfana que viniese Manuela! No; imposible. Y meditaba mientras que la maritornes, con los amarillentos ojos chispeantes, hablaba de no meterse en cosa alguna, caso de que la buena señora sufriera un desaire.

—Bueno; ¿qué resuelve usté por fin?

—Pues que venga, ¡qué caray! Te la guardas allí, en tu cocina, para ti sola, y asunto concluído.

Y entonó de nuevo su canción, en tanto que la vieja, regocijadísima, entraba en la cocina, dispuesta á fregar los trastos como lo hacía en sus quince.

En la sala, el sol había desaparecido ya, hundiéndose en el poniente, seguido por las miradas dulces de Antoñita. Del lívido crepúsculo apenas si restaban manchas de claridad esparcidas en el cielo, que abrillantaban los nubarrones grises amontonados por la tempestad de la noche anterior. En el horizonte, más allá del mar de azoteas negruzcas por la humedad, de las cuales se destacaba la blancura de las ropas puestas á secar, extendíase delgada franja de luz de amarillo sucio. El airecillo suave que soplaba, barría lentamente el espacio, y el cielo, antes nuboso, adquiría de nuevo su tinte azul. El ambiente del cuarto tornábase helado. Antoñita, estremecida por las oleadas de viento que entraban por la ventana, no se detenía en su tarea. Trabajaba de prisa. La fiesta cercana robaríale algunas horas, que era preciso recobrar, apresurándose. A veces, embebida en su labor, entreabría los labios, dando paso á su vieja tonadilla, que parecía revolotear, jugueteando en el taller oloroso á juventud con su ramo de flores colocado en el jarrón de porcelana, encima de la mesa.

Con las últimas palideces del otoño se habían marchado sus ilusiones. Su amor, por tanto tiempo acariciado, aquel amor que naciera cuando ensoñaba al borde de la fuente, escuchando el lento gotear del agua á lo largo de las paredes musgosas, tenía ahora el encanto triste de lo lejano, de lo irrealizable, de lo que no puede esperarse. Dormido durante meses, surgió en su alma más bello, más fuerte, cuando Eugenio Linares, huérfano, tornó á su cuarto bohemio. Despertó al calor de la mano de él, al encontrarse los dos allí, en la puerta, aquella mañana de Octubre; le sintió palpitar enardecido por la esperanza. ¿Cómo creer que era indiferente, si abandonando el pueblo corría en pos de ella?

Y esperó, esperó muchas horas, muchos días...

Pasó el otoño. En los tiestos, los claveles se marchitaron. Los crepúsculos eran más tristes. Le veía de vez en cuando. Iba de visita, ruboroso, tímido, con los ojos bajos, hablando de la escasez de empleos y de la cortedad de los sueldos. Sus recursos se agotaban y pasaba la semana de puerta en puerta, interrogando, suplicando.

En la Alameda cayeron las primeras hojas. Era Diciembre, que entraba envuelto en su peplo de nieblas. Y como un año antes, la resignación la poseyó. Embebíase en el trabajo; se aislaba en la soledad del cuartito, junto á su máquina, sin murmurar palabra, sonriendo, con sonrisa que tenía su poquitín de amargura.

Lena, en cuanto se anunció la cena, dijo riendo:

—No seas tonta. Una tertulia puede acarrearte beneficios... ¡Ya ves! Esos malditos hombres necesitan del trajín y del ruido para desembuchar. ¿Te parece que invitemos á Eugenio?

Antoñita la besó en la frente, sin responder.

Momentos después, Estéfana dejaba en el cuarto de Linares una tarjeta escrita por la morena con caracteres gruesos, casi ilegibles, que decía: «Señor mío y mal amigo: ¿quiere usted subir mañana por la noche? Habrá pastelillos de los que le gustan y buenas tajadas de jamón.—*Magdalena.*»

¿Vendría?

La enamorada moza hacíase esta pregunta, dando las últimas puntadas. En la salita penetraba la sombra, una sombra transparente, azulada, sobre la cual cabrilleaba dorado polvillo de luz. Se levantó, desperezándose, bostezando, y á través de las lágrimas de tedio que empañaban sus pupilas, miró hacia afuera. Un inmenso fulgor blanco cubría á México. Oleadas luminosas ascendían en la apacible calma del cielo, terso como un jirón de seda sobre el cual parpadeaban los astros con brillo tembloroso. De las anchas avenidas, del cercano parque, de los patios que ante ella se dilataban, semejantes á negros agujeros, surgía un rumor confuso: eran risotadas, gritos, charloteos que arrebataba el viento; la alegría precursora del holgorio, la prematura embriaguez de las muchedumbres que despedían al siglo, imaginando un futuro dichoso al presenciar el nacimiento de otra centuria.

Cuando resonaron en la estrecha escalera los pasos de los primeros invitados, doña Pepa, seguida de Alberto y Antoñita, salió á recibirles. Enfundada en su vestido de lana negro, con el cabello entrecano cuidadosamente

peinado, luciendo las religiosas medallas en el pecho, no cabía en sí de puro gozo. Avanzó, muy seria, con menudo paso, al ver que en el último peldaño, apenas iluminado por la luz incierta del farol, insinuábanse las delgadas siluetas de las señoritas Gómez.

—¡Oh! cuánto bueno por aquí... ¿Están ustedes bien?...

Se creía dichosa con la visita de las hijas del socarrón de don Hilario, pues desde el tiempo de las Posadas no transpusieron el umbral de la puerta. Decían atrocidades de la familia Fernández á todo el que tenía la paciencia de oirlas, cifrando su orgullo en no dar los buenos días á la indecente costurera y á su hermana. Lo cual no obstó para que aceptasen la cena.

—¡Cuánto gusto!—repetía doña Pepa, saludándolas—. ¿Y los queridos papás, no vienen?

El vozarrón de doña Luisa se escuchó.

—¡Hilario! Mira que estamos en casa ajena...

Dibujóse un corpachón en la penumbra. Venía doña Luisa fatigadísima, con las blandas mejillas cubiertas de sudor, palpitante el seno. Tras ella, adivinábase, más bien que se veía, el cuerpecillo enclenque de don Hilario, que sonreía malicioso, saboreando aún los pellizcos que propinara á su cara mitad en lo más mullido de las caderas.

Entraron en la sala.

El viejo se interesó por Lena. ¿En dónde se había metido? Y al enterarse de que hacía en aquel instante los famosos pastelillos, se deshizo en elogios. ¡Oh! era una preciosa muchacha; él hubiera querido verla todos los días desde el invierno anterior. Pero las penosas dificultades... Un gesto furibundo de doña Luisa le impidió seguir. Ya que la amistad unía de nuevo con sus sagrados lazos á las dos familias, ¿para qué traer recuerdos odiosos? Lo pasado, pasado, ¿verdad? Y hecha tal declaración, hija de su franqueza proverbial, la mofletuda señora acomodóse en un rincón del sofá, que crujía.

Don Hilario invitó á fumar un cigarro á Alberto, y ambos salieron á la puerta.

—Joven amigo—decía—; tengo por costumbre, y de

ello me envanezco, gastar limpieza en todos mis actos. Mi mujer ha sido la maestra. ¡Qué quiere usted! En casa no se me permite fumar dentro de las habitaciones... ¿Y qué me cuenta usted de sus eruditos estudios? Van bien, ¿eh? Yo no dudo de que su talento clarísimo le haga accesibles las más elevadas cumbres de la ciencia.

Tenía el hábito de la adulación. Envejecido en el ministerio de Fomento, hubo de ganar su empleo á fuerza de arrastrarse. Era meloso con los jefes, altivo con los subordinados. Mas su triste condición de siervo le impelía á prodigar viles elogios á todos los que no estaban bajo su férula. «Es bueno—aconsejaba—aparecer simpático.»

Alberto mintió. Aseguraba que en el próximo año ganaría las primeras calificaciones. La verdad era que en los anteriores exámenes hubo de sufrir un fracaso y que continuaba su vida haragana de estudiante *crónico*, hojeando de tarde en tarde los mugrientos textos y sosteniendo sus vicios con el sueldo risible que ganaba en el Hospital.

—¡Psh! Yo gozaré de un título en menos que se lo piense.

—¡Bravo, bravo!... Aplaudo su intención. Luche, luche, mi joven amigo. La vida es cosa seria y es necesario vivir.

Gustaba de las cláusulas sentenciosas. Leve rubor invadía su rostro y entornaba los ojos grises de ave de rapiña. Sí; él moralizaba á la juventud, él la impulsaba por la buena senda. ¡Lucha y trabajo! Nada de vicios, que los vicios pierden al hombre.

Alberto le interrumpió con un ademán.

—¿Quiere usted que tomemos una copita?

Don Hilario, luego de avizorar á su mujer, que en tal instante estaba distraída en amena charla, dijo muy bajito:

—Si usted me la da...

—Pero le advierto que no tengo á mano vinillos dulces... Los han reservado para las señoras.

—¡Qué importa, hombre! *Bala rasa* es lo que paladeo mejor. ¡Demonio! Ya que de beber se trata, que nos arda el gaznate.

Y don Hilario, olvidado ya de sus moralejas, alejóse en dirección del comedor, del brazo de Alberto.

La sala esplendía con su lámpara azul, que esparramaba vivos destellos. En un rincón, á instancias de Alberto, colocóse un candelabro de bronce, propiedad de Arsenio Urízar, que lo amaba como á la musa. Lena, con su gracia innata, esparció flores. Sobre la diminuta mesa, en grandes jarrones que previamente pidiera prestados en la vecindad, frescos ramos de violetas embriagaban la atmósfera con su perfume tenue. Algunos botones de rosa daban su nota pálida sobre el azul de la alfombra. Más allá, en el muro del fondo, entrelazadas al pie de un cuadro litográfico que representaba á la Primavera semidesnuda y cubierta de pétalos y de hojas, entretejíanse ramas de cedro de un verdor obscuro.

Eloísa y Teresa, aunque roídas por la envidia, prodigaron elogios. ¡Lena era una maravilla de buen gusto! Y cuando la chiquilla apareció, radiante, envuelta en vaporosa falda de muselina, corrieron á ella, mimosas, abrazándola, besándola. Declaró, riendo, que no obstante estar en invierno, usaba trajes ligeros. ¡Eran tan bonitos! Además, ella pensaba que así, sofocada por el calor de la cocina, con su fina piel morena aun tibia, era seductora. Y hubo de corroborar su reflexión al ver que los mozos que entraran momentos antes, mirábanla con insistencia, cual si quisieran comérsela con los ojos.

Lentamente, las sillas alineadas junto á la pared fueron ocupándose. Las amigas de doña Pepa, verdaderas ruinas vestidas de negro, con la cinta azul de las «hijas de María» al cuello, el gesto devoto, las manos cruzadas sobre el pecho, cuchicheaban. Había en el murmullo de sus charlas algo que semejaba rezo. Esperaban con ansia la llegada del padre Morales, volviendo el rostro á la puerta á cada instante, lanzando voces ahogadas al ver que era un extraño el que se presentaba.

Conti, el redactor de *La Aurora*, llegó muy ufano,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

muy peripuesto, con los cabellos engomados, afeitada la barba, los lentes de oro montados con gallardía. Poco después, la figura arrogante de Clara se destacó en el cuadro de la puerta. Los hombres se pusieron en pie. Ella, sonriendo, brillantes los expresivos ojos, avanzó. Lena, que corriera á su encuentro, complacióse en presentarla.

El periodista murmuraba al oído de Alberto, con voz débil:

—¡Chico, es una estatua!

Don Hilario, que se apercibiera de la frase de su presunto yerno, le miró de reojo.

Las Gómez secreteábanse, haciendo mohínes vagos. Francamente, la Ruiz, aunque un tanto regordeta, les parecía hermosa. Pero lo que más las sorprendió fué el traje que llevaba. Era de última moda, estilo sastre, de un amarillo paja indefinible. Las caderas opulentas dibujaban mejor sus líneas bajo la gruesa tela. Lucía en el cuello una cinta de felpa negra, de la que pendía un guardapelo de oro—quizás falso—que centelleaba á la viva luz de la lámpara. Doña Manuela, que con gran estupefacción de Antoñita entró en la habitación, saludando con fuertes apretones de manos, le prodigó infinitas alabanzas. Le placía encontrarla en casa de su señora doña Pepa. Las personas decentes, en su opinión, deberían unirse.

La costurera permanecía seria. A intervalos, deseando aparecer complaciente, sonreía. Hasta hubo de interrogar á Clara, que en ese instante se engolfaba en ruidosa charla con Lena, preguntándole por su madre.

—Está un poco enferma la pobrecilla... Usted sabe que los viejos siempre sufren achaques...

Entretanto, los grupos formábanse lentamente. En el rincón más abrigado, en torno á la dueña de la casa, agrupáronse las viejas, que discutían tranquilamente sobre asuntos místicos. Las calvas venerables eligieron como campo de acción el centro mismo de la sala, allí donde podían codearse con las chicas. Entre ellos descollaba el enclenque don Hilario, que, con su risa cazurra de empleado, pretendía seducir. En la puerta, de pie,

departían los jóvenes, fumando. Conti relató, con frases declamatorias, sus últimos triunfos periodísticos. Había conseguido, gracias á su tesón de escritor potente, que se pusiera un foco eléctrico en apartada callejuela. Confesó que era menester, para evitar escándalos y riñas, que se prodigase luz, y trajo por los cabellos la manoseada frase de Goethe.

Reinaba ansiedad. Por encima de las vocecillas fingidamente aflautadas de las señoritas Gómez, del parloteo frío de Clara, de las palabras melosas de don Hilario, atronaba, con rumor de abejas, el palique de las señoras mayores. Hablaban del reverendo padre Morales, que, no obstante haberles prometido llegar á las nueve, aun no asomaba su rubicunda faz. Sublevábanse. ¡No, qué caray! Preciso era traerle. Ellas no tolerarían un desaire del querido presbítero. Y cuando ya se decidían á poner en práctica determinación tan extrema, en el juvenil grupo abrióse una brecha, por la cual penetró, á duras penas, el tantas veces deseado señor.

Alto, con su enorme corpachón de campesino, sobre el que mal sentaba la flamante sotana, dirigióse lentamente al rincón en donde charloteaban las viejas. Al ver que éstas se levantaban de sus asientos, rodeándole, acariciándole con la mirada, sonrió. Su ancha y mofletuda cara adquiría una expresión de beatitud, y cruzaba las manos sobre el pecho, respondiendo bondadosamente á los piropos que le espetaban las hijas de confesión. Después, presentado que fué á los circunstantes, sentóse en medio del corro de enlutadas devotas, prodigando elogios á la salita.

El poeta Arsenio, con su raído saco negro, su desmesurado corbatón de raso, sus largos y mal peinados cabellos y su inseparable libro debajo del brazo, detúvose en el último peldaño de la escalera.

—¡Arsenio! ¡Oh, Arsenio!

Fué una aclamación entusiasta, que brotó de los labios sombreados por leve bozo. Corrieron hacia él los jóvenes, riendo, atropellándose.

—¡Esperen! Eugenio viene también. Sólo que se quedó atrás.

Y colocando sus manos en torno de los labios, á guisa de bocina, gritó:

—¡Eugenio! ¡Eugenio!

Oyóse una voz, y del negro agujero surgió rumor de pasos. Por fin, estaba allí.

Volvieron á su puesto en el umbral. Urízar, encaramándose en las espaldas de sus camaradas, miró al interior. ¡Cáscaras! ¡Un cura! Las aves negras son de mal agüero. Y volviéndose, hizo alarde de sus ideas anticlericales.

—¡Voto al demonio! —decía—. No voy á parte alguna en donde no les encuentre. Son mi pesadilla.

En el ambiente flotaban suaves aromas. Era olor de pétalos marchitos, voluptuosamente acariciados por la brisa; de céspedes helados, de tierra húmeda. En medio de la baraúnda que se escuchaba, ascendiendo de las calles, oíase á veces el tronar de los cohetes que recortaban el espacio en una línea sinuosa, dejando caer desde lo alto lluvias de estrellas multicolores, miriadas de átomos de un rojo vivo, que salpicaban de sangrientas manchas el azul.

A lo lejos, en el reloj de la vetusta catedral, sonaron las once. Las campanas vibraban sonoramente, con ritmo pausado, esparciendo sus notas argentinas.

La sala se agitó. Mozos y viejos levantábanse. Una oleada de cumplidos lo invadía todo; los semblantes, regocijados por la proximidad de la cena, se iluminaban. Uno á otro, los invitados salieron á la azotea, en dirección del comedor. Los señoritos se disputaban el brazo de las chicas guapas; los viejos, contra su propio deseo, hacían los honores á las matronas de abultados vientres; el padre Morales, rodeado de su beateril cortejo, marchaba riendo con risilla socarrona.

En la sala vacía, en cuyo ambiente caldeado, sofocante, aun erraban los perfumes de las flores, sólo quedó Antoñita. Pensativa, paseó un instante, poniendo las sillas en su lugar, despabilando las velas. Luego, inmóvil, con los brazos caídos, la mirada perdida en la alfombra, sobre la cual yacían las flores marchitas, las hojas pisoteadas, los delgados tallos retorcidos, reflexionó. Parecía indecisa; llevábase las manos á la frente, sujetando bajo las peinetas los ricillos rebeldes. Con la cabeza baja, encaminóse después á la puerta.

Se encontraron junto á los rosales que en la cornisa agitaban sus ramas delgaduchas y anémicas. Eugenio Linares la había visto; la esperaba. Tímido, la saludó, inclinándose. Suave rubor tiñó sus mejillas al ver la emoción de ella, que balbuceaba.

—Buenas noches, Antoñita...

—Buenas noches, Eugenio...

Le ofreció su brazo, y los dos, sin pronunciar palabra, entraron en el comedor.

Si en la sala la luz era pálida, velada por los tonos obscuros de los muebles y el papel de los muros, el cuarto donde los Fernández hacían sus frugales comidas ostentábase centelleante, iluminando con raudales de claridad la vajilla, que se extendía sobre la mesa limpísima, las sillas de tosca madera blanca y los cromos que, encerrados en cuadritos dorados, colgaban de la pared. Sobre los manteles, veíanse alineados los platos, los vasos, las botellas, á través de cuyo cristal el tinto lanzaba destellos rojizos, ó el coñac envolvía en una sombra de dorado matiz los cubiertos colocados á manera de trofeo. Aquí y allí, grandes platos de porcelana guardaban montones de pasteles, en los cuales la crema, derramándose sobre la amarillenta masa, exhalaba un olorcito incitante. En centros de mesa caprichosos, habíanse acumulado las frutas secas, los higos de Smirna, las ciruelas de España, las negruzcas nueces brasileñas. Cuatro botellas de largo cuello atenuaban con su nota cristalina los colorines esparcidos en derredor. Y sobre la mesa, sin orden ni concierto, Lena hubo de arrojar puñados de flores, cuyo perfume se confundía con el de las golosinas, haciéndose acre por instantes á causa del calor producido por la panzuda lámpara de petróleo que pendía del techo y la docena y media de velas esteáricas que Alberto, contra la general opinión, pusiera en la mesa, sustentadas por míseros candelabros. En la pared, masas de follaje se destacaban del papel rameado, en suaves ondulaciones, y en torno á la puerta se había

puesto una guirnalda de musgo, de la cual surgían flores silvestres.

Lena sentíase orgullosa de su obra. Las Gómez, que rabiaban en sus adentros, poseídas de la envidia, prodigábanle frases de encomio. ¡Aquello era muy bonito! Conti, oponiéndose á la fingida modestia de doña Pepa, que se persignaba sólo de pensar que su nombre saldría á relucir en los *papeles*, insistía en hacer crónica en *La Aurora* del día siguiente. Y hasta el propio padre Morales, de suyo tan modoso y circunspecto, abrió la bocaza mudo de asombro.

Con grande algazara, los convidados asaltaron la mesa. Había en aquel grupo de gentes, que poco antes se mostraran comedidas, algo de la turba famélica, que á todo trance pretende conquistar su pedazo de pan. Pero domeñados fueron al cabo los gastronómicos ímpetus por el áspero mandato de doña Luisa, que con gruesa voz gritaba:

—¡Orden, orden, señores, que para todos habrá!

Temía que le robaran su parte. Primero deberían ser las damas, sí señor. ¿Por qué estrujarse, matándose á empujones, cuando allí estaban ellas, las personas mayores que mucho respeto merecían? Su cólera no bajó de punto hasta ver que los juveniles ánimos se achicaban, y el venerable sacerdote, rodeado de su séquito, tomaba posesión de la mitad de la mesa. Sentóse, aplastando la fofa blandura de su cuerpo contra el duro asiento. Ya podían hacer los chicos sus lindezas, que ella había cogido buen sitio.

Apiñados, confundiendo sus tibios hálitos, uniendo en una sola, perlada y sonora, sus alegres risotadas, los mozos acomodáronse en el espacio vacío. Sus piernas se tocaban; sus manos encontrábanse al manejar los tenedores y cuchillos que chocaban con jovial tintineo contra los platos. Alberto se deshacía en mimos y gestos halagüeños junto á Clara, que sonreía discretamente, con admiración de doña Manuela, que jamás esperó modales tan finos de una señorita dudosa. Seguían Lena y Arsenio, que daban franca salida á la burlona charla; Eloísa y Conti, ella muy amable, cariñosísima, ¡una

miel! como decía la compañera del poeta. Eugenio repartía su atención entre Antoñita y Teresa, siendo su voz un murmullo ahogado en el torbellino de exclamaciones y risas.

Estéfana iba de un lado para otro, con la desdentada boca entreabierta por una sonrisa. Habíase puesto los trapitos de cristianar, y alegre como unas pascuas traía presurosa platillos rebosantes. Doña Manuela, que se atracaba en la cocina, prodigando á la doméstica zalameros calificativos, echaba de vez en cuando un vistazo al comedor, mirando de reojo el arcaico baúl, que se pudría en el rincón, y en el cual, al decir de las gentes, se guardaba el tesoro amasado á fuerza de fatigas por la maritornes.

Se comió, se bebió á reventar. Los sabrosos manjares desaparecieron como por encanto. Algunos achispados, los más soñolientos á causa del hartazgo, charlaban de sobremesa, cuando el periodista, sacando el reloj del bolsillo con visible ostentación, declaró que eran las doce menos cuarto.

¡El siglo iba á nacer!

Precipitáronse al exterior, desalados. En la puerta fué aquello una confusión. Chillaban las muchachas, con las mejillas arreboladas por el calorcillo del vino. Los mancebos, excitados por la digestión y los vapores del aguardiente, introducían discretamente las manos en la apretada masa humana. Lena desternillábase de risa: había visto á Conti palpar en los muslos á Eloísa, mientras que la madre de ella juraba desvanecerse, lanzando agudos gritos al sentir los huesosos dedos de su marido, que se adherían convulsos al talle.

Eugenio Linares, que del brazo de sus vecinas de mesa saliera á la azotea, encontróse de pronto á solas con Antoñita. Teresa Gómez, que á pesar de sus treinta y pico aún no perdía las esperanzas, escapó corriendo del lado de ellos, al vislumbrar, á la luz paliducha del farol que iluminaba la entrada de la escalera, la silueta de un joven rubio, muy peripuesto y ceremonioso. Era éste una de tantas presas de don Hilario, el cual, entre sus varias habilidades, tenía la de atraer al hogar á los

chicos de la oficina, con el sano y bien intencionado propósito de endosarles en la primera oportunidad alguno de sus caros retoños. ¡Y menudos deseos de novio que tenía la primogénita! Allá iba, risueña, amorosota, al encuentro del mozo, que llevaba su inocencia al extremo de ir en busca de la familia de su digno jefe á lo alto del caserón.

Se miraron á los ojos sin decirse nada. Estaban en el rincón formado por el muro de la sala y el del resto de la vivienda. Escondido pudor quizás impidió á la rubita franquear el umbral de la puerta, que todavía continuaba abierta, dejando ver los muebles en desorden y la lamparilla azul, cuya llama, casi extinguida, parpadeaba. Quedáronse allí, en pie, pugnando por animar aquellos instantes con la charla que en vano pretendían que transpusiera el límite de los labios.

—¿Está usted contento, Eugenio?

—Sí, mucho, Antoñita... ¿Por qué me lo pregunta?

—Es que... francamente, no sabía de qué hablar...

Rieron de la simple ocurrencia. Ella fué la primera en callar, bajando los ojos, al darse cuenta exacta de tan forzada hilaridad. Enmudeció él también. Hasta sus oídos llegaba el cuchichear de los invitados, que se diseminaban en grupitos por la azotea. El gato blanco huroneaba por entre las macetas, enarcando de rato en rato su lomo sedoso. Débiles, muy mansos, eran los rumores que les distraían: el apacible silencio y su propia turbación movíanles al mutismo. Hacía frío, sólo que un frío que más participaba de las delicias del fresco que de las crueldades de la helada. En el cielo, del cual se disiparan las nubes, temblequeaban algunas estrellas, que palidecían á la clara luz de la luna, que á esas horas bogaba ya hacia Occidente. Allá lejos, en horizonte recortado por techumbres y campanarios, una pincelada de luz destellaba suavemente.

Linares, que luchaba por sacudir su mudez, murmuró, acercándose á la joven:

—Bonita luna, ¿verdad?... ¿Se acuerda usted? Hace un año...

Desconcertóse. ¡Decididamente, no podía hablar!

Antoñita, que al oirle experimentara un temblorcillo sutil y cierto calor en las mejillas, le miró con una mirada de temor y de esperanza; mas al observar que se aturdía, volvió á inclinar el rostro. Sólo que la frase del joven no quedó trunca, como él creyese: ambos la desarrollaron hasta el fin. «Hace un año...» ¡Cuántos pensamientos encerraban para ella tales palabras! Instintivamente revivía la historia de su amor, sencilla y tierna. Y lo que hizo que el corazón le palpitara con celeridad intensa, fué saber que Eugenio se solazaba en iguales añoranzas.

—Un año—dijo—, un año... ¡Qué de cosas suceden en tan corto tiempo!...—Y añadió, no pudiendo reprimir un suspiro:—¿Quién nos diría entonces que hoy nos veríamos casi en el mismo lugar?

Su voz poseía un acento de amargura. Antoñita, sin pensarlo, le vió con el rabillo del ojo. Había cambiado algo: más pálido y delgaducho que antes, su cara adquiría un matiz de seriedad reflexiva que disonaba de la dulzura casi infantil de las pupilas. Enfundado en un saco de color de avellana, que tiraba á verdoso, con el pantalón á cuadros raído en los bordes, el nudo de la corbata hecho á la ligera, bien revelaba el desaliento de su ánimo y la tristeza de sus últimos días. Y Antoñita suspiró también. ¡Sí, cuántas cosas en tiempo tan breve!

—¡Pobre de usted, Eugenio!—musitó—. Yo he pensado en esas tristezas...

El mozo hubo de mirarla con gesto de agradecimiento, sintiendo que algo vibraba en su alma de poquita cosa, al oir las dulces frases de su amiga.

—¡Oh! no sabe usted lo que yo agradezco...—balbuceó—. Está uno tan sólo cuando la mamá muere... Y luego, la vida es tan difícil...

Iba á proseguir, trémulo, cuando se fijo en ella. Tenía los ojos húmedos, y su carita, de una palidez de marfil, inútilmente pretendía esquivarse en la sombra.

—Antoñita...—murmuró cogiéndole las manos.

—Eugenio...

Y permanecieron así, enlazados, en el rincón penumbroso adonde apenas llegaba el rumor de las charlas y risotadas de los otros. Ella sonreía á través de las lágrimas que brotaban de sus pupilas azules y profundas. Sus guedejas despedían pálidos reflejos de oro que contrastaban con la nítida blancura de su tez. Eugenio Linares no se cansaba de mirarla, de mirarla en silencio, como si la amargura, el dolor que ennegrecía su alma débil, encontrasen salida en la contemplación de aquellos ojos, de aquellos rizos, de aquellos labios. Ya su vida no sería tan triste; la soledad de su cuarto endulzaríase con el recuerdo ideal de ella. Y seguía mirándola con agradecimiento, sin hallar palabras que expresar pudiesen lo que sentía.

Un grito hubo de estremecerles. Lena llamaba á Antoñita, mezclando sus exclamaciones con risotadas. Por los húmedos techos veíanse huir sombras; los invitados se encaminaban al término de la azotea, presurosos, á grandes zancadas, ó con andar lento. Allá iba el capellán, agitado el negro manteo, seguido por las devotas; Esteban Conti cogíase del brazo de Clarita Ruiz, en tanto que la pobre Eloísa le miraba con enojo; Arsenio, con la negra melena encrespada por el aire, reía y charlaba; don Hilario Gómez soportaba acre reprimenda de su esposa; y hasta doña Manuela, acurrucada entonces cerca del fogón—costumbre añeja en ella—, asomó el rostro al oír algarabía tal.

Pero ellos continuaron inmóviles, sordos á los gritos de la chiquilla, que no cesó de llamarles.

Atronador ruido dejóse escuchar. En la catedral, cuyas torres cuadradas se dibujaban en el cristal del cielo, sonaron las primeras campanadas, graves, cadenciosas. Los campanarios de los templos, que se erguían sobre el mar de techumbres, respondieron luego con alegre repiqueteo, que se ahogó al fin en el clamor de los silbatos de las fábricas, que saludaban al siglo nuevo con chorros de vapor, y el chillido agudo de las locomotoras, las cuales, antes de lanzarse por llanuras y ribazos, daban la bienvenida á la naciente centuria. Rasgando el espacio con su luminosa cauda, un cohete

estalló, desgranándose en multicolor lluvia de estrellas, las cuales descendieron lentamente, balanceadas por el céfiro.

Antoñita y Eugenio, en el sombrajo que proyectaba el muro, embriagados por el aroma de los tiestos, las vieron caer, con una sonrisa de amor en los labios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

V

Con el primer día de su amor, vino una existencia nueva. Antoñita se abandonó á la dulzura de aquel sentimiento que invadía su alma, con la misma ansiedad de la avecilla que, errante en las azuladas lejanías del espacio, desciende á la llanura á calmar su sed. Su corazón sencillo, habituado hasta entonces á los serenos afectos del hogar, se desbordó en una oleada de pasión que, poseyéndola, hubo de hacerla experimentar sensaciones exquisitas, de un encanto ardoroso, sin ser por ello desapacibles.

Cuando volvía la mirada al pasado, con ese espíritu de observación propia de la mujer, sus años de niñez y de juventud le parecían un campo yermo, desolado; no tenían fin ni propósito. Cierto que los consagró á su familia, al amparo de la madre inepta, encerrada en su natural bonachón de mujer indolente; de la hermana menor, la niña mimada ligera de cascos, que no seguía otro impulso que el de sus banales caprichos; del primogénito, que al día siguiente del entierro de su padre manifestara con fría entereza que no descendería á labores impropias de su condición y talento, sino que continuaba en la carrera médica; pero sin embargo, reconocíase cruel al encontrar vacío el pasado. Su vida presente la atraía más. Palpitaba en ella una energía poderosa, derrochadora de savia, fuerte, que la transformaba. Su tristeza de antaño, aquella tristeza resignada, que lo aceptara todo sin protesta, convirtióse en plácida alegría, que irradiaba en sus pensamientos y en

sus acciones. A veces, sentía deseos irresistibles de juguetear con Lena, de reir mucho; otras, sus ratos eran melancólicos, como para dar tregua al eterno júbilo.

Sus anhelos de amor, sus aspiraciones fervientes de ser amada, estallaron en una soberana florescencia, al saber que Eugenio estaba atado á ella por los lazos que soñara. Y su dicha era tanto más intensa cuanto más esperada. Semejante á los enfermos que después de larga convalecencia saborean vivísimo deleite al recobrar la salud, así ella sentíase embriagada al ver lucir en torno la aureola de una pasión. Sorprendíase al contemplar los dilatados horizontes de ternura que se extendían á sus ojos. Las mañanas de aquel crudo invierno de 1901, de cielo nuboso, de sol anémico, parecíanle mañanas de primavera, doradas y luminosas. Los tiestos de la ventana la seducían: hubo de hacerlos objeto de su más amable solicitud. No se contentaba con derramar sobre ellos los hilillos de cristal líquido que brotaban de la regadera. Les arrimaba al sol; gustaba de infundir el calor de los pálidos rayos en las hojitas mustias. Y cuando Lena, con aquella ironía mezclada de candorosidad y malicia, la interrogaba sobre el por qué de tantos cuidados, sonreía sin responder. ¡Ah! no sabía su chiquitina que el corazón ya no lo guardaba todo para ella. Seducíanla aquéllas porque eran el recuerdo vivo de su Eugenio. El aroma de los claveles á medio marchitar, de los heliotropos que languidecían, evocaba uno de sus instantes felices: la noche que se deslizó tranquila, acariciadora, mirándoles á los dos cogidos de la mano en el rinconcito penumbroso.

Por las tardes, cuando permanecía sola en casa y entraban en la sala raudales de sol, la vieja canción asomaba á su boca. No era la melodía triste: revestida por los ropajes de una dulzura infantil, tenía un encanto melancólico. Esparcíase por el cuarto, suavizando el rudo *trac-trac* de la máquina. Vez hubo en que olvidase la letra; murmuraba con acento débil, envolviendo frases en el eterno son:

«Yo te quiero. ¿Por qué te quiero yo?...»

Otras, el nombre del chico entrometíase en los ver-

sos, y entonces más de tres resultaban cojos. ¡Pero ya iba á importarle á ella la medida!

—Eugenio, Eugenio, Eugenio...—repetía, complaciéndose en la música de aquel nombre.

Doña Pepa no cabía en sí del asombro. Metida cada día más en el ruinoso templo, contraía los labios con una sonrisa que mostraba sus encías coronadas de blanquísimos dientes, pese á sus años, al notar en la pobrecita de su hija alegría tan desusada. Chungábase Alberto, suplicándole que le diera el remedio que infundía regocijo en los doloridos corazones. Pronto sería médico—y esto de «pronto» afírmábalo con seguridad tamaña cual si no tuviese por delante cuatro años de estudios—, y justo consideraba tener en su almacén de recetas aquella tan codiciada.

Lena, sentándose sobre las rodillas de Antoñita, y mirándola á los ojos, le preguntaba:

—Dime, hermanita... ¿Por qué estás tan contenta?—Y luego, haciendo un pícaro mohín:—Anda, ladronaza, que tú me robas algo...

—Nada, nada; si todo es tuyo, chiquilla.

—¡Mentira!... Eso del robo nadie me lo quita de aquí. ¡Mira: con decirte que ni el niño Jesús que tanto pondera Estéfana!

La cocinera, que por todas partes rondaba y no había conversación en que no metiera su lengua ni platillo que no hurgase con su cuchara, interrumpía entonces al ídolo de la familia.

—¡Valgame! ¡qué muchacha tan preguntona!

La morenita fingía dolorosos pucheros. ¿Eran sus conversaciones de la incumbencia de la criada?

—¡Vamos! Cállese y deje á la niña con sus quehaceres.

Pero á pesar de que todos lo imaginaban, nada lograron saber de verdad. La transformación del genio de Antoñita, y las hablillas de la vecindad, que pregonaban que el antiguo estudiante ya no se iba de picos pardos con el poeta, sino que se quedaba encerradito en su cuarto, y sobre todo, los consejos almibarados que doña Manuela derramara sobre la modistilla, al

pasar ésta por la escalera, fueron algo más que engendradores de sospecha.

La chismosa recorría las viviendas altas y bajas, hablando largo y tendido acerca de los novísimos amoríos. El señor don Eugenio y la señorita Fernández hacían un par que ni pintado. Que de ellos, modelo de buen sentido y decencia, tomasen ejemplo otras vírgenes que conocía. Y guiñando los ojos, aludía á Eloísa Gómez, que desde la noche fin de siglo tenía al periodista cosido á las faldas, con gran indignación de los inquilinos de la vetusta casona, que veían á Conti regodearse á costa del zorro de don Hilario, comiendo y cenando al lado de su novia.

Antoñita, sin embargo, nada decía respecto de sus amores. Limitábase á sonreír. Su propia timidez, ó acaso las delicias de su escondida pasión, la impulsaban al mutismo.

Al principio los amantes contentáronse con las miradas. Antoñita salía por la mañana á la azotea. Sonaban las siete. En el cielo, cubierto de transparente neblina, retozaban rayos de sol que, esparciéndose en haces dorados, convertían en jirones el níveo manto. Aquí y allí descubríanse pedazos de azul desvanecido, que reían con la risa suave del amanecer de invierno. Sobre la inmensidad de techados grises, con sus jardinillos de plantas marchitas; con sus tragaluces cuyos cristales brillaban; con sus altas paredes divisorias cuajadas de trozos de vidrio multicolores; con sus pararrayos que se elevaban, delgaduchos y erguidos, como centinelas; sobre aquel amontonamiento de ladrillo y argamasa, la luz tenue de la mañana descendía en oleadas, bañándolo en polvillo de oro. Los campanarios de San Juan de Dios y la Santa Veracruz destacaban sus moles achatadas; el lejano de San Felipe desafiaba al espacio con sus agujas plomizas; más allá, por encima de las altas construcciones, asomaban las torres de la catedral, cuadradas, aplastantes. Enfrente, veíase una línea ondulada, amarillenta. Eran las copas de los árboles de la Alamada, ya casi despojadas de hojas, sobre las cuales aun se guarecían bandadas de pájaros que

alegraban la matutina hora con sus gorjeos. De las calles cercanas ascendía un rumor persistente, rumorcillo parlero, juguetón, perezoso. Soplaba fresco remusgo que entumecía los miembros y amoratabа los labios. Las ramas raquíticas de los rosales alineados á un paso de la cornisa que daba al patio, estremecíanse al recibir las rachas.

Antoñita, envuelta en viejo chal de lana, un chalecillo azul que usara desde su niñez, y que apenas si bastaba ahora para abrigar su busto de jovencita, recorría la azotea con andares coquetones. De cuando en cuando avanzaba hasta lanzar furtiva mirada al cuarto número 5, situado junto á la portería. Convencíase de que los maderos permanecían cerrados, y entonces continuaba su paseo. ¡El bribón del novio dormía! ¡Vaya con el mocito! No era su vida tan perra.

Tiritando, distraíase en fijar sus pupilas en las cúpulas distantes, sobre cuya tersa superficie quebrábanse saetas luminosas; en las avenidas, que despertaban, ebrias de movimiento y de vida; en el sol, que allá en las azules lontananzas que se vislumbraban en línea recta de la calle de San Andrés, aparecía, desmelenado, paliducho á manera de coloso enfermo. En el sereno ambiente perdíanse las campanadas de los templos que llamaban á misa. ¡Qué concierto de voces argentinas y sonoras! Las había débiles, aladas, como de angelillos invisibles; otras producían un tintineo alegre, semejante á coro de pilluelos que se desgañitaran sobre la hierba. Y Antoñita fruncía el ceño al oir el tañer ronco de una, muy distante, muy largo.

Del patio brotaba la tonadilla de moda, el tango ó las coplas de la zarzuela últimamente estrenada, tarareados en medio del estrépito de las aguas removidas de la fuente y el chillar de las criadas que volvían de hacer las compras.

La moza, arrebujada en el raído chal, corría de nuevo á la cornisa. El corazón le palpitaba más que de ordinario, y sus mejillas, ateridas por el frío, teñíanse de rosa.

Allí estaba él, bien peinado, hinchados los párpados, con el sopor del sueño en el rostro. ¡Y qué guapetón y zalamero le parecía, con su estrecho saco de color café y sus eternos pantalones á cuadros! Conocíasele el nimio cuidado que ponía en cepillar sus humildes prendas; y su deseo de agradar á la chica se observaba patente en el nudo de la corbata, hecho con verdadero *chic*, con artísticos pliegues que descendían hasta perderse en la albura de la camisa y la indefinible tela del chaleco. De pie, apoyado en el marco de la puerta, con el cigarrillo en los labios, la contemplaba risueñote, cual si quisiera devorarla con los ojos. Y no podría—á fe de novicio galanteador—quejarse de la actitud de la chica, que le sonreía desde lo alto, no sólo con los labios, sino con los claros ojos inundados de luz, con las naricillas remangadas por la sensación helada, con los dorados rizos aprisionados en el chal.

Alzábase Eugenio sobre las puntas de los pies, pretendiendo admirarla toda entera. ¡Empeño inútil! Ella no se acercaba mucho. Quedábase entre las macetas, temerosa de los ojos pecadores de doña Manuela, que, charlando con los vecinos al borde de la fuente, ansiaba descubrir el objeto de las miradas del mozo.

Pero á poco, los rayos de sol que se arrastraban por azoteas y campanarios, descendían al patio. Los muros ennegrecidos, mohosos, sobre cuyas grietas y cornisas mostraban su verdor las hierbas parásitas, se iluminaban. El techado de cinc del lavadero parecía centellear, lanzando en torno chispazos de luz. El cristal movible de la fuente reflejaba áureo fulgor, súbitamente invadido por chorros de claridad que bañaban, al par que el agua, los rollizos brazos de las mujeres que, inclinadas en el brocal, hundían cántaros y cubas. A esa hora, Eugenia no despegaba los ojos de lo alto. ¡Qué bello era contemplarla, risueña, temblando de frío, envuelta en el pingajo que contrastaba con sus cabellos rubios! Sirviéndole de fondo la fachada blanca de la casita y el cielo tenuemente azul, en la mente de Linares aparecía como una visión vaga, como una figurilla arrancada del cuadro ideal de los ensueños. Y sus miradas, largas y tiernas, tenían un encanto de frescor y de juventud

que les robaba la noción del tiempo. ¿Había pasado una hora, un minuto? Ignorábanlo. Sólo Antoñita, al oir nuevamente la risa sonora de las campanas, tornaba á la realidad. Pronto sonarían las ocho. Los pasos de Estéfana atronaban la escalera; doña Pepa anunciaba su presencia con el timbre de su vocecilla meliflua, dando los buenos días á las gentes de abajo.

¡Adiós ilusión! La monótona existencia vulgar la reclamaba. En breve la criada ensordecería la casa con su voz áspera. Lena, que en tal instante dormitaba, envuelta en las ropas de la cama, pondríase en pie, infundiendo en la pequeña mansión la alegría de sus exclamaciones de pilluela. Alberto, trémulo aún por el paseo de la noche anterior, sentaríase á la mesa, reclamando el café.

Entonces Antoñita le sonreía por último. Era una sonrisa preñada de ternuras, pródiga en promesas, algo triste. Era el adiós, el «hasta mañana» que le enviara desde la azotea, escondida entre tallos y hojas secas. Cuando el acento de Estéfana hería sus oídos, cogía una rosa marchita, con precipitación, y luego, besándola sin que él la viera, arrojábala al patio. Los pétalos flotaban un instante en el aire, y descendían después con ritmo pausado, cual si fueran la viva representación de la postrera sonrisa convertida en una nube de sonrisas.

Y así pasaron semanas. Enero brumoso y frío tocaba á su fin. En los árboles bordeaban los nuevos brotes. Antoñita mostrábase satisfecha de aquel amor tan tímidamente manifestado. Su vida, apenas turbada, deslizábase como antes, en la calma de la salita, en medio de telas ricas y adornos finísimos, charlando con la chiquilla, que desde días atrás dióse á la tarea—sobrado difícil para ella—de leer novelas.

Eugenio Linares, por el contrario, experimentaba honda inquietud y zozobra. Por las mañanas, después de la muda entrevista, iba á *La Dama Blanca*, un cafetín del Puente de Alvarado, en el cual acostumbraba desayunarse.

Al entrar, después de haber puesto el sombrero en la percha, se dirigía á la mesa del rincón, en donde Arse-

nio Urízar, con el mugriento cuello del saco levantado y los ojos miopes fijos en el papel recién impreso, leía la prensa. Ojeroso, con la melena despeinada, las prominentes narices inmóviles, los labios apenas entreabiertos por el cigarrillo, no prestaba atención á lo que acaecía en torno. Los parroquianos, al verle enfangado en el cúmulo de noticias que devoraba, ni siquiera le hablaban. Sólo uno de ellos, el señor Carrizales, un vejete á quien siempre se veía envuelto en antiquísimo y raído *plaid*, cuando observaba que Arsenio con nervioso movimiento se rascaba la nuca, solía interrogarle:

—¿Hay algo de nuevo?

—¡La hecatombe, amigo Carrizales!

Y el viejecillo no decía más. Limitábase á mirar á doña Filo, la dueña del establecimiento, una jamona exuberante, repitiendo:

—¡La hecatombe, señora mía!

Aquella mañana el poeta había leído del *pe* al *pa* los periódicos todos. Los clientes, luego de haber apurado la consabida taza de café con bizcocho, marcháronse uno á uno. Solamente permanecían en el recinto iluminado por el sol que se colaba á raudales por el escaparate, el señor Carrizales, dos ó tres rezagados, la patrona y los mozos. Uno de éstos escudriñaba con insistencia al joven, que, muerto de hastío, daba vueltas á los periódicos, enterándose de la plana de anuncios.

—¡Este demonio de Eugenio!—gruñía, dando palmadas en la mesa.

—¿Quiere el señor que le sirva el café?

—No, no hace falta. Ese descastado determinó, seguramente, que nos quedásemos con el estómago vacío...

Se desperezó, soñoliento, y ya se disponía á encender otro cigarro cuando Linares apareció en la puerta. Venía mustio, con los brazos colgantes.

—¡Pero chico! ¿qué diablos te sucede? La musa del hambre pide á gritos una estrofa de néctar negro, y tú que no vienes...

Dobló los diarios leídos, metiéndolos en seguida en los bolsillos, y palmoteando, llamó.

—Ahora sí. Vengan dos tazas de café, dos platos de

natillas y galletas... La metálica musa ha descendido á las obscuras cavernas de mi chaleco.

Y con deleitación, hacía sonar las monedas.

Estaba alegre. El día anterior hubo de recoger, en el correo, la mesada que le enviara su padre, obscuro labriego de Jalisco; y fiel á sus costumbres, derrochó la mitad de ella por la noche, proponiéndose, tan pronto como saldara cuentas con doña Filo, á quien debía veintiséis desayunos y otras tantas cenas, esparcir el resto por esos mundos de Dios. Seis años habían transcurrido desde que hollara con su planta pecadora el asfalto de la metrópoli, con el propósito firmísimo de cursar los estudios preparatorios. Calaverón de por sí, tocado del *ansia de belleza*, y camarada fiel de bohemia, no tardó en mandar noramala las aulas y entregarse en cuerpo y alma á la encantadora tarea de componer versos. Los hacía malitos; mas su pedantería inocente, su don del palabreo y su prodigalidad provinciana, granjeáronle el aprecio de algunos periodistas que dieron cabida á sus producciones en las columnas de obscuros diarios. Y mientras que el tío Urizar se deslomaba allá en la soledad del ranchejo, esperando que su hijo tornase *letrao*, Arsenio reducía á la nada las mensualidades enviadas á costa de fatigas sin cuento, y pasaba una deliciosa vida de poeta en su cuartito de la calle de San Juan de Dios. Su natural desgarbo, su figura francota y sonreidora, le conquistaron desde el primer día mil amistades, entre las cuales se contaba la de Eugenio, de quien el vate en ciernes era paisano. Tenía fama de enamorado, merced á las habladurías inverosímiles de doña Manuela, que le acusaba de sostener relaciones ilícitas con la gordinflona propietaria de *La Dama Blanca*. Carecía, no obstante, de verdad el aserto, pues las familiaridades de Arsenio con ésta reducíanse á meras caricias paternales; y en cuanto á lo otro, sus seducciones no iban más allá de la meretriz callejera ó de la maritornes que, sin llegar á bonita, no fuese fea.

En sus adentros, despreciaba á la mujer soberanamente, y aun llegó á manifestar en cierta ocasión, con gran escándalo de don Hilario y su esposa, que el amor

era una mentira. ¡Sí señor; todo se reducía á la atracción carnal, al deseo del macho y de la hembra, que soñaban con los cielos estrellados, las melancólicas serenatas y los suspiros tenues, para ir á dar con sus idealismos en la cama! Y no era él quien lo decía; ¡cáscaras!, era Schopenhauer. Los oyentes quedaban boquiabiertos. ¿Quién era aquel señor tan inmoral y desalmado, que consideraba como animales á las gentes?

Eugenio no participó nunca de sus teorías. Sublevábase al oirle desbarrar por los campos de la fisiología y la filosofía pesimista.

Por eso aquella mañana, en la dorada penumbra del cafetín, le miró airado, creyendo que haría de las suyas, cuando el poeta, con una mueca de ironía le dijo:

—¿Qué hay, pichón? ¿Te han mandado con la música á otra parte? ¡Mejor que mejor!

—¡Calla, hombre! De nuestros asuntos se han de enterar hasta los mozos...

En efecto, uno de ellos les escuchaba con fingida seriedad, esperando con el servicio en las manos á que Arsenio retirase las suyas de la mesa. Mientras el criado puso el mantel no muy limpio y colocó platos y copas, después de haberlos estregado con el mandil, Linares dejó vagar sus ojos por el recinto.

Iluminado á torrentes por el sol matinal, resplandecía con el brillo de sus cristales. Las mesas, alineadas á lo largo de los muros tapizados de papel amarillento con flores rojas, ostentaban el desorden propio de las horas que siguen á la del servicio: sobre el blanco mármol veíanse manchas de café, migas de pan, vasos emporcados por manos obreras, trozos de periódicos, cajas de cerillas vacías. Las moscas revoloteaban, zumbando débilmente, deteniendo su vuelo en las pantallas de los foquillos, en los dorados marcos de las estampas litográficas, que colgadas en mitad de la pared, evocaban escenas gastronómicas.

Eugenio, atusándose los tiernos mostachos, vuelto de espaldas á la puerta, fijaba con displicencia los ojos en el espejo del fondo. En el terso cristal reflejábase, en primer término, doña Filo, con la cabeza envuelta en ne-

gro chal, rebosando frescura por todos los poros, con el mofletudo rostro coloradote y sereno, que apenas si perturbaba, de vez en vez, la sonrisa que dirigiera á los conocidos que pasaban por la acera. Engolfábase en su tarea de sacudir botellas y frascos, cogiendo el plumero á ratos, para espantar á los alados insectos que se detenían en los bizcochos cubiertos de polvillo de azúcar ó en los chorizos toluqueños amontonados en toscas bandejas. Acariciaba con su mano regordeta al perezoso gato que, sentado sobre los cuartos traseros, mayaba dulcemente. Y cuando sus ojazos de color de avellana, reveladores de una gran juventud pasada, se posaban en los muebles sucios, movía enérgica la mano en que aun conservara el plumero, llamando á los criados con tranquilo acento de burguesa. ¡No, hijos; no era propio dejar las mesas cochinas! ¿Qué dirían las personas? ¡Y el crédito de *La Dama Blanca*!...

Más allá, Linares veía el escaparate, ofreciendo á los paladares la delicia de los grandes panes espolvoreados de canela y rellenos de pasas; las frutas en conserva; los paquetes de chocolate formando simétricos montoncitos. Tras del cristal se insinuaban dos caritas mustias é inmóviles. Y todavía más lejos, por un efecto de óptica, contemplaba la calle, ancha, con sus edificios modernos engastados en caserones arcaicos, con el trajín batallador de la mañana, con el ir y venir de los transeuntes que marchaban con paso rápido ó arrastrando los pies bajo el amodorrado sol de invierno.

Lanzó un suspiro cuando el mozo, luego de haber traído las tazas humeantes y las golosinas pedidas por Urízar, retiróse á regular distancia.

—Conque veamos—murmuró éste á tiempo que disolvía con la cucharilla los blancos terrones de azúcar—: ¿qué demontres te sucede que me atormentas con esa cara tristona y cejijunta?

—Tú siempre estás de broma, Arsenio... ¡Gran dicha la tuya!

El bohemio alzó la cara al escuchar el velado reproche de su amigo. En sus pupilas resplandeció una mirada afectuosa. ¡Vaya, enfurruñarse por tan poca cosa!

No ignoraba que le quería. Así, pues, que echara por esa boca, que él habría de oirle con toda religiosidad.

Entre sorbo y sorbo, Linares dió rienda suelta á las amarguras que pesaban en su alma, ávido del consejo de su paisano: la tarde antes había ido por trigésima vez al ministerio de Fomento, ilusionado, lleno de esperanzas. Don Hilario le despidió á poco, manifestándole que su jefe había desistido de aumentar el personal de la sección, y que, por lo tanto, no tenía para qué malgastar sus horas en la antesala.

—¿No te lo dije yo, Eugenio? Ese viejo es un zorro. ¡Qué influencias ni qué valimientos ha de tener el pobrete! Ya los quisiera para casar á sus hijas.

Lo sabía, lo sabía de antemano... Pero ¿quién no abriga ilusiones, aun las más locas, cuando sufre miseria?

Y contó su odisea dolorosa. La salida del pueblo, por la tarde, cuando los últimos rayos del sol descendían sobre la tierra removida del sepulcro de su madre. La llegada, la instalación en el cuartucho, teniendo allí, á su lado, el baúl en donde guardaba la cartera mugrienta con su único tesoro: aquellos doscientos pesos que le produjeran los escasos bienes realizados. Después, las caminatas humillantes, las correrías á caza de empleos. Manejaba la pluma con destreza, habilidad propia de provinciano; sabía algo: un poquillo de matemáticas, geografía, gramática, un tanto de historia y menos de teneduría de libros. ¿Cómo no lograr un empleillo que le diera el pan? Recorrió los grandes almacenes, los escritorios de fábricas y oficinas de ferrocarriles. Fué aquí, allá, acullá; rogó, suplicó. ¡Todo inútil! Desarrapada turba le seguía: eran los chicos astrosos que, como él, paseaban su holganza por las calles, eternamente desengañados, eternamente hambrientos, sin rumbo, condenados á la inacción y á las torturas de la vida miserable.

—¡Ah, querido Arsenio! Se niega que en México haya miseria; se pregonan por todas partes las riquezas vírgenes de América...

—¡Claro, hombre! La fatuidad y la mentira son un

vicio nacional... ¿Que dos ó tres centenares de hombres apenas comen? ¡Qué importa! Los demás se atracan, y santas pascuas... ¿Que nuestros campesinos viven una existencia vegetariana? ¡Eso es saludable!

Linares prosiguió, mirando melancólico las burbujas que bailoteaban sobre el negro líquido.

El dinero disminuía por instantes. Diariamente, al anochecer, cuando tornaba de sus correrías, sentábase ante el polvoso arcón, pasando los billetes negruzcos por sus dedos trémulos. ¿Qué destino le reservaba el porvenir? Intentaba penetrar con el raudo vuelo de su pensamiento el arcano sombrío. Entonces le invadía la tristeza, que parecía entrar en el cuarto con los postreros relampagueos de la tarde. Muchas veces lloró como niño; otras, con desesperación de bestia acosada, mordía las almohadas del pobrísimo lecho. Estaba solo. El sufrimiento en la soledad era más amargo. ¿Que gemía, que las penalidades le hostigaban? Pues á luchar, á encerrarse en su dolor. Y su voluntad decrecía por instantes. Vez hubo en que se quedase en la cama hasta mediodía, sin dormir, sin pensar, con el cerebro vacío, poseído de una modorra angustiosa. Comprendió que de seguir así, sucumbiría. Necesitaba de algo que contrarrestase aquel vago decaimiento moral. Carecía del vigor de las almas fuertes: era un débil, un enfermo. Olvidar... era imposible. El olvido lo concebía embriagándose, yaciendo en los rincones de las tabernas. Mas tal cosa requería dinero. Los vicios son caros, y él era pobre. Además, invencible repugnancia le apartaba de aquella senda, que sin duda habría de conducirle, al cabo de los años, á la total derrota.

Entonces fué cuando soñó con la rubita que allá arriba arrastraba sus días heroicos de labor. Y al despertar, recogiendo sus recuerdos, volviéndose hacia el yermo desierto de su pasado, creyó en la posibilidad de un amor, de la unión de su alma torturada con otra alma blanca. Y en efecto, sintió alivio al verse amado. Participaba el cariño de Antoñita de todas las ternuras, de todas las delicadezas. Aquellas mudas entrevistas de por la mañana tenían un encanto atrayente, un delicioso

sabor infantil. Mirábala sonriente, fresca, hablándole. Y por las noches, sin que ella le viera, espiaba su salida tras de la puerta del cuarto, permaneciendo en acecho hasta que Antoñita se perdía en la calle.

Pero todo había de terminar allí. Era preciso marcharse. Disipada la última esperanza, mermado el pequeño capital, no le restaba otro partido que hacer la maleta.

—¡Cáscaras!—interrumpió Arsenio, dejando de golpe sobre el plato la taza vacía—. ¿Hacer las maletas? Pero ¿adónde has de ir que más valgas, hombre de Dios?

—¡A mil leguas, á mi pueblo, al demonio, á cualquier parte!

—No lo harás; sería menester que estuvieras loco... ¿Qué puedes encontrar en el terruño?

—Nada, si tú gustas. Por lo menos no me moriré de hambre. Mis tíos...

—¡Tus tíos! Confíate en los parientes, anda... verás comprobado el refrán.

Quedaron pensativos. Doña Filo limpiaba el escaparate con el plumero, piropeando al gato. En la acera, con las narices pegadas á los cristales, los dos pilluelos devoraban aún con los ojos las golosinas expuestas.

Los dos amigos separáronse en la puerta, con un afectuoso apretón de manos.

—Ahora voy á la redacción á corregir las pruebas de mis versos que se publicarán en *La Aurora*. Conti me espera. Adiós. ¡Ah! se me olvidaba: ¿quieres comer con nosotros? Habrá regocijo de sobra y vino por botellas...

—No, gracias...

Y en tanto que el poeta se alejaba con andar rápido, Linares remontó la calle, silencioso, arrastrando los pies, metidas las manos en los bolsillos del raído saco.

Vagó hasta el anochecer. Al fin, rendido por la fatiga, sentóse en el primer banco que halló al paso y durmióse con ese sueño intranquilo de los atormentados. Un susurro de arena removida le hizo despertar al fin, con el cerebro perturbado por mil ideas, comprimido el corazón por el espectro de la miseria. Estaba en la Alameda, en la calleja por donde ella no tardaría en pasar

con el menudo paso de sus pies pequeños. Fiel á su propósito de partir, dirigióse hacia allí por mero instinto, anhelante de las miradas de la novia, de sus manos blancas, de sus palabras cariñosas y tiernas. El pensamiento fijo del día habíale conducido á un estado anímico para él incomprensible. Experimentaba cierta flojedad de nervios, una anulación parcial de la voluntad; á veces sorprendíase de estar en tal sitio. ¿A qué había ido? ¿Qué buscaba? ¿Qué esperaba? La despedida no aparecía clara en su mente: poseía una vaguedad, una indecisión, que más la hacía parecer sueño que realidad. Recostado sobre la dura piedra, cerraba los ojos á intervalos. Hasta el sombrajo que le cubría llegaba tenue, velado, el atronar de las próximas calles. Era un ruido que dulcificaban las ramas al impulso caricioso del remusgo. No muy lejos, más allá de los prados que matizaban de tonos claros los fulgores de los focos eléctricos, las fuentes modulaban su canturria. El lento gotear del agua sobre los tazones escuchábase confundido con el rezo monótono de los grillos, que, escondidos en los agujeros de hojas secas ó en las rudas grietas de los troncos, evocaban algo misterioso y triste. Ni un trino, ni un gorjeo. Los pájaros no estaban allí, y los ojos de Eugenio buscaban los nidos vacíos. Sólo en ocasiones se percibía el taconear de los transeuntes que atravesaban los paseos con inusitada prisa, envueltos en amplios paletós. Por donde el chico permanecía no transitaba nadie. Al fondo, tras de sudarios de ramas secas, veíanse los escombros de casas derribadas. De los montones de argamasa y ladrillo, de aquel apilamiento negruzco, surgieron los únicos seres que Linares observara á un paso, desde que se detuvo en aquel sitio: eran un obrero de anchos hombros, de rostro blanqueado por la cal, que lucía desgarrada camisa de manta, roja faja, y hablaba en voz alta con su mujer, una mocetona embarazada, marchita, que sostenía en sus brazos á un pequeñín trigueño y alborotador. Pasaron los tres: el hombre charlando tranquilamente, muda la hembra, alegre el niño. Y Linares les siguió con la vista hasta que se perdieron en una vuelta de la calleja, en el boquete

abierto en la masa de follaje que dejaba entrever llamaradas de luz vívida y blanca.

Después, el silencio...

El mozo levantó el cuello del mugriento saco. Intensa sensación de frío helábale la nuca. Bien entrado estaba Febrero, y sin embargo, las crudas noches sucedíanse una á una, mezclando rachas que hacían tiritar á las polvaredas grises que anublaban la atmósfera.

Para disipar el hastío, metió mano en el bolsillo, sacando á continuación la caja de cigarros que comprara el día antes. Miró con tristeza un pitillo medio vacío. ¡Era el último! Ya no compraría más: justo consideraba abandonar los pequeños vicios para dar cima á las grandes necesidades. Melancólico, veía la lenta ascensión del humo que brotaba de sus labios en azulada espiral, desparramándose en el ambiente en tenues hilillos que semejaban la cabellera fantástica de las hadas. ¡El también era poeta! ¿Quién no lo es cuando ama y sufre miseria? De temperamento enfermizo, sentíase accesible á las más delicadas emociones. Y creyóse héroe de novela, que á falta de la contemplación de nutritivos manjares, distraía su murria observando el humo que se alejaba blandamente, hasta desvanecerse. Y tan enredado estaba en la maraña de sus cavilaciones, que no paró mientes en una figurita alada, rubia, que presurosa avanzaba por la senda orillada de árboles seculares. Suave *fru-fru* de faldas le hizo erguir el macilento rostro, y a punto estuvo de lanzar un grito de alegría. Mas conteniéndose, se puso en pie, y sólo dijo en voz baja y trémula, acercándose á ella:

—Antoñita...

La muchacha se volvió, medrosa.

—¡Ay! ¿Es verdad, Eugenio? Mire que me ha dado un susto... Sí; pero un susto bonito, de esos que causan tanta alegría al fin como sorpresa al principio.

Linares calló, cabizbajo, mirándola de reojo. ¡Qué bella estaba con su sencillo traje negro, que hacía resaltar más la blancura de su cuello y de sus manos! Caído el chal, mostraba su cabecita graciosa, libre de tapujos, sobre la cual el aire revolvía los rizos de oro. Al verla

sonriente, con los entreabiertos labios que daban paso al cálido aliento que llegaba hasta él, esperando tranquila con el bulto de ropa bajo el brazo, el chico vaciló, comprendiendo cuán grande era el sacrificio que se imponía. Perplejo, desmenuzaba la colilla humeante entre sus dedos.

—Vaya, que no esperaba verle hoy...

—¡Ingrata! Como que por la mañana no saliste á la azotea...

—¿Me tuteas? Mira que tantas confiancitas...

—¿No te gusta, Antoñita? Es natural que los que se quieren...

Ella bajó el rostro. Linares, al notar que la mirada de los claros ojos, dulce, insinuante, no se posaba ya sobre él, concluyó con el más persuasivo acento que podía encontrar, dada su tristeza:

—¿Luego no me quieres?

No respondió la muchacha al instante. Pasado un rato, hubo de murmurar:

—¿Para qué me lo preguntas, si lo sabes mejor que yo?...

Un susurro de hojas agitó el ambiente. A través del escueto ramaje, la fuente continuaba su plácido murmullo. Los grillos, en sus escondites de césped, no cesaban de repetir su parloteo. Y los dos, en aquel rincón de Naturaleza saturado de aire puro, sintieron que sus almas se acercaban, arrobadas por el mutuo estrechamiento. Cogidos de las manos, dirigiéronse al tosco banco sombreado por los arbustos. ¡Qué bien se estaba allí! Antoñita lo afirmaba con el pensamiento más que con los labios, y decía para sus adentros:

—Solitos, solitos...

Después, con fingida seriedad, retiró sus manos de las de Linares, sin hacer caso de las mudas protestas de éste.

—Estese usted quieto, señor mío...

—Antoñita...

—¡Nada de réplicas! Inmóviles esas manos, porque si no...

Y mostraba la calleja obscura, que se perdía allá, en

los montones de escombros. El muchacho hubo de resignarse. Privóse del placer que le prodigaban las manecitas amadas, y poniendo de nuevo el cuello del saco en su sitio, tornó á su mutismo.

—Antoñita, ¡tenía tantos deseos de verte!

—Oye; si no me viste por la mañana, no fué culpa mía. Doña Manuela, que se perece por los chismes, nos espiaba, y...

—Pero en cambio, recompensado estoy con creces... Aquí te tengo á mi lado, junto á mí, sola; puedo hablarte, puedo oirte. ¡Ah! mi niña, tú bien sabes que soy tímido, corto de lengua, como algunos dicen. Y es que no sé qué me impide expansionarme con los extraños, darles mi corazón, como lo doy á las gentes que quiero.

La rubita escuchábale sin parpadear casi, con gesto afectuoso. Su cara, suavemente velada por jirones de sombra, aparecía más dulce, contrastando con la cabellera sobre la cual retozaban rayos de luz.

—Háblame así, así... No me explico por qué cuando te oigo, tengo más confianza en ti que cuando te miro.

—¿Confías en mí?

—Confiar... no tanto. Dicen que los hombres son muy malos. Yo no lo sé, no lo sé, porque tú eres el primero...

—¡Quién sabe!...—interrumpió el mancebo con aire de duda.

—El primerito, te lo juro...

¡El primerito! Ya podía mentir la picaronaza, para que Cristo se lo creyera. Si era el primero y tanto le quería, ¿á qué tales remilgos y abstinencias? Hasta aquella noche le concedió la gracia de charlar con ella. ¿Por qué antes no? A ver, que lo dijera.

—Yo no tenía seguridad en ti, Eugenio; yo no estaba cierta de tu cariño. Eras la primera ilusión de mi vida y no quería desvanecerla... Además, son tantos los dimes y diretes que corren en casa, que tuve miedo de que nuestras relaciones anduviesen de boca en boca... Luego, Lena... Y Alberto...

—Pero, niña, pensaste que nuestro amor no pasaría de la azotea y del patio, lo cual es un error.

Intentó mirar de frente á Linares, y dijo con acento de amigable franqueza:

—Dices bien. Pero no fué porque no me simpatizaras. Temía que, en tratándome, no me quisieras como al principio. Tú has estudiado, has visto mucho, mientras que yo soy una tonta, Eugenio, que no sabe más que coser y coser y coser...

¡Bendita muchacha! ¿Para qué deseaba saber más si lo sabía todo? Conocía á maravilla la ciencia de la ternura, la única que no es tenebrosa ni cruel. Así la quería, hacendosita, nada sabihonda; amable, que no instruida. Y Linares daba paso al borbotón de frases que se le escapaban del alma, destorrentadas, cálidas, elocuentes, con la elocuencia tosca de lo que se siente más bien que se piensa. Pero á la mitad de su perorata, cuando se oían las campanadas de las ocho, calló de súbito, huraño el rostro, abandonadas las manos sobre el descolorido pantalón, en actitud de rebelde tristeza.

Antoñita se puso en pie de un salto. ¡Las ocho, Dios santo! ¡Y Mad. Bernard que estaría impaciente!

Ya iba á partir. Mas sorprendida del silencio de Eugenio, inclinóse.

—¿Qué tienes?

Linares la contempló largamente. ¡Qué loco había sido! Pensar en la dicha, pensar en el amor, pensar en ella, cuando la vida le reclamaba en otra parte...

—¿Qué tienes? Respóndeme...

De pronto experimentó cobarde temor. Desbaratar los castillos que la chica se forjara en el entusiasmo de la primera entrevista; lanzarla de la altura en que soñó morar; confesárselo todo, sus amarguras, sus desengaños, sus esfuerzos inútiles, considerábalo como una crueldad.

—Nada, nada... No sé... Niñerías...

—No, Eugenio; á ti te sucede algo que te niegas á decirme—repuso sentándose—. Cuéntamelo todo...Reflexiona en que si lo ocultas, yo no podré estar tranquila; me moriría de pena.

Tornó á coger las manos suaves, y como reconfortado por aquel contacto, procedió á hablar, con voz insegura, que hacía contraste con su jovial tono de antes.

—Yo te he engañado, Antoñita... No puedo hacerte feliz. De buena gana lo ambiciono, créeme; pero los pobretes como yo...

Ella le observaba fijamente. Sus manos estaban yertas. Leve temblor la sacudía. La brisa, imprimiendo su halago impalpable en los ramajes secos, envolvía la Alameda en un rumor triste. Tras de los setos, oculta por los rosales, la fuente proseguía en su murmullo, que llegaba hasta ellos como un canto lejano.

Antoñita replicó:

—La pobreza... ¿Qué nos importa? Pobres somos, pobres nos hemos de quedar...

—No, no te ilusiones. El bienestar lo trae consigo el trabajo. Y cuando éste falta aquí, yo necesito, yo me veo obligado á buscarlo en otra parte.

La moza estrechó más entre las suyas las manos de Linares, como si temiese una separación instantánea.

—¡Cómo! ¿Te vas?

El afirmó, taciturno. Después, con el semblante contraído por sorda rabia de impotencia, repitióle la eterna historia, la historia referida día á día al poeta en el cafetín. Y mientras hablaba fijábanse sus ojos en los zapatos rotos, en el raído traje, en sus prendas deslucidas de bohemio, que mal intentaban disimular su estrechez, no obstante el empeño de amante que en ello ponía.

—Ya ves—murmuró al último—; mis trazas no son las de un príncipe, ni mucho menos... El dinero se agota. Llegará día en que para tener pan, me vea obligado á ciertas labores...

Pensaba con horror en un porvenir tan negro é incierto. Criado con relativa holgura, considerábase impotente para arrastrar su existencia en los oficios bajos. ¿Decía ella que hasta los mendigos eran felices? Sí; claro. El vejete que limosnea, siempre topa con caritativa mano. La miseria del pobre, del hombre del pueblo, considerábala menos triste que la dorada incuria. Este podía buscar el pan en los basureros de la calle, en los andamios, en las herrerías, ensordecido por el golpeteo

de los martillos. El pertenecía al número de los impotentes, de los *inhabituados* á tareas de ese jaez. No nacieron sus manos para manejar la escoba ni la barreta: estaban condenadas á los trabajos cultos, propios de su temperamento y de su casta. Hablaba con febril violencia, con amargura punzante, y cuando inclinó el rostro lívido y flacucho, sintió que dos brazos delgados, de tersura de raso, le estrechaban.

—Antoñita...—musitó con voz temblorosa.

—Eugenio...—respondió la chica con los ojos arrasados de lágrimas.

Y permanecieron en silencio, estrechándose, como si apurasen con fruición las delicias de aquel abandono precursor de la ausencia. El buscó sus labios; ella le rechazó débilmente, como si en el beso adivinara el amargor del lúpulo. Con el cuerpecito yerto de frío, la cara pálida, mojados los párpados, reclinábase en el hombro de Linares. Todavía quedaron un momento unidos. En las calles disminuía el ruido: los últimos coches de brillantes cajas y los simones crujientes de vejez y de polilla, deslizábanse perezosos. Siluetas de retrasados transeuntes veíanse pasar rápidas á través del apretado maridaje de troncos. Y en lo alto, en el cielo turbio, cuajado de nubarrones, un cacho de luna, amarillento, dejábase ver á intervalos.

—Vámonos...

—Tan pronto, Antoñita... ¡Tan pronto!

Se levantaron. Sentían un escozor angustioso, y mirábanse con ojos nublados.

—Adiós. La marcha no será hoy, ni mañana tampoco. Todavía podré mirarte desde el patio...

No continuó, porque la joven le había vuelto ya la espalda, escondido el rostro entre los pliegues del chal. Alelado, con el sombrero en la mano, la vió ir, sin detenerla. Alejábase con andar lento, cual si llorase. Con el bulto debajo del brazo, avanzaba cada vez más. Ya se fundía en la sombra... Se paraba... No, seguía... Y cuando la perdió de vista hubo de dar algunos pasos hasta sentarse de nuevo en el banco. Apoyados los codos en las rodillas, sin gemir, atontado, estúpido, clavaba

los ojos en la arena, que aun conservaba las huellas de los pies adorables. No se dió cuenta del tiempo que transcurriera mientras él se abismaba en sus cavilaciones. La sensación de dolor intenso desvanecióse gradualmente, hasta transformarse en un estado de inconsciencia, de sopor. El viento frío que se filtraba por entre las ramas, arreciando á veces hasta levantar oleadas de finísimo polvo, no le hacía apartarse de allí. Pensó mucho en su novia. Al cabo del fárrago de sus ideas, hallábase el pensamiento ideal: la rubita de soñadores ojos.

Escuchó el sonar acompasado de un reloj.

Una, dos, tres, cuatro... ¡Las once! Se puso en pie, desperezando los ateridos miembros; tomó por uno de los paseos; atravesó la calle...

Cuando entró en el patio, después de haber propinado sendos manazos á la puerta, á fin de que la poltrona de la portera se decidiese á abrirle, encaminóse á su cuarto. Todo permanecía en silencio. Por las rendijas de la ventana de la Ruiz, filtrábanse estrías de luz; á través de los cristales de la casa del empleadillo de Fomento, Linares observó que alguien levantaba el visillo con disimulo, y en la sombra que vislumbrara creyó descubrir la cara ojerosa de Eloísa Gómez. Acordóse de los amores testarudos de la jamona, de los celos de su hermana. ¡Qué lejanos, qué lejanos estaban aquellos tiempos! Junto á los tiestos de aromosas flores, escuchó el gotear del agua sobre las mojadas paredes de la fuente, y en su cerebro surgió vaga la visión de los despeinados rizos que se reflejaban en el cristal, asaeteado por rayos de luna. Miró á la azotea. Reinaba allá la obscuridad. Antoñita estaría despierta en la negrura de su recámara coquetona, en aquel cuartito que tenía algo de su olor y de su gracia. De pronto, furiosos mayidos rasgaban el mutismo que envolvía la vivienda, y la silueta de un gato, alumbrada de súbito por indecisa luz lunar, destacábase de la sombra.

Ya dentro de su habitación, luego de haber encendido la vela que, sostenida por panzuda botella, se erguía en la mesa, tendióse cuan largo era en la cama. Con los párpados entreabiertos, soñoliento y cansado,

dejó errar los ojos por la pobre mansión que antaño cobijara su vida alegre de estudiante: era un cuartucho estrecho, de irregular forma, alto de techo, de paredes enjalbegadas y carcomida puerta. En el rincón, dormía el centenario baúl, legado de sus abuelos, de claveteada tapa, cuyos goznes no chirriaban desde el día de la llegada. ¿Para qué abrirlo, si nada habría de guardar? En el lado opuesto, arrimada al muro, una mesita de madera blanca ostentaba sobre la cubierta llena de manchas de tinta tres libracos descuadernados, montones de periódicos de atrasada fecha, un pomito de tinta, portaplumas negruzcos, y esparcidas las cuartillas que piadosas recibieran la súbita inspiración de Arsenio Urízar. Clavado en el muro veíase un fotograbado, obsequio del poeta: era una mujer desnuda, de suaves líneas, de caderas amplias, que, sedienta de amor, lujuriosa, revolcábase sobre la deshecha cama abandonada por el amante. Pendiente de una percha lucía la única prenda no usada por él: un chaleco blanco de verano. Junto al lecho, el cojo buró no iba en zaga, tocante á lujo, á los restantes muebles. Y escuchaba, allí, bajo su extenuado cuerpo, el crujir de aquel armatoste que le sostenía durante el sueño, y al cual, en el negro pesimismo que le hostigaba, no sabía qué nombre dar. Vagando por el campo de las comparaciones, encontraba cierta analogía entre el cuchitril y su alma. ¡Qué triste era el tal cuarto! Las arañas, tejiendo su tela en los rinconcillos obscuros, junto al techo, le hacían sentir una emoción de abandono, y suspirando, pensaba que siempre faltó allí la mano graciosa de la mujer, el espíritu diligente que embellece lo feo y emboza lo pobre con ese donaire tan propio de su condición y sexo. Tan abstraído hallábase en su soliloquio, que no percibió los discretos golpecillos que sonaban en la puerta.

—Eugenio, Eugenio.... ¡Qué demonios! ¿Estás dormido ó no quieres abrirme?

—¿Quién es?

—¡Con un diablo! Estoy que no puedo tenerme en pie... ¡Abreme!

Y el poeta, bañado el rostro por la luz parpadeante de la vela, entró con paso inseguro y dirigióse al lecho, no despegando los labios hasta quedar panza arriba, cruzados con beatitud los brazos.

—¿Sabes?—dijo masculando la colilla del puro que traía—. Ha sido la gran comilona. Dos duros por cubierto... Y para rematar, ya borrachos, el redactor de un periódico clerical nos ha llevado... ¿Adónde nos llevó?... ¡Ah! A casa de unas chiquillas muy sandungueras, y muy... Bueno. Tú ya me comprendes. A casa de unas prestamistas de encantos... ¡Vaya dos preciosidades! Nos han sacado hasta el último centavo...

Luego, revolviéndose y fumando, como si intentara reunir sus recuerdos, murmuró con voz estropajosa:

—¡Cáscaras, cáscaras, cáscaras!... ¡Bonita juerga! ¡Ay, ay, ay!... Si yo te confesara... Tenía un cutis... mira, como esta vela de blanco... Y unas caderas... Y unas medias caladas...

Linares, que paseaba pensativo de un lado á otro del tabuco, paróse de pronto.

—Pero, hombre, ¿para qué me estás contando esas cosas?... ¡De humor estoy yo para oirte!

¡Claro! Ya sabía él con lo que iba á salir. Habíase tornado santurrón indecente. ¿Y todo por qué? Por quedar bien con una marisabidilla. ¡Como si no le conociera! ¿Cuántas habían corrido juntos? Y á continuación desatóse en denuestos en contra del amor ideal. No señor; el amor ideal no existía. Considerábalo como locura romántica. El único, el verdadero amor, el grande amor humano era el carnal, la comunión de los cuerpos. Y si no, allí estaba el maestro Schopenhauer que lo decía: «El amor es la atracción de los sexos.»

—No te fíes, amigo Linares... Aunque lleves dentro esa porquería de idealismo, no tardará en morderte la hidra de la carne...

Adormilado, repetía sus frases. Lentamente, el sueño le invadía; y Linares, apoyado de espaldas en la mesa, pensó vagamente en aquella dicha tan cacareada. No; Antoñita no le inspiraba tan brutal amor; no era el deseo el que á ella le unía. Bastábale la contemplación

de los claros ojos, de las guedejas sedosas, de los labios paliduchos que daban paso á las frases sencillas, adorables de inocencia, reflejo de un amor, aspiración suprema de una vida. La hidra, la hidra... ¡Si estaría borracho el tal Urízar! Y el poeta, cual si adivinase sus pensamientos, repetía, cuando más embriagado de ideal sentíase Eugenio:

—Necedades... Romanticismos...

Viendo que su amigo dormitaba, Linares echóse de codos sobre la mesa. Distraía su insomnio mirando temblequear la llama de la bujía, que ora parecía morir, irradiando en torno resplandores débiles, ora se reanimaba, luciendo azulados y amarillentos tonos. Tenue melancolía infiltrábase en sus pensamientos. Ante la luz temblorosa, reflexionaba en la partida, en la ausencia, en aquella separación que en el silencio de la noche antojábasele pesadilla. Con mano trémula, hubo de trazar sobre el papel, que brillaba al fulgor de la flama, renglones y renglones. Ella los leería más tarde, en la salita. Escritas llevaba dos carillas; pero, al releerlas, advirtió que carecían de sentido. Cuando semejantes á las níveas palomas que revoloteaban alrededor de la bujía, los menudos pedazos de papel de la misiva esparciéronse por el cuarto, Eugenio Linares volvió á caer en su meditación de antes. Transcurrido un instante, vió un librejo pequeño, propiedad del pesimista vate, que de días atrás andaba rodando por la mesa. Cogiólo de mala gana, por matar el tiempo. Por sus cantos mugrientos, colegíase que era uno de aquellos volúmenes devorados por las turbas, que del estante de palo rosa van á dar á los anaqueles de los libreros de viejo.

Abriólo al azar y leyó:

«Primero es un albor trémulo y vago,
raya de inquieta luz que corta el mar;
luego chispea y crece y se dilata
en ardiente explosión de claridad.
»La brilladora luz es la alegría,
la temerosa sombra es el pesar:
¡ay! en la obscura noche de mi alma,
¿cuándo amanecerá?»

Ahogando un suspiro, volvióse hacia la puerta. Ni un rayo de luz. En el patio, los gatos, ahitos de mutua posesión, habían callado. Muy lejano, escuchó el canto de un gallo. Halagaba sus sonidos suavemente, debilitado por la distancia y por el aire. Después, otros cantos respondían á aquel, hasta tocar su turno á *Matasiete*, la alada de bestia de doña Manuela, que pasaba sus noches en el marco del ventanuco. Sonoro bostezo le sorprendió: era que Urízar daba tregua á su largo sueño, desperezándose ruidosamente, á pesar de los lastimeros ayes de la vetusta cama.

—¿Qué tal? ¿has dormido bastante?

El poeta le observó con sus hinchados ojos, hurgándose los párpados.

—Tú no te irás, muchacho.

—¿Qué estás diciendo?

Incorporóse sobre el lecho, mesándose la alborotada melena.

—Tú no te irás... Tú... no... te... irás...—añadía, abriendo una bocaza tamaña.

—¡Los vapores aun no se te disipan, hombre!

Arsenio hizo un gesto desdeñoso. En seguida, tornando á acostarse, gruñó:

—¡Ah! la incredulidad humana... No te irás porque ya tienes empleo... Conti... Yo se lo dije á Conti... Don Mauricio Orvañonos, no... Orvañanos te dará...

Linares habíase levantado, acercándose con presteza á la cama. Descubríanse en su cara enjuta la duda y la esperanza. Sin embargo, no pudo oir más, porque su amigo, reanudando el interrumpido sueño, mascullaba las últimas palabras.

—¡Arsenio, Arsenio!... ¡Dime!... ¡Despierta!...

Le zarandeó de lo lindo. Ni por esas. Urízar era una piedra.

—¡Por favor, Arsenio!...—suplicaba, inclinándose.

—Con mil diablos, déjame dormir... Orvañanos, Orvañanos te necesita...

Y ahogando un estruendoso bostezo, hundió el rostro en la almohada.

Linares quedóse en pie, extático, fruncido el ceño.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por las rendijas de la carcomida puerta, deslizábanse hilillos de luz lívida, que se desvanecían en la semiobscuridad del cuarto. Sobre la mesa agonizaba la vela, dejando caer á lo largo de la botella chorros de parafina líquida.

Amanecía.

VI

Tornaba doña Manuela de la tienda de la esquina, con los vivarachos ojuelos fijos en tierra, cuando, al entrar en el patio, divisó á Estéfana que, encorvada, con la mugrienta cesta al brazo, descendía de la escalera con paso mesurado, cual si honda preocupación y fatiga la conmoviesen. Detúvose, y sonriente, mostrando las negras encías desdentadas, esperó la llegada de la doméstica.

—¡Eh, querida Estéfana! ¿por qué tan tristona? Si tiene usté cara de inquina, hija...

La cocinera, habituada á las dulces reconvenciones de su excelente amiga, alzó hacia ella los ojos hundidos, murmurando:

—Para jolgorios está una con estas perrerías que le suceden, doña Manuela.

La vieja hizo un gesto de fingido azoro. ¡Por María Santísima de los Remedios! ¿Pasaría algo allá arriba que ella ignorase? No; estaba cierta de que no. Mas, por si acaso, dispúsose á escudriñar el alma sencillota y buenaza de su interlocutora.

—¿Pero qué le puede suceder á usté, mi buena amiga? Si no cambiaría su vida por otra de ricos. En aquella santa casa todo es paz.

—¡Así se le figura á usté!

No, no; Estéfana se equivocaba. Creía de buena fe que la felicidad reinante en casa de la familia Fernández, no podía trocarse por la mejor entre las mejores. Y si no, allí estaba ella, pasándola como Dios se lo daba á entender: por la mañana, su taza de café con un bizcocho; á mediodía, la sopa de fideos y el cocido, hechos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por las rendijas de la carcomida puerta, deslizábanse hilillos de luz lívida, que se desvanecían en la semiobscuridad del cuarto. Sobre la mesa agonizaba la vela, dejando caer á lo largo de la botella chorros de parafina líquida.

Amanecía.

VI

Tornaba doña Manuela de la tienda de la esquina, con los vivarachos ojuelos fijos en tierra, cuando, al entrar en el patio, divisó á Estéfana que, encorvada, con la mugrienta cesta al brazo, descendía de la escalera con paso mesurado, cual si honda preocupación y fatiga la conmoviesen. Detúvose, y sonriente, mostrando las negras encías desdentadas, esperó la llegada de la doméstica.

—¡Eh, querida Estéfana! ¿por qué tan tristona? Si tiene usté cara de inquina, hija...

La cocinera, habituada á las dulces reconvenciones de su excelente amiga, alzó hacia ella los ojos hundidos, murmurando:

—Para jolgorios está una con estas perrerías que le suceden, doña Manuela.

La vieja hizo un gesto de fingido azoro. ¡Por María Santísima de los Remedios! ¿Pasaría algo allá arriba que ella ignorase? No; estaba cierta de que no. Mas, por si acaso, dispúsose á escudriñar el alma sencillota y buenaza de su interlocutora.

—¿Pero qué le puede suceder á usté, mi buena amiga? Si no cambiaría su vida por otra de ricos. En aquella santa casa todo es paz.

—¡Así se le figura á usté!

No, no; Estéfana se equivocaba. Creía de buena fe que la felicidad reinante en casa de la familia Fernández, no podía trocarse por la mejor entre las mejores. Y si no, allí estaba ella, pasándola como Dios se lo daba á entender: por la mañana, su taza de café con un bizcocho; á mediodía, la sopa de fideos y el cocido, hechos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

así, á la ligera; por la noche, su chocolate confeccionado con migas por los puercos tenderos... ¿A eso se atrevía alguien á llamarlo suculento? Y luego, haciendo un gesto de humildad, con semblante sumiso, prosiguió en sus amargas quejas.

Sufría mucho, muchísimo. Que no lo dudase Estéfana. No eran bastantes sus fatigas para ganarse el cotidiano pan, pagar el cuartucho en que moraba y arrojar á los pies de *Matasiete* un puñado de maíz: se la insultaba y se la malquería. ¿Por qué? Algunas gentes que andaban en negocios nada limpios por la calle, permitíanse llamarla chismosa. ¡Chismosa, sí señora! Como si tal dictado merecieran los que se ocupan de la vida ajena para moralizarla, prodigan cariño en los momentos dolorosos, y contribuyen con el propio regocijo cuando de celebrar faustos se trata. El día antes nada menos... ¿No se lo había dicho?... Pues el día antes charlaba amenamente con doña Silveria, cuando la Clara ó la Ruiz, como había dado en llamársela por razón de sus pretensiones teatrales, salió furibunda á la puerta de la vivienda gritando: «Oye tú; madre, te he repetido una y mil veces que no quiero habladurías... Anda, entra, entra...» ¡La jactanciosa! ¡Como si fuera una princesa! ¡Ella, que permanecía horas enteras con unas chanclas que daba miedo verlas!

—Por la santa memoria de mi madre, que en el cielo esté—interrumpió Estéfana haciendo visajes—, yo creo también que esa señora es una *jaitanciosa*. Media docena de veces ha ido á la casa. La niña no la traga. El sinvergüenza de don Alberto no se despega de sus faldas en cuanto la ve... Y Magdalenita está que se las pela por ella... Y yo digo: la tal Clarita nos va á traer desgracia; no hallo nada bueno en su cara pintada... Pero, ¡qué quiere usté! La señora, que no sale de la Santa Veracruz y de la compañía del padre Morales, cierra los ojos y poco le importa lo que pase...

—¡Lástima, lástima, Estéfana!... Pero, dígame, ¿son esas las perrerías de que habló al principio?

Humilló la maritornes la cabeza entrecana. Había en su actitud mucho de la bestia entristecida por las penalidades del amo. Sacó el pañuelo, sonóse con estruendo, y frotándose las manos en el sucio delantal, dió un suspiro de aquellos que llamaba *jondos*, quizás por su intensidad ó lo profundo del dolor que tradecían.

—No, no es eso nada más... ¡Ojalá! Si todo no pasara de allí, me conformaría...

La vecina del descansillo dióle suaves palmaditas en el hombro, suspirando también.

—¿Pues qué pasa? Mire que estoy con el alma en un hilo...

Estéfana contentóse con murmurar:

—La pobrecita niña...

¡Jesús! ¿A la linda muchacha se refería? A ver, que desembuchara. De mil amores habría de escucharla. ¡Y... quién sabe, quién sabe si ella misma la sacase de apreturas!... Y en voz baja, que aun más débil hacía el atronar del caserón, la cocinera, dejando el cesto en el suelo y poniéndose en jarras, contó lo sucedido.

—¡Ay, doña Manuela de mi alma! Antoñita está malucha. Ha llorado. Amaneció con unas ojeras y una color...

Con plañidero acento prosiguió. En su atezado rostro pintábase á veces sincera lástima. La niña sufría; la niña derramaba lágrimas. No eran bastantes sus faenas rudísimas para dar el bocado á los holgazanes que la asediaban. Sus penas no se reducían á la labor diaria, á la labor odiosa que la agostaba: era menester que albergase en un rinconcito del alma ajenas angustias. Y la criada chillaba con su voz ronca de fuelle viejo. ¡Oh! los hombres... ¿Para qué la niña se enamoró de un descamisado que no tenía sobre qué caerse muerto?... Le quiso con el alma... Y todo, ¿con qué objeto?... Ahora se marcharía él, dejándola triste y llorosa, sin tranquilidad ni risa en los labios para acometer la dura tarea á que su buen natural y su mala suerte la impelían.

—Los hombres, los hombres...—gruñó la ropavejera—. Cuando en ellos pienso, se me erizan los pelos... Si usted hubiera conocido al mío... Sólo nosotras, las que hemos llevado á cuestas la carga de un enviciado ó pobrete, sabemos lo que valen.

La cinta de sombra que cubría el rincón del patio, donde charlaban, borrábase poco á poco. El sol, asomando su disco rojo por encima del muro, envolvía en cariciosa luz los tiestos que verdeaban ya; la húmeda tierra, de la que se destacaban hojas secas y basuras; la parlera fuente, que allá en medio se erguía con su brocal centenario, desgastado por los cántaros y cubas de tres generaciones. Bajo el techo metálico, dobladas ante los lavaderos, tres muchachas mofletudas, de trigueña tez, de senos blanduchos, con las blusas de percal hechas jirones, lavaban la ropa sucia de los bebés, que exhalaba emanaciones pestilentes. La portera, deseosa de saber lo que las viejas tramaban, paseaba, arrastrando sus zapatos rotos de aquí para allá, escoba en mano.

—¡No lo decía yo!—exclamó doña Manuela, guiñando los ojos—. Usted se halla en ayunas, querida Estéfana... No sabe que la señorita recibirá un gustazo... ¡Vaya, que no se lo cuento!

La cocinera, que, compungida, iba á marcharse, miró fijamente á la otra. Imploraba con los ojos; su cuerpo enteco, estremecido de gozo y curiosidad, reclamaba con ansia el lenitivo de la tristeza de Antoñita.

—Bueno, allá va... Don Eugenio no tomará las de Villadiego, sino que permanecerá aquí, en su cuartito, hasta que Dios lo mande... ¡Ha conseguido empleo!

Presurosa, sin esperar mayores explicaciones, Estéfana corrió. Los peldaños de la angosta escalera resonaban, y gimoteó la puerta al sentirse empujada por la vieja, que no paró hasta entrar en casa, sudosa, sin aliento casi. Detúvose ante la puerta entornada de la sala. Por el espacio abierto, percibíase el manso rodar de la máquina, entrecortado á veces por ruido de tijeras ó de telas que se rompían. ¿Se lo diría, así, de pronto? ¿Su naturaleza delicada no sufriría una fuerte conmoción, al pasar de la pena al regocijo? Sus entendederas, de por sí escasas, nada pudieron aconsejarla en tan grave aprieto; y guiada tan sólo por el instinto, Estéfana entró cual una tromba.

Paróse la máquina. Un presentimiento auguraba á

Antoñita que algo nuevo y hermoso escucharía. Volvió el rostro tenuemente lívido, y fijando apenas en la criada sus ojos circuídos por ojeras de insomnio, le preguntó:

—¿Qué hay, Estéfana?

—¡Ay, niña de mi alma, que no sé cómo responder!... Las palabras se me atragantan... ¡Ay, niñita! Alma mía, vida mía...

La moza se puso en pie, interrogándola. Lena, que leía tendida en la alfombra, junto á la ventana, un novelón por entregas, prestó atención. Rascóse la vieja la entrecana testa; hurgó sus narices no muy limpias, y contemplando á su ama con pupilas chispeantes, animadas por expresivo fulgor, repuso, ahogada por la emoción:

—¡Pues nada! Que don Eugenio no se va...

Antoñita retrocedió con la cara arrebolada. Hundió sus dedos febriles en la cabellera de oro, y luego, abrazando á Estéfana, apenas si logró murmurar una frase, con las pupilas abrillantadas por las lágrimas.

El sol retozaba sobre la alfombra. Lo había conquistado todo: los *bibelots*, la lamparilla azul, que refulgía con la sonrisa de su globo de limpio cristal. Bocanadas de aire tibio, vivificante, venían del exterior. Las matas de los tiestos, antaño amarillentas, se ofrecían con balanceo imperceptible á la luz.

—No llores, niña... No llores... ¿Por qué llorar cuando una está alegre?

—Pero hermanita, ¿qué es eso de gimotear como un bebé?

Ella levantó el rostro del seno enflaquecido donde lo posara. Sonreía dulcemente, con los párpados húmedos.

—Es que no sólo se llora en los momentos de pena...

—¡Anda! ¡Qué lágrimas, ni qué tres cominos! La nueva te hizo gracia, ¿verdad?—exclamaba Lena, saltando tan alto como sus ágiles pantorrillas se lo permitían.

—¡Demontre de muchacha! Si no puede estarse quieta...

Era la buena Estéfana, que, una vez más, prodigaba acres censuras á las cabriolas de la pequeña. Y hubiese proseguido en su filípica, si Antoñita, mimándola de hecho y palabra, no pusiera su mano cariñosa sobre los labios de la criada.

—Que no haya regaños ni peleas en esta casa. Hoy es día feliz. Alegrémonos, alegrémonos...

¡Alegrémonos! ¡Como si toda la familia estuviese para alegrías sanas! Allí veía metida en la Santa Veracruz á doña Pepa, adorando santos más de la cuenta. ¿Y don Albertito? ¿Cuántas noches hacía que no asomaba las narices por aquellos andurriales?

—Pero ¿qué más?—dijo Antoñita reprimiendo secreta amargura—; ¿qué más quieres que nosotras tres? Con tres, basta y sobra para el placer.

Callaron. En tanto que la vieja observaba confundida la falda que su predilecta confeccionaba, prodigio de gracia y arte costureril, y la morenita de caderas prematuramente desarrolladas volvía á sus entregas apiladas en el suelo, Antoñita extasiábase ante el jirón de cielo azul que se columbraba más allá de las matas rejuvenecidas por el hálito de la primavera. Sonoras, argentinas, dejáronse oír las campanas de San Juan de Dios: el infantil repiqueteo de las esquilas confundíase con el bronco son de la campana mayor. Llegaba hasta la salita cual turba de pájaros alegres, agitando el aire, estremeciendo el ambiente, hasta entonces hundido en una especie de vaga somnolencia.

Mientras Antoñita prestaba oído atento á los repiques, Estéfana saltó, demudada, temblorosa.

—¡Las doce! ¡Las doce!—dijo plantándose delante de la puerta.

—Pero mujer, ¿qué sucede?

—¡Poquita cosa! Que en la cocina no está el cocido puesto, y que no fuí al mercado.

Y se alejó, con el pisotear embravecido de sus chanclos, gruñendo pestes en contra de los hombres, que eran culpables, en concepto suyo, aun de las omisiones de las sacerdotisas del fogón.

Antoñita recorrió el cuarto, canturreando. Su alma,

poco antes amargada y nebulosa, gozaba ahora de una placidez sedante. Por capricho acercóse al espejo que su hermana dejara sobre la mesa momentos antes. En su rostro dibujábase clara alegría, que se dilataba desde los labios delgados hasta los azules ojos. Las diminutas orejas no perdían el rojo tinte de la emoción, y los rebeldes rizos revolucionaban sobre la frente, como poseídos también de grato júbilo.

Hubo de contemplarse breves instantes, y al fin, haciendo una mueca graciosa, dijo en voz alta:

—Ya... ¡Hasta yo me he vuelto presumida!

Después, percatándose de que su hermana no tenía interés mayor de gastar conversación, por motivo de hallarse en tal instante á mil leguas de la realidad, entregada en cuerpo y ánima á los intrincados lances del esperpento literario, dirigióse como de costumbre al ventanuco, y allí dejó corretear la mirada por los amplios horizontes.

—¡Ay, chiquilla!—murmuró—. ¡Qué feliz soy! Hace días me gustaba serlo á solas, escondiendo mi cariño á los ojos de ti y de mamá: hoy gozo de que todas lo conozcan, y sepan mis alegrías y mis penas... Pero ¿no me haces caso?

—Espérate... Estoy en un enredo... El conde quiere matar á la condesa; viene Ketty, la doncella, y el mayordomo del castillo, y...

—Déjate de nobles... Platiquemos.

—Un momento... ¡Ah! la mató... ¡Qué canalla y qué grandísimo sinvergüenza!

Y Lena dobló la página, yendo á unirse con Antoñita, que entonces prestaba atención á una banda de pajarillos que recorrían las azoteas.

—Te decía, lectora de mis pecados, que estoy muy contenta...

Se deshizo en proyectos para el porvenir, que hogaño se ofrecía risueño. Linares era honrado, sería trabajador, serio, amoroso. Después del noviazgo, se casarían. ¿Qué cosa más natural? Pero que la picarona Lena no fuese á contarlo. Eso decíalo ella en reserva, á la calladita. Y viendo que la moza oía embobada tamañas fan-

tasías de idilio casero, le preguntó, cual si diese salida á una idea de días atrás acariciada:

—Y tú, muchacha traviesa, ¿por qué no tienes un amorcito? Mira: ¡hay tantos jóvenes pobres, de nuestra clase y condición, que pudieran convenirte!...

La chica removió la tierra de uno de los tiestos, pensativa. Después, sonriendo con malicia, con aquella malicia innata en ella, contestó, dejando á Antoñita estupefacta. ¡Dios santo! ¿Casarse con un hombrecillo cualquiera? ¡Ni loca que estuviese! ¿Ya la veía su hermana tan corta de años como de caletre? Pues así y todo, no le pasó jamás por la imaginación irse á vegetar en un tabuco de barrio, con un galán pobre por marido. De pretendientes risibles estaba hasta la coronilla. El señor Conti, ¿no lo sabía Antoñita?, el señor Conti, antes de meterse en líos con la jamona de Eloísa, habíale echado el anzuelo sin resultados. Y cierto caballero que vestía eternamente un trajecillo azul, así, como Linares, rondó durante semanas la casa, soñando con hacerla su novia, pensando quizás que ella carecía de ambiciones, y aspiraba tan sólo á la estúpida miseria conyugal.

Suspensa quedó Antoñita al escuchar tales razonamientos, hasta entonces no oídos de labios de Lena. ¿Qué lenta, qué misteriosa transformación se había efectuado en ella? En el espíritu de Antoñita, no perturbado nunca, aunque temeroso por la educación de la hermana menor, formóse el proceso de ésta. Con la primera dicha, con la buena nueva de sus amoríos, vino la primera amargura, hasta aquel día no sentida. No hubo de notar antes un cambio radical en el modo de pensar de la chica; que ellos no se verifican de súbito, sino que vienen preparándose á través de las circunstancias y de los días.

Lena era la moza frívola, ligera de cascos, que siempre tenía los ojos abiertos para la felicidad, mas nunca para los sinsabores. Jamás se le ocurrió inquirir cuál era la base y sostén de su vida, de dónde salían los recursos necesarios para subsistir, ni cómo podían éstos aumentarse mediante el esfuerzo de otro individuo de la familia. Sabía que Antoñita cosía, que Antoñita se

marchitaba junto á la máquina; que doña Pepa se perecía por las festividades religiosas, andando de continuo entre incensarios y curas; que Alberto, no obstante ganar un mísero sueldo, derrochaba y vivía una vida de crápula, sin aportar un centavo al mantenimiento del hogar. Lo sabía todo, y todo parecíale lo más lógico del mundo. Alberto iba para médico con pasos de tortuga, pero al fin y á la postre, médico sería; doña Pepa se abrazaba al templo, madriguera de desengañadas y vencidas. Por lo tanto, nada tenía de asombroso que la primogénita trabajase, máxime cuando ella, Lena, era la de más corta edad y cortísimos alcances.

Dada por temperamento á la molicie, jamás se interesó en conocer el manejo de una aguja ó la materia de un libro. Libros y agujas eran para ella, en otro tiempo, cosas que no fijaban su atención, y ahora, mamotretos indignos de la mano blanca de una señorita que aspiraba á salir de ambiente tan mezquino. Pasaba las horas muertas sin hacer nada, recostada en el sofá, mirando el cielo bañado de sol, mientras que Antoñita no apartaba los ojos de la faena. En el tocador, ante el espejo iluminado por viva claridad, deteníase largos instantes, en ocasiones mañanas enteras, sumida en una adoración de su cara y de su cuerpo; atenta á las manchitas que pudieran deslucir el cutis; al color de los labios; á la expresión de los ojos. No era, como Clara Ruiz, negligente á ratos en el embellecimiento de la persona. Siempre le invadía el deseo de aparecer bonita, seductora, con la gracia sensual de su color moreno, de sus senos exúberos, de sus caderas redondas. Antoñita habíase dado cuenta, además, de que Lena, aunque amante del buen parecer, de la elegancia coqueta, desde que paseara sus botitas de niña por Plateros, de la mano de su madre, nunca tuvo, como hoy, grandes exigencias. Quería trajes en regular número y de no maleja calidad; reclamaba sombreros: no ya el *canotier* de cortas alitas y de angosto listón, sino la forma de moda, ora semejante á un jardín por la profusión de flores que le adornaban, ora á revuelta maleta de saltimbanquis, por la abundancia de colorines y cintajos.

Pero lo que más vivamente hería á la modistilla, era el recuerdo de una escena, acaecida semanas antes, en la recámara donde solía bañarse.

Lena había entornado los maderos de la ventana, y allí mismo, junto al lecho, desnudóse lentamente, mirando con atención de niña precoz sus miembros, á medida que se iba despojando de las perfumadas ropas. Quitóse con lentitud la blusa blanca, ornada con recortes de encajes que á Antoñita sobraban; la falda de lana negra que libraba á sus carnes de la crudeza invernal; los choclos de charol un tanto deteriorados, ante cuyos tacones, desiguales por el roce del suelo, puso mal gesto; las medias negras de algodón; la camisa blanca de *calicot*, que adquiriese con el uso la misma suavidad, la misma tibieza de su cuerpo, agitado por el fuego de la pubertad.

Cuando estuvo desnuda, envuelta en oleadas luminosas, contemplóse. Su mirada iba desde las rosadas extremidades de sus senos hasta la punta de sus pies, sobre los cuales se destacaban las uñas nacaradas. Despacio, muy despacio, como si temiera perturbar su actitud contemplativa, se acercó á la tina de hojalata, en la que el agua burbujeaba. Introdujo una pierna, estremeciéndose al sentir el halago del líquido; hundióse después hasta la cintura, y ya que estuvo sentada, con movimientos pausados de gatita se tendió de espaldas: con el agua hasta la barba, dejaba que sus ojos vagasen por la masa transparente, allá por donde se adivinaban las curvas deformadas por la posición del cuerpo, la piel morena, infiltrada de tibieza, y los pies pequeños, de menudos dedos, aun rojos por la opresión del zapato. Y más tarde, al levantarse, miróse de pie en la tina, soñando con aquellas cortesanas orientales de que su amiga le hablara.

Así la encontró Antoñita, que extrañada de su tardanza, habíase asomado por la puerta.

—¡Ay, Antoñita, Antoñita, no me veas!—gritó, tornando á meterse en el agua, en una explosión de su aun no muerto pudor.

Y Antoñita retiróse un sí es no es cortada. A su

mente venían ciertas escenas parecidas á la que en su hermana sorprendió, de las cuales se hacía lenguas doña Manuela, quien á eso del mediodía se acercaba con sigilo á la recámara de Clara Ruiz, confesando después á todo el mundo haber visto á la muy pícara en cueros vivos, «mismamente como su bienaventurada madre la había parido».

Ahora lo evocaba todo, cuando Lena sonreía con malicia al oir sus encantadores proyectos de vida futura. Sí; el mal venía de abajo, del tugurio apenas alumbrado por un rayo de sol, donde alentaban una existencia soñadora de grandezas dos seres enfermos, podrido fruto de una casta social.

No enojada, sino triste, acarició con su mano santificada por el trabajo el rostro de la muchacha.

—No, hermanita, no... Piensa que la felicidad no está allí donde tú crees. ¿Para qué buscarla en otra parte, si la tenemos aquí, al alcance de la mano, junto á nosotros, en el pedazo de pan que comemos, en la casita pobre que habitamos, en las gentes queridas que nos rodean?

Y Lena no respondía, errabunda la mirada por las calles que recortaban aquí y acullá el montón informe de techos; por las arterias de la ciudad que trepidaban con el trepidar ruidoso de la vida moderna.

Antoñita caviló en su impotencia. Reconocíase sin fuerzas para apartar á la chiquilla de aquella senda. ¡Ah! si pudiese arrancarla de las garras de la Ruiz, la virgen á medias, por la que experimentaba secreta repugnancia; si pudiera reducirla á la existencia laboriosa y callada del hogar... Mas no, no era posible; la mocita, aunque dócil en la apariencia, era rebelde en el fondo, y resistía á todo consejo encaminado á apartarla de su amiga, máxime cuando su madre, que sentía por ella especial predilección, apoyábala contra viento y marea.

Suspiró, dejando de acariciar la barba de Lena. Había en su silencio un dejo de amargura que no pasó desapercibido á la superficial penetración de la chica, la cual estalló en sonora risotada, colgándose de su

cuello, besándola en los ojos, en los labios, en las mejillas, en los cabellos.

—¡Eh, monina! Al diablo esa cara mustia. Si yo te quiero, si yo te quiero, si yo te quiero...—gritaba—. Luego, poniéndose seria, como si una idea entrase de rondón en el alborotado recinto de su cerebro, añadió, besándola con mayor fuerza: —Oye, ahora que me acuerdo... Me prometiste un vestido azul, así, de *nansú*... ¡Sería tan bonito!... ¡Y en primavera!... Clara va á comprar uno; ¿me comprarás tú otro?

Antoñita, reacia al escuchar el nombre de la enemiga, cedió al fin, asintiendo á los infantiles ruegos de Lena, que saltando como un gozquecillo, giraba en torno de ella, lanzando chilliditos de triunfo. Por la ventana entraba el claro sol; frescas brisas movían las tiernas hojas de los tiestos. Afuera, los canarios trinaban, picoteando sobre las tablas sucias de la jaula granitos amarillentos de alpiste.

—¿Oyes?—dijo la chiquilla—. ¡Hasta los pájaros se alegran de mi vestido! ¡Ah! yo te lo pagaré, yo te lo pagaré...

Y huyó desalada por la puerta. Riendo, con las faldas hasta la rodilla, repetía, con voz estridente de pilluelo:

—¡Yo te lo pagaré, yo te lo pagaré, yo te lo pagaré!

Hallábase por la noche Antoñita atareadísima. Menester era dar la última puntada á la elegante falda que le encomendara Mad. Bernard. Trabajaba á la luz de un quinqué, musitando la eterna canción. A sus palabras de amor, la máquina respondía con severo *trac-trac*. La tristeza que le produjeran las confidencias de su hermana, habíase mitigado. La esperanza acariciada desde por la mañana, el deseo que la impulsaba á laborar de prisa, á fin de encontrar á Eugenio en la Alameda, manteníase firme, comunicando agilidad á los dedos finos y alegría á las pupilas, que parecían sonreir, sin perder por ello su melancolía de siempre. ¡Cómo cambian los tiempos! En la sucesión lenta de las horas, ¡cuántos hechos dolorosos ó alegres podían ocurrir! Y en la mente soñadora de la muchacha brotaban pensamientos de amable filosofía uno á uno. ¿Quién le dijese el día antes que Linares, de ser desesperado y escéptico, de pobre mozo desvalido, tornaríase hombre feliz? En estas consideraciones se entretenía, cose que cose, cuando tras de la puerta que daba á la azotea escuchó voces y el reir ahogado de Lena, la que á continuación llamó. El corazón dióle un vuelco. Sentía palpitaciones agitadas, turbulentas, que la privaban del pleno uso de la palabra; un raro presentimiento le decía que algo se preparaba tras de aquellos discretos maderos entornados.

—Antoñita, Antoñita... Abre, que te vas á llevar una sorpresa...

Y Antoñita abrió. Y en el cuadro de luz que la puerta proyectaba sobre la azotea sumida en la obscuridad, vió á Eugenio Linares, radiante, que de la mano de la joven vacilaba en adelantarse hacia ella. Por su genial timidez, se resistía á entrar. ¿No comprendía la señorita Lena que él no era capaz de pisar aquel umbral sin la venia de doña Pepa? Deshacíase en inclinaciones, saludos y cumplidos, rechazando débilmente, con el rostro enrojecido por el rubor, las instigaciones de la pequeña. Al último, hubo de emplear como recurso supremo las ocupaciones de Antoñita. El jamás se atrevió á distraer á las personas de sus quehaceres.

—Pero, Eugenio de mi alma,—dijo Lena con sorna—, ¿no piensa usted que Antoñita dejará todo trabajo por su novio? ¡Eh, adentro!

Y Linares penetró en la sala tantas veces objeto de sus imaginaciones de enamorado, seguido de la morenita, que reía, y de la modistilla que, sonriendo ruborizada, bajaba los ojos. Sentóse en el diminuto sofá austriaco. Dibujábase en su semblante una palidez, una satisfacción del deseo cumplido... De reojo le veía Antoñita como transformado: su cara parecíale menos demacrada, sus ojos más vivos, su tez no tan amarillenta como la víspera; ¡hasta su vestimenta: el corto pantalón á cuadros, el grasiento saco de color café, la corbata azul deshilachada, adquirieron á los ojos de la enamorada doncella cierto cariz flamante y lleno de brillo!

Encendida que fué la lámpara, que esparcía en derredor tenues rayos azulados, ambas chicas hubieron de tomar asiento á la distancia que de Linares les aconsejaba su recato y honestidad. En seguida estableciόse el silencio, un silencio burlón, que movía á risa, pues que en él flotaban infinitas palabras con el pensamiento dichas y muchas ternezas calladas.

Lena, con su habitual gracejo, fué la encargada de romperlo. ¡Vaya con los señoritos! No podían hablar más que á solas. Sí; á solas. El poeta Arsenio, con ser tan hablador, no les igualaría. Pero allí de los apuros cuando un tercero estaba presente, convertíanse en dignos émulos de Teresa Gómez, tan enfurruñada y seriota, que era preciso sacarle las frases con tirabuzón. Risueña, contó las mañas de que se valiera para atraer al señor Linares á tan ameno sitio. Le espió en la escalera, segura de que llegaría á las siete, como de costumbre, después de la cena, dispuesto á encarcelarse en el chiribitil y á cantar dúos con la almohada. ¡Buena se le esperaba al bribón! Llegó, no á la hora justa, sino un poco más tarde, á las siete y cuarto. ¿Quién sabe en qué pilladas andaría! Ella le descubrió cuando entraba en el zaguán, alegre como unas pascuas, y marcóle el alto á la mitad del patio. ¿Adónde iba? ¿A roncar como un bendito? Pues no señor, nada de ronquidos: que se diese una vuelta por casa, que su novia le aguardaba con el corazón lleno de júbilo. ¿Que no iría? ¡Dios! ¿A ella con tales remilgos y cosillas impropias de un galán? Y quieras que no, de un brazo hubo de colgarse, y allí le tenía la buena señorita en pago del vestido azul.

Antoñita no pudo contenerse. Levantóse de la silla, y cogiendo entre sus manos la cabeza de Lena, imprimió en las obscuras guedejas dos besos que sonaron en los oídos de Eugenio Linares á manera de música celeste.

—Oye—dijo la mayor—. ¿Y doña Manuela estaba á la ventana cuando ustedes subieron?

—Ahora verás... ¡Ah! sí, ya me acuerdo; nos saludó, y por más señas me dijo á mí con su vocecilla melosa: «¡Cuánto bueno por estas obscuridades, mi querida señorita Lena!»

Sintió la primogénita alguna inquietud. Temía á la lengua viperina de la vieja más que á las malas entrañas de todos los vecinos juntos. Pero serenándose, volvió á su asiento, interrogando á Eugenio.

—¿Conque ya encontró usted empleo?...

—Sí, Antoñita. Yo hubiera querido decírselo desde luego á usted.

—¡Ji, ji!—rió la morenita—. Se hablan de tú y de usted...

Los rostros de los amantes tiñéronse de rojo vivo. Linares no acertó á disimular su turbación. La costurera, á poco de haber sufrido el bochorno, murmuró, haciendo una mueca de disgusto:

—¡Qué impertinencias las tuyas, Lena! Deberías pensar que el señor...

—¡El señor!... ¡Ji, ji!... ¡El señor!... ¡Ji, ji!...

—Pero, niña...

Eugenio Linares miraba riendo á la pequeña, como embobado. Aquella muchacha, con sus ribetes de maliciosa y de ingenua, se le metió por las ventanas del alma en cuanto la oyó discurrir. Había tal gracia en sus dichos, tal confianza en su trato íntimo, que pensó él por qué no le había saltado un galán, de aquellos tan abundantes en calles y corrillos de vecindad. Desde el primer momento hubo de establecerse una corriente de simpatía entre los futuros cuñados. El adivinaba en Lena el tipo opuesto al suyo propio, de mocetona reidora y charlatana; ella le estimó bobalicón y timidote.

—Pues, sí, encontré empleo... No una gran cosa, pero, en fin, *algo*, nada más que *algo*... Usted...

—¡Y dale con el usted! A tutearse, señor mío...—gritó Lena.

—Bueno, tú por tú...

Y en breves conceptos explicó el ansiado hallazgo. Todo lo debía á Urízar. Era tan bueno el pobre Arsenio... El fué quien, ayudado por Conti, topó con un señor don Mauricio Orvañanos y Méndez, notario de profesión, con domicilio y oficinas en la calle del Aguila, quien desde la víspera andaba en busca de un escribiente. El redactor de *La Aurora*, por negocios del pe-

riódico, trataba y conocía al leguleyo, y sabedor de que existía la vacante y de que el vate se lo había recomendado con insistencia, corrió acompañado de éste á la notaría, con el propósito de conseguir la plaza.

Aquella misma mañana, del brazo de Arsenio, se había presentado á su nuevo amo, quien, luego de haberle sometido á ridículas pruebas caligráficas, gramaticales y aritméticas, le aceptó con el sueldo de cuarenta pesos mensuales, aparte de los dinerillos que Linares pudiera sacar de las arcas de los clientes generosos, que, aunque en menor número de los tacaños, solían encontrarse por esos mundos de Dios.

Ya veía Antoñita que el destino no era un filón ni cosa de ese jaez. Y al decir esto, un chispazo de amargura surcaba las pupilas de Linares. Haber estudiado tanto, quemarse las pestañas durante tres largos años, sufrir vigilias, insomnios, penalidades mil, con el ardoroso anhelo de saber, para hundirse al cabo en olvidado bufete, en el fárrago de papeles viejos, testamentarías y protocolos, no le parecía, en verdad, fortuna envidiable.

Al callar suspiró.

—¡Quién sabe, Eugenio!—dijo la novia—. Nada es definitivo. Además, se ven tantas cosas en la tierra...

Había en su voz un velado tono de reproche. Tras de su última frase, otra venía con presura, que se detuvo en sus labios. ¿Por qué mientras ella bendecía aquel empleo que le daba la dicha, el amor eterno, él se rebelaba contra su suerte, pensando en la infelicidad? Escapó al ingenio del chico el sentido de tales frases. No era su magín demasiado sutil para darse cuenta de honduras psicológicas. Pero Lena, que no pecaba de modosilla, y que en lo tocante á decir verdades nunca se anduvo por las ramas, exclamaba:

—Ya lo ve el señor Linares. A mi hermana no le gustan las quejas; para Antoñita es primero el amor que los sueldos...

El aludido hizo un mohín de protesta.

—Hombre, ¿le parece á usted escasa fortuna el haber hallado un empleillo que le permita no separarse de la novia? ¡Vamos, que es usted pretencioso!...

Linares alzó la voz, á fin de acallar las palabras burlonas. No; él no era rebelde, contentábase con poco. Lo que afirmó, no pasaba de un *decir*. Tenía ambiciones como todo bicho viviente, pero sentíase dichoso al poder quedarse en México. Una furtiva mirada de gratitud recompensó su discurso. Antoñita, tímida, inclinó la cara en ese momento invadida por suave rubor; y Lena, que en achaques de noviazgo no era lerda, abandonó la silla de pronto, y riendo con picardía en mitad de la sala, dijo:

—Bueno, señoritos; yo tengo mis asuntos también. Y no se crean, ¡asuntos serios! El pobre morrongo no ha comido. Está malito...

Girando sobre los altos tacones escapó. A lo lejos escuchábase el *fru-fru* producido por el raudo vuelo de sus faldas.

Los dos continuaron sentados, sin mirarse. En sus almas se agitaba una profunda gratitud hacia la chiquilla que les brindara un rato de amor á solas. La alegría intensa provocaba en ellos el silencio, la concentración interna que les permitía saborear con fruición su deleite. En el cuarto oloroso á flores marchitas, tibio, como si conservase todavía el calorcillo de los rayos solares, reinaba el mutismo. Rachas débiles de aire; el aleteo blando de las palomillas que revoloteaban en torno de la lámpara, ebrias de luz; el *tic tac* dulzón y monótono del reloj puesto sobre la mesa, turbaban apenas la atmósfera soñolienta.

—¿Eres feliz, Antoñita?

—Más que tú... ¡Ay! no esperaba yo esto... He recibido una sorpresa tan grande... tan grande...

Se acercaron. Linares arrimóse al extremo del sofá, cogiendo entre las suyas una mano de la muchacha. Su amor, escaso de léxico, como todos, desbordábase en palabras sueltas, sin hilación ni sentido, en vulgaridades que á cuento no venían, en ternuras hasta entonces no usadas. Y la muchacha enmudecía, como si su felicidad, sus sueños, sus aspiraciones modestísimas de chicuela criada en un hogar de la clase media, aspiraciones tanto más raras cuanto que se desarrollaron en

el dorado pantano donde toda ambición y todo oculto vicio tienen su asiento, estuvieran reunidas allí, en aquel caballerete que oprimía su diestra. Nunca había pensado en atraer á Eugenio á las intimidades de su casa. Oponíase á ello, además de su genio medroso, el temor de hacer difícil el curso de sus amoríos, que, en lo general de los casos, encuentran enemigos en la propia familia. ¡Ah! pero agradecía tanto á Lena su inspiración...

Habló. Uno á uno, trajo á cuento recuerdos encantadores: las Posadas, la noche de Navidad, la cena fin de siglo... Las entrevistas en la azotea habían terminado. ¡Quién le dijera que la anterior había de ser la última! Ya no se verían desde lo alto, por la mañana, cuando torres y techos refulgían al sol... Ahora estarían mano á mano, el uno junto al otro, confundiendo sus alientos y observando en sus pupilas el rápido cabrillear de la emoción. Estaban más unidos, más cerca; pero eran tan bonitas las entrevistas desde la azotea...

Y al murmurar tales palabras, Antoñita fijaba los ojos en la alfombra, como si pensara.

—¡Niña! ¿Pero quién te ha dicho que se acabarán? Nosotros podemos hacer lo que nos dé la real gana.

—No, no lo pienses—repuso sonriendo—. Eso pasó, pasó...

Después hubo de tornar á su silencio. Eugenio la miraba á ratos, embelesado. ¡Estaba tan mona así, con su carita seria y sus ojillos tristes! ¡Señor! Pero no era aquello para desconsolarse, ¿verdad?

Una ráfaga de viento refrescó la nuca de la muchacha, haciendo temblequear los sedosos rizos. Volvióse ligeramente, y señalando la ventana, dijo:

—Mira, qué preciosa noche...

Sin esperar respuesta, fué hacia el antepecho, clavándose de codos, abstraída en muda contemplación, sin moverse al observar que Linares se deslizaba tras de ella, deteniéndose á su espalda, y apoyaba la barba en uno de sus débiles hombros huesosos, que dejaban adivinar la suavidad del cutis, á través de la tela vaporosa que los cubría.

Callaron.

Ante ellos, estremecido por el titilar de millares de estrellas, extendíase el cielo, de un tinte azul obscuro. Levemente ensombrecido en el centro, dilatábase hasta el lejano horizonte, en donde la masa de la tierra se fundía en una pincelada negra, vaga, ondulante. La ausencia de la luna hacía más intenso el brillar de los pequeños astros, que desparramaban en la inmensidad del espacio fino polvillo de luz. Exhalaciones fugaces lo surcaban, sumergiéndose en el azul de súbito iluminado por blanquecina claridad. Abajo, en el montón de techumbres y de muros agrietados, aparecían á intervalos lucecillas misteriosas que semejaban ojos de fuego que sonreían á los novios desde la sombra. Los campanarios distantes surgían cual hoscos centinelas, recortando el firmamento con sus moles achatadas. Regueros de luz blanca rasgaban aquí y allá la obscuridad uniforme, ensanchándose hasta las lontananzas sombrías. No muy lejos, las copas de los árboles erguíanse en apretado apilamiento de hojas y de ramas.

A sus pies estaba México, luminoso, radiante, como ascua. Linares lo contemplaba con agradecimiento y con odio. ¡Ah! si pudiera conquistarlo, abrumarlo... Y su ambición de provinciano le embriagaba, haciéndole olvidar á la cara prenda de amor que á su lado tenía.

—¡Qué hermosa está la noche, Eugenio!...

Y Antoñita, con las naricillas dilatadas, respiraba con deleite, prestando atento oído á los rumores y cadencias que hasta ella venían en alas del remusgo. Luego se inclinó. Doblando una de las diminutas ramas del heliotropo, olía las pequeñas flores. Los ojos de Eugenio, perdidos hasta entonces en la noche, posáronse en el cuerpo frágil de la amada, cuyas curvas se pronunciaron al agacharse ella sobre los tiestos. Miró las caderas apenas núbiles, caderas de niña enfermiza; los senos, que casi no se advertían bajo la blusa; los brazos delgados... Luego, alzando la vista, observó la nuca, ahondada, de una blancura lechosa, sobre la cual alborotaban ricillos de oro. Lentamente, su tez, de ordinario pálida, se coloreó. Temblaron sus labios sombreados

por tierno bozo, é inclinándose también, imprimieron un beso ardiente que hubiese sido largo, eterno, si la chica no se irguiera con violencia.

Había en su semblante un gesto de ternura y de enojo que le confundió. Primero hubo de observarle con mirada seria; al fin rió, levantando sobre la cabeza de Eugenio las airadas manos.

—No, señorito mío... Eso será después, más tarde, nunca si usted lo quiere... Pero ahora no...

Linares suplicó:

—Antoñita...

Ella quedóse inmóvil, sonriendo. ¡Pícaro hombre! ¿Para qué quería besos? No; aquello no era propio de un caballero como él. Y retrocediendo hacia la ventana, cogió un puñado de heliotropos; luego, besándolos, se los entregó.

—Toma. Allí va mi beso; bésalos tú también...

Largo silencio siguió á sus palabras. Linares cogió trémulo el ramillete, apoyándose después en la hoja de la ventana, entristecido. De espaldas á él, la joven proseguía en su tarea de escudriñar la tierra que daba vida á las flores.

A lo lejos escucháronse las carcajadas de Lena, confundidas con la voz dulzona y un tanto cascada de doña Pepa.

VII

Cayó el telón en medio de una tempestad de silbidos.

En las lunetas, una muchedumbre heterogénea, compuesta de señoritos de levita y sombrero hongo; de comerciantes al por menor, con el traje grasiento, oloroso á mercaderías; de obreros de manchada blusa y curtidas manos, aullaba, hundiendo el desigual piso á bastonazos, con la garganta deshecha á fuerza de gritos, descompuesta la faz por sorda rabia.

—¡Al foso! ¡Al foso!

—¡La bella Clara! ¡Ja, ja!

La hez maloliente y andrajosa conmovía el ahumado recinto con vociferaciones roncas. De la obscura galería, apestada con los hálitos del alcohol y del pulque, el sudor que empapaba los pingajos de la turba amontonada, la mugre humedecida sobre los cuerpos trémulos, brotaba un mugido discordante, ruidoso, que al unirse con el que de abajo ascendía, atronaba los ámbitos cual tempestad desencadenada. Un señor panzudo, de limpísimos lentes montados con petulante gallardía sobre la nariz, exclamaba, de pie, junto á uno de los palcos:

—¡Caballeros, eso no puede soportarse! Entiendo que...

Pero no pudo continuar. Un chillido agudo, metálico, le interrumpió. Volvióse airado hacia el sitio de donde el grito salía. Una prostituta joven, flor del vicio, pequeñita, desgarbada, con el rostro arrebolado por el colorete, habíase subido en la butaca, agitando los brazos.

—¡A la cárcel con ese Urízar!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por tierno bozo, é inclinándose también, imprimieron un beso ardiente que hubiese sido largo, eterno, si la chica no se irguiera con violencia.

Había en su semblante un gesto de ternura y de enojo que le confundió. Primero hubo de observarle con mirada seria; al fin rió, levantando sobre la cabeza de Eugenio las airadas manos.

—No, señorito mío... Eso será después, más tarde, nunca si usted lo quiere... Pero ahora no...

Linares suplicó:

—Antoñita...

Ella quedóse inmóvil, sonriendo. ¡Pícaro hombre! ¿Para qué quería besos? No; aquello no era propio de un caballero como él. Y retrocediendo hacia la ventana, cogió un puñado de heliotropos; luego, besándolos, se los entregó.

—Toma. Allí va mi beso; bésalos tú también...

Largo silencio siguió á sus palabras. Linares cogió trémulo el ramillete, apoyándose después en la hoja de la ventana, entristecido. De espaldas á él, la joven proseguía en su tarea de escudriñar la tierra que daba vida á las flores.

A lo lejos escucháronse las carcajadas de Lena, confundidas con la voz dulzona y un tanto cascada de doña Pepa.

VII

Cayó el telón en medio de una tempestad de silbidos.

En las lunetas, una muchedumbre heterogénea, compuesta de señoritos de levita y sombrero hongo; de comerciantes al por menor, con el traje grasiento, oloroso á mercaderías; de obreros de manchada blusa y curtidas manos, aullaba, hundiendo el desigual piso á bastonazos, con la garganta deshecha á fuerza de gritos, descompuesta la faz por sorda rabia.

—¡Al foso! ¡Al foso!

—¡La bella Clara! ¡Ja, ja!

La hez maloliente y andrajosa conmovía el ahumado recinto con vociferaciones roncas. De la obscura galería, apestada con los hálitos del alcohol y del pulque, el sudor que empapaba los pingajos de la turba amontonada, la mugre humedecida sobre los cuerpos trémulos, brotaba un mugido discordante, ruidoso, que al unirse con el que de abajo ascendía, atronaba los ámbitos cual tempestad desencadenada. Un señor panzudo, de limpísimos lentes montados con petulante gallardía sobre la nariz, exclamaba, de pie, junto á uno de los palcos:

—¡Caballeros, eso no puede soportarse! Entiendo que...

Pero no pudo continuar. Un chillido agudo, metálico, le interrumpió. Volvióse airado hacia el sitio de donde el grito salía. Una prostituta joven, flor del vicio, pequeñita, desgarbada, con el rostro arrebolado por el colorete, habíase subido en la butaca, agitando los brazos.

—¡A la cárcel con ese Urízar!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Más inmoral que nosotros es él y la grandísima alcahueta de su madre!

Un oficial de gendarmes, de plateados galones y barba hirsuta, lanzóse sobre ella, procurando abrirse paso por entre la aglomeración. Sudoroso, con la trigueña cara alterada por la cólera, en vano pretendía salvar la distancia que de su presa le separaba. A empellones, á codazo limpio, jurando como un carretero, logró llegar hasta donde la chica le había esperado, riendo, y grande fué su pasmo al hallarse con la luneta vacía. Allá, entre un mar de cabezas, muy cerca de la puerta de salida, vislumbró una carita ajada y burlona, que le guiñaba los ojos.

—¡Cójanla!

Los gendarmes, en poquísimo número, procuraron obedecer el mandato de su jefe. Empeño inútil. Eran impotentes para atrapar aquel cuerpecillo flácido, que se deshacía en carcajadas ruidosas, perdido en el mare mágnum.

—¡Orden, señores!

—¡Uy, nos amenaza!

—¡Caracoles, me revientan!

—Luis, ¿traes á la niña?... ¿No?... ¡Cómo! Mi hija se ha perdido... ¡Mi hija, mi hija!... ¡Señores, por Dios!...

Y el estrépito continuaba, atronador, incesante, á veces acallado por segundos, cuando la fatiga oprimía á la multitud; arreciando otras, cual si nuevas energías cobraran manos y pechos. Palidecían los foquillos, envueltos en densa nube de polvo, esparciendo reflejos débiles en la atmósfera saturada del humo del tabaco y de las emanaciones fuertes de los organismos vibrantes, arrastrados por la ola avasalladora del escándalo. Algunos tramos de la barandilla de galería fueron desprendidos, cayendo con estrépito en el patio, seguidos del crujir de tablas y de las palabrotas que salían á borbotones de los labios hinchados. En la orquesta, el maestro permanecía anonadado, batuta en mano, ante la partitura. Había en su rostro flaco una expresión de timidez y de espanto; temblaban sus pobres miembros; todo su cuerpecillo escuálido, revelador del hambre,

doblegábase, en tanto que los músicos, unos de pie, sentados otros, metían con presteza en sus estuches los enmohecidos latones, las viejas cañas y los chirriantes arcos. Por las aberturas del telón pintarrajeado, asomaban semblantes en los cuales se descubrían la ansiedad y el azoro. Escuchábase el corretear de histriones y empleados, el acompasado golpe del martillo de los maquinistas, exclamaciones é injurias. En la puerta, obstruída por apretada masa humana, sollozaban los niños, pedían misericordia las mujeres, y menudeaban mojicones y cachetes. Y por encima de todo, sobre los millares de cabezas erguidas, distinguíase, semejante á muda personificación del terror, la figura enclenque del maestro, que aun conservaba la batuta en la mano y miraba suplicante, como implorando tranquilidad y calma.

De pronto, surgieron dos gritos simultáneos, robustos, estridentes, que más que por su fuerza misma, sorprendieron á los espectadores por el atrevimiento que acusaban.

—¡Viva Urízar! ¡Bravo! ¡Arriba el telón!

Los rostros, suspensos, inmóviles por la sorpresa, volvíanse hacia la primera fila de lunetas, en donde un mocetón alto, de pelo castaño, larga nariz, ojos grises y bigotillo presuntuoso, hundía el pavimento á bastonazos y se mesaba los cabellos, desgañitándose. Mas los que le vieran extrañados, no tardaron en ceder á la cólera: sordo rumor oyóse, que, partiendo de los burgueses que permanecían á un paso de la orquesta, invadió la sala, llenándolo todo con un murmullo de abejas. Los focos, brillantes por un momento, al desvanecerse la nube de polvo que les rodeaba, tornaron á nublarse; el maestro hizo una mueca de enojo y desesperación; el señor de abultado vientre aulló, con expresión feroz, erizados los cerdosos pelos de la barba.

Al percatarse de que la tempestad se desencadenaba de nuevo, el mozo de los ojos grises redobló sus gritos y manifestaciones de aprobación.

—¡Viva Urízar! ¡Viva la obra!

—¡Fuera ese!

—¡Viva el poeta!

Y el muchacho, entregado ya en cuerpo y alma á su entusiasmo, accionaba, destruía la seriedad de su rostro con gesticulaciones grotescas, y con mano temblona aporreaba el piso con el bastón.

—Señor Conti...—decía un viejecillo de cara rugosa, cogiéndole por el brazo—. Señor Conti, calma, calma... Aquí va á suceder una cosa gorda.

—¡Nada importa! Es preciso salvarles; aplauda usted, señor Carrizales... Aplauda usted... ¡Olé por Clara Ruiz! ¡Bien por Arsenio Urízar! ¡Arriba el telón! ¡Diana, maestro! ¡Diana!

El periodista rugía, enarcando su delgado talle. Carrizales, alentado por el ejemplo, daba rienda suelta á su vocecilla femenil y almibarada; palmoteaba con todas sus fuerzas, arrojando con desdén el *plaid* en que poco antes se arrebujaba. En la galería, entre la muchedumbre ennegrecida por el polvo, Conti veía á su amigo Alberto, inclinado soberbiamente sobre el antepecho, con la cara roja, bronco el acento. Más allá, escondida en obscuro rinconcillo, divisó á doña Manuela, envuelta en su chal verdoso, charlando con la portera del caserón de la calle de San Juan de Dios. En el fondo, confundido con la turba, hallábase don Hilario, el tío cazurro incapaz de gastarse una peseta en la taquilla. Recorrió los ámbitos del teatrillo en busca de rostros amigos. Les había encontrado; ahora, ¡á triunfar! ¡Ah, imbéciles; buena paliza les esperaba en las columnas de *La Aurora!* Ya les compondría él, para que en otra ocasión no reventasen á sus camaradas. Y con entusiasmo ferviente hubo de proseguir en su tarea, pataleando, berreando, manoteando, sudoroso, irritado, febril.

Al fin, Esteban Conti sonrió satisfecho. Ya la victoria era suya. La semilla de la simpatía, sembrada á manos llenas, daba el sazonado fruto. A pesar de las rudas protestas de buena parte del público, habíase iniciado un movimiento de reacción.

El teatrucho trepidaba. Una aclamación continua, cada vez más llena, estalló:

—¡El autor! ¡El autor!

—¡Arriba el telón!

Alzado que fué éste, en medio de aplausos frenéticos, estallaron algunas risas, al ver que varios maquinistas y dos robustos bomberos huían discretamente, ocultándose tras de los bastidores.

—¡El autor! ¡El autor!

Carrizales se desgañitaba; el señor de los lentes permanecía callado, furioso ante la derrota. La masa, oprimida, sofocada, delirante, pedía la presencia del autor en la escena vacía. El maestro, para rematar la victoria, sentóse de nuevo en la alta silla, tranquilo ya, casi sonriente, y manteniendo la batuta en alto, llamó la atención de sus bohemios subordinados.

Cuando la *diana* dejóse oir, la aclamación se hizo frenética, impidiendo que se escucharan hasta las desafinadas notas del cornetín. Agitábase el director como energúmeno, cual si deseara imprimir formidables bríos con los balanceos de su cuerpo á la ramplona pieza con que el público mexicano obsequia á sus artistas.

Pasaron cinco minutos.

Ya la incertidumbre comenzaba á apoderarse de los ánimos. Conti murmuraba al oído del señor Carrizales, no sabiendo cómo explicar tan inoportuna tardanza. Arriba, en la galería ensombrecida por el polvo, el mismo Alberto hubo de enmudecer, extrañado de la ausencia de Clarita en la escena. De pronto, en el instante en que se produjera momentáneo silencio, silencio preñado de amenazas, Arsenio Urízar apareció en el foro. Tornaron los aplausos; el maestro partió en dos la gruesa batuta, con arranque tremendo; Conti, alegre, entusiasmado, volvió á palmotear, á empujar bestialmente hacia el éxito ruidoso á la turba que le rodeara. Pero las manos cesaron de aplaudir; anubláronse los rostros, y una mirada de los dos centenares de seres allí reunidos, se clavó en la escena, donde acaecía algo no previsto. El poeta, firme en sus planes, negábase á dar un paso. El tenor, un mozalbete de cara de aguilucho y ojos irritados, y la debutante, Clara Ruiz, «la bella Clara», como rezaban los carteles, hacían esfuerzos sobrehumanos para obligarle al avance. Aterrados, le suplicaban, le rogaban. Y Arsenio Urízar, fastidiado

por último, al sentir el peso de las miradas de odio de la nueva tiple, se decidió, y erguido, altivo, mirando con desprecio á la muchedumbre, adelantóse hacia las baterías. El tenor, de traje arlequinesco; la Ruiz, trémula, con los negros ojos atemorizados, le siguieron.

Reclamó silencio con una mueca. Algunas palmadas débiles, medrosas, sonaron en el recinto, y amenazante mutismo siguió, al callar la orquesta. Entonces, confundiéndose con el polvillo flotante que cubría los focos á manera de tenue gasa, resonó en el salón un grito penetrante, un verdadero chillido que en su misma agudez dejaba adivinar encono. Y fulguraron las pupilas al oir que el novel autor exclamaba:

—¡Zopencos! ¡Imbéciles!

Nunca en el Teatro María Guerrero vióse mayor escándalo. La muchacha y el tenor permanecían como clavados en el suelo, mirando, con las pupilas dilatadas. Ella envolvió al público en que cifrara su bienestar futuro, su ansia de nombre, en una mirada amplia, muy larga, en que el aborrecimiento y el miedo se confundían. Era la caída inevitable, una ilusión muy grande que se disipaba en el ambiente infecto de aquel teatrucho, á los pies del poeta fracasado que aun estaba allí, sin retroceder, observando la baraúnda, ligeramente pálido. Y al bajar los ojos, al ver el escote que dejaba asomar el nacimiento de los senos, de una blancura lechosa; las piernas apenas cubiertas por la sutil malla, piernas regordetas, provocativas; el talle gracioso, las caderas ondulantes, dudó del poderío de la carne. Pero su amargura fué más grande cuando escuchó los insultos soeces de la turba.

—¡Fuera esa belleza falsificada!

—¡Abajo!

—¡Muera el poetastro!

Produjose un tumulto en la puerta de entrada. Era la policía que, advertida de antemano, llegaba, rodeando á la muchedumbre. El temor se apoderó de la gente. Agolpábanse, pretendiendo salir primero, huir. Gritos de niños, ayes de hembras, juramentos de hombretones, se mezclaban en confuso murmullo, apagando casi las

vociferaciones que todavía partían de las localidades altas. En el foro, oculto ya por el telón, se dejaban oir pasos apresurados, martillazos, gemir de poleas. Los atriles caían en montón con metálico ruido, empujados por los filarmónicos, que también huían, temiendo verse comprometidos. En el límite del palco escénico, ante la batería apagada, destacábase, sola, escueta, la figura del maestro, que contemplaba el atropellamiento con ojos estúpidos, sin comprender. La sombra había invadido los rincones. En la obscuridad se columbraban los alambres incandescentes de los foquillos rotos, cual manchas rojas, de un rojo de sangre. Los espectadores desfilaban, pateando, en medio del sordo musitar.

En el pasillo, Esteban Conti encontró á Linares del brazo de Antoñita. Lena permanecía tras ellos, irritada, con el rostro moreno ensombrecido por el disgusto.

—Pero, hombre—exclamó Eugenio—, dígame usted, ¿qué diablos pasa aquí?

Hacía un instante que entraran, presurosos, temiendo no alcanzar siquiera el final de la obra. Lena tenía la culpa. Empeñóse en estrenar esa noche el vestido azul, y Antoñita no pudo menos que sentarse á la máquina para terminarlo.

—¿Y todo para qué?—murmuraba la chiquilla con delicioso mohín—. Hemos venido para que esa chusma de léperos nos cierre el paso. ¡Ay, Conti; me causan asco!

El periodista insinuó un gesto de galante asentimiento. Nadie mejor que él comprendía que á una señorita guapa le repugnasen los odiosos hombres del pueblo.

—¡Oh! usted se burla... ¿Guapa yo? Mire que me voy á enojar.

Y la pequeña Fernández le amenazó con el abanico.

—¡Encantadora! ¡Encantadora!—replicó el chico, aproximando la cara—. A ver, pegue usted... pegue usted...

—Pero, Lena, por Dios; no podrás estarte nunca quieta.

—Déjala, Antoñita—dijo Linares, que comenzaba á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sentir un vago malestar ante las coqueterías de la moza.

A continuación, interrogó á su amigo sobre el éxito de la zarzuela de Urízar. Llegó á la hora del escándalo, y aunque nada había visto desde el vestíbulo, presintió el fracaso.

¿Que cuál fué el exito? ¡Detestable! Ya él, con su olfato de periodista, hubo de pronosticarlo. No cabía en cerebro alguno que un público á quien se insultaba, aplaudiese. Arsenio, al escribir *Autores y espectadores,* propúsose lanzar un ataque en contra del «género chico», que prostituía el teatro, poniendo de oro y azul á los que producían á destajo tales obrejas y á los que tenían la paciencia de oirlas. Mas el ataque fué de tal manera brutal, que no hubo alma que lo resistiese. A través de la sátira, demasiado transparente, en que el sentido común, Loris, era pisoteado por el género chico, la cortesana Annuchka, ayudada por los autores, personificados en una figura simbólica, veíase el encono, el apasionamiento del poeta. Pero lo que dió remate al escándalo fué la escena aquella en que Annuchka, después de haber dejado al sentido común medio muerto, hubo de ser aclamada por la turba que representaba á los espectadores, en tanto que aquél gemía en tierra, murmurando: «¡Ah, imbéciles, turba lujuriosa: os desprecio!» No; decididamente, aquello constituía una tentativa sobrado peligrosa, que no se atrevería á imitar ni siquiera en las columnas de *La Aurora.*

Antoñita temblaba, y con su vocecilla triste interrogó al joven:

—¿De manera que la obra será retirada?

—¡Y el autor también, Antoñita! No saben ustedes lo mejor de la noche. Ese diablo de Arsenio insultó al público personalmente desde la escena.

—¡Cómo! ¿Qué dice usted?

—¡Sí... ¡Oh! tiene mucha gracia. Les ha llamado zopencos. Lo que se merecen...

Lena le interrumpió. ¿Y Clara? ¿Qué pasaba con Clara?

—¡Ah! Clara... La infeliz Annuchka, en vez de ser maltratada por el sentido común, sobre el que imprimiera su pequeño pie, lo fué por los mismísimos espectadores...

¡Carrera perdida! La pobre muchacha se ganaría más bien la vida vendiendo zanahorias que cantando *couplets*. Y lo decía con amargura, pensando que buena parte del fracaso á él le correspondía.

—¿Y Arsenio? Dígame usted dónde está. Quiero verle—gritaba Linares.

—A eso voy... Espérense ustedes.

Y ya el periodista corría por el sombrío pasillo, cuando la puerta negruzca del foro se abrió, dando paso al fracasado de *Autores y espectadores,* á quien seguía un hombrecillo pequeño y débil que, balbuciente, casi llorando, decía al gendarme que á su lado iba:

—Pero, señor, si yo soy el autor de la música... ¿Por qué me lleva? La música no ofende... Respeto al público como á mi santa madre... Ni siquiera me he presentado en escena.

El agente, un indígena de pobrísimo aspecto, cuya tez aventajaba en negrura al propio paño del uniforme, no respondía.

—¿Ya lo ve usted, Urízar? Lo decía yo. Vamos á dormir en la cárcel; ¡en la cárcel, Dios mío!

—¡Vaya, hombre, es usted un maricón! Sígame. No habrán de fusilarnos.

Y los tres: el poeta erguido, lloroso el compositor y gruñón el gendarme, avanzaron.

Antoñita y Lena permanecían sobrecogidas, llenas de susto ante desenlace tal, mientras que Esteban y Eugenio adelantáronse hacia Urízar.

—¡Ah! ¿Son ustedes? ¡Cuánto me alegro de verles! —murmuró saludando en seguida á las señoritas, radiante, cual general victorioso.

Y al observar la mirada triste de Antoñita, afirmó con sonoro acento de convicción:

—No sabe usted, mi simpática amiga, lo dichoso que soy. Marcho al calabozo, se entiende; pero en cambio, qué paliza propiné á la horda, á esa horda estúpida de analfabetos. ¡Triunfará el arte en México!

Y muy fresco, se despidió.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En el pórtico, Conti saludó por último á los Fernández, que volvían á casa, del brazo de Eugenio. Lena hubo de convencerse al fin de que no era oportuno ver á Clara Ruiz aquella noche. ¡Su pobre amiga! ¡Cómo estaría la infeliz! Trabajillo costó á Antoñita que adoptase resolución semejante. Ella adivinaba, tras de aquella puerta negra, un cúmulo de miserias; las miserias oprobiosas de las pobres chicas lanzadas á la exhibición de sus cuerpos desnudos; las miserias del montón de podredumbre que yacía allí, entre decoraciones y escombros. Y temerosa de poner ante los ojos inocentes de su hermana el espectáculo que adivinaba, le rogó hasta persuadirla de que se fueran.

Linares, algo intranquilo por la prisión del poeta, no obstante las seguridades que Conti le diese de la escasa importancia del asunto, echó á andar por las calles fangosas, en donde brillaban, lanzando reflejos opacos, las charcas formadas por la lluvia de la tarde. Y Esteban vió cómo se perdían en la sombra las siluetas de las chicas, que se levantaban la falda hasta el tobillo para no mojarse.

Con aire de hastío encendía un cigarro, cuando una manaza rugosa y velluda le cogió por el hombro. Era el señor Pedreguero, empresario del teatro, un hombretón brutal, á quien fastidiaban los malos éxitos.

—¿Eh, qué dice usted del berenjenal en que me ha metido su *Aurora*? Un fracaso artístico y pecuniario. ¡No; decididamente, ustedes, los periodistas, acabarán por arruinar á las empresas!

Estaba furioso. Le sacó de quicio el escándalo aquel en que perdía una tiple nueva y un decorado excelente. Habíase negado desde un principio á estrenar la obra; pero las insinuaciones del periodista, que pretendía imponer la zarzuela de su amigo, así como el *debut* de Clara Ruiz, le forzaron á transigir. Conti, que entrevela en la entrada de la chica en el teatro, merced á su influencia, una futura entrega, tanto insistió, laboró de modo tan sagaz, que hubo de vencer al escrupuloso empresario. Y como él decía, todo para nada: el pájaro volaría, sin duda.

—¡Ah, eso sí, querido! Rompí el contrato hace un instante. ¡No quiero broncas!

Reconocía en Clara una figurita agradable, incitante. Su conocimiento del género le hacía prever en ella una fuente de explotación. Pero lo sucedido impulsábale á echarla á la calle cuanto antes.

—¿Es una decisión irrevocable?

—Sin duda. ¡Dios me libre de otra como la de hoy!

Quedaron un instante en silencio. Pedreguero mascullaba, nervioso, una colilla de puro, en tanto que Esteban sonreía preocupado. En la calle, una tranquilidad total sustituía al tumulto de antes. Alguno que otro pilluelo corría anunciando con voz fatigada los diarios del día. Del cafetín abierto enfrente, salían á borbotones ruidos de disputas, chocar de copas, juramentos de borrachos y agudos chillidos de mujerzuelas. Conti creyó reconocer tras de los cristales del escaparate la silueta borrosa de Alberto.

Apagáronse los focos del vestíbulo; un empleado de cachucha mugrienta cerraba las puertas. Pedreguero, volviéndose, daba órdenes con brevedad, dejando traslucir su no extinguida cólera. Del interior del teatro, negra bocaza en la cual se veía el parpadeo lejano de una luz, salían los artistas. Era la turba lamentable, el desfile de seres hastiados. Con el cansancio en el rostro, el cutis aun cubierto por el colorete, marchaban con presura. Los hombres, enfundados en raídos sacos, con los pantalones hasta el tobillo, corrían hacia la cantina cercana. Las muchachas, envueltas en viejos chales de colores claros, pasaban junto al empresario, sonriéndole. Eran las pobres chicas inclinándose ante aquel devorador de carne joven; las infelices que ponían cara risueña á su propio corruptor, con el fin de prolongar la contrata.

Esteban Conti las veía pasar, mudas, respondiendo apenas á los saludos de sus compañeros, en el doloroso quebrantamiento de su vida de eterno fingir. Algunas, muy pocas, cogíanse del brazo de los galancetes de dudosa traza que las esperaban en la acera. Otras, alejábanse á la desbandada por las calles, con paso tardo,

semejantes á la bestia del placer demasiado cansada para esperar algo. Leves risas brotaban de sus labios marchitos, y hasta en aquellas risas diríase que palpitaba el tedio, un tedio invencible que las tornaba locas, harto ruidosas para ser sinceras.

—¿Conque está usted decidido á no ceder?—interrogó el periodista, que aun conservaba una débil esperanza de posesión, un capricho no extinguido de hacer suya á Clara.

—Completamente.

Y como el empresario viese vagar por los labios del joven una extraña sonrisa, agregó, agitando las enormes manos:

—¿Pero no sabe usted, hombre, lo que pierdo esta noche? Sólo así me explico que usted insista. Supongo, no obstante, que no se empeñará en ello; *La Aurora* y yo somos excelentes amigos.

Después de madura reflexión, Esteban decidió callarse. ¿Valía la pena arriesgar la amistad y dineros de su mofletudo amigo, por la dudosa conquista de la Ruiz? No, verdaderamente. Además, deseaba aparecer fiel á los ojos de Eloísa. ¡Qué demonio! El no insistía, no señor. Que Pedregnero rechazase á Clara, era cosa que le dejaba tan fresco.

Brusco *fru-fru* de faldas le hizo volverse. En la mortecina claridad del vestíbulo, esparciendo suave aroma que se confundía con la bocanada de aire húmedo que exhalaba la sala, destacóse la figura arrogante de Clara Ruiz. Iba erguida, altiva, como si esa noche fuese la noche de su triunfo, y en vez de silbidos le hubiesen ofrendado rosas. En su rostro, un tanto lívido, percibíase un gesto de desdén; se contraían sus labios sensuales en una sonrisa de indiferencia; chispeaban sus ojos obscuros, aquellos ojos que cantara Urízar en acertados sonetos, y que tan bién traducían la no domeñada ambición, los anhelos de romper con la miseria y elevarse á la existencia luminosa del oro. Había fracasado, pero sonreía, había oído la burla cruel de la horda ante su cuerpo desnudo, mas conservaba la religión de sus formas, la mística adoración que le inspirasen sus senos

erectos, sus caderas de mujer hecha para el placer, sus piernas, en donde la imperfección de la línea estaba sustituida por el estremecimiento ardoroso del cutis. Enfundada en un abriguito que por lo menos contaría tres inviernos, luciendo modestísima falda de lana azul, con un chal echado sobre la negra cabellera, bajó las gradas que conducían al vestíbulo, seguida de doña Silveria. La vieja, doblegada al peso de un bulto, con el aliento fatigado, mascullaba frases, en tanto que la soberbia moza pasaba ante el señor Pedregnero sin dignarse saludarle. El hombretón, habituado al agasajo de la farándula vestida de guiñapos, sufrió con la actitud de la chica que una hora antes entrase en el escenario, ávida de conquista, hipnotizada por el dinero, y que ahora salía pobre, sola, sin llevarse siquiera las antiguas ilusiones, los sueños de grandeza que alimentara en el cuchitril obscuro. Compasivo, hubo de dar un paso hacia ella, deteniéndola con voz temblona.

—Clarita... Supongo que no se marchará usted disgustada. Rompimos el contrato, pero no importa. Seremos buenos amigos.

Bajo el foco que colgaba del techo, permanecía seria, con los labios apretados, estrujando entre sus finos dedos una punta del chal. La sonrisa de indiferencia que bañaba los labios, transformóse en sonrisa de odio. Odiaba á aquel hombre, que, constituyendo la base de su porvenir, la dejó caer; que, poseyendo los medios que la allanasen la florida senda, hacia una mueca fría, abandonándola á sus propias fuerzas.

—Amigos... ¡Psch! para lo que usted sirve...

Y se fué como había entrado, firme, altanera, mirando cara á cara al porvenir, sin inmutarse. Ni siquiera posó su mirada en la personita arrogante de Esteban. El redactor de *La Aurora*, al verla, sintió por ella cierta tristeza, una tristeza vaga, rarísima en su alma, que lentamente se iba endureciendo en el transcurso de la cotidiana lucha. Sí, pobre muchacha. Quizás él tuviera la culpa de su desengaño, puesto que, convencido de sus escasas dotes para el teatro, la había impulsado, franqueándole las puertas de aquel saloncillo de barrio, que

poseía la humedad de las cuevas. Y todo con el propósito claro, definido, de hacerla suya algún día, poseer aquel cuerpecito rebosante de malicia, virginal, de una virginidad amarga de chica prostituída.

Conti era un adorador de la mujer, no á la manera bestial de su amigo el poeta; no guiado por el deseo únicamente. Voluptuoso por temperamento, los móviles de su existencia, aun los más nimios, estaban animados de una refinada lascivia. Así, por ejemplo, en sus amores con Eloísa, la hija del empleadillo de Fomento, que tanto escándalo causaran en el vetusto caserón evocador de coloniales tiempos, no perseguía otro fin que el de que aquella chica, en el esplendor de sus treinta añoe, asfixiada por una última ráfaga de juventud, le conquistase, le sedujera lentamente, mimándole, arruinándose por él, que en el torbellino de la vida desenfrenada de bohemio, encontrábase á veces sin un centavo. ¡Qué deleite recibir los besos de aquella mujer que se marchitaba, enardecida por caricias de una delicadeza etérea, sin entregarse nunca! La veía mirarle, implorando, suplicarle casi, con muda y velada súplica, cual si el pudor, semejante al humo de su cigarro, se disipara en el cielo tormentoso de aquel cerebro agitado por el bullir incesante de las pasiones adormecidas. Era el grito supremo de su mocedad agonizante; el suspiro doloroso de su organismo pletórico de amor. Y él, sin embargo, permanecía insensible, cual si aquella negativa continua le produjese una sensación de extremo deleite.

¡Extraña condición la suya! Al ver que Clara se fundía en las sombras, seguida de la vieja encorvada, pensó en la causa que le impulsara al asedio de ella, tan fría, tan pervertida, teniendo junto á sí una novia que se abrasaba de amor por él, que todo lo daría y lo sufriría todo, con tal de que apurase la copa en que el vinillo del deseo rebosaba, pronto á derramarse. Pensativo, despidióse de Pedreguero, echando á andar, con las manos metidas en el bolsillo del gabán, en busca de su compañero Urízar, que sin duda meditaba en aquel instante, en el interior de la Comisaría, en su triunfo espléndido, en aquel triunfo que, si no mataba á un género odioso, por lo menos constituía la protesta de los cultivadores del grande arte.

Entretanto, Clara Ruiz y su madre seguían la encharcada calle, cabizbajas, aplastadas por la catástrofe.

En el reloj de Santo Domingo sonaban las dos de la mañana. Fueron dos tañidos claros, argentinos, cuyas vibraciones se desvanecían en el temblor inquieto del aire. Todo ruido había cesado. Los rayos blancuzcos de la luz eléctrica, resbalaban perezosos sobre el asfalto. En las puertas de los restaurants, brillaban solitarios focos rojos. Percibíase el taconeo presuroso de los trasnochadores, que pasaban canturreando. Uno que otro simón, chirriando con sus muelles desvencijados, atronaba la calle.

Clara Ruiz vislumbró á lo lejos una luz que se agrandaba por instantes, mientras que sordo rumor iba acentuándose. Por su mente atravesó una idea rápida, fugaz, que fué, sin embargo, tardía cuando intentó discutirla. Un tren de Guadalupe, lanzado á toda velocidad, pasó á su lado, silbando, ensordecedor. Y ella vió desaparecer la lucecilla de color de sangre, que fulguraba en el carro de segunda, pensando que era demasiado cobarde para suicidarse.

—Anda, madre, que con los pasos que llevas, no llegaremos á casa en cuatro horas.

Doña Silveria gruñó, acelerando la marcha. ¿Tenía ella la culpa de que no tomasen un coche?

—Bien sabes que no hay dinero—dijo la muchacha con acento triste—. Después de pagar á la modista, me quedé sin una peseta.

¿Y qué? Eso se lo tenía merecido ella, por despilfarradora. Que entraran al teatro las gentes de recursos, está bien; pero que fueran á hundirse allí los pobres, era una locura, sí señor, una locura. Y con voz aguardentosa censuró á su hija semejante disparate, sin acordarse de que había sido la que desarrolló tal propósito en la mente de ella. Clara se detuvo, reprimiendo irresistible impulso de ira. Se mordió los labios, y en tanto que sus ojos brillaban, murmuró:

—Madre, cállate; no me fastidies. Eres idiota...

No hablaron más. Siguieron su camino con la frente inclinada, calenturienta la faz por el insomnio. En el cielo, argentados resplandores de luna se filtraban por entre el amontonamiento de nubes negras. En el horizonte, en un claro de espacio, diminuta estrellita titilaba, como una dulce esperanza. ¡Ah, pero estaba tan lejana, tan lejana!...

Torcieron por la calle de Tacuba. Las aceras se alargaban, anchas, interminables. Los postes alzábanse, de trecho en trecho, con una regularidad desesperante. La soledad parecía volver más aguda, más intensa, la angustia de Clara. ¿Qué haría? Su existencia futura era una amenaza; no le restaba ya ninguna senda posible para llegar adonde se proponía. ¿Por ventura era capaz de condenarse eternamente á su actual miseria, á la lenta muerte de sus ambiciones, encarcelada en la viviendita pobrísima? No; nunca. Se rebelaba con sólo pensarlo. Si para ser honrada fuese necesario el sacrificio, preferiría la deshonra, sí, el desdoro, pero con el boato, con la molicie, con el lujo, con aquel delicioso *no hacer nada* de sus primeros años.

Bajo el pórtico sombrío del palacio edificado por Tolsa, vió á un gendarme que dormitaba, teniendo al lado la linterna. ¿No era aquel pobre ser, sacrificado á la vigilia, una representación de la existencia con honra? No; ella quería dormir, ella quería gozar, hundirse en largos años de dicha. Experimentó cierto alivio al columbrar las masas de follaje de la Alameda, recortando el cielo. Precipitóse, corriendo, sin percatarse de doña Silveria, que, gracias á sus esfuerzos, apenas si lograba darle alcance. Atravesaron el patio. Reinaba allí el silencio y las sombras. Un gallo dormía en lo alto de la techumbre del lavadero, sacudiendo de vez en cuando el soberbio plumaje. Clara adivinó los ojos de la portera fijos en ella con avidez, cual si intentasen descubrir el suceso de la noche. Y allá á lo lejos, en el descansillo de la escalera, una luz discreta dejábase ver por entre los maderos entornados del ventanuco. La pobre tiple creyó vislumbrar una silueta, apenas iluminada por

aquella luz. Era sin duda doña Manuela, rabiosa de curiosidad, que velaba aún, esperándola.

Entróse de prisa en el comedorcillo; se refugió en su cuarto, cerrando tras sí; arrojó luego el abrigo y el chal sobre la cama, y atarazada por la pena, sentóse en el viejo sofá en que se recostara por las mañanas, cuando un rayito de sol, juguetón y alborotador, colábase por entre los visillos. No lloró. Con el rostro escondido en las manos, palpitante el pecho, el cerebro abrasado por la fiebre, quedóse inmóvil, sin pensar, sin sentir nada, como si el peso de sus ambiciones desmoronadas la aplastase. La lamparilla de petróleo ardía en el tocador de cedro con gran luna biselada, único resto del antiguo fausto. La llama era trémula, parpadeante: envolvía el cuartito en una claridad amarillenta, desvanecida, como de crepúsculo otoñal. Sobre el mármol del mueble veíanse los preparativos del *debut:* jabones de heliotropo, cajas de polvos, un blanco cepillo de dientes y residuos de colorete. Las litografías, clavadas en el muro, con sus muñecas rubias y sonrientes, parecían tristes. Habían perdido aquella alegría bohemia que disimulaba la miseria de la pieza. Y en el rincón, un abanico japonés estaba á punto de caer, falto de sostén, como si las manos de su dueña se hallasen muy lejos.

Clara se puso en pie al fin, con las pupilas enrojecidas, enmarañadas las negras guedejas. Titubeó un momento, cual si ignorase el partido que debería tomar, y por último, disminuyendo la luz, desnudóse apresurada, cogió las sábanas y se hundió entre las ropas del lecho.

Dormitó un instante. Revolvíase en medio de una soñación turbulenta, con los párpados entornados, vuelto el rostro hacia la pared, que reflejaba los inciertos destellos de la lámpara. La cama chirriaba dolorosamente, cual si no pudiese soportar aquel cuerpecillo rebelde, que, del dormitar agitado, pasara á la pesadilla. Había de ser el suyo un sueño horrible, porque sus facciones se contraían y de sus labios brotaban débiles gemidos. Las ropas cayeron al suelo, y por fin incorporóse, espantada, sollozando. Aun se estremecía al recuerdo de lo que soñara. ¡No, santo Dios; no era posible! ¡Ser tan

pobre, tener ambiciones y haber desaparecido su arma única de triunfo, su tesoro!...

Presurosa, arrojó la camisa que la cubría, saltó al pavimento, dió luz á la lámpara y miróse al espejo... Una sonrisa bañó sus labios. Sus ojos chispearon con aquella mirada dulce y altiva que los tornaba seductores.

No; el sueño había sido nada más que un sueño. Todavía era bella, divinamente bella, con su aire provocativo de cortesana desnuda.

VIII

Antoñita rió estrepitosamente. Por entre la blusa abierta, su cuello blanco, de fina tez, se estremecía al dar paso á la carcajada argentina que brotaba de los labios.

—Pero, Lena, ¿quién te ha dicho que el trabajo es cursi? Tan guapa y bonita, ó más quizá, es aquella muchacha que gana el pan, que la niña que se está en casa sin hacer nada.

Lena movió la cabeza, haciendo un mohin de enojo con su boquita sensual. Sus ojos obscuros brillaron como si una llamarada de sorda irritación los iluminara. Luego, inclinando la frente y arrellanándose en la desvencijada silla, murmuró:

—No, Antoñita; te digo que no. Yo jamás aceptaré esa cursilería de empleo.

Referíase al que le propusiera su hermana momentos antes. Mad. Bernard, la modista parisiense que tanto quería á Antoñita, había resuelto ampliar su establecimiento, en virtud de que los negocios aumentaban. Ya el local estaba listo; era un edificio precioso en el Puente de San Francisco, con escaparates magníficos y salones lujosamente albajados para recibir á la aristocrática clientela. Comenzaba el traslado, y el personal hubo de acrecer. Sabedora la dueña de que Antoñita tenía una hermana joven, de guapeza singular, y pobre por añadidura, propuso á aquélla el empleo, un empleillo de veinticinco duros mensuales, que no vendrían mal en el hogar de la chica.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pobre, tener ambiciones y haber desaparecido su arma única de triunfo, su tesoro!...

Presurosa, arrojó la camisa que la cubría, saltó al pavimento, dió luz á la lámpara y miróse al espejo... Una sonrisa bañó sus labios. Sus ojos chispearon con aquella mirada dulce y altiva que los tornaba seductores.

No; el sueño había sido nada más que un sueño. Todavía era bella, divinamente bella, con su aire provocativo de cortesana desnuda.

VIII

Antoñita rió estrepitosamente. Por entre la blusa abierta, su cuello blanco, de fina tez, se estremecía al dar paso á la carcajada argentina que brotaba de los labios.

—Pero, Lena, ¿quién te ha dicho que el trabajo es cursi? Tan guapa y bonita, ó más quizá, es aquella muchacha que gana el pan, que la niña que se está en casa sin hacer nada.

Lena movió la cabeza, haciendo un mohin de enojo con su boquita sensual. Sus ojos obscuros brillaron como si una llamarada de sorda irritación los iluminara. Luego, inclinando la frente y arrellanándose en la desvencijada silla, murmuró:

—No, Antoñita; te digo que no. Yo jamás aceptaré esa cursilería de empleo.

Referíase al que le propusiera su hermana momentos antes. Mad. Bernard, la modista parisiense que tanto quería á Antoñita, había resuelto ampliar su establecimiento, en virtud de que los negocios aumentaban. Ya el local estaba listo; era un edificio precioso en el Puente de San Francisco, con escaparates magníficos y salones lujosamente albajados para recibir á la aristocrática clientela. Comenzaba el traslado, y el personal hubo de acrecer. Sabedora la dueña de que Antoñita tenía una hermana joven, de guapeza singular, y pobre por añadidura, propuso á aquélla el empleo, un empleillo de veinticinco duros mensuales, que no vendrían mal en el hogar de la chica.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por la noche, al entrar Antoñita en la casa de modas, la señora la había llamado aparte, ante las miradas de envidia de las dependientas. Ya en el saloncillo contiguo, sentándola á su lado, le dijo con su acento francés:

—Vamos á ver, queridita: ¿qué resuelve la niña? ¿Se anima por fin á venir desde luego?

La moza se ruborizó. Nada había dicho á Lena, por temor de disgustarla, pues no ignoraba su poca inclinación al trabajo. ¡Era tan chiquilla la pobre, que, verdaderamente, había sentido escrúpulos al intentar participarle el asunto! Mad. Bernad estuvo á punto de indignarse. ¡Cómo! ¿Era posible que su familia hubiese decidido sacrificarla, arruinarla, hundirla? ¿Era equitativo que ella laborase del día á la noche, sin que otro alguno aportara el diario sustento á la casa? Porque lo observaba desde hacia tres meses: Antoñita cosía más que de costumbre, y entregaba las prendas con prontitud desusada.

—Trabaja usted demasiado, ¿no es verdad, hija mía?

—No, señora; no es que trabaje mucho. A fuerza de practicar, he llegado á hacerlo de prisa... Nada más, puede usted creerme.

La señora la besó, conmovida, y despidiéndola con una caricia, le dijo:

—Bien. Mañana mismo me traerá usted á esa pequeña rebelde. Quiero conocerla. ¡Ah! me interesa mucho, se lo aseguro.

Y Antoñita se estrelló ante la terca obstinación de Lena, que al principio sonreía con desprecio al pensar en el mísero empleo de dependienta que le ofrendaban, y después hacía pucherícos, diciendo que no á cuantas instancias le dirigía la pobre costurera, entristecida al ver tan cretina determinación.

Hallábanse en el comedor, después de la cena. Sobre la mesa, cubierta por blanquísimo mantel, en el que no escaseaban agujeros, se veían esparcidos los platos sucios, el botellón á medio llenar, los tenedores y cucharas brillantes de grasa, todo alumbrado por la luz paliducha y temblona que derramaba en torno la lamparilla de petróleo. Un calor sofocante invadía la habitación, y fué necesario entreabrir la puerta. Las brisas perfumadas de Junio penetraron suavemente, llevando en pos el vaho saludable de los árboles cercanos. Doña Pepa, sentada á la cabecera del apolillado mueble, engullía á dos carrillos los restos de un plato de arroz, dando tragos de leche de vez en cuando. No miraba ni oía nada. Entonces, mejor que nunca, hubo de adoptar una singular actitud en los asuntos caseros. Decía que los chismes la enfermaban, que ella anhelaba vivir en paz los últimos años de su existencia, y que allá se las averiguasen los benditos de sus hijos.

El ambiente de iglesia, respirado á toda hora, una pasión mística infiltrada en su ser al mirar los altares, pasando las horas muertas en la semiobscuridad tenue del templo, la alejaron del hogar, cual si éste fuese incompatible con sus aficiones. No era el suyo un misticismo contemplativo, nervioso, como el de las santas, exquisitas flores de histeria, cuya vida leía en sendos volúmenes envejecidos. Más bien asemejábase á una monomanía hija de la pereza, á un enamoramiento de aquel dulce *no hacer nada*, á una sugestión de la existencia de sacristía, muy propia de una mujer que, como ella, nunca pecó de solícita y laboriosa como madre, y sí hubo de pasar los años en bonachona poltronería.

Doña Pepa, que, en otro tiempo, cuando vivía su marido, embebida en satisfacer los deberes conyugales, jamás iba á misa ni se confesaba, no salía ahora de la Santa Veracruz. Allí, el padre Morales reinaba, rodeado de una diminuta corte de viejas; organizaba festividades religiosas, triduos, novenas, y hasta fundó una asociación llamada de «Defensores del catolicismo», guiado por un espíritu fanático, y el no menos fanático afán de medro.

Ya en casa de los Fernández comenzaban á experimentarse los efectos de la nueva invención del cura. Antoñita hubo de trabajar día y noche, al ver que las exigencias de su madre crecían al par que el deseo furioso de lujo que hacía presa en Magdalena.

Y la rubita de ojos azules y profundos, alma blanca nacida para el sufrimiento, no murmuraba nunca: las

amarguras, las penas de su vida, iban á confundirse con el raudal de ternura que la unía á Eugenio. Sin embargo, aquella noche intentó romper el silencio de doña Pepa, la cual tomaba la última cucharada, limpiándose después los labios con una punta del mantel.

—Oye, mamá, aconséjale tú algo. Ya ves que á mí no me hace caso.

La buena señora inclinó la frente surcada de arrugas, como si nada hubiese oído; pero al cabo, con voz lastimera, murmuró:

—¡Ay, yo me voy á morir con estas cosas! Ya lo sabes: no tengo fuerzas para nada. Déjame, déjame tranquila y arréglate como puedas.

Y como viese que en la carita tristona de su hija mayor se reflejaba humilde protesta, estuvo á punto de gimotear. Era muy desgraciada, sí. ¿Qué culpa tenía ella de que la chica se empeñara en la holganza? Además, Lena era una niña incapaz de conducirse bien en sociedad, demasiado bonita para no tener peligros. Que laborara en su casa así, como Antoñita, pues no carecía de razón la pequeña al afirmar que empleo de la naturaleza del propuesto, era impropio de señoritas decentes.

Todo un orgullo atávico se reavivaba en ella: el orgullo de la marisabidilla que se creía digna de mejores destinos; la altivez secular de la clase media, luchando por sostenerse en difícil equilibrio. Doña Pepa, víctima de resabios antiguos, sentíase torturada, humillada, con sólo pensar en que la chiquilla se marcharía tras de un mostrador lujoso: ¡la chiquilla, la única que parecía reservada á un porvenir espléndido, merced á sus deseos furiosos de conquista de lo alto, de lo que luce, de lo que lleva en pos de sí la atención y el respeto de los humildes! Y liando un cigarrillo —costumbre que adquiriese desde que frecuentaba con mayor ahinco los templos—, continuó con su voz cascada y monótona:

—No, hijita; déjala, déjala con sus ideas... Hay jóvenes que nacen con tendencias distintas á las tuyas. Y es natural. Tienen aspiraciones muy justas, justísimas, como que pretenden ser algo, sobresalir...

La moza no respondió. Era el suyo un silencio expresivo, triste. La lámpara parpadeaba con temblor suave, alargando su lengua de fuego en el vacío. El canario, encerrado en una jaula que colgaba del muro, agitábase aleteando. Más allá de la puerta, la noche extendía su regio manto estival, con el titilar lento de millares de estrellas, con el fulgor débil de los astros, que en su lejanía infinita aparecían desvanecidos por pálida gasa azul. El aire impregnado de tibieza invadía el comedorcito, llenándolo de un aroma delicado, el aroma de las flores, deliciosas flores de amor, predilectas de la modista; el aroma de Junio, del mes de las espigas doradas.

Estéfana iba y venía con el chancleteo estruendoso de sus gruesos zapatos. Lucía en sus ojos una mirada de odio, y las arrugas de su rostro de perra envejecida en la obediencia del amo, ahondábanse más, como si ella, en las reconditeces de su mente obscurecida por la ignorancia, comprendiese toda la iniquidad de aquel martirio. Y tal era el temblor de sus manos, que un plato cayó, estrellándose en el suelo.

Doña Pepa regañóla ásperamente:

—Es menester, Estéfana, que tenga más cuidado.

La cocinera alzó la frente coronada de mechones blancos, y fijando la mirada alternativamente en la señora y en su hija mayor, dijo:

—Es que la niña me perdonará.

Antoñita le sonrió con tristeza.

—Sí, Estéfana; no te apures. Te disculpan tus años.

Y permanecieron las cuatro allí: doña Pepa, engullendo las migas esparcidas en el mantel; Lena, sumida en su terco enojo; la mayor, con las pupilas fijas en la llama trémula, como si la interrogara; Estéfana, rondando, cual si espiase los movimientos de las otras, de las enemigas de su niña mimada, de su «angelito», á quien quería tanto, con ese cariño de los criados viejos que han arrullado á los retoños de los amos.

Detúvose de pronto. Masculló algunas frases incoherentes, é interrogó á doña Pepa. ¿Es que don Alberto no llegaría? Porque advertía que ella, con sus sesenta

y dos años, no era capaz de esperarle hasta que se le antojase.

—Alberto no viene esta noche. Le encontré al salir de la iglesia y así me lo avisó.

El señorito, desde meses antes, apenas si se tomaba la molestía de prevenir á su familia acerca de sus ausencias frecuentes. Había desertado de la Escuela de Medicina, y estaba á punto de perder su miserable empleo en el Hospital. Encenagado en plena orgía, ahito de licor y de mujeres, descendía vertiginosamente hacia el fondo negro que profetizaba Antoñita en días pasados.

—Bueno; pues entonces que trague.

Y se deslizó en la cocina, rezongando.

Doña Pepa vióse tentada á emprender singular pelea con la maritornes. Su indiferencia en este punto, no era ahora tan grande; sentía cierto escozor al darse cuenta de las altanerías de Estéfana. Pero dominándose, contentóse con gruñir:

—Es intolerable... ¡No faltaba más! ¡Que me riña á mí, á la dueña de la casa!...

Antoñita logró, no obstante, calmarla. ¡Era Estéfana tan vieja! Justo le parecía dispensar sus cosas. Y como doña Pepa levantase la voz, respondiendo acremente, oyóse en la ahumada cocina el refunfuñar sordo de la criada.

En los campanarios cercanos sonaron las diez. Púsose en pie doña Pepa, dirigiéndose en seguida á su recámara, donde acostumbraba rezar, bostezando, un largo rosario, para meterse en seguida en cama.

—Adiós, hija.

—Buenas noches, mamá.

Y antes de cerrar la puerta, volvióse hacia Antoñita, cual si una idea la asaltase de pronto. ¡Ah! que no olvidara la promesa, el donativo aquel de que le habló. Era una petición más de dinero, una pequeña limosna que exigía el padre Morales, para atender á las necesidades innúmeras de la «Asociación de defensoras del Catolicismo».

—Cuenta con ello. Mañana pediré un anticipo á madame Bernard.

Sonriente al escuchar la respuesta, la vieja se alejó con la vela encendida.

Ya sólo quedaba allí Lena, clavada de codos en la mesa, con un dejo de disgusto pintado en el semblante. Su hermana la miró largamente, sin hablar, poniendo en su mirada toda la ternura, todo el sano y maternal afecto que le inspiraba la chiquilla. Pero ésta no se movió siquiera. Continuó obstinada, altiva, muy abiertos los negros ojos, que ante la luz amarillenta de la lámpara adquirían un brillo salvaje. Y Antoñita sintió entonces una nueva tristeza. Bien comprendía que la pequeña alejábase de ella cada día más. Ya no era la niña mimosa de antes; la que, por amor á ella, tenía la piedad de velar su genio voluntarioso, anhelante de la satisfacción de sus caprichos. Sentíase en la menor de las Fernández la garra de Clara Ruiz, el ambiente de aquella floración de vicio, respirado á plenos pulmones por Lena.

Toda su ansia de vida mejor, de lujo, de muelle pereza, exacerbábase. Renegaba en sus adentros con mayor energía de su existencia pobre de olvidada, de la tranquilidad burguesa y estúpida del hogar, viendo sin inmutarse, sin comprenderlo, el sacrificio, el tormento aceptado por Antoñita. Así como Alberto daba por razón de su holganza el deber estricto que tenía de concluir los estudios á que le destinó su padre, á pesar de la carga injusta que resistiera la costurerita, ella daba por motivo de su inacción el estar predestinada á una esfera social más alta.

El contagio hubo de ser propagado. La amistad cada día más estrecha, la comunión de pensamiento con la hija del difunto coronel Ruiz, dieron al cabo sus frutos, convirtiendo á Lena en un plano de reflexión de los gustos é inclinaciones de Clara. Existían, no obstante, entre ambas, diferencias radicales: Clara Ruiz era la mujer fría, calculadora, que esperaba con fe el advenimiento de un instante, de un minuto que resolviese su porvenir; todo lo daría con tal de alcanzar sus propósitos de vida fastuosa. Nunca, á pesar de los chismes y murmuraciones de la vecindad entera, se entregó á

nadie. Y no lo hizo por virtud, por estima del honor, que el honor para ella era convencionalismo ridículo, sino por propia conveniencia. Lena, por el contrario, tenía todas las ambiciones de su amiga, veladas por sutil hipocresía, careciendo, al contrario de ésta, del talento, de la malicia, del tacto calculador, que caracterizan á la cortesana de raudos vuelos. Por eso, cuando se trató de trabajo, de labor, de pan ganado á fuerza de la propia energía, sintióse herida en lo íntimo de su ser. Y en aquel instante experimentó odio hacia su hermana, que pretendía torcer el curso de sus reflexiones, que se alzaba como barrera infranqueable para la realización de un ideal alimentado durante meses.

—Oye, Lena, escúchame. Yo quiero tu felicidad, yo quiero tu dicha. Si te lo propuse, fué por tu bien.

Y Antoñita, que había ido é sentarse junto á ella, estrechábala con cariño, hablándole con voz temblorosa, emocionada.

Estéfana, asomando la cara, la contemplaba desde el umbral, con el corazón angustiado. Y en el silencio del comedor, cuando Antoñita callaba, sólo se oía el crepitar de la vela y el aleteo del pájaro prisionero en la jaula.

—Sí, hermanita; tú me obedecerás porque eres buena, porque me comprendes, porque me quieres. Yo no me aburro del trabajo, no, créemelo. Por ti trabajaría de la mañana á la noche. Pero se trata de tu porvenir...

Y la besaba, pasando sus manos de lechosa blancura por la morena frente de la chiquilla, musitando á su oído viejas palabras afectuosas, familiares calificativos, argumentaciones infantiles de seductor encanto. Varias veces intentó mirarla á los ojos sin conseguirlo. Mas hubo un instante en que Lena pareció entregarse, abandonarse á la mirada amorosa de Antoñita. Entonces ella la interrogó. ¿Sería obediente? ¿Aceptaría el empleo?

Por un momento creyó que las pupilas de Lena le sonreían con dulce sonrisa de sumisión; luego sintió que los brazos redondos de la chiquilla intentaban un esfuerzo para desasirse.

—¿Cómo, Lena? De modo que tú...

No tuvo tiempo para terminar la frase. Lena bajó la frente, se puso en pie, adelantóse en dirección de la puerta.

—Lena, Lena...

—Déjame—respondió, colándose en las habitaciones.

Se echó á llorar, silenciosamente, con aquel llanto que sólo derramaba en los instantes de profunda tristeza. La chiquilla se iba, se alejaba cada día más. Y aquello no tenía remedio. ¿Cómo detenerla? ¿Cómo impedir la separación lenta, imperceptible casi, que las desunía en el transcurso de las horas? Impotente, no halló otro consuelo que el de las lágrimas, y allí estaba, en el comedorcito, antaño alegrado por el reir de la familia entera, y ahora lúgubre, con el macilento parpadeo de la lámpara. Escuchó suaves pisadas á su espalda y en seguida la caricia de dos manos descarnadas. Apresuradamente limpióse los párpados humedecidos. Tenía miedo de llorar. Su madre, no obstante su indiferencia, sufría al verla así, cual si el escozor de un vago remordimiento la atenaceara. Por eso evitaba toda muestra ruidosa de dolor.

Pero cuando volvió la cara, desfigurada por una mueca de regocijo, hubo de sonreir aliviada al ver el rostro compasivo de Estéfana.

—Llora, niña, llora... Si aquí ni ese consuelo tienes...

Y la apretó contra su pecho enflaquecido con efusión de esclava. Creía recordar aquel pasado lejano; se remontaba á veinte años atrás, cuando la rubita, un bebé que apenas daba un paso, se agarraba á su cuello llorando por un capricho que no lograra satisfacer.

—¿Has visto, Estéfana?

¡No había de verlo! Lo observaba todo, lo comprendía todo. Por eso quería marcharse desde meses antes; abandonar aquella casa que abrigó su edad madura y su vejez, para irse... no sabía adónde, á la calle, á cualquier parte. Así se evitaría toda pena.

Su ternura se desbordó. Evocaba las cosas que fueron, los años que resumían la historia de aquella familia lentamente corrompida por la atmósfera en que vivía y por las insanas ambiciones que sus miembros mostra-

ban; de aquella familia de la cual Antoñita era la rosa que florecía en medio de malas hierbas.

Hacía veintitrés años que entrara al servicio de los Fernández. Todavía recordaba el tenducho aquel de ropa y sedería en donde don Juan vivía enterrado, laborando de la mañana á la noche; tenía presente también á la doña Pepa de entonces, mujerona de treinta años; á Alberto, de cuatro, que comenzaba á visitar la escuela. Vió nacer á la costurera, la rubita encantadora que meció en sus brazos, por la que cobrara singular afección. La imaginaba pequeñita, con la cara de tristeza que tan pocas veces reía, estrujando entre sus dedos las telas que vendía su padre; trepando sobre las sillas para alcanzar la altura de la mesa de planchar; cosiendo las faldas de su muñeca, como si se revelara en ella una futura señorita de hogar. Y ya desde su infancia hubo de ser la víctima predestinada, la mártir: Lena, la chiquilla, fué su pasión siempre. Resistía sus enojos con tal de merecer sus caricias; quitábase los dulces de la boca, por el gusto de verlos en los labios de la otra; le regalaba los juguetes. En aquellos tiempes la felicidad era relativa. ¡Siquiera no se contemplaban miserias! Ella vivía en su cocina, agradecida, contenta con el pedazo de pan que le daban; sumisa á los amos; queriendo más cada día á su niña, tan mujercita y tan mona.

Y así pasaron quince inviernos, hasta que un día don Juan Fernández lanzó el último suspiro, allí, sobre el mostrador, como herido por el rayo, víctima de una enfermedad hereditaria del corazón.

¡Ah! ¡qué instantes aquellos! Ahora, teniendo á Antoñita sobre su regazo, escuchando su llorar silencioso, sintiendo sobre sus manos encallecidas las ardorosas lágrimas, los evocaba con angustia. El amo, tendido en el lecho; doña Pepa, enloquecida por el sufrimiento, ignorando el partido que debería tomar; Alberto, mal inclinado, un poquillo calaverón ya, vegetando en los estudios; Lena, todavía niña, correteando con los chicos de la vecindad. Sólo Antoñita, con los párpados enrojecidos, temblorosa, pensaba en el mañana, acurrucada en un rincón, muda, sin ver á nadie. Más tarde... El cerebro cansado de Estéfana negábase á recordarlo; una formidable protesta de su ser elevábase haciendo que apretase más contra su pecho á la moza. Más tarde había sido la ruina lenta; la tienda desmoronándose, cayendo en el desastre: doña Pepa, impávida ante el derrumbe, y los dos hijos, el mayor y la chiquilla, engullendo sin preocuparse, al par que su madre, las últimas migajas.

—Niña, niña, ¡qué buena has sido tú, y qué *desalmaos* los otros!...

Y la besó maternalmente en los cabellos, como si el recuerdo que en aquel momento fulguraba en su caletre la impulsara á semejantes demostraciones cariñosas. Sí; aquella mujercita paliducha y endeble fué la única que conservara serenidad y sensatez en los meses terribles, la salvadora. Y á Estéfana aun le parecía verla tornar á la casa arruinada, de vuelta de la de Mad. Bernard. Volvía con un pequeño bulto bajo el brazo y sonreidora alegría en los claros ojos. Desde entonces convirtióse en la providencia del hogar, llevando á él con regocijo el fruto de su rudo trabajo. Y lo peor, lo que Estéfana sentía en el alma, era que aquél aparecía como un sacrificio ignorado. Antoñita había sido la heroína anónima, la muchacha humilde que laboraba en el olvido, sin que la comprendiese nadie, ni su propia familia. En la vecindad, donde todo chisme tenía su asiento, y así el chiquillo mal trajeado como la vieja rugosa murmuraban, nada se sabía de Antoñita. En opinión de muchos, los Fernández vivían de sus rentas. Y Estéfana sentía que una infinita piedad la acercaba á su ama, la cual continuaba sollozando sobre su pecho, en tanto que ella le prodigaba caricias, diciéndole al oído frases consoladoras que resonaban en la habitación solitaria como un susurro dulce...

De pronto, escucháronse risotadas. Era una risa clara, perlada, que se introducía en el comedor en alas del céfiro. Antoñita se puso en pie, secando sus lágrimas con el pañuelo; Estéfana permanecía sorprendida.

—Es Lena—murmuró la moza—. Déjala. Tendrá deseos de respirar aire.

Pero la vieja maritornes no se detuvo. Con los brazos

en jarras se acercó majestuosamente á la puerta, anhelando lanzar terrible reprimenda á aquella señorita que gustaba de salirse de casa á horas desusadas. Mas no tuvo tiempo de hacerlo, porque en el cuadro de luz que proyectaba sobre la azotea la lamparilla, distinguió la silueta de Eugenio Linares, que era arrastrado casi por la chiquilla.

—Entra, hombre de mis pecados, entra, que bastante hemos charlado...

Cesó de hablar, viendo á la criada en acecho. Sin quererlo, experimentó que el rubor invadía sus mejillas.

—¿Es usté, niño Eugenio?

Linares, sin disimular cierto fastidio, respondió afirmativamente, y en seguida entróse en el comedor, seguido de Magdalena, que ya sonreía con aquella sonrisita maliciosa que tan bien sentaba á su cara morena y rebosante de frescura.

—¡Eugenio! ¿Pero has venido? No te esperaba ya.

—Tienes razón. Cené junto con Arsenio y Conti, y hace media hora que salí del restaurant.

Y estrechaba la manecita láctea que la moza le tendía.

Era aún el mancebo tímido de otro tiempo; sólo que ahora, gracias á los dineros ganados en la notaría, y al trato frecuente con chicos de vida alegre, había adquirido cierta graciosa soltura, cierta picardía de buen tono en sus modales. Dejó el fieltro sobre una de las sillas, y tomó asiento cerca de la mesa, sobre la cual veíanse esparramados los restos de la frugal cena.

Desde la noche en que Lena le introdujo en casa de su novia, había asistido diariamente á la vivienda de los Fernández, en donde tan bien se hermanaban el amor de Antoñita y las travesuras de la chiquilla, que no le perdonaba que dejase de concurrir un sólo día. Doña Pepa, por su parte, recibíale con afabilidad, como buena mujer que sabía dónde estaba el porvenir de sus retoños, y que no temía un casamiento próximo de la que era su sostén, á causa de la penuria secular del caballerete, que comía allí varias veces al mes, y hasta logró vencer la natural severidad, con el fin de irse de

paseo con las niñas. Su confianza era tal, y tal la llaneza que reinaba en aquel hogar, que no vacilaba nunca en llamar á la puerta á cualquier hora.

Tendido en la silla, con tranquilidad patriarcal, fumaba, contemplando á través del humo á su novia, que sonreía con los ojos todavía enrojecidos, y á Lena, que no cesaba de mirarle traicioneramente.

—¡Hombre! No lo había notado. ¡Si estrenaste traje! —exclamó la chiquilla, palmoteando.

—¡Oh! un *flux* que no vale la pena.

Y poseído de una vanidad infantil, se puso en pie, ofreciéndose á la contemplación de las dos muchachas.

¡Qué lejos estaba de ser el Eugenio Linares de antes! Ya no paseaba por las calles con su raído traje de estudiante tronado, con la deshilada corbata azul y los zapatos rotos. Ahora, erguido, vestía correctamente de negro; sus lazos de corbata eran famosos en la vecindad; sus botas relucían. Y todo él aparecía simpático, con su moreno rostro, sus expresivos ojos obscuros y sus labios gruesos, sensuales, sombreados por presuntuoso bigotillo. El provinciano despertaba al fin con el afán de la elegancia.

—Sí, ya veo; estás bien, muy bien—dijo Antoñita á media voz—. Hasta guapo...

Lena rió estrepitosamente. La escena acaecida momentos antes habíase borrado ya en su cabecita casquivana de pájaro. Rió, apretándose el exuberante pecho, observando el aire de visible satisfacción con que Eugenio recibió el piropo.

—Lena, tú estás loca. Nada tiene de particular que yo parezca guapo.

—No, nada tiene, ya lo sé. Lo que me asombra es que lo parezcas con cincuenta duros de sueldo.

Linares se ruborizó. No era aquella la primera alusión á su desmedrada hacienda. La chiquilla le hería en cuantas ocasiones presentaba blanco. Los cincuenta pesos constituían su obsesión, su tortura. ¡Un novio con cincuenta pesos! ¡Oh, qué horror! ¡Cincuenta necesidades! Bonito porvenir el de la incauta que en sus manos cayera; ya tendría para divertirse lindamente. Y todo

lo decía con su sonrisa de muchacha amable, que apreciaba á los *poquita cosa*, que le parecían graciosos á pesar de todo; pero á quienes, en tratándose de amoríos, no perdonaba burla ó chacota, por más incisivas que fuesen.

—Pero Antoñita contenta está, y eso es lo importante. ¿No es verdad?

La moza le miró. ¡No había de estarlo! Le quería á él, no á su sueldo. Hubo de amarle allá en sus desdichados tiempos de bohemia, cuando recorría oficinas y almacenes con cara de hastío y de cansancio. ¿Cómo desdeñarle ahora? ¿Era eso humano, posible?

Eugenio Linares experimentó una emoción suave, muy blanda. Las palabras de su novia, dichas con tanta sencillez, reveladoras de un oculto tesoro de ternura, hicieron vibrar sus nervios, tan propicios á la transmisión de los sensualismos intensos como de los placeres del más simple idealismo. Mas pronto aquella sensación fué sustituída por otra. Lena, echándose de bruces sobre la mesa, y fingiendo cómica seriedad, se puso á examinarle con detenimiento.

—Hombre, que no puedo comprender que á un pobretón como tú se le quiera demasiado. Veamos: tus ojos son incoloros: ni azules, ni verdes, ni negros... ¡Incoloros, aunque hagas esos gestos de incredulidad!... Tu boca...

Inclinada, con la risa retozándole en el rostro, le escudriñaba. Eugenia la veía, muy robusta, con la línea de los pechos pronunciada; el moreno cuello más corto que largo, poblado de sutil vello; la nariz remangada, nariz ávida de placer, de olores fuertes; gruesos los labios de rojo tinte, como si les consumiera el anhelo de un beso largo, callado. Y el joven experimentaba un goce exquisito, inexplicable, al tenerla así, tan cerca, acariciándola con el aliento. Y sin darse cuenta, sentía que una voluptuosidad invencible se apoderaba de él, aprisionándole, haciéndole ver en la mocetona de naricilla encantadora á la mujer incitante, deseable, y no á la futura hermana.

—¿Y tus cabellos? ¿Qué me dices de tus cabellos? Apuesto á que Antoñita no te ha pedido un mechoncito.

—Déjale, mujer, que vas á fastidiarle.

—¡Fastidiarle! Tú no le conoces. Si le gusta mucho...

—Ni tanto. Eres una *sœur* más guapa, más seductora, más...

—Oye, ¿pero qué es eso de *sœur*?

—Una palabra francesa.

—¡Oiga! ¿Aprendes el francés?

—No lo aprendo, lo pesco. Ahora fué un *monsieur* á la notaría con el fin de arreglar un testamento.

Una carcajada de Lena estalló. Le hacía gracia que un empleado hablara una miaja de lengua tan rara y tan *chic*. Linares, hecho unas pascuas con el efecto de sus frases, pretendió cogerla por los brazos: mas la chica retrocedió á tiempo, exclamando con voz entrecortada por la risa:

—Pues yo te lo digo en castellano puro: eres más feo que un disgusto después del desayuno.

—Y tú, preciosa.

—¡Horrendo!

—¡Encantadora!

Y ambos, á manera de bebés, correteaban en torno de la mesa, riendo locamente. Eugenio perseguía á Lena; ella le esquivaba con felina ligereza. Caían las sillas; temblaba la pobre vajilla en el aparador; la leche que llenaba una copa hasta los bordes, se derramaba, deslizándose en delgado hilillo de fulgores opalinos. El gato, que dormitaba en un rincón, huyó asustado, gruñendo sordamente. Y el comedorcito trepidaba, sin que por ello los mozos cesaran de corretear, agitados, sudorosos. Antoñita se había puesto en pie, procurando calmarlos; mas convencida de la inutilidad del esfuerzo, rió también.

De súbito, dominando la baraúnda, oyóse un grito ronco, áspero. Estéfana, desde el umbral de la cocina, les miraba con irritación.

—Niña Magdalena, ¿es que usted se ha vuelto loca?

Pero la interpelada no pudo responder. Observó que Linares estaba á un paso, dispuesto á alcanzarla, y tornó

á huir. Una silla caída interrumpió el paso; brincó, y á la luz tenue de la vela, Eugenio pudo ver, como una visión rápida, las piernas regordetas, bien modeladas de ella, cubiertas por negra media.

No avanzó ya; quedóse extático, alelado.

Estéfana repetía rabiosa:

—Es una tontería. Debería portarse usté de modo más decente.

—Déjame, Estéfana. Como tú no eres muchacha...

Iba á proseguir la reyerta, cuando Linares, serenado ya, se interpuso.

—Vaya, mi querida Estéfana, para dulces—dijo sacando del bolsillo una peseta reluciente.

La maritornes titubeó en aceptarla. Su honradez acrisolada se lo prohibía. Pero vino á su recuerdo el escondite aquel de que tanto se hablaba en la vecindad; el tesoro amasado en años de trabajo rudo, de faenas bestiales, y tendió la mano. El señorito Eugenio era muy bueno; ella le agradecía semejante prueba de amistad.

—Bien, felices noches, Estéfana.

Y la vieja giró sobre sus talones, cerrando la puerta.

Tornaron á ocupar sus asientos. Lena y Eugenio, con la faz roja, todavía reían. Antoñita sonreía, silenciosa.

Al fin dijo:

—Creo escuchar á mamá. ¿No se habrá despertado?

Lena replicó, riendo como antes. ¡Qué había de despertarse! Dormía á pierna suelta la pobre. Y era verdad. La viuda de Fernández nunca estaba presente durante las entrevistas de los novios. Con discreción suma escurríase camino de su recámara, echándose al cabo, con el magín perturbado por los preparativos religiosos del día siguiente. Linares gozaba de absoluta libertad, y en el comedor se hubiese amanecido, si la novia, con su previsión de ama de casa, no le despidiera. Noche á noche charlaban allí, en el cuarto refrescado por los aires de fuera, y en cuyo ambiente percibíase un suave olorcillo á heliotropo, el perfume predilecto de la chiquilla. El palique duraba de diez á doce, sin que alguno de los tres diera muestras de fastidio. Eugenio bromeaba; Lena reía, y la amada, con un delicioso equilibrio de mujer fuerte, no abandonaba nunca su natural apacible y callado, aquella actitud de resignada tristeza que la hacía más seductora. A veces, el galán llevaba los bolsillos repletos de bombones comprados de paso en alguna dulcería de Plateros. Era de ver entonces la alegría de Lena. Saltaba en torno de él como niña traviesa, le registraba para convencerse de que no traía más, y le hubiera besado de buena gana, á no oponerse á ello los respetos sociales y la presencia de la hermanita mayor. Tales demostraciones, naturalmente, agradaban sobremanera al chico. Un cucurucho azul, rebosante de confituras, estaba pagado de sobra con los chistes de Lena y la mirada de Antoñita. Sentía que su cariño por ambas jóvenes crecía, bien que á ésta la quisiera con adoración y por la otra experimentase una atracción que él no se habría atrevido á llamar fraternal, puesto que yacía confusa, nunca analizada, allá en lo recóndito de su alma, en la cual no osó penetrar jamás, ya por su escasa afición á esas profundidades, ó acaso porque su curiosidad, dormida para observar á los demás, lo estaba con mayor razón para escudriñarse á sí propio.

Ocasión hubo en que echara la casa por la ventana. El día del cumpleaños de Antoñita, fiesta no celebrada en los anales de la familia, entró en el comedor como tromba, cargado de paquetes, que deshizo sobre la mesa, escuchando con embeleso los gritos de júbilo de la pequeña y las frases de agradecimiento de su novia. Allí había de todo: jamón, pasteles de crema, pastas exóticas, frutas secas, y hasta una botella de excelente Chambertin, vinillo que le había enamorado de días atrás, desde que lo probó en una comida dada por Urízar el día en que recibiera la mensualidad. Se improvisó alegre banquete. Lena opinó que no se despertase á doña Pepa y á Alberto, que había llegado en triste condición momentos antes. Y para colmo de alegrías, Antoñita tuvo un capricho, uno de los raros caprichos de su vida burguesa: que cenaran en la azotea, junto á los rosales y bajo la luz alba de la luna.

Aun tenían vivo recuerdo de la cena. Aquella noche misma, Lena, al ver que Linares alineaba sobre el mantel las migas esparcidas, formando extrañas figuras, acordóse del cumpleaños.

—Oye, Eugenio, ¿y cuándo repetimos el banquete? Era tan bueno el Chambertin...

Antoñita se animó, saliendo de su mutismo.

—¡Qué preciosa noche! Estábamos tan contentos...

Y los tres hacían reminiscencias, se contaban impresiones, cuando dieron las doce. La costurera se puso en pie, y su hermana murmuró:

—¿Ya, tan pronto? ¡Qué lástima! No tengo sueño.

—Es hora, Lena; vé á tu cama.

—¡Ah, sí, me voy; ha llegado el momento de los secretos!

Y mientras ella corría á su cuarto, los enamorados salían del comedor. Era aquel el único instante en que permanecían solos, en que se entregaban al placer de amarse rodeados de la soledad. Y el corto trayecto que mediaba entre la puerta y la escalera, lo recorrían paso á paso, deteniéndose, pretendiendo engañarse uno al otro. Brillante polvo de luz iluminaba los muros ennegrecidos por la humanidad; las macetas en donde las rosas florecían en el ambiente tibio de Junio; la entrada de la escalera, el negro agujero en donde languidecía la llama casi extinguida del farolillo, que dibujaba en el suelo fantásticas manchas de tinte pálido. Ni un rumor, ni un murmullo. Sólo se oía, allá abajo, el gotear de la fuente y la melodía extraña, incomprensible, del aire que chocaba contra las paredes, colándose por entre las grietas del caserón. Y todo lo cubría un cielo de azul claro, un cielo límpido del cual se destacaban, como perdidos en el infinito, centenares de puntos luminosos. El silencio y la noche eran propicios al amor de Antoñita, amor tranquilo, con un poquitín de ensueño, de sencilla poesía. Su charla era entrecortada, casi un mutismo apenas interrumpido por monosílabos y palabras.

Detuviéronse ante el farol. Ella, con la cabeza baja, respondía á las frases de su novio, quien aun estaba

alegre, recordando las chiquillerías de Lena. Pero Linares calló. Con la punta de los dedos hubo de levantar el rostro de la muchacha, en el que se pintaba leve sufrimiento.

—¿Qué tienes, Antoñita? ¿Estás triste?

No respondió. El mozo la miraba: su cara bañábase en luz inquieta; los ojos aparecían anublados por las lágrimas. Tornó á interrogarla con insistencia, sin comprender aquella angustia, hasta que Antoñita, con voz entrecortada, hubo de contarle lo sucedido. Lena no quería trabajar, rechazaba todo lo que podía servir de base á un futuro honrado y dichoso. ¿Y por qué? Porque era cursi, indigno de una señorita decente, como si la decencia residiese en la pereza y en el deseo de boato.

—Y ya lo has observado tú, Eugenio. Ahora mismo había echado ya en olvido ese asunto; reía como si tal cosa.

—¿Y por eso te afliges, tonta? Lena es una chiquilla incapaz de tales seriedades; no nació para el trabajo. Déjala, déjala; al cabo todas encuentran acomodo en el mundo.

No comprendía la obstinación de su novia. Lena era para él la muchacha guapa, de picaresca travesura, de atrevida mirada y provocativos andares. No acertó nunca á ver en ella á la mocetona de casa, laboriosa y dulce, enamorada de la faena y cuidadosa de la hacienda. Lena era Lena; jamás sería Antoñita. Y Linares no se dió cuenta de que sus palabras de aquel instante obedecían á un impulso interno, al deseo de guardar á la chiquilla para sí, de tenerla en el hogar de su novia, en donde todo adquiría un extraño regocijo en cuanto le animaba el reir de Lena.

—Hasta tú, hasta tú piensas como ellos. Yo no sé, Eugenio; pero ó nadie me comprende, ó el que me comprende finge lo contrario. Es muy cruel...

Lloró. Su llanto no alteraba el mutismo de la noche; era tan callado, tan tranquilo como ella. Linares le cogió las manos y á punto estuvo de besarla en la frente.

—Pero Antoñita...

—Todos dicen lo que tú; sin embargo, no lo creo, porque me parece adivinar algo muy triste...

Y su acento al revelar el presentimiento que la torturaba, tenía una profunda melancolía. Miraba de cara al porvenir: veía á Alberto perdido; á su pobre madre, anciana y sin fuerzas, arrastrando su vejez por los templos; el hogar vacío, convertido en ruinas, desolado. La única manera de evitar la catástrofe era encaminar á la chiquilla por la buena senda; la salvación estaba en ella. Y Linares, al enterarse de estos pensamientos, que le confiara con mil reticencias Antoñita, sonrió incrédulo:

—¿Pero no estás tú aquí para remediarlo todo?

La muchacha hizo un gesto de desesperanza. ¿Ella? ¿De qué servía? ¿Acaso sabía que viviría siempre? Y entonces, en voz baja, un murmullo que brotaba débilmente, le dijo al oído un secreto que había callado hasta aquella noche:

—Es que tú ignoras que quizá moriré joven... Aunque nadie me lo ha dicho, yo me creo condenada. ¿Sabes? Mi padre y mi abuela padecieron del corazón...

Pareció como que un soplo trágico turbaba por primera vez la plácida dulzura de sus amoríos. Era la muerte que pasaba. Y los dos, callados, inmóviles, bajo la claridad indecisa, cerraron los ojos. En lo alto, la noche lucía, iluminada por los vagos fulgores de los astros, y empezaba á soplar el airecillo de la mañana, que movía las hojas. Linares sonrió al fin, cogió los brazos delgaduchos de Antoñita y le dijo, con acento que en vano pretendía disimular el miedo:

—¿Enferma tú, Antoñita? ¿Pero quién te ha contado esas cosas? Si estás mejor que nunca, mujer: fresca, llena de salud y de vida.

La muchacha movió la cabeza. Y no dijo nada: se limitó á mirarle largamente, con una mirada dolorosa. Y hasta entonces Eugenio se dió cuenta de lo que había observado: Antoñita estaba más pálida que antes; sus ojos aparecían rodeados de amplias ojeras; sus labios habían perdido lo que meses hacía tuvieran de semejanza con las rosas. Era el declinar lento, la fatiga abrumando aquel pobre ser del cual no conocía el drama, el

drama torturador y angustioso, la tremenda lucha por la vida emprendida para librar del abismo á la turba de parásitos que la rodeaban, por aquella niña tan endeble, tan indefensa. Y comprendió que estaba paliducha y desmedrada; mas su penetración mediocre no pudo adivinar tras de aquel rostro lívido, tras de aquel cuerpecito que se inclinaba, las noches pasadas en claro, los días que transcurrían monótonos, eternamente iguales, ante el trepidar de la máquina; las privaciones sin cuento; los sufrimientos; la existencia toda de Antoñita, alumbrada apenas por un rayo de amor en la noche sombría. El insistió en lo que afirmara, á pesar de todo, con el mudo egoísmo de la gente feliz que no gusta de ver en torno negruras que la amarguen.

¡Antoñita estaba buena! ¿A qué venían las tonterías de enfermedades hereditarias? No tenían razón de ser tales preocupaciones, máxime cuando quizás en tiempo cercano se casarían y serían uno de otro, y se consagrarían por entero á su amor.

Con gesto amable habló del porvenir, de los ensueños que en sus días de pobreza le preocupaban tanto, y de los cuales apenas si se acordaba hoy, entregado á su diaria labor, á sus placeres de empleadillo, al cultivo de aquel noviazgo que era, en realidad, motivo de solaz antes que de preocupación seria. Serían esposos, sí: tendrían su casita muy pequeña y muy hermosa, con muebles y flores del gusto de ella; tendrían su nido.

—¿Quieres, monona? ¿Verdad que te agradaría?

La moza no contestó. Una sonrisa la animaba; pero era la suya una sonrisa que nada decía. Por lo mismo, el chico hubo de repetir sus palabras.

—¡Cómo no! Me agradaría mucho—repuso, apretándole las manos, sin que la tristeza de su rostro se desvaneciera.

Linares rió, ya contento, ya libre de las trabas odiosas del dolor. Lanzado á una charla pueril, le contó sus proyectos, le habló de sus amigos, de sus paseos. La notaría marchaba perfectamente; Conti formaba proyectos periodísticos, á los que pensaba asociarle; Urizar, por el contrario, en nada creía. Y en su charla insubs-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tancial advertíase el deseo inconsciente de disipar de su alma, refractaria á la pena, toda sombra de amargura, de apartar á su novia de la tristeza, de tornarla alegre, para hacerla más deseable.

Bañóse el Oriente en los vagos resplandores del amanecer. Una pincelada larga de lila rosa se destacó del azul, más allá de la ciudad dormida, en tanto que en el espacio brillaban todavía las estrellas con fulgor tenue.

—¡Caramba! Amanece ya. Mañana no me levanto, de seguro, niña mía.

Y cogió las manos de su novia, despidiéndose. Al advertir que Antoñita continuaba con la frente inclinada, dijo:

—Adiós, chiquilla. Y que no te entristezcas más, ¿eh? Todo tiene remedio en este mundo, que si no lo tuviera, estaríamos lucidos...

Y se alejó riendo. La muchacha escuchó el resonar de sus pasos en la estrecha escalera, cada vez más amortiguados por la distancia. Al fin, dejó de oirlos, hasta que de nuevo los percibió abajo, en el embaldosado del patio. El chirriar de la puerta del cuarto de su prometido llegó hasta ella. Después, el silencio volvió á reinar, interrumpido por el gotear de la fuente y los rumores débiles del alba. No se movía de allí. Una obsesión apoderábase de su mente, y pálida, como adormecida, estrujaba en sus manos el pañuelo. Al cabo se fué, camino de la casa, deteniéndose á cada instante.

La luz de la lamparilla habíase consumido; en el comedor penetraba la claridad indecisa de la aurora. Echó el cerrojo. Avanzando en la obscuridad, sentóse, reclinándose sobre la mesa, sin ruido, cual si no quisiera turbar el sueño de los otros. Sentía una angustia que le oprimía el pecho, algo que se anudaba en su garganta, sofocándola. Y llevándose las manos á los ojos, lloró.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IX

La casa de las Ruiz, aplastada, hundida en un rincón del patio, permanecía como aprisionada en invencible somnolencia. Al pasar delante de la puerta, percibíase un olor de abandono y de ruina. Reinaba allí la sombra. Los raudales de sol que bañaban de la mañana á la tarde las viviendas de al lado, cubriendo con una caricia larga, suave, luminosa, los muros carcomidos por la humedad, apenas si se deslizaban hasta la ventana de Clara, á eso de las once, despertando á la moza de su turbado sueño. A través de los cristales empañados, donde las arañas laboraban, nada se veía; los maderos, entornados siempre, no dejaban pasar ni un rumor de vida. Semejaba aquélla la morada de la soledad y del silencio, impasible ante el bullir de la existencia, sorda á los murmullos del caserón colonial, que resonaban á toda hora.

Los vecinos se interrogaban, extrañados del caso. Los hombres, empleadillos en su mayoría, cuando se encaminaban á la oficina, presurosos, mascullando aún los últimos bocados del desayuno, fijábanse en la vivienda de la *cómica*, intentando en vano penetrar el misterio de la juventud exuberante, bella, que se encerraba allí, tras de las paredes sombrías. Las mujeres, sobre todo, se apasionaban. Desde el amanecer no cesaban las preguntas y discusiones. Las criaditas, con el rebozo liado á la cabeza, las faldas recogidas, mostrando los tobillos, de dudosa blancura, acercábanse á la fuente, dejaban las cubas en el brocal, y poniéndose en jarras, se entretenían en charlar de lo lindo, siendo el tema obligado el de «qué pensaría la tiplecilla aquella».

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tancial advertíase el deseo inconsciente de disipar de su alma, refractaria á la pena, toda sombra de amargura, de apartar á su novia de la tristeza, de tornarla alegre, para hacerla más deseable.

Bañóse el Oriente en los vagos resplandores del amanecer. Una pincelada larga de lila rosa se destacó del azul, más allá de la ciudad dormida, en tanto que en el espacio brillaban todavía las estrellas con fulgor tenue.

—¡Caramba! Amanece ya. Mañana no me levanto, de seguro, niña mía.

Y cogió las manos de su novia, despidiéndose. Al advertir que Antoñita continuaba con la frente inclinada, dijo:

—Adiós, chiquilla. Y que no te entristezcas más, ¿eh? Todo tiene remedio en este mundo, que si no lo tuviera, estaríamos lucidos...

Y se alejó riendo. La muchacha escuchó el resonar de sus pasos en la estrecha escalera, cada vez más amortiguados por la distancia. Al fin, dejó de oirlos, hasta que de nuevo los percibió abajo, en el embaldosado del patio. El chirriar de la puerta del cuarto de su prometido llegó hasta ella. Después, el silencio volvió á reinar, interrumpido por el gotear de la fuente y los rumores débiles del alba. No se movía de allí. Una obsesión apoderábase de su mente, y pálida, como adormecida, estrujaba en sus manos el pañuelo. Al cabo se fué, camino de la casa, deteniéndose á cada instante.

La luz de la lamparilla habíase consumido; en el comedor penetraba la claridad indecisa de la aurora. Echó el cerrojo. Avanzando en la obscuridad, sentóse, reclinándose sobre la mesa, sin ruido, cual si no quisiera turbar el sueño de los otros. Sentía una angustia que le oprimía el pecho, algo que se anudaba en su garganta, sofocándola. Y llevándose las manos á los ojos, lloró.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IX

La casa de las Ruiz, aplastada, hundida en un rincón del patio, permanecía como aprisionada en invencible somnolencia. Al pasar delante de la puerta, percibíase un olor de abandono y de ruina. Reinaba allí la sombra. Los raudales de sol que bañaban de la mañana á la tarde las viviendas de al lado, cubriendo con una caricia larga, suave, luminosa, los muros carcomidos por la humedad, apenas si se deslizaban hasta la ventana de Clara, á eso de las once, despertando á la moza de su turbado sueño. A través de los cristales empañados, donde las arañas laboraban, nada se veía; los maderos, entornados siempre, no dejaban pasar ni un rumor de vida. Semejaba aquélla la morada de la soledad y del silencio, impasible ante el bullir de la existencia, sorda á los murmullos del caserón colonial, que resonaban á toda hora.

Los vecinos se interrogaban, extrañados del caso. Los hombres, empleadillos en su mayoría, cuando se encaminaban á la oficina, presurosos, mascullando aún los últimos bocados del desayuno, fijábanse en la vivienda de la *cómica*, intentando en vano penetrar el misterio de la juventud exuberante, bella, que se encerraba allí, tras de las paredes sombrías. Las mujeres, sobre todo, se apasionaban. Desde el amanecer no cesaban las preguntas y discusiones. Las criaditas, con el rebozo liado á la cabeza, las faldas recogidas, mostrando los tobillos, de dudosa blancura, acercábanse á la fuente, dejaban las cubas en el brocal, y poniéndose en jarras, se entretenían en charlar de lo lindo, siendo el tema obligado el de «qué pensaría la tiplecilla aquella».

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El sol, un sol tibio de estío, un sol dorado, caricioso, dejaba caer sus rayos oblicuos, que temblequeaban sobre el cristal líquido y hacían fulgurar la superficie metálica de los recipientes.

—Oye, tú, mujer; ¿qué me cuentas de ésa?

—Yo, nada; no he sabido nada. ¿Viste algo tú.

De ordinario, poco sabían de cierto, conformándose con las suposiciones. Sólo Petra, la cocinera de los Gómez, una muchacha menudita, de ojos vivarachos y malicia singular, á la cual cortejaban con buen éxito los vecinos jóvenes, daba siempre amplios detalles sobre la vida y milagros de Clarita Ruiz. Ella estaba en cualquier ocasión oído alerta para todo lo que hablaban sus amos.

—Pero ¿qué pueden decir?—interrumpía alguna del corro—. Si don Hipólito es un sinvergüenzón indecente.

—Bueno, lo será... ¡Yo qué sé!...

Y esto lo murmuraba con la cabeza alta, retozándole en las pupilas y en los gruesos labios una sonrisa de perversión. Después, al ver la insistencia de sus compañeras, que la interrogaban, ansiosas, con el deseo desenfrenado de escudriñar las cosillas íntimas de sus patrones, de comentarlas en público, ostentando al sol el montón de miserias acumulado en lo recóndito de las moradas, reía más alto, á tal extremo, que ahogaba el reir cristalino del agua. No; ella no diría nada. ¿Qué le importaban las cochinadas que hicieran allá dentro? Que las señoritas fuesen buenas ó malas, no era de su incumbencia, no señor. Allá con su pan se lo comieran, y todos en paz. Pero su acento era de incisiva burla, de una intensa ironía, que se traducía en el gesto descarado de su trigueña cara, en sus ademanes de chica prostituída junto al fregadero. Y la curiosidad despierta, no saciada de las otras, estrellábase contra su ignorancia, porque ignorancia era en realidad, pues hasta entonces nada sabía de cierto en tales asuntos. Susurrábase, eso sí, que la frialdad de Esteban Conti había sido vencida por la ternura inmensa de Eloísa; que el periodista seguía regalándose en casa de don Hilario; que éste nada descubría, embrutecido como estaba en las faenas oficinescas; que doña Luisa lo adivinaba y de seguro preparaba algo sonado, en tanto que paseaba su corpachón por la casa; y por último, que Teresita se moría de envidia al reflexionar en la suerte de su hermana, que de chica condenada al celibato que era, tornaríase mujer efectiva.

Y las mozas asediaban á Petra, obstinándose en arrancarle una palabra siquiera. Chillaban, reían, bromeaban, dichosas al contemplar la mañana limpia, de cielo azul, sin nubes. Mas presto volvían al tema de costumbre, hablando de doña Silveria y de su hija. Doña Manuela, que á tales horas rondaba por las cocinas, trotando con su pasito de gorrión herido, husmeando con su nariz de pájaro de presa y observándolo todo merced á sus ojos astutos, cruzaba el patio presurosa, yendo hacia el grupo de sirvientas, pródigo siempre en noticias interesantes.

—Buenos días, muchachas. ¡Ay! bien se conoce que no es mucho el quehacer.

—¡Como si usted trabajara tanto!—gruñía Petra, que en achaques de ironía no perdonaba á nadie.

Y la vieja, con sus eternas faldas de lana en otro tiempo negras, y ahora de ese color indefinible de ala de mosca, sonreía con aire bonachón y humilde. Equivocaditas andaban las pobres. ¿No trabajar ella, que del alba al atardecer se deslomaba, saliendo á vender trapos viejos sólo por conseguir un pedazo de pan, un puñado de fríjoles y tantico maíz para *Matasiete*? Si por pereza se entendía el que una persona anduviese calles y calles, sufriera malas caras y olor de ropa sucia, y se estuviese en su cuarto, aguja en mano, remendando prendas no remendables, á trueque de una vil peseta, entonces ella ignoraba lo que era laboriosidad y apego á la faena. Los tiempos eran malos. El negocio no prosperaba: sobraba gente que diese ropa vieja á cambio de quincalla, pero no bicho humano que soltara los dineros por adquirir hilachos. ¡Virgen María, para que lo dijese ella, que conocía el género como á sus mismas manos! Y guiñaba los ojos, haciendo muecas de cansancio, mezclando á sus frases palabras mimosas para granjearse el afecto

de sus excelentes amigas, que como tales trataba á las fregonas, fiel á sus aficiones republicanas, según decía, pero atendiendo en el fondo á su vicio de chismorreo, al deseo de penetrar las intimidades del nido ajeno.

Aquella mañana estaba doña Manuela harto nerviosa. La noche anterior había visto que de casa de las Ruiz salía una sombra que se recataba, deslizándose á lo largo de la pared, á fin de ganar la puerta. Su curiosidad crecía á medida que cavilaba en el descubrimiento: ¿era aquel extraño fantasma un misterioso visitante que pagaba á precio de oro las bondades de Clarita; era acaso alguna correveidile que arreglaba dificultades y vencía obstáculos, ó bien la propia cómica que se lanzaba por esos mundos de Dios en busca de un amante? No podría responder. Tan desusado acontecimiento tuvo lugar á eso de las nueve y media, cuando ella echaba el último vistazo sobre el patio, desde lo alto del ventanuco. Por lo tanto, vanos fueron sus esfuerzos para enterarse, á pesar de haber corrido en seguimiento de la sombra aquella, que se perdió quizás en las solitarias calzadas de la Alameda ó á la vuelta de la esquina, antes de que la benemérita cizañera pisase el umbral de la puerta. Corrida tornó al obscuro tabuco, y maldito si pudo pegar los párpados en la calurosa noche. En cuanto se proponía explicar el caso, embrollábase más, caía en suposiciones falsas, en pensamientos absurdos, indignos de su agudeza secular de vieja encanecida en los corrillos de vecindad. Sentíase herida en su orgullo al no saber nada; la indecisión y la rabia le hacían presa, sin que para evitarlo bastaran los planes que se forjaba, planes ilógicos, puesto que no partían de un punto cierto, de un vislumbre siquiera entrevisto de verdad.

Apenas los destellos del alba traspasaron los carcomidos maderos, levantóse. Cogió los guiñapos que colgaban de un clavo, y vestida ya, salió presurosa. Fué primero á la portería. Allí nadie supo decirle cosa de provecho. La portera, vieja encorvada con trazas de harpía, y su marido, hombretón enamorado de las tabernas, no vieron transponer á nadie el umbral la noche antes, ni mucho menos abrieron la puerta, después de

las diez, á ninguna de las Ruiz. Intrigada, abandonó aquel sitio doña Manuela. ¿Era entonces que Clarita no había salido de casa? Y dudosa aún ante la sospecha de que fuera un amante el que en la mustia vivienda penetraba, continuó sus pesquisas. Al cabo, ningún resultado le dieron, y muerta de congoja llegóse á la fuente donde las maritornes parloteaban como pájaros y hundían los morenos brazos en el agua que se agitaba, estallando en irisadas burbujas.

Lucía el sol con todo el esplendor de su cabellera rubia. Junto á las puertas, en derredor del patio, las flores de tiestos y macetas exhalaban fragancias de suave frescura. Reía el patio con el va y ven de sus moradores, los gritos de los hombres, la charla de las mujeres y el lloriqueo de los chiquillos que iban á la escuela mohinos y anhelantes de holganza. El retintín de las jarras de los lecheros que medían el blanco líquido en sendos litros de hojalata, mezclábase al grito agudo de las vendedoras de legumbres, que se detenían en mitad del patio, con el cesto rebosante de coles, lechugas y tomates al hombro.

—¿Mercarán calabacitas? ¿Mercarán ejotes! ¡Las calabacitas, niña! ¡Los ejotes!

En el lavadero, bajo el techo de cinc que centelleaba, una mujer regordeta, como de treinta años, entretenía se en lavar raída falda. Era de caderas redondas, de robustos pechos, y con voz clara y aflautada entonaba una cancioncita monótona, interrumpiéndola á intervalos para charlar con las otras chicas que se solazaban, bromeando, junto á las cubas rebosantes.

—Muchachas, buenos días.

—Buenos los tenga, doña Manuela.

No terminaba aún de repetir su saludo la buena señora, cuando se dió cuenta de que en el grupo pasaba algo. Todas reían indiscretamente, interrogábanse con la mirada, fingían una burda turbación, y si hablaban era para hacerlo con reticencias, con medias frases, que para ella convertíanse en enigmas. Su buen olfato le hizo comprender que allí estaba el intríngulis que con tanta ansia buscaba. Y afinando lo más que pudo su

natural meloso, decidióse á preguntarles socarronamente. Petra, sobre todo, guardaba una actitud interesante. Las miradas, los mudos comentarios, dirigíanse á ella deliberadamente, en tanto que sonreía con sus gruesos labios sensuales.

—¿No te lo decía yo, Petra? Y luego cuentan que una sola es la paseadora y la cochina...

—¿Y qué dijiste, eh? Vamos á ver, ¿qué dijiste?—preguntó la vieja á la criadita.

Pero eran vanas las interrogaciones, las veladas súplicas. Nadie respondía. Eso sí; creyérase que la *gatuna* turba conocía el lado flaco de doña Manuela, complaciéndose en hacerla rabiar á fuerza de silencio y charlas incomprensibles. Fué la primera vez en su larga existencia que la chismosa encontró la burla en vez de la verdad. Su cachaza habitual vaciló; perdía la paciencia por instantes, y su acento almibarado, dulzón, iba tornándose áspero y amenazador.

—Vaya, hablemos claro: se trata de la cómica esa, ¿no?...

Rieron todas á coro, apretándose el vientre, inclinándose para no estallar. Algunas se llevaron el delantal á los ojos para limpiarse las lágrimas, y otras, no pudiendo resistir, corrieron, olvidándose de las cubas.

—¡Oh, muchachas! Parecen ustedes locas... En serio, en serio...

—Ahora le ha dado por la seriedad—murmuró Petra riendo.

Entonces doña Manuela, haciendo un esfuerzo para dominarse, acercóse á la bullanguera chica, y cogiendo una de las puntas del rebozo, que se había deslizado á lo largo de sus hombros á causa de la convulsiva risa, dijo:

—Mira que esto se ensucia, y no tendrás para comprar otro muy pronto...

Y en seguida le rogó al oído, desesperada ya.

Las demás permanecieron inmóviles, esperando, fijándose en los pequeños ojos de la moza, que chispeaban á cada una de las palabras de doña Manuela. Y el sol jugueteaba sobre el brocal de la fuente, y el patio reía, con el esplendor de la mañana estival.

De pronto, Petra estalló en una carcajada.

—¿A que no se figuran lo que dice? ¿A que no?

E irónicamente burlona ante la mirada de asombro de la vieja, exclamó al fin, con voz entrecortada:

—¡Pregunta si Clarita pasó la noche en casa!... ¡Ja, ja!... La inocente de ochenta años...

Se desencadenaron las risas. Eran risas picantes, jocosas, agudas como alfilerazos. La portera, que hacía un instante barría un rincón, detúvose en su tarea, escuchando, alelada; la mujerona del lavadero cesó en su faena, atenta. Y doña Manuela, al percatarse de aquellas pupilas fijas en ella, de aquellas risas que la zaherían, perdió su serenidad, y abalanzóse sobre la menuda sirvienta, con los puños en alto.

—¡Ah, bribona, me las pagarás!...

Petra se esquivó y cogió la cuba, huyendo después, sin cesar de reir, en tanto que un hilillo de agua se desbordaba, manchando la negrura del suelo. Y doña Manuela no supo qué hacer al darse cuenta de que las otras escapaban también, como bandada de pícaros gorriones. Todavía estaba allí, clavada en el pavimento, con la arrugada faz llena de ira, cuando escuchó el cacareo de *Matasiete,* que allá en la ventana del descansillo agitaba su vistoso plumaje. Iba á enderezar sus pasos hacia el chiribitil, murmurando frases de enojo, cuando la sorpresa la dejó muda, idiotizada de puro asombro. Por la ancha puerta del caserón entraba Clarita Ruiz, rápidamente, escondido el rostro en un negro chal, como si quisiera escapar á indiscretas miradas. Doña Manuela sonrió, triunfante, invadida de intenso regocijo. Al cabo descifraba la frase aquella que tanto cosquilleo le hiciera: «Y luego cuentan que sólo una es la paseadora y la cochina.» Gustosa, con menudo paso, acudió al segundo llamamiento del gallo, lamentando, sin embargo, el no ser ella la única poseedora del secreto.

Cuando Clarita se coló en la pieza de entrada, hallábase de tal modo aturdida, que pensó que nadie la había visto. Introdújose en la recámara, invadida por macilenta luz, dejó el chal sobre la cama, quitóse el viejo

corsé, las raídas faldas azules, las botitas llenas de barro, y cogiendo las antiguas zapatillas de seda, sentóse en el sofá á fin de ponérselas. Luego, lanzando un suspiro de satisfacción, se desperezó. Estaba rendida, fatigadísima. Un desfallecimiento atroz habíase apoderado de ella; su estado anímico era el de las naturalezas materialmente débiles, que se doblegan después de las grandes emociones. Pálida, de una palidez marmórea, su cutis no ostentaba el leve tinte rosa que le bañara por las mañanas; sus ojos, circundados de grandes ojeras, eran los de la cortesana poseída de muelle laxitud después de una noche de amor; sus labios, secos, no tenían la frescura de los otros días. En aquel momento no sonreía con la sonrisa altiva que la distinguiera: su semblante revelaba una tristeza cruel, una intensa amargura, que, de seguro, si su carácter no fuese egoísta, áspero, la impulsaría á las lágrimas.

Sobre la mesita de noche veíase una caja de cigarros abierta. Encendió uno, y se absorbió en la contemplación de la espiral de humo azulado que subía, que subía siempre, en la atmósfera saturada de un olor acre de abandono. No oía nada, en nada pensaba: su aniquilamiento le prodigaba siquiera el dulce consuelo de una indiferencia estúpida. Escuchó la voz de Lena, que en el patio saludaba á las de Gómez, riendo. Después llegó hasta ella distinto, claro, el taconeo de la chiquilla, que se tornó indeciso por instantes, hasta perderse en el rumor de afuera, confuso, incesante. Aquello la hizo salir de su abstracción. Pensó, dióse cuenta de que estaba allí, en su cuartito de muchacha pobre.

¡Cuántas cosas se habían sucedido desde la noche maldita del *debut*! La desilusión, las esperanzas desvanecidas, tantos sueños creados allá en lo recóndito de la mente, fueron coronados al final por la miseria que ella no preveía, que no esperaba. Recordó el amanecer de aquel día, cuando aún conservaba en su rostro las huellas del colorete; amanecer gris, preñado de tristezas. Suspiraba entonces por la agonía de sus ambiciones, de los anhelos que alentaban su monótona vida de muchacha olvidada. Pero no la había hecho presa la

desesperanza, el escepticismo que todo lo ve negro y no confía. Su belleza, palpable, admirada mil veces en el espejo, le infundía una gran esperanza: la de que la fortuna llamaría á su puerta, elevándola á la cima. Así, las horas transcurrían. Hubo de tornar á sus costumbres de antaño, con dolor, es cierto, pero animada en el fondo. Mas una tarde, la portera le entregó un sobre cerrado, blanco, que lucía arrogante sello. Era del Ministerio de la Guerra, y en él participaban á su madre que cesaba la pensión que recibían. El golpe no pudo ser más rudo. ¡Cómo! ¿En adelante no contarían con aquel auxilio para subsistir? Y enloquecida, abrumada, tuvo el valor de callar, de no decirlo á nadie. Adivinó la mano negra: eran los amigos, los buenos amigos de su padre, que por respeto á su memoria, exponían á la viuda y á la hija al hambre. Y su sospecha confirmóse con una carta de una amiga de su niñez que leyó días más tarde, y en la cual se asentaba que un personaje influyente, escandalizado al ver el nombre de ella en los carteles, llevó la amistad que profesaba al difunto coronel hasta el extremo de rematar la obra que la hundía de súbito en la miseria.

Repuesta de su sorpresa, serena ya, ocultó la escasez que se avecinaba, amenazando al cuchitril aquel, tumba de sus grandes ansias. Siguió la vida su curso, monótona, silenciosa. Ni una racha de aire puro llegaba de afuera: por los cristales sucios, filtrábase opaca claridad, que hacía más dolorosa la tristeza de su existencia, enfangada siempre en el obstáculo, en el obstáculo invencible contra el que luchara, y que se interponía, semejante á espesa bruma, entre su presente y su futuro. Y su misma miseria la impulsó á un refinamiento de pereza. Días hubo en que no abandonase el lecho, tendida de espaldas, semidesnuda, aspirando el humo del cigarro y absorbiéndose en la lectura de novelas verdes, única distracción de sus horas de soledad y abatimiento. En vano Lena, que bajaba diariamente, la instó á que salieran á dar paseos por Chapultepec, como en los mejores años. Nada quería; resistíase á las nuevas insinuaciones de la chiquilla, que se quedaba per-

pleja al verla así, á ella, que antes, por más que no pecara de bulliciosa, no vaciló nunca en echarse á andar por las calles con sus eternos vestidos reformados. Tampoco volvió á pisar las casas vecinas. A la de los Fernández no iba desde la víspera del fracaso, adivinando cierta hostilidad en los ojos dulces de Antoñita; los Gómez le cerraron la puerta desde el momento en que Eloísa, con su percepción de mujer amante y celosa, adivinó algo de lo que pasaba en el corazón de Esteban Conti. Sus refinamientos de laxitud y vida solitaria no tenían otra causa que el deseo de olvidar, de ignorarlo todo, ella, la única poseedora del secreto. Y lo fingía de manera tan asombrosa, que nadie, ni la propia doña Silveria, se percató del drama que azotaba su alma, del drama que por instantes la minaba, empujándola al fin que preveía de tiempo atrás, pero que no esperaba tan pronto. Muchas veces hízose la pregunta terrible: ¿Qué hacer? Y ni una idea brotaba de su mente, ni se creía con fuerzas para adoptar una pronta determinación. Al fin, llegó el día del hundimiento. Ningún recurso saltaba á sus ojos; era como el negro poder del destino que la empulaba hacia la torcida ruta.

La víspera de aquel día—21 de Junio—, doña Silveria, con su andar pausado y su habla gangosa, se acercó á la mesita en donde Clara daba los últimos sorbos de té. Pedía dinero, el dinero para las compras, y la muchacha dirigióse á la cómoda en la cual guardaba los restos de la mensualidad. Sus manos temblaron al coger un peso que allí, en el rincón del mueble, brillaba con brillo tenue. Era el último, lo necesario para pasar las veinticuatro horas siguientes, reduciendo al mínimum los gastos.

Cuando tornó hacia su madre, hallábase pálida, y su voz parecía haberse debilitado.

—¿Pero qué tienes?

—Nada, madre—respondió, poniendo en manos de ella la moneda reluciente.

La vieja, al examinar ésta, montó en cólera, en una de aquellas tercas irritaciones que provenían de su estado convulsivo de alcohólica. ¡Cómo! ¿Un peso nada más? Sólo al lechero adeudaban otro tanto, y así, por el estilo, á la panadería de á la vuelta y á la tienda. ¡No; aquello no podía soportarse! ¿Se había propuesto la picarona de su hija que muriese de hambre? Porque ya no les fiarían. Fué un chispazo, una llamarada que la arrancó de su sueño de bestia. Erguida, con su miserable cuerpecillo agostado por el aguardiente, miraba á Clara mostrándole el duro que retenía en la mano. La chica, sombría, sentóse de nuevo, con los ojos bajos, nerviosa, agitando la cucharilla contra la taza. Y cuando doña Silveria cesó en el torrente de palabras que escapaban roncas de su pecho, la moza, altanera, alzando el rostro con estoica indiferencia, murmuró:

—Tú eres la culpable de todo, madre. Pero no te apures, no, que el dinero lo tendrás...

En sus palabras vibraba el odio contra aquel pingajo humano al que llamaba madre. Revivían en ella las reflexiones que hiciera sobre el pasado, sobre aquel pasado fastuoso que aprisionara á sus padres, cegándoles hasta el extremo de haberla echado al mundo en que vivía, sin esperanza alguna. Resucitaban los rencores dormidos, la amargura acumulada día á día en el fondo del pecho. Y quiso decirle con vehemencia todo lo que pensaba, todo lo que sentía; pero apoyada en su natural orgullo, contúvose, y hubo de limitarse á repetir, con una sonrisa de desprecio:

—Mañana lo tendrás... Vete, déjame.

A continuación, ya sola, requirió tintero y pluma, y cogiendo una hoja de papel, escribió:

«Señor Cortezo: Aunque de usted no tengo necesidad, ya que, pobremente, vivo, estoy dispuesta á todo. Acepto lo propuesto: seré suya. Espéreme esta noche en el costado Oriente de la Alameda.—Clara Ruiz.»

No vaciló su puño. Los caracteres menudos, pequeñísimos, estampáronse en el papel destacándose negros, firmes, como si fueran el resultado de largas meditaciones. Después, cuando hubo doblado el pliego, encerrándolo en el sobre, conservó la carta en sus manos, mirándola atentamente, cual si una duda la poseyera. Caía al cabo. Pero no en brazos del hombre que soñara, del

hombre fuerte y rico destinado á satisfacer sus ambiciones contenidas; del que la alzase á aquel mundo ideal de la galantería en el que pensaba triunfar como reina. No; aquel ser ideal, producto neto de su fantasía de pobre degenerada, desvanecíase, como se habían desvanecido sus ilusiones de una vida. Caía en los brazos endebles de un viejo enriquecido por la usura; de un viejo vulgar; del ángel malo de su familia; del que la había arruinado, no con la saña y fiereza del que se propone despojar al prójimo á los ojos del mundo entero, sino con la marrullera hipocresía del que lo roba todo con el propósito de volverlo más tarde á cambio de algo mejor. Don Antonio Cortezo la deseaba rabiosamente; la quería desde la niñez con la voracidad del viejo lascivo que ambiciona carne joven. Ella lo sabía: aquel hombre, que nunca podría ofrecerle honra porque era casado, ni juventud porque frisaba en los sesenta y tantos, así le daría dinero, el metal soñado.

Obedeciendo á tales causas, salió de su casa la noche antes, fría, tranquila, confiada en el éxito feliz. Ni á doña Silveria dijo una sola palabra de su determinación. En la calle, cuando huía á lo largo de la acera con el vivo taconeo de sus botitas, creyó percibir una silueta: la de Esteban Conti, el chico ansioso de goces, que la perseguía con la mirada desde meses atrás. El rubor asomó á su rostro. Una angustia inexplicable la invadió, y hubo de sentir que sus piernas flaqueaban. Mas aquello duró un instante. Al punto recobró su aplomo, viendo que el joven se detenía, como reflexionando si la carita que entreviera al fulgor de un rayo de luz era la de ella.

Iba á atravesar la ancha avenida solitaria, cuando escuchó pasos apresurados á su espalda. Volvióse ligeramente y observó á Conti que la seguía. Vaciló; tentada estuvo de continuar su marcha, no obstante la presencia del otro. Mas un resto de pudor, el miedo de aparecer ante él como la cortesana que se vende á la sombra de los árboles de público paraje, obligóla á retroceder. Violentó el paso; cruzó casi corriendo el jardín que tornaba sombría la fachada de la Santa Veracruz,

é internóse en una calle estrecha, apenas alumbrada por el resplandor blanquecino de un foco eléctrico. Y torció á la izquierda, no cesando en su carrera hasta llegar al mercado de Juan Carbonero. Reclinóse contra uno de los muros mugrientos, en un rincón de penumbra. Reinaba allí la soledad, una soledad inquieta, estremecida por los rumores que brotaban de las cantinas cercanas. Respirábase un olor nauseabundo de legumbres podridas, de carnes deshechas, de pescados, de quesos putrefactos, ese olor acre de los mercados cuando ha pasado la fiebre de la compra. En el cielo, de un azul casi negro, asomaba su anémica faz una luna pálida, y el aire tibio era arrojado á bocanadas sobre la plaza por las calles que se abrían en torno. Clarita respiró á sus anchas, arreglóse algunos mechoncillos de pelo negro que habían caído sobre su frente humedecida en el furor de la desalada marcha. Por fin estaba libre de los ojos de aquel importuno. Se dispuso á volver á su camino, escudriñó en derredor, é iba á dar el primer paso, cuando en el cuadro luminoso de la esquina próxima se destacó la delgada silueta del periodista. Esteban se hallaba, á todas luces, desorientado. Sin duda antes de desembocar en la plaza hubo de entregarse á sus cavilaciones. Miraba en derredor con mirada penetrante, y por la viveza de sus ademanes advertíase que titubeaba en seguir una senda fijada de antemano. Clavó los ojos en la mole negruzca del mercado, y decidido, avanzó hacia él, justamente en dirección del sitio donde se escondía Clarita. La muchacha, cediendo á la tensión de sus nervios, perdió la serenidad, y rápidamente volvió á proseguir la huída, la dolorosa huída, á través de calles desiertas. Corría, volaba, cogidas las faldas, caído sobre los hombros el transparente chal, la cabeza al aire, sudorosa. Y otros pasos tan apresurados como los suyos resonaban atrás, persistentes, uniformes. Al pasar ante un zaguán abierto, deslumbrante de luz, escuchó el son de un vals canallesco, ejecutado en el piano, coreado por gritos de alegría brutal. Algún pensamiento sombrío surcó entonces su mente, porque su andar convirtióse en desenfrenado. Luego tropezó con una mujerzuela de

voz ronca, que á las puertas de un tabuco llamaba á grandes voces á un gandul que reía estrepitosamente en mitad del arroyo. Y huía, huía sin detenerse, sin respirar, con el pecho oprimido, invadida de un extraño sentimiento, mezcla de temor y de coraje. Súbitamente, internóse por una calle tortuosa, angosta, obscura. Los pasos que oía tras de ella se aceleraron, y de pronto sintió que una voz desfallecida susurraba:

—Clarita... Clarita... Por Dios, no corra usted...

No se detuvo. Siguió, siguió su marcha en la sombra, aturdida, loca. Mas de súbito resucitó la mujer altiva. ¿Por qué huir, si nada temía de Esteban? ¿Por qué ocultarse, si en adelante lo sabrían? Fué una reacción rápida. Sus pobres nervios, excitados, calmáronse de pronto. La oleada de altivez que la invadiera acalló los pudores que sentía, aquella renuncia á mostrarse tal cual era al hombre que la codiciaba, al muchacho alegre que de meses atrás la perseguía, atraído por el deseo, por un deseo de [illegible] soñador de la carne.

Y no dió un paso más.

Se encontraron allí, frente á frente, en la calle obscura, sumida en perezosa somnolencia. Ella, con el chal caído sobre los hombros, los ricillos invasores en la frente, la falda negra ajada, polvosas las botitas; él, entre serio y sonriente, con su presuntuoso clavel en el ojal y su saco de fino corte deslucido por la vertiginosa marcha.

—Esteban, ¿qué quiere usted?

Vaciló; llegaba al fin el momento, la ocasión acechada durante tanto tiempo, el minuto dichoso que quizás se ofrecía aquella noche para no volver nunca. ¿Qué hacer? ¿Arrojarse sobre ella, hacerla suya con la complicidad de la sombra, poseerla con el furor del creyente por la imagen, ó bien rogarle, suplicarle, arrodillarse con ingenuidad de niño? De todo eso experimentó impulsos; pero una secreta cobardía, una timidez rara en él, le retuvo.

—Yo... pues yo...

Clarita sonrió con maligna sonrisa, que plegaba sus labios graciosamente. Aquel chico que tenía delante,

tan altanero con las otras, era sumiso con ella. Sintió una dulce compasión, y le dijo, con acento más bien de amistad que de enojo:

—Esteban, váyase usted.

—Clarita, no sabe lo que yo he sufrido...

—¿Sufrir? ¿Sufrir? ¿Pero qué hay entre nosotros para que usted sufra?

—Nada y mucho. Yo tengo una duda... una duda...

Pareció titubear. Su voz temblaba con temblor ligero, apenas perceptible; sus manos daban vueltas febrilmente al puño del bastón. Le embriagaban el aliento de aquella mujercita adorable, la obscuridad inquieta que les rodeaba, el seductor silencio.

—Sí; yo dudo, y esta duda me hace sufrir horriblemente... Dígame, ¿adónde iba usted?

La cara de la chica sonrojóse. Era un resto de vergüenza ofendido por aquella pregunta apenas musitada, que sonaba en sus oídos como la queja infinita del deseo, del deseo no saciado, del deseo tirano. De buena gana no hubiera respondido; pero adivinaba los ojos de Conti fijos en ella, y balbuceó:

—Iba... á una parte...

El mozo calló. Estremecíanse sus finos bigotillos negros, y con la cabeza baja, entregábase á la reflexión, meditaba.

—A una parte... á una parte... Sí, ya sé... Pero ¿por qué no es usted mía y sí de otro? ¿Por qué, si yo la quiero, si yo sueño en usted, y el otro, el desconocido que dentro de un instante la tendrá en sus brazos, ni siquiera había pensado tanto en un momento dichoso?

Rebelábase contra el mandato de la suerte, contra el destino, que le arrebataba de las manos á la mocita perversa y ansiada. Y habló, habló mucho, sin detenerse, acercándose á ella, en tanto que la muchacha retrocedía. Y cuando calló, pensando que caería en sus brazos, vencida por su palabra fácil de periodista, escuchó una risita irónica, punzante.

—¿Por qué?... ¡Vaya usted á saberlo!

Esteban Conti suspiró. Clara le miraba con una mirada profunda y triste.

—¡Ah! Clarita, si usted quisiera...

Ella movió la cabeza con aire de suprema indiferencia y orgullo.

—Sería necio. Yo nada siento por usted, y usted no experimenta más que un capricho. No es la felicidad lo que tendríamos; y aunque lo fuera, ¿qué vale la dicha de un instante? Unirse... separarse después... ¡Una tontería!

Débil rumor estremeció el aire. Dobló la esquina una vieja que avanzaba con andar pausado. Fresca racha de viento calmó la tibieza estival, el calor voluptuoso que flotaba en la estrecha calle. Los pasos de la anciana oíanse cada vez más distintos, y su descarnada silueta se recortaba en la negrura del ambiente.

Clarita tendió su blanca mano hacia él.

—Adiós, Esteban...

El mozo imploró con la mirada, y entonces ella, alzándose sobre las puntas de los pies, cogiéndole el rostro entre las manos, depositó en sus labios un beso prolongado, silencioso. Era el único beso de amor que había dado en su vida. Y se alejó suavemente, como ilusión que se va, mientras que Esteban permanecía inclinado, sin moverse, como si aun tuviera sobre la suya la boquita sensual, perfumada, que no oprimiría nunca más. Y cuando ella, momentos después, subió al coche, echándose en los brazos del viejo, saboreó la amargura de no negar á aquellos labios rugosos y ajados lo que diera á los otros, tan húmedos y jóvenes.

Ahora, recostada en el viejo sofá, evocaba la visión de la noche, poseída de inmenso hastío. La luz matinal adquiría un brillo intenso, y el tráfago aumentaba afuera, esparciéndose por el caserón en un ruido ensordecedor, estrepitoso. Tras de su ventana bullía la vida, la eterna lucha por la existencia, produciendo un murmullo que la aturdía, que la impulsaba á entregarse más á su abandono. La puerta del comedorcillo abrióse. En la vecina pieza resonaban los pasos cansados de doña Silveria, que apareció á poco en el cuarto. Volvía del mercado, con la mugrienta cesta al brazo, el rostro abotagado, los ojos enrojecidos por el alcohol. Andrajosa, vacilante, con la voz trémula, era la mujer caída en la sima de la más profunda abyección, el ser desprovisto de todo sentido moral, que sólo atendía á su propio egoísmo, sin preocuparse de los otros. Se detuvo ante la muchacha pensativa, y alargando la descarnada mano, contentóse con acariciarla en la barba.

—Buenos días, hijita...

No manifestó asombro por la ausencia de la noche. Se imaginaba, allá en el cerebro confuso, entenebrecido por la ausencia de las ideas, que si Clarita había salido era para buscar dinero. ¡El dinero! Hacía tanta falta, era de tal modo indispensable, que no podrían pasar sin él. Haciendo pucheros, con acento lacrimoso, contóle las miserias, las pequeñas miserias de la casa. Todo estaba caro: las verduras, el azúcar, el aguardiente. El tendero rehusaba fiarles. ¡Habríase visto bribón semejante! ¿Negarse á vender á crédito, máxime cuando se trataba de ellas, incapaces de robar un sólo centavo? Que eran personas decentes, nadie podía negarlo. Medio México hubo de conocer al coronel Ruiz, á aquel héroe francote y bonachón. Y su habitual mutismo se convertía en un desbordamiento de palabras, á través de las cuales adivinábase el cáncer de la embriaguez que corrompiera, al cabo de los años, á la pobre señora.

Clarita alzó hasta ella sus ojos, envolviéndola en una mirada de desprecio y de lástima.

—Calla, vete; me repugnan tus charlas...

Las lágrimas humedecieron los párpados de doña Silveria; sus palabras ahogáronse en la garganta, y un arranque se sentimentalismo llorón la hizo presa. ¡Ah, Virgen María! Sufrir por una hija, dárselo todo, la sangre, la educación, el nombre honrado; desvivirse por ella, consagrarse en cuerpo y alma á su bienestar, para que al fin, en la vejez, cuando nada se tiene ni se puede, le diera un mal pago... Sí señor, un mal pago, porque ella no daba motivo para que se le cometiesen ultrajes tales y no se dignara oirla hablar de las cochinas gentes y de la santa memoria de su padre.

—¡Bah! madre, estás borracha...

Doña Silveria estalló en sollozos. Después, enfurru-

ñada, se volvió hacia la chica, que seguía abstraída, de codos sobre la mesa.

—¿Borracha? ¿Borracha dices? Más lo estarás tú, que te gastas la pensión no sé en qué.

—¡Madre!

—Sí; que te la gastas, que me la robas.

Clarita se levantó. Temblaba su cuerpo todo; en su rostro, encendido de rubor, pintábase una indignación pronta á estallar; sus manos, trémulas, cogíanse á la mesa, cual si tuviese necesidad de destrozar algo. Quiso gritar, escupir al rostro de la vieja todas las infamias amontonadas en su pecho; pero ahogada, desfallecida, tornó á sentarse, oprimiéndose las sienes.

—No, no vale la pena de sufrir más. ¿Para qué, si esta abominable vida terminará hoy?—murmuró.

Después, sacando del bolsillo dos billetes ajados, los dió á doña Silveria.

—Toma, toma; no te morirás de hambre. Coge el dinero que me enseñaste á ganar...

La anciana estuvo á punto de prorrumpir en una exclamación de sorpresa; mas contúvose observando la mirada fija, cortante, de su hija única. Luego salió refunfuñando, con el ruidoso taconeo de sus zapatos rotos. Y Clara la siguió con los ojos empañados por una furtiva lágrima de dolor y de cólera.

Nunca imaginó ella lo que en el mismo instante sucedía en el patio. Su aventura amorosa corría ya de boca en boca, del zaguán á la fuente, de la portería al último piso, á la viviendita perdida en lo alto. Entre las marisabidillas del fregadero, lo acontecido no constituía una novedad. Petra, con su maligna sonrisa de diablillo, no calló ante ninguna de ellas, dando así un gran disgusto á doña Manuela, quien aquella mañana no dió un paso más allá del umbral del caserón y sí se coló de bonita manera en los hogares, so pretexto de preguntar si había ropa vieja de venta. Para dicha suya encontróse con que los amos, al contrario de las sirvientas, nada sabían. Tuvieron éstas la desusada ocurrencia de guardarse la breva hasta que estuviese madura... Y era de ver á aquella vieja de Dios revelando con aires de misterio el secreto, el gran desenlace que ella esperaba de meses atrás. En casa de las Gómez la noticia causó el efecto de una bomba. Doña Luisa tronó contra las desvergonzadas que se vendían; don Hilario miró á la cizañera por encima de las antiparras, espantado; Teresa, con sus treinta y cuatro años encima, se ruborizó, haciendo mohines de virgencita. Sólo Eloísa, cuyo carácter altanero en otro tiempo iba dulcificándose, con sorpresa de la familia, dijo una frase de piedad. ¡Quién sabe! Si Clara había caído, nadie podría reprocharla antes de saber los móviles que la impulsaran. Era el amor tan grande, tan fuerte, tan poderoso... Y al hablar, sus ojos adquirían cierta tristeza, brillaban, como si un vapor de lágrimas los invadiera. Naturalmente, padre, madre, hermana y hasta la propia doña Manuela, escandalizáronse de su actitud. Y todos clamaban en favor de la honra, del nombre limpio y sin mancha, ignorantes del drama que se desarrollara en el alma de aquella pobre muchacha de treinta años, que al oirles no pudo reprimir el llanto.

Cuando doña Manuela salió de allí, momentos después, fruncía el entrecejo, como si sospechara algo. ¡Qué extrañas le parecían las lágrimas de Eloísa! Subiendo los peldaños de la empinada escalera que conducía á casa de los Fernández, viniéronle á la mente atrocidades tales, que se persignó. En la cocina hubo de hablar á Estéfana. La buena vieja recibióla con mil agasajos. Gozaba de verdad con su presencia, pues no podía menos de admirarla por su viveza de ingenio, por aquella habilidad innata que demostraba para averiguar ajenas vidas, y sobre todo, por su llaneza, por su cariño hacia los de abajo, hacia ella misma, que consideraba á doña Manuela como ser superior, puesto que subsistía confiada á su voluntad y á sus fuerzas. ¿Buscaba á la niña? Pues la niña la saludaría gustosa. Que pasara, que entrase á la salita. Y con solicitud cariñosa la condujo allá. Antoñita trabajaba, absorta. El ruido de la máquina de coser le impidió escuchar el chirrido de la puerta, y no alzó la carita paliducha y ojerosa hasta que las dos se acercaron.

—Buenos días, señorita...

—¡Ah! doña Manuela... ¡Qué milagro!

—No es milagro, hija mía. Ya sabé usté; los negocios... la quincalla... Todo anda mal. Yo, que soy vieja en la profesión, puedo saberlo mejor que nadie...

—Entonces viene usted á negocios, ¿eh? Le aseguro que se equivoca, doña Manuela, porque en lo tocante á eso, soy más tonta. más tonta... Vaya, siéntese usted.

Afable, sonriendo con su sonrisa habitual, le hizo ocupar un extremo del sofá y ella se acomodó á su lado. Luego, hurgándose las uñitas de rosa, esperó á que la vieja hablase, convencida, sin embargo, de que no lo haría, por razón de que los negocios de que tanto alardeaba, transformábanse, al cabo, en murmuraciones y confidencias. La ropavejera comenzó por elogiar la habitación. ¡Qué chuchería más hermosa! No se cansaba de admirarla. Y aquel abanico japonés que lucía con sus exóticos tintes en uno de los rincones, ¿era nuevo? ¿Cómo? ¿Magdalenita lo había traído? A ella se le figuró haberlo visto alguna vez en la alcoba de la Ruiz.

—¿De la Ruiz?—interrogó Antoñita viendo venir el chisme—. ¿Se refiere usted á Clara?

—¿A quién había de ser, mi buena niña?

Tosió, arregló los pliegues de su chal amarillo, miró simultáneamente á la muchacha y á los muebles, y convencida de que en aquel corazoncito tierno que á su lado tenía no germinaba la semilla de la curiosidad, aventuró una frase.

—¿Qué, no sabía usted?

—Si yo no sé nada, doña Manuela. Soy una ignorante. Pero, usted me comprende, con estos cachivaches de la costura, ni tiempo me queda para fijarme en los demás.

Doña Manuela tragó la píldora. Habíase acostumbrado á las pullas que la costurera, quizás inconscientemente, le propinaba. Y adoptando una actitud humilde, una compunción venerable por las flaquezas humanas, soltó la confidencia que le escarabajeaba en los labios.

—Mire que está usté muy en lo justo. Las que somos laboriosas, no tenemos derecho á robar un minuto á la

tarea. Pero hay cosas... que aunque cierre una los ojos no puede dejar de verlas.

Lentamente, con voz monótona, contó la aventurilla. Sus diminutos ojos se iluminaban; ascendía á su rostro una oleada de sangre que le daba vida intensa, y complacíase en decirlo todo á aquella jovencita que tan reacia se mostraba á sus conversaciones. Cuando dió fin, sonriendo con su desdentada boca, la joven palideció, reflejándose en su semblante una tristeza infinita. Miró á la vieja con temor. ¡Ah! ¡qué representación más viva de la humana inclinación hacia el mal de los semejantes! Pensó en Lena, estremeciéndose. Después, cuando doña Manuela se marchaba, llevándose trozos de encaje, trapos nuevos, «los desperdicios de la señorita», como solía llamarles, Antoñita tornó á sentarse junto á su máquina, y laboró, con los ojos bajos, la atención puesta en el ir y venir de la aguja. ¡Ah! sí, allí estaba el bien, la dicha, el lenitivo de las penas. Ella lo creía así; pero, sin embargo, experimentaba una inexplicable angustia, y la imagen de la chiquilla se dibujaba en su mente con persistencia.

Blando rumor de risas invadió la sala. Lena estaba en la puerta con un paquete en las manos, riendo al contemplar á la modista, atareada, afanosa.

—¡Lena! ¡Lena!—gritó abrazándose al cuello de la pequeña—. Lena, ¿no has sabido?...

Y añadió en voz baja:

—No; tú no debes saberlo, no te lo diré... Pero ¿me prometes no ir más á casa de Clara?

El rostro de la chiquilla se puso serio. Indudablemente, iba á responder que no. Pero Antoñita le cerró la boca á fuerza de besos, de besos tiernos, maternales, que resonaban en la habitación como aleteo de pajarillos medrosos.

Por la tarde, á eso de las seis, cuando los rayos oblicuos del sol esparcíanse en áureas franjas sobre los muros del patio, produjose un verdadero tumulto: don Antonio Cortezo, luego de abrir la portezuela de un destartalado simón que se detuvo ante el ancho zaguán, bajó, entrando en seguida. Las vecinas y hasta los chi-

quillos, quedáronse boquiabiertos al ver á aquel señor de blancas patillas y respetable vientre, que al cabo de muchos meses pisaba de nuevo la vetusta casa. Y mayor fué su pasmo al observar que el propio señor de las patillas blancas llamaba á la puerta de la cómica con discretos golpecitos.

—Monina, ¿estás lista?

Clarita, bien trajeada, ostentando las lujosas prendas que horas antes le enviaran del almacén, le esperaba. Aparecía muy bella, con su vestido de color malva, que hacía resaltar la blancura de su tez; con su ceñido talle y su sombrero albeante, de rizadas plumas. Habíase disipado ya la tristeza de por la mañana, y la moza mirábase al espejo, como si la sorprendiera aquel desusado atavío. Cortezo, embobado, la miraba con cariño, como si en ella contemplase un tesoro deseado y obtenido al fin. Tuvo, á pesar de sus años, un amoroso arranque.

—Monona mía, ¡si supieras cuánto te adoro!—exclamó, pretendiendo besarla.

Clara retrocedió, altiva.

—Déjese usted de esas zalamerías, impropias de un viejo.

—Pero, monona...

—No me llame monona, ni me tutee... Bien sabe que si he consentido, no fué porque le quisiera. Me vendo, y nada más.

Don Antonio, turbado, hubo de sentarse. Nadie mejor que él conocía el orgullo de la chica; pero la amaba con la brutalidad de su vejez crapulosa, y se humilló.

—¿Esperaremos mucho todavía?—preguntó tímidamente.

—Hasta que venga mi madre.

El vejete manifestó algún temor. ¡Cómo! ¿Esperarían á doña Silveria? Pero se tranquilizó al ver la sonrisa desdeñosa que lucía en los labios de la joven. Clara iba y venía, recorriendo el cuarto de un extremo á otro, acariciando con una furtiva mirada aquellos viejos muebles, únicos restos salvados del desastre ocurrido al morir el veterano. Allí estaba el tocador, ancho, enorme,

con su gran luna que reflejara antaño su rostro y su cuerpo, respondiendo afirmativamente á sus preguntas inquietas, disipando sus temores de fealdad. Allí estaba el lecho, la pobre cama de soltera, donde se revolvía sofocada por horribles pesadillas, ó ensoñaba dulcemente. Y la mesita, y el sofá, y las zapatillas azules, todas aquellas cosas que eran ella misma, la muchacha agitada, que pretendía subir, subir muy alto desde el fondo de su ruina. Y su mirada no fué de odio, no; los sitios en que había vivido, por más que ese trozo de existencia fuera desagradable, tenían siempre para ella algo de personal, algo de su dueña, un polvillo misterioso que les cubría y que le inspiraba ternura.

Escuchóse ruido en la habitación próxima. Era doña Silveria que entraba, arrastrando los pies, con los ojos brillantes, temblonas las manos, que sostenían el cesto en que traía lo preciso para la cena. Clara, que se había sentado, levantóse, como impulsada por un resorte. Cogió el portamonedas, la sombrilla, los guantes, y dijo:

—Vamos.

Cortezo, aturdido, balbuceando, se puso en pie.

En el comedorcillo sucio, de pesada atmósfera, encontráronse con la vieja, que acomodaba las provisiones sobre la mesa. Al escuchar el *fru-fru* suave de faldas, doña Silveria alzó la cara, y contempló simultáneamente á su hija, vestida como para un día de fiesta, y al negociante, enfundado en su larga levita negra. Una dolorosa sorpresa se insinuó en su semblante. Al fin lo comprendía todo: la noche de ausencia, los billetes que con temor de avaro guardase en obscuro rincón. Su mirada fría, idiota, clavábase con persistencia en la hija, en el amante.

—Adiós, mamá...

—¡Cómo! ¿Te vas?...

Y el pensamiento de una separación inmediata hubo de herirla en su alma de madre, en su alma atrofiada por años de humillación y de vicio, mas no insensible del todo. Olvidándose del enojo de por la mañana, quiso correr á la puerta, impedirles el paso, llamar. Pero un gesto altanero de Clara la detuvo, y quedó inmóvil,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

caídos los brazos. Sintió que unos labios húmedos la besaban... Después, al verles que transponían el umbral, dos gruesas lágrimas brillaron en sus pupilas.

Atravesaron el patio, seguidos por mil ojos curiosos. Les acechaban, les examinaban desde las ventanas, desde las puertas, desde la mitad del patio. Allá en lo alto de su cuchitril, permanecía doña Manuela, inmóvil.

Era la deshonra susurrada al oído, que más tarde había de esparcirse por todo el barrio; la curiosidad malsana, innoble, que inspiraba la caída ajena. Pero Clara Ruiz no se abatió ni bajó la frente. Deshonrada ó con honra, creíase superior á todos. Y lanzó una ojeada de profundo desprecio al destartalado patio, iluminado entonces por los pálidos destellos del crepúsculo estival.

Cogida del brazo del viejo, avanzó pausadamente, sin prisa, sin enojo. Antes de llegar á la puerta, el timbre de una voz conocida hirió sus orejitas de lóbulos rojos.

—¡Clara! ¡Clara!

Estrechó las manos de Lena, que la miraba con asombro y con tristeza. La chiquilla había escapado de casa al descubrir que se marchaba.

—¡Ah! ya lo sabía... No eres tan ingrata para no venir á despedirte de tu amiga. Adiós, pues... Y te digo adiós, porque, en adelante, ya no volveremos á saludarnos... Tú eres honrada y yo...

Completó la frase con una sonrisa de ironía punzante y amarga, y haciendo una señal á don Antonio, que esperaba á un lado de la abierta portezuela, murmuró quedo, afectuosa:

—Adiós, Lena.

Arrancó el coche.

Suaves oleadas de luz bañaban la avenida, en ese instante tumultuosa, ensordecida por los gritos de los pilluelos que vendían los diarios de la tarde, por el rodar de carros y trenes y por el vaivén de los transeuntes. En los árboles de la Alameda verdeaban las hojas, bajo el cielo melancólico y paliducho.

Y Lena vió con tristeza cómo se perdía el destartalado simón en medio de la marea humana, allá á lo lejos, en el ambiente lívido del anochecer.

X

Doña Filo, después de haber encendido los focos y echado un vistazo á la cocina, en donde vasijas enormes de café humeaban, plantóse ante el mostrador, lista para el servicio de la noche. Ancha, mofletuda, con sus grandes ojos adormecidos bajo los párpados carnosos, daba las últimas órdenes. Las mangas de su nítida y holgada blusa, remangadas hasta el codo, dejaban al descubierto sus nervudos brazos, y con un gran cuchillo en la mano partía el pan, echando con negligencia sobre cada una de las tajadas trocitos de jamón. De vez en cuando dirigía á la calle, á través de los cristales del escaparate, miraditas de curiosidad, prodigando amistosos saludos á los parroquianos que entraban.

Comenzaba el tráfago en *La dama blanca*. Uno á uno, los clientes ocupaban sus mesas favoritas. Los mozos iban y venían, afanados, con las cafeteras en la mano, gritando, llamándose á grandes voces unos á otros.

—¡Un café!

—¡Pan de manteca!

—¿Dos chocolates? En seguida.

El señor Carrizales, envuelto en su eterno *plaid*, leía, en la silla más próxima al mostrador, un periódico de atrasada fecha. Con las viejas antiparras montadas con garbo en la punta de la nariz, no quitaba los ojos —aquellos ojillos tímidos y dulces—del papel mugriento, si no era para encender los contados cigarros que sus amigos de café le ofrecían. Al fin, lo dobló y desdobló repetidas veces. Había leído hasta la cuarta plana y enterádose de los anuncios comerciales, cosa rara en

caídos los brazos. Sintió que unos labios húmedos la besaban... Después, al verles que transponían el umbral, dos gruesas lágrimas brillaron en sus pupilas.

Atravesaron el patio, seguidos por mil ojos curiosos. Les acechaban, les examinaban desde las ventanas, desde las puertas, desde la mitad del patio. Allá en lo alto de su cuchitril, permanecía doña Manuela, inmóvil.

Era la deshonra susurrada al oído, que más tarde había de esparcirse por todo el barrio; la curiosidad malsana, innoble, que inspiraba la caída ajena. Pero Clara Ruiz no se abatió ni bajó la frente. Deshonrada ó con honra, creíase superior á todos. Y lanzó una ojeada de profundo desprecio al destartalado patio, iluminado entonces por los pálidos destellos del crepúsculo estival.

Cogida del brazo del viejo, avanzó pausadamente, sin prisa, sin enojo. Antes de llegar á la puerta, el timbre de una voz conocida hirió sus orejitas de lóbulos rojos.

—¡Clara! ¡Clara!

Estrechó las manos de Lena, que la miraba con asombro y con tristeza. La chiquilla había escapado de casa al descubrir que se marchaba.

—¡Ah! ya lo sabía... No eres tan ingrata para no venir á despedirte de tu amiga. Adiós, pues... Y te digo adiós, porque, en adelante, ya no volveremos á saludarnos... Tú eres honrada y yo...

Completó la frase con una sonrisa de ironía punzante y amarga, y haciendo una señal á don Antonio, que esperaba á un lado de la abierta portezuela, murmuró quedo, afectuosa:

—Adiós, Lena.

Arrancó el coche.

Suaves oleadas de luz bañaban la avenida, en ese instante tumultuosa, ensordecida por los gritos de los pilluelos que vendían los diarios de la tarde, por el rodar de carros y trenes y por el vaivén de los transeuntes. En los árboles de la Alameda verdeaban las hojas, bajo el cielo melancólico y paliducho.

Y Lena vió con tristeza cómo se perdía el destartalado simón en medio de la marea humana, allá á lo lejos, en el ambiente lívido del anochecer.

X

Doña Filo, después de haber encendido los focos y echado un vistazo á la cocina, en donde vasijas enormes de café humeaban, plantóse ante el mostrador, lista para el servicio de la noche. Ancha, mofletuda, con sus grandes ojos adormecidos bajo los párpados carnosos, daba las últimas órdenes. Las mangas de su nítida y holgada blusa, remangadas hasta el codo, dejaban al descubierto sus nervudos brazos, y con un gran cuchillo en la mano partía el pan, echando con negligencia sobre cada una de las tajadas trocitos de jamón. De vez en cuando dirigía á la calle, á través de los cristales del escaparate, miraditas de curiosidad, prodigando amistosos saludos á los parroquianos que entraban.

Comenzaba el tráfago en *La dama blanca*. Uno á uno, los clientes ocupaban sus mesas favoritas. Los mozos iban y venían, afanados, con las cafeteras en la mano, gritando, llamándose á grandes voces unos á otros.

—¡Un café!

—¡Pan de manteca!

—¿Dos chocolates? En seguida.

El señor Carrizales, envuelto en su eterno *plaid*, leía, en la silla más próxima al mostrador, un periódico de atrasada fecha. Con las viejas antiparras montadas con garbo en la punta de la nariz, no quitaba los ojos —aquellos ojillos tímidos y dulces—del papel mugriento, si no era para encender los contados cigarros que sus amigos de café le ofrecían. Al fin, lo dobló y desdobló repetidas veces. Había leído hasta la cuarta plana y enterádose de los anuncios comerciales, cosa rara en

él, y suspiró, ignorando qué haría de su tiempo en lo que le restaba de permanecer allí. Era aquel cafetín el único solaz de su ancianidad solitaria. Nadie le conocía, ni siquiera de nombre, y sin embargo, todos saludábanle con una sonrisita cariñosa. El, que seguramente era ajeno á los encantos del hogar, porque á las claras parecía ser un solterón, mostrábase agradecido de aquellos afectos superficiales, que pasaban rozándole apenas, dando una pincelada rosa en el gris eterno de su vida insignificante. Inclinóse pensativo, apoyando la barba en el puño del bastón: examinó indiferente la calle; contempló á la gordinflona dueña del establecimiento, que proseguía en su tarea de hacer *sándwichs*. Luego interrogóla con su vocecilla débil, respetuosa:

—Y diga usted, doña Filo, ¿el joven Arsenio?...

Arsenio Urízar le interesaba muchísimo. Le sedujo desde el primer instante aquel mozo dicharachero, de cabeza llena de humos poéticos, indolente, sonreidor, que de todo se burlaba, ignorante de la amargura y de las pequeñas miserias.

—¡Ay! señor Carrizales—respondió la robusta señora—, don Arsenio no ha venido desde hace tres días...

Al hablar, cesó en la faena, contra su costumbre de mujer entregada al trabajo. Un dejo de tristeza serena, de aflicción sincera, matizaba sus palabras. ¡Quién sabe en dónde estaría don Arsenio! Le causaba extrañeza tal alejamiento; todos sabían que el joven, en sus días de bohemia, acudía á *La dama blanca*, confiado en su crédito.

Ocurrióle la idea de que el chico tuviera dinero, de que fuese rico. Acaso una herencia... acaso el producto de un volumen de aquellos versos bonitos que ella escuchaba con delectación todas las noches, sin comprenderlos... ¿Quién es capaz de averiguar el destino que espera á los hombres-prodigios? Y no obstante la satisfacción que tan peregrino pensamiento le hacía sentir, experimentaba una secreta pena. Si el poeta tuviese dinero, no tornaría nunca á *La dama blanca*, á aquel rinconcito tibio que sólo frecuentaba en sus días de pobreza. Sí; conocía la cabeza frágil de Arsenio, su inconstancia, su anhelo de bullicio. ¡Cómo no había de conocer á aquel pajarillo, que durante cinco años había alegrado su jaula con ruidosos gorjeos!

—¿De modo que usted cree que no volveremos á oir sus doctas conversaciones?

—¡Ah! no, tanto como que no vuelva...

No podía, no era capaz de creer que Arsenio fuese ingrato, ni mucho menos rico. Inútiles resultaban sus esfuerzos para convencerse de que el mocetón que se había desayunado allí, bajo los espejos que ahora miraba interrogadora, durante luengos años, no se acordaba más del agujero tranquilo, animado por la mole enorme de ella, y por el cariño con que todos, desde la patrona hasta el último sirviente, escuchaban sus largos poemas. Había sentido desde el primer momento cierta amable simpatía por aquel muchacho lanzado desde un lugarejo del interior en el mare mágnum de México. Le veía tan solo, tan triste al principio, evocando tiernos recuerdos del terruño, que no vaciló en tenderle su mano. Después... ¡oh! después los papeles se trocaron, y Urízar, de protegido se convirtió en protector. En un entusiasta arranque, atiborrado el magín de lecturas de Murger y Daudet, decidió ser un Rodolfo ó un Daniel Eyssette, un soñador bohemio que sólo pensaba en medir versos y acomodarse á la vida deliciosa, placentera, que conviene á un emancipado de las ridículas ciencias exactas ó de los negruzcos terrones que componían la hacienda paterna. Entonces fué cuando abrigando la íntima convicción de esconder un genio bajo de su cráneo, consideróse pródigo y clemente al otorgar su trato á aquellos seres del cafetín, embrutecidos á consecuencia de la estúpida lucha por la vida, entre los que se encontraba la benemérita doña Filo.

Tal acción produjo su efecto. La buena señora, que, viuda desde los diez y seis años, había pasado veinticuatro tras del mostrador, y sabía tanto de mundo como el perezoso gato que de continuo acariciaba, sintió admiración profundísima por aquel talento desconocido aún. Inspirábale Arsenio un afecto casi maternal, y era de verla, alelada, iluminados los labios por bon-

dadosa sonrisa, cuando le oía exclamar con gran prosopopeya:

—¡Lo proclamo, amigo Carrizales! Más preocupa á los mexicanos un billete de banco ó una letra de cambio, que una novela ó un tomo de versos. Hemos encerrado nuestra gran alma latina en el estúpido industrialismo *yanqui*. ¡Ah! pero yo produciré la reacción; yo me encargo de transformar á los millones de imbéciles que me rodean en adoradores del arte...

Y en efecto, comenzó su obra propinando rudo golpe al gusto y al público reinantes, con su mamarracho —así lo llamaba él—titulado *Autores y espectadores*. Después del fracaso y de los días de prisión, todavía conservaba entera, vibrante, su alma batalladora, entusiasta por la belleza. Allí, en el cafetín olvidado, complacíase en hacer partícipes de sus proyectos á los buenos amigos que ahora le recordaban con tristeza, mirando á la calle con la esperanza de verle entrar, así, de pronto, bullanguero, parlanchín, con su abundosa melena que acariciaba las anchas alas del fieltro.

Pero el que se apareció en aquellos andurriales fué un vejete de raído saco negro, reluciente calva y narices de pico de ave, que andando á pasitos cortos, encorvado, hubo de sentarse en una de las mesas próximas.

Carrizales hizo un guiño á doña Filo, murmurando:

—El nuevo cliente...—Luego, acercándose con viveza á éste, saludóle luciendo su gesto peculiar, inclinándose:—Buenas noches, señor Gómez, buenas noches...

El viejo se limitó á responder, entreteniéndose en vaciar á pequeños sorbos la taza de café que acababan de servirle.

Era don Hilario, el cual, desde hacía dos semanas, concurría diariamente á *La dama blanca*, introduciéndose sin ruido, devorando discretamente lo que pedía, y marchándose al cabo sin decir palabra, sin contestar casi á las despedidas del señor Carrizales. Este, que no era amigo del silencio ni de las caras impasibles, tornó al instante á su sitio favorito, junto al mostrador, hablando en voz baja con doña Filo. ¡Pobre hombre! ¿Verdad? A él le parecía un desheredado de la fortuna. La

bendita señora le compadecía también. Algo de la vida del señor Gómez sabía por boca de Arsenio. Y á ese propósito, recordó que hacia tres días el poeta y don Hilario trataron en voz baja en el más apartado rincón del establecimiento cierto asuntillo grave, á juzgar por las muecas que ambos hicieron. Y por lo visto, no carecían de verdad las palabras de la mujerona, porque el meditabundo cliente objeto de ellas miraba con insistencia á la calle, agitándose en la silla, ante la taza vacía y las migas esparramadas sobre el mármol de la mesa.

Entretanto, la zambra de la avenida llenaba el cafetín con sus rumores. Al ruido de los carruajes que pasaban, uníase el murmullo confuso de los trenes que se deslizaban sobre los rieles en vertiginosa carrera. Algún organillo lanzaba al viento sus notas chillonas, coreadas por los gritos de los granujas que correteaban en mitad del arroyo. Ante los iluminados cristales del escaparate, veíanse rostros graves de obreros, rostros demacrados de mujeres, caritas de niños que observaban atentamente, fijamente, cual si fueran causa de meditación profunda, los grandes pasteles, los trozos de jamón, las piernas de carnero allí expuestas. *La dama blanca* resplandecía, con sus rientes foquillos que derramaban luz á chorros, una luz suave, amarillenta, que cabrilleaba sobre la vajilla, sobre el agua de los botellones, irisando las burbujas que flotaban en la leche blanquísima de las copas. Los parroquianos, con el estómago satisfecho, acariciábanse el vientre, echando bocanadas de humo, reclinados contra el muro. Los mozos, ceñidos los albos mandiles á la cintura, no cesaban en el trafagueo, aturdidos, confiándose en cuerpo y alma á las órdenes de su ama. Y allá iba Carrizales, aquel viejecillo de Dios, dando palique á sus conocidos, y aceptando cuantos pitillos se dignaran darle, con un guiño que parecía decir: «Gracias, después me lo fumaré.»

Se produjo un murmullo de simpatía al escuchar una voz arrogante, bien timbrada, que decía:

—¡Hola! Ya estoy aquí.

El poeta, sonriendo como de costumbre, con el con-

sabido fieltro de anchas alas ligeramente inclinado y la melena un tantico más encrespada que de ordinario, saludaba con un ademán, desde la puerta, á sus amigotes del café.

Doña Filo se inclinó cuanto pudo sobre el mostrador, á riesgo de aplastar los *sándwichs*, tendiendo su mano regordeta y blanca; Carrizales se puso de un salto al lado del joven, y los tres hubieron de trabar franca y amistosa conversación. ¿Por qué no había vuelto? ¿Qué diablos andaba haciendo por esas malhadadas calles, para olvidarse así de sus amigos? ¿Y las poesías? ¿Acaso la edición estaba próxima? ¿Y la herencia? ¿Por ventura el tacaño de su padre había decidido testar en vida? Y era tal y tañ numeroso el amontonamiento de preguntas, que el bardo permanecía con la boca abierta, los brazos extendidos, la cabeza en alto, pretendiendo en vano cortar la vena de aquellos dos famélicos de charla *urizarina*.

Al fin pudo decir algo.

—Calma, calma, que me aturden... ¡Qué herencia ni qué demonios! Tengo cosas que contarles; ¡pero qué cosas!

Y ya iba á dar curso á sus frases, cuando la mano del vejete, que le espiaba desde momentos antes, hubo de posarse sobre su hombro, al mismo tiempo que una vocecilla débil murmuraba:

—Arsenio, dispense usted...

—¡Oh! don Hilario...

—Si los señores me permiten hablarle dos ó tres palabritas...

Y sin esperar respuesta, le llevó á la mesa. Doña Filo le miró con ojos incendiarios, en tanto que decía al oído de Carrizales:

—Hay personas impertinentes, ¿verdad?

—Tiene usted razón, doña Filo; hay personas impertinentes...

Arsenio Urízar miró con tristeza aquel rostro enjuto, de una palidez de marfil; aquellos ojos adormecidos por embrutecedora tarea; aquellos labios secos, plegados en las cisuras, que sonreían amargamente, descubriendo

algo de su secular humillación, de la humillación constante de una vida. En verdad que don Hilario le inspiraba lástima.

—Estoy en ascuas—comenzó por afirmar el señor Gómez, en voz tan baja, que se perdía en el general murmullo—. He venido desde anteayer para informarme del resultado del negocito ese, de que usted me hizo el favor de encargarse. ¡Ah! no sabe usted lo que es un padre sin honra...

Suspiró, empañados los ojos por las lágrimas, y acercándose todavía más á Urízar, interrogó:

—¿Le ha visto?

—Sí; hablé con él...

—Bueno, ¿y qué?

Sentía don Hilario ansiedad tan grande, que en aquel «¿y qué?» puso todos sus deseos de saberlo, de apurar hasta la última gota la alegría ó desventura que le estaban reservadas. Clavó sus pupilas en el rostro sereno del poeta y balbuceó algunas preguntas al ver su turbación, la perplejidad que en él se reflejaba. Arsenio titubeó. No podía resignarse á hundir al infeliz, revelándole las lindezas que le dijera Esteban Conti. El, escéptico por temperamento, comprendía sin embargo la magnitud del golpe que iba á dar. Pero experimentó lástima ante el gesto suplicante de don Hilario, y repuso al cabo brutalmente:

—Pues bien, nada. Que Esteban se niega á casarse con la hija de usted; que no volverá á poner un pie en casa de ella, y que no acepta ninguna de las proposiciones que le hice.

El viejo se irguió. La sangre se le agolpaba al rostro y sus manos crispadas se alzaban á la altura de su interlocutor, como si quisiera detener aquellas palabras antes que oirlas. Después, lívido, con la faz desencajada, ahogando un sollozo, gritó:

—¡Pero eso es una infamia!

Todos los parroquianos se volvieron con asombro.

Estaba transfigurado. Su bestial sumisión, sus años de abatimiento, sus horas penosas de obediencia, toda aquella vida sin voluntad, sin energías propias, toda

aquella existencia de antes, pisoteada por todos, de triste pordiosero de empleos, sintióse herida en una súbita resurrección del pundonor. ¿Habían deshonrado á su hija y se negaban á lavar la mancha? ¡Oh! no, no lo conseguirían. Allí estaba él, el padre, que todo lo podía, á pesar de su miseria y de sus años.

Y gritó con bronco acento, pronunciando palabras innobles, que semejaban latigazos, manoteando, con la frente alta, los ojos inyectados por el furor, el cuerpo tembloroso. Mas de súbito, cuando á la luz brillante observó las miradas de los parroquianos fijas en él, las fisonomías curiosas, los murmullos que despertaban sus voces, callóse, se opacaron de nuevo sus ojos, y balbuciente, tornó á sentarse.

Renacía el burócrata, el eterno oprimido.

Bien pronto reinó de nuevo la alegría y la indiferencia en el cafetín. Nadie se acordaba ya del vejete, que, clavado de codos en la mesa, había quedado mudo, abatido, sin contemplar siquiera la risa dolorosa y burlona que vagaba por los labios del poeta.

—No sabe usted, mi querido Arsenio—murmuró lentamente—, no sabe usted lo que ha pasado en mi casa, y por eso quizás no me comprende...

Mostrábase calmado ya. Sus palabras, más bien que de protesta, eran de disculpa. Reaparecía el hombre metódico, tranquilo, incapaz de caer en los extremos. Nadie mejor que él podía perdonar los excesos juveniles. Había sido también mozo; conocía los atractivos que posee la mujer, sobre todo cuando se la tiene cerca, al alcance de la mano. Pero los hombres honrados sabían curar las afrentas.

Y contó por centésima vez los amores de su pobre Eloísa con Esteban Conti.

Lo confesaba: fué débil. Su mujer y sus hijas le habían impuesto al periodista, aquel ganapán que estaba allí, en el hogar, como en su propia casa. Se instaló cual si la morada de su novia fuera terreno conquistado. Entraba y salía á la hora que le viniera de ello gana. Comía, desayunábase y cenaba en la mesa de la familia casi diariamente, pagando los platillos que engullía con

sonrisitas amables y vagas promesas de matrimonio. ¡Ah, el hambrón! Y lo peor fué que él, don Hilario, no le conoció en seguida. Ciego, imbuído en las ideas optimistas de su cara mitad, veíase ya con un yerno amoroso, honradote; y hasta soñó—y esto lo decía con mirada enternecida—que dos nietecitos rubios, trepando por sus piernas temblonas, le acariciarían no muy tarde.

—Usted ignora lo que es un padre... Todo lo daría uno por la felicidad de esas hijas tan ingratas, que cometen á lo mejor la tontería de echarse á rodar por la pendiente, sin acordarse de que hay un ser honorable á quien amargarán los días.

Y repetía la palabra «padre» con solemnidad. Pero lo que no confesaba era que tanto él como doña Luisa se perecían por allegar partidos á sus hijas. No se acordaba en ese instante, sin duda, de que allá en los dichosos tiempos en que las señoritas frisaban en los veinte, las obligaron á desdeñar á media docena de galanes, so pretexto de que eran pobres y de baja estofa. No recordaba tampoco que después, cuando las propias niñas llegaron á la edad crítica de las mujeres de Balzac, el terror de un celibato posible les impulsó á las más locas correrías, correrías de fama tristísima, en que ambos papás, poseídos de intensa fiebre, de un deseo arrollador, se lanzaron á la caza de maridos, exhibiendo á los ya maduros pimpollos en salas y teatros, en paseos y comilonas íntimas. Tampoco venía á la mente del pobre hombre el recuerdo de aquel chico de la prensa arrebatado, cogido entre las redes que toda la familia le tendiera; de aquel chico, cuyo nombre se le figuró de un exquisito sabor italiano, á quien aduló y casi obligó á entrar en casa al mismo tiempo que echaba á Eloísa en sus brazos, con esa puerilidad infantil de algunos padres que anhelan el perturbamiento de su raza.

De nada de eso hacía memoria el bueno de don Hilario, concretándose tan sólo á prodigar al periodista cuantos epítetos infamantes acudían á su boca. Sí señor; era un canalla el tal Conti. Luego de haberse burlado del tierno afecto de la familia, de haber deshonrado á una muchacha inocente, se marchaba ahora tras

de una cortesana vulgar, tras de aquella Clarita Ruiz, que por esos días era el escándalo de México, á causa de sus devaneos, de sus descaros, de sus trajes, de sus coches.

Y todo estaría bien si el pobre no considerase perdida para siempre la dicha de su casa. Su mujer y su hija mayor le echaban la culpa de lo acaecido. Sobre todo aquélla hubo de llegar á tal extremo de imprudencia, que le acusaba de corruptor de la moza, y hasta le amenazó con armar un lío en los periódicos si se atrevía á molestarla con su presencia. ¡Y qué mayor tormento! Veía á Eloísa llorosa, desconsolada, resistiendo los insultos de su madre y hermana, las murmuraciones del patio, sin alterarse, fiel y atenta al porvenir del infeliz que llevaba en sus entrañas.

—¡Ah! señor Urízar, señor Urízar —murmuraba el viejo ocultando la rugosa faz entre las manos—: ¡qué vida tan negra la mía!

Volvió á suspirar, paseando la mirada por los rostros de la turba indiferente, que desconocía su hondísimo dolor. Después miró al poeta, el cual, indolentemente reclinado en la silla, parecía fastidiarse.

—¡Sin remedio!

—¡Sin remedio!—concluyó Arsenio.

Angustiado, se puso en pie. Y el joven, que le acompañó hasta la puerta, le vió ir, con débil paso, hasta que su silueta, vagamente esfumada en la lejanía, desvanecióse.

Todavía permaneció un instante en la puerta. Sentía en el rostro la helada caricia del viento, y contemplaba á lo lejos la línea de luces blancas, que se extendían á lo largo de la calle, semejantes á puntos luminosos que disminuían, que se empequeñecían hasta convertirse en alba chispa. El poeta pensaba. Pensaba en lo extraño, en lo inexplicable de la vida humana. ¿Por qué aquella ruda oposición al espíritu generador de la carne? A él le parecían ridículas las declamaciones por la honra. Creía á pie juntillas, por haberlo leído en un libro de Galdós, que el honor es un convencionalismo ridículo; más aún: le consideraba como el enemigo inconciliable

que se oponía al desenvolvimiento de la especie. Pero el don de pensar no era el más pródigo de su cabeza destornillada, y por eso, de un salto, pasó de sus cavilaciones sobre el honor al estudio del caso especialísimo de su amigo Conti. ¡Cómo se reía interiormente de aquel chico que en otro tiempo se le figurase un divino epicúreo, un buen mozo que se dejaba adorar de las mujeres, y que hoy corría en pos de la desdichada protagonista de su zarzuela, enloquecido por el deseo, rabioso de impotencia. Entonces, maquinalmente, acordóse de Eugenio Linares. Este sí que era un tarambana: lo había abandonado todo: paseos, teatros, amigos, por una novia, por un amorcito ideal, según afirmaba él, por más que le contradijesen los dichos de la vecindad, en donde se murmuraba algo respecto de Lena, aquella chiquilla tan mona y graciosa que de nadie se había prendado.

Sólo quedaba él, solterón inexpugnable, artista enamorado de la vida libre, de la existencia pasada al aire, robando besos á los labios de las amantes de una noche, sin preocupaciones ni tristezas.

Y cuando más se solazaba en sus reflexiones, rozó sus oídos una vocecita que se le antojó melosa, dulzona.

—Don Arsenio...

Al volverse vió á doña Filo, regordeta, sonrosada, echando salud por todos los poros, que, reclinada en el mostrador, no quitaba los ojos de él.

—Dispénseme, mi buena amiga—dijo acercándose—. Me distraía pensando en la vida... ¡Qué comedia más deliciosa! Me parece llena de símbolos intrincados, de sutilezas, de obscuridades que nadie puede penetrar...

Doña Filo se alarmó. Temía, con sobra de razón, que el mancebo le soltara alguna de sus disertaciones favoritas. No, no; que callase. ¿Acaso sabía ella de semejantes cosas?

—Yo no entiendo de latines, don Arsenio—interrumpía, risueñota y alborozada.

—Mejor que mejor. Ya conoce usted mi lema: para vivir bien, no preocuparse por la vida.

Ella le veía sonriendo. Pintábase en su semblante cierto bienestar, cierta maternal dulzura que irradiaba

iluminándolo. Nunca comprendió como aquella noche la simpatía que le inspiraba el despreocupado mozo. Estaba junto á él, separada tan sólo por el pequeño mostrador, en el tibio ambiente del cafetín, ya solitario, que se tornaba encantador al acordarse ambos del aire que barría la calle. Carrizales, á pesar de su curiosidad, habíase marchado á las ocho. Hasta ellos llegaba confusa, susurrante, la charla que dos sirvientes sostenían allá en el rincón. El gato, hecho un ovillo, dormitaba junto á la mano cariciosa de su ama. Estaban solos. El murmullo de su conversación, entrecortado por sonoras risas y declamaciones, sonaba acompasado en el recinto, haciendo rebosar de sana alegría á doña Filo. ¡Qué delicia gozar de las gracias del muchachote aquel, tan decidor y atrevido! Y estos pensamientos venían á la mente de ella, sin que los enturbiara el menor asomo de pasión; que tal alimaña no había roído aún el alma de la robusta patrona. Le quería porque sí, porque desde que le vió sentarse en una de las mesas de su establecimiento, hubo de experimentar por él una inexplicable atracción que nunca sintiera en su ya larga vida de viuda, y que la movió á darse por pagada de las deudas del poeta con una mueca, con una broma salida de los irónicos y pálidos labios.

Por eso había extrañado su breve ausencia, y le preguntaba ahora, sin abandonar su cara de pascuas:

—¿Y por qué no había venido, don Arsenio? Si es tan bonito charlar con usted, y tan gracioso, tan gracioso...

Reía, con su francota risa, con los enormes senos estremecidos, sin reparar en la súbita seriedad de Urízar.

—¡Por algo había de ser, doña Filo! ¿Sabe usted que mi padre me ha echado á la calle como á un granuja?

No; no sabía. A ver...

¡Pues nada! Que el pobre ranchero supo que los ahorrillos depositados en el arcón, los dineros á costa de tantos sudores enviados al bellaco de su hijo, iban á parar á restaurants y paseos, derrochados á manos llenas; que algún intruso le informó de que su retoño no llegaría nunca á *letrao* y sí á poeta, ó lo que es lo

mismo, á pillo, según los entenderes campesinos, y que, cerrando el bolsillo, marcó un «hasta aquí» solemne y testarudo. Y *consumatum est*. El tacaño del viejo no era de los que se dejan ablandar tan fácilmente; decidíase á perder á su hijo antes que al *letrao* que soñara.

Quedóse doña Filo muda de sorpresa. ¿Qué hacer?

—Lo que yo hice, mi querida doña Filo; gastar la última mensualidad y confiarme á la ventura, á la buena suerte.

—Pero, hijo...

No había hijos que valieran. Ni un sólo centavo quedó en el bolsillo del poeta. ¿Que cómo viviría? Del modo más sencillo; trasladaríase al cuarto de un estudiante amigo; daría un adiós á las alegres francachelas, y con permiso de la buena mujerona, continuaría visitando el cafetín, ya que se le tenía ciega confianza y la seguridad absoluta de pago.

Y guiñaba los ojos de una manera tan picarona y seductora, que doña Filo no tuvo empacho en responder:

—¡Ah! sí, don Arsenio. Mande usted aquí lo que guste. Luego arreglaremos cuentas...

Arsenio Urízar estrechó sus manos con efusión.

—Gracias, gracias. Descuide usted, que yo saldaré mi adeudo. Están en prensa los *Poemas salvajes*. ¿Eh, qué le parece á usted? ¡Los *Poemas salvajes!*

Extendía los brazos cual si anhelara abarcar el mundo entero con su obra, con aquel fruto de labor incesante, de noches pasadas de claro en claro y días de turbio en turbio. La jamona contemplábale boquiabierta, aturdida por la noticia. ¡La obra! ¡Iba á aparecer la obra, aquella esfinge de la cual el bardo hablaba con reticencias y misterios desde hacía un año!

Y los dos, esperanzados, prosiguieron su amistoso palique, allí, en el recinto saturado de tibias emanaciones, de un olor de pan caliente que abría el apetito. En la avenida había cesado el barullo. Alguno que otro simón arrastrado por flacuchos pencos, turbaba el silencio nocturno. En el escaparate, luminoso todavía, no asomaban ya las cabecitas infantiles ni los graves y severos rostros. Dijérase que ambos permanecían olvidados allá en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"

un lejano rincón del mundo, si el arcaico reloj, colocado entre espejos, no diese en aquel instante las diez, con el crujir de su maquinaria envejecida, y les volviera de pronto á la realidad.

—¡Las diez! Muchachos, cerremos.

Arsenio Urízar echó á andar calle abajo. Allá en su interior experimentaba una profunda satisfacción á causa de la acogida de la buena mujer. Ya tenía el pan seguro. ¡Ah! qué delicia sería pasear su libertad por las avenidas soñolientas; ir á su antojo por todas partes; respirar con fruición; entregarse á la vida de bohemia. Nunca como aquella noche se había creído más dichoso. Y era que su temperamento de muchacho libre, iluso, dilatábase al verse sin trabas. Alzado el cuello del saco, metidas las manos en los bolsillos, marchaba á pasitos, silbando entre dientes. Su principal objeto, al entrar de nuevo en *La dama blanca*, era ver á Eugenio para darle instrucciones acerca del cuarto que abandonara días antes. Y he aquí que en su cabeza de pájaro se había desvanecido aquel deseo, puesto que ni siquiera le vino á las mientes preguntar por su amigo. Ni por un instante pensó en llamar á la puerta del caserón. Conocía de sobra á las porteras para hacerlo. Por lo tanto, siguió su camino á lo largo de la acera, sobre la cual brillaban regueros de luz. Al cabo, dejóse caer indolente sobre uno de los bancos de la Alameda. Se estaba muy bien allí, en aquel sitio perfumado por las flores, hasta donde llegaba el ritmo caricioso de las hojas que caían. Ante él extendíase la ancha calle, muda entonces. Recostado en el respaldo, de cara al cielo, con el sombrero echado hacia atrás, semejaba lo que era: un soñador. Pero no se acordaba en ese momento de los versos, de sus *Poemas salvajes*. Cerebro perezoso, placíale no pensar, abstraerse del ambiente que le rodeaba. Y así, con los párpados entreabiertos, inmóvil, vió que una silueta, vaga en un principio, distinta luego, corría presurosa por la acera de enfrente.

Reconoció á Eugenio Linares, y levantándose de un salto, no paró hasta encontrarse á su lado.

—¡Ah! ¿eres tú, Arsenio?

—Sí, chico; buenas noches... Pero oye, ¿tienes prisa?

—No... no tanto...

Estaba agitado, sudoroso. En la notaría el trabajo era cada día más duro. Don Mauricio Orvañanos no le dejaba ir, desde hacía dos noches, hasta las diez. Aquello no podía resistirse, no, máxime cuando él no cobraba ningún sueldo.

Hablaba con precipitación, poseído de la cólera. En sus frases entrecortadas, en sus gestos rabiosos, el poeta descubrió el hambre de dinero que ahora asediaba á aquel mozo, antaño tímido y modesto. Aunque la amistad de ambos era la misma de otro tiempo, algo les separaba; un velo imperceptible primero, densamente opaco después, alejó sus almas. Y Arsenio observaba con curiosidad á Linares, como extrañado de la transformación lenta que advertía en el genio de su compañero, que de dulce y apacible habíase tornado áspero. Ya no era el mocetón cariñoso. Rodeado de fría reserva, no volvió á entregarse nunca á las sabrosas charlas de días mejores. Callado, meditabundo, pasaba el día laborando maquinalmente, comiendo apenas, deseando con ardor la noche, para precipitarse en casa de los Fernández. ¿Era que amaba más á Antoñita? ¡Quién sabe! Porque Antoñita tenía un color más pálido y una sonrisa más triste. En el fondo de sus ojos claros, cualquiera descubría la pena, una pena muy misteriosa y muy honda. ¿Entonces, la olvidaba? No, seguramente, porque si así fuese no le atraería tanto la escalera de peldaños resbaladizos que conducía á la vivienda perdida en la azotea.

Arsenio perdíase en conjeturas, desdeñando, por otra parte, saber la verdad.

Charlaron brevemente. El poeta rogó á su amigo que salvara del embargo próximo algunos libros y manuscritos. Era tiempo ya: los muebles, tan pobres, serían vendidos para saldar con pérdidas el adeudo de cuatro meses de alquiler que el propietario reclamaba. Y los amigos dijéronse adiós; Linares, turbado por la mirada burlona del otro, huyó rápidamente, mientras que éste se alejaba murmurando.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Pobre muchacho! No comprendía que era cruel al separarse así de un buen camarada, de un protector.

Ni la tristeza leve, ni la suave melancolía de la ausencia invadieron su alma, cuando, de pie ante la enorme puerta, luego de haber llamado brutalmente, escuchó los pasos del bohemio, que se perdía allá, á la vuelta de la esquina, no triste por la frialdad de su amigo, por su presura en marcharse, por sus palabras secas, sino irónicamente alegre, con esa alegría piadosa de los que sueñan y pretenden ver el mundo á través de la gasa tenue, sutil, del estoicismo.

Avanzó á obscuras en el patio. Por las rendijas de las puertas asomaban tennes rayitos de luz, y en el ambiente un tanto frío resonaban los cantos de las madres que dormían á sus niños, ruidos de vajilla removida, disputas veladas por los muros; todo ese murmullo de las casas pobres. En la vivienda del rincón, morada en otro tiempo de Clarita Ruiz, veíase en la penumbra del comedor abierto una sombra que se agitaba. De allí partía aquella canturria ronca, semejante á quejido, que hería los tímpanos de Linares:

Ya no volverá la ingrata...

Enfrente, la casa de los Gómez permanecía cerrada, sombría, como sumida en un abismo de somnolencia. No estaba allí, en la ventana, la enamorada de treinta años, esperando, atisbando la negrura del recinto en donde al cabo dibujábase la silueta del amante. ¿Para qué esperar?

Y aquellos recuerdos de cosas idas, aquel vaho de dolor y de tristeza que se esparcía en derredor, atormentaban el alma de Eugenio Linares. El también estaba triste, angustiado por una dualidad que le obsesionaba, robándole el reposo, la tranquilidad, el sueño. Por eso huyó, perdiéndose en las tenebrosidades de la escalera, sin percatarse de que tras del ventanuco del descansillo, dos ojos penetrantes, aleves, le seguían en su rápida ascensión. Al llegar á lo alto, al jirón de azotea iluminado por el pálido resplandor del farolillo, dos

brazos le estrecharon, al mismo tiempo que una risita cristalina, juguetona, le embriagaba, haciéndole suaves cosquillas en el pecho y en la barba. Aquel era el sitio de sus amores, el rinconcito escondido. El perfume que aspiraba era el de las rosas de Antoñita; el muro que se destacaba ante él, era de Antoñita también, porque evocaba el primer día de amor; el cielo, aquel cielo sin estrellas, opaco, traía á su mente, asimismo, el recuerdo gentil de la costurera. Todo lo que le rodeaba, todo lo que vivía en derredor de la vida muda de las cosas, hallábase impregnado del alma de ella. Sólo los brazos que le ceñían no eran los bracitos delgados, débiles, de niña, sino otros más mórbidos, más robustos.

Pero la inquietud que le poseía, el malestar que le impulsaba á mirar en torno con azoro, el remordimiento que ahogaba las palabras en su boca, desaparecieron bien pronto. Los brazos apretábanle con fuerza, estremecidos, y de los labios húmedos continuaba brotando la risa, con arrullos de fuente.

—¿Pero qué te pasa, Eugenio? Ni parece, que somos cuñados. Cuñaditos, ¿eh?...

Linares no respondía.

—Pones unos ojos de tonto, que me dan risa... ¡Ji, ji!

Y reía, con risa burlona, mitad amorosa, mitad punzante.

—Buen mozo, ¿no dices nada á tu hermana?

—Sí, Lena; tengo que decirte muchas cosas. ¡Ay, si pudiera decírtelas!...

—¿Cosas de amor?—preguntó con malicia—. ¡Cuidado, pícaro! Se enojaría Antoñita.

Diariamente se repetía la misma escena. La chiquilla le esperaba en el último peldaño, rebosante de juventud y de frescura, charlatana, mareándole con el vaivén de ideas que revoloteaban en su cabeza de gorrión. Lentamente la confianza entre ellos había ida estrechándose, apartándose de los límites que marca un afecto puramente fraternal. Seducido por la alegría pilla, por la gracia y donaire de la hermana de su novia, Linares cayó en una dualidad extraña.

Al principio las bromas y familiaridades de Lena le

complacieron. Experimentaba simplemente una simpatía profunda, avasalladora, por ella, pero sin que esta simpatía le desviara de su amor á la primogénita. Hasta hubo vez en que la presencia de la pequeña le disgustase, porque le impedía gozar de los momentos de charla á solas con Antoñita. Después, la figura de Lena, su carácter aturdido y bullicioso, penetraron en aquella pasión, convirtiéndose en algo necesario, de que no podría prescindirse sin aminorar las delicias de las veladas en el comedor ó en la salita. Entonces fué cuando la chiquilla y él se encontraron en la azotea, en la ya lejana noche en que Lena desdeñara el empleo que le ofreciera Mad. Bernard. Pero aquello no alteró la indiferencia de Linares hasta más tarde, cuando observó que la moza salía á bromear con él en la sombra, dos ó tres veces por semana.

¿Por qué semejante empeño de verle á solas, lejos de las miradas de los ojos azules? No lo comprendía. Limitábase á atribuirlo á la natural llaneza de la chiquilla, á su genio travieso y cándido. Mas no tardó en convencerse de ese error, cuando, una noche en que Antoñita les sorprendiera, sin mostrar, por cierto, asombro, Lena afirmó con serenidad que él acababa de entrar, no obstante que el palique había durado media hora larga. Mintió con tal frescura, que Eugenio hubo de titubear para sostener su aserto. Pero animado, fortalecido por aquella carita de niña grande, respondió sin inmutarse. ¡Oh! Todavía recordaba sus palabras, aquel «sí, llegué hace un instante». Y la inocencia de Antoñita le hacía daño, le laceraba, al propio tiempo que un temblorcillo ligero le estremecía, y en su cerebro revolvíanse mil ideas confusas, opuestas, que chocaban sin producir la chispa luminosa, la verdad.

La caída de Clara Ruiz produjo un inmenso abatimiento en Lena. Acostumbrada á la amistad, á los consejos, á las máximas, al calor de aquella criatura, de la cual era, en realidad, un plano de reflexión, vióse de pronto sola, abandonada en el camino que empezaba á recorrer, encerrada en aquel hogar burgués y pobre del que, moralmente, se había alejado hacía mucho tiempo.

Se la vió silenciosa, abstraída, como si un pensamiento misteriosamente oculto la encadenase al mutismo, verdadero suplicio para ella, tan riente y vivaracha. Pasaron los días. La nube que empañó la sonrisa de sus labios sensuales, disipóse lentamente, como la niebla que se desvanece á la caricia de los rayos del sol. Su temperamento ardoroso, rebosante de voluptuosidad, propicio á los extremos, inclinóse de la frialdad profunda hacia el macho que aparentaba, á la verdadera adoración. La intimidad de Eugenio se convirtió en recurso necesario á su vana existencia. Y sin darse cuenta, sus palabras, sus gestos, sus miradas, perdieron el encanto fraternal que tenían, adquiriendo, en cambio, un tinte amoroso.

Eugenio Linares experimentó la sensación tenue, apenas perceptible, de aquella conquista lenta, pausada. Amaba á Antoñita, sin duda. Todavía sentía por ella el cariño tierno, respetuoso, mezcla de admiración y de idealidad. Pero un formidable grito de su carne excitada empujábale hacia Lena. Eran dos sentimientos opuestos que le martirizaban, que le poseían. Y lo que su singular estado de alma tenía de más doloroso, era que la chiquilla nunca le habló de amor, y reía como en sus buenos años, cuando él quería arrancarle una confesión. ¡Nada! Ni una palabra, ni un signo revelador. Le besaba, le estrechaba, se unía á él con estremecimientos de abandono; pero rehacíase luego, riendo como una loca, llamándole cuñadito pillo, sin importarle un ardite su turbación y cansancio.

La víspera, en la sala, en el instante en que Antoñita les había vuelto la espalda, á fin de recoger unas telas caídas en la alfombra, Lena se había inclinado, mostrando á Linares las ilustraciones de una novela que leía. Los cabellos de ambos se entrelazaron, confundiéronse sus alientos, y el mozo, al tenerla tan cerca, tan deseable, la besó en los labios, con suavidad. Fué un beso callado, traidor, allí, tras de la hermana que laboraba; un beso que enloqueció al chico, y que le hizo cobrar valor para encararse con la muchacha. Al despedirse de Urízar, un sólo deseo le obsesionaba: el de sa-

berlo todo. Y ahora, al tenerla en sus brazos, riente, melosica, la sangre fría que pretendía guardar para el instante supremo de la explicación le abandonaba. Su timidez, su vacilación, reflejábanse en el rostro angustiado, pálido, que bañaba el fulgor mortecino del farolillo.

—¿Qué te pasa, cuñadito? No eres el mismo de ayer —decía, fijando en Eugenio una mirada profunda.

No respondía. Las palabras se ahogaban en su garganta y una embriaguez infinita se esparcía por sus venas, ofuscándole. En la piel experimentaba cosquilleos punzantes, como si la sangre embravecida golpeetease en su interior. Convulso, con el rostro enrojecido y los labios trémulos, la apretaba contra su pecho. Pretendía penetrar el secreto de aquellas pupilas obscuras, acariciadoras, en donde mil puntitos dorados chispeaban. Hubiera querido incrustarla en su cuerpo; aspirar hasta morirse el olor de carne joven que exhalaba; morderla hasta experimentar la sensación de las mejillas desgarradas por sus dientes; hundir su rostro en la cabellera negra y rizosa; robarle sus risas murmuradoras á flor de labio; hacerla suya, completamente suya, en un arranque de lujuria feroz. Pero su debilidad innata, la timidez que parecía acompañarle desde su nacimiento, le impedían saciarse, produciendo un oleaje brutal de encontrados anhelos, que estallaban con furia de mar tempestuoso en su pobre organismo enfermo. Y ansiaba huir, escapar del poderío tremendo de los bracitos rollizos, en la apariencia tan débiles; libertarse de la tiranía de los ojos húmedos; correr, lejos de ella. Pero una dolorosa impotencia, una fuerza desconocida, y sin embargo, latente, le retenía, le encadenaba.

Habíanse retirado á un rincón obscuro, amantes de la sombra, enemigos de la luz anémica del farol, que ahora fulguraba, allá en la entrada de la escalera. En lo alto esplendía la noche con el azul pálido de un cielo de estío, y el titilar imperceptible de las primeras estrellas. Los grillos entonaban su canto misterioso, monótono, que parecía evocar vagas serenatas en castillos fantásticos. Escuchábase el aleteo de las mariposas invisibles, negras mariposas que moran en los edificios vetustos. Y hasta el gotear de la fuente, allá en las profundidades del patio, tenía algo de triste, algo de la nostalgia de las cosas amadas.

Linares pensó que era aquel el marco que correspondía á sus amores infames; pero las palabras de protesta brotaron de sus labios convertidas en un beso acre, voluptuoso, prolongado, que estalló en la boca de la joven con el ardor de la fiebre.

De súbito, un resplandor argentado se esparció en el cielo, con lentitud, envolviendo á las estrellas en un vaho luminoso y transparente. Las hojas de los rosales susurraban. El farolillo agonizó, con su llama que parpadeaba; y los muros, las lejanas azoteas, las copas de los árboles que asomaban por encima de las altas paredes, adquirieron un tinte blanquecino, albo, destacándose del espacio.

Eugenio sintió que la chiquilla se escurría de entre sus brazos, deslizándose con encogimientos felinos, riendo, con su eterna risa burlona y pueril.

—Lena, ¿por qué te vas?

Con los cabellos en desorden, arrebolada la carita por el rubor, mostróle ella el cuadro luminoso que se dibujaba sobre el suelo negruzco.

—La luna... ¿Y qué importa?

Alzó la moza el rostro. Era la primera palabra rebelde que salía de boca del cuñado. Y la risa murió en sus labios al ver el semblante descompuesto, enrojecido, de Eugenio, en el cual adivinaba una angustia cruel, un deseo infinito.

—Ven, Lena, ven...—gemía con voz entrecortada y tan baja, que casi se perdía antes de llegar á oídos de ella.

Y avanzó, mientras que la chiquilla retrocedía, riendo de nuevo, esquivándose. Intentó cogerla con sus manos crispadas, y reprimió un grito de dolor al sentir que en sus brazos se clavaba el largo alfiler que brillaba entre los dedos rosados de Lena. Y aquel dolor, aquel castigo de su carne irritada, le enloqueció. Andaba de prisa, sin precaución alguna, siguiéndola.

—Lena, ven...

La perseguía, sin temor á los rayos níveos que le rodeaban, dibujando su silueta alargada y negra hasta el muro de la sala que se elevaba al fondo.

—Ven, Lena...—imploraba plantándose á su lado y retrocediendo al recibir otros pinchazos.

Al cabo se armó de valor. Del montón confuso de pensamientos que ensombrecían su cerebro, sobresalió uno, atrevido: el de estrecharla. Y adelantó con rapidez, reprimiendo una blasfemia. Pero de pronto se detuvo. La chiquilla le miraba con miedo, seria, lívida. Allí, tras del cristal, más allá de la hoja entreabierta, Antoñita cosía, de espaldas á ellos. Arrebujada en el raído chal azul, inclinada, luciendo á la luz de la vela el oro de sus cabellos, permanecía inmóvil. Adivinábase la fatiga de su cuerpecito endeble al verla alzar el rostro, como si una idea persistente la distrajera de su labor.

¿Miraba al cielo que resplandecía á través de la ventana? ¿Miraba al cisne de doradas alas que se erguía en la mesa, trayendo á su mente el melancólico recuerdo del pasado? ¡Quién sabe! Nada descubrió Linares. Por eso, al aparecer ante sus ojos la visión de los amores de antaño, volvióse hacia atrás, y conteniendo el sollozo que le desgarraba, huyó, perdiéndose luego en las tenebrosidades de la escalera, en lo alto de la cual brillaba el farolillo como ojo sangriento.

XI

En el espacio estallaron los primeros cohetes. Luminosas cascadas de oro pálido, de verde, de rojo, de lila, descendieron lentamente, balanceándose. Manchaban el cielo terso con salpicaduras sangrientas, semejando puñados de piedras preciosas lanzadas al vacío. A veces las lucecillas convertíanse en cabelleras inmensas, desmadejadas, que surcaban el firmamento retorciéndose, hasta confundirse y caer transformadas en lluvia de chispas. Después poblábase el azul de un florecimiento extraño. Millares de flores exóticas, multicolores, se esparramaban en todas direcciones, haciendo pensar en una primavera fantástica del cielo, desvaneciéndose al fin en el ambiente incendiado, radioso. Persistente rumor alzábase de la ciudad, huyendo en alas del airecillo fresco y húmedo. Eran gritos confusos, cantos lejanos, estallidos de bombas, gimotear de organillos, ahogadas conversaciones de muchedumbres invisibles, que pisoteaban el arroyo, entregadas al furor de la fiesta nacional.

En la puerta del comedor, Antoñita veía y oía todo aquello con gesto triste, á pesar de su sonrisa. Vestida con su trajecillo de casa, modesto, coquetón, aunque algo raído, movía la cabeza negativamente al escuchar las súplicas de Lena, que, deslumbradora de gracia, al lado de Eugenio Linares, le rogaba con muecas de niña inocente.

—Anda, anímate... Mira que encerrarse en casa el 15 de Septiembre, á nadie se le ocurre.

El mozo, bien trajeado, ostentando en el ojal un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Lena, ven...

La perseguía, sin temor á los rayos níveos que le rodeaban, dibujando su silueta alargada y negra hasta el muro de la sala que se elevaba al fondo.

—Ven, Lena...—imploraba plantándose á su lado y retrocediendo al recibir otros pinchazos.

Al cabo se armó de valor. Del montón confuso de pensamientos que ensombrecían su cerebro, sobresalió uno, atrevido: el de estrecharla. Y adelantó con rapidez, reprimiendo una blasfemia. Pero de pronto se detuvo. La chiquilla le miraba con miedo, seria, lívida. Allí, tras del cristal, más allá de la hoja entreabierta, Antoñita cosía, de espaldas á ellos. Arrebujada en el raído chal azul, inclinada, luciendo á la luz de la vela el oro de sus cabellos, permanecía inmóvil. Adivinábase la fatiga de su cuerpecito endeble al verla alzar el rostro, como si una idea persistente la distrajera de su labor.

¿Miraba al cielo que resplandecía á través de la ventana? ¿Miraba al cisne de doradas alas que se erguía en la mesa, trayendo á su mente el melancólico recuerdo del pasado? ¡Quién sabe! Nada descubrió Linares. Por eso, al aparecer ante sus ojos la visión de los amores de antaño, volvióse hacia atrás, y conteniendo el sollozo que le desgarraba, huyó, perdiéndose luego en las tenebrosidades de la escalera, en lo alto de la cual brillaba el farolillo como ojo sangriento.

XI

En el espacio estallaron los primeros cohetes. Luminosas cascadas de oro pálido, de verde, de rojo, de lila, descendieron lentamente, balanceándose. Manchaban el cielo terso con salpicaduras sangrientas, semejando puñados de piedras preciosas lanzadas al vacío. A veces las lucecillas convertíanse en cabelleras inmensas, desmadejadas, que surcaban el firmamento retorciéndose, hasta confundirse y caer transformadas en lluvia de chispas. Después poblábase el azul de un florecimiento extraño. Millares de flores exóticas, multicolores, se esparramaban en todas direcciones, haciendo pensar en una primavera fantástica del cielo, desvaneciéndose al fin en el ambiente incendiado, radioso. Persistente rumor alzábase de la ciudad, huyendo en alas del airecillo fresco y húmedo. Eran gritos confusos, cantos lejanos, estallidos de bombas, gimotear de organillos, ahogadas conversaciones de muchedumbres invisibles, que pisoteaban el arroyo, entregadas al furor de la fiesta nacional.

En la puerta del comedor, Antoñita veía y oía todo aquello con gesto triste, á pesar de su sonrisa. Vestida con su trajecillo de casa, modesto, coquetón, aunque algo raído, movía la cabeza negativamente al escuchar las súplicas de Lena, que, deslumbradora de gracia, al lado de Eugenio Linares, le rogaba con muecas de niña inocente.

—Anda, anímate... Mira que encerrarse en casa el 15 de Septiembre, á nadie se le ocurre.

El mozo, bien trajeado, ostentando en el ojal un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

clavel rojo, que allí pusieran las manecitas suaves de su novia, apoyaba á la chiquilla. ¡Qué demonio! Debería acompañarles. El cura Hidalgo merecía la atención de las muchachas bonitas. Además, el patriotismo... Pero esto lo decía con vaga indecisión, sin ternura, dejando entrever el oculto deseo de que Antoñita no fuera con ellos.

Había tornado á la casa después de algunos días de ausencia, de lucha cruel consigo mismo. Tuvo el propósito de no volver nunca; pero si las lágrimas de Antoñita no lograron revocar decisión tal, bastó un guiño descocado de Lena para volverle al redil. En la dualidad que le hostigaba, era ese su sino: ser vencido siempre por la chiquilla, jamás por la otra. Tan grande era el poderío que la pequeña hubo de adquirir sobre él, que, resignado al fin, consintió en someterse á lo que llamaba «amores mudos», sin abandonar por eso sus relaciones con la rubita, lo cual le producía una inquietud eterna, indomable. Los vecinos, especialmente doña Manuela, torcían el gesto al mirarle con el rabillo del ojo, por las mañanas, cuando salía del cuarto, camino de la notaría. En efecto, no rebosaba salud el pobre: pálido, ojeroso, desencajado, marchaba con el rostro bajo, la mirada mortecina á ratos, á ratos avivada, cual si una preocupación le royera las entrañas. En la vivienda de su novia, más de alguno hizo observaciones semejantes. Estéfana veíale con desconfianza desde que sorprendiera lágrimas en los ojos de la predilecta; doña Pepa, que de vuelta de la Santa Veracruz le había encontrado el día antes de palique con las niñas en el comedor, preguntóle si estaba enfermo. Sólo Antoñita, alejándose de su tranquilidad habitual, pretendía acallar la tristeza del chico á fuerza de mimos y caricias, seguida por las miradas de la chiquilla, sonreidoras é irónicas.

Linares se había tornado agrio de carácter, silencioso, casi hosco. Ni la amabilidad exagerada de la modista era capaz de calmarle. Unicamente Lena, que continuaba tan risueña y dicharachera como antes, conseguía hacerle reir con alguna broma ó mediante ciertas familiaridades nada raras. Justamente ella fué quien propuso la víspera que los tres se marcharan de paseo esa noche. Había visto los preparativos: los escudos y banderas de vivos colores alineados en postes á lo largo de Plateros; los hilillos de focos multicolores tendidos de esquina á esquina; las iluminaciones del Palacio Nacional y la Catedral; todo el lujo desplegado con anticipación, á fin de celebrar el aniversario de la Independencia. Saltaba de gozo al pensar en la fiesta; sus labios gruesos, de encantadora sensualidad, prodigaban sonrisas á Eugenio, que se ofreció gustoso á llevarlas. Y ni los canarios enjaulados en el marco de la ventana, ni la llovizna que por la mañana golpeteara en los cristales, ni la máquina de coser que desde el alba arrullara la sala con el traqueteo de la rueda, metieron más ruido que ella, que iba de acá para allá como un gozquecillo vivaracho y nervioso, atendiendo á la gruñona cocinera y á la hermanita complaciente. La verdad era que la pobre Lena se fastidiaba. Ni las novelas alquiladas á montones, ni el sueño, ni las reyertas con la fregona, podían sustituir á Clarita. La ausencia dolorosa de la amiga; sus triunfos mundanos, que llegaban hasta ella como débiles rachas, sumíanla en un tedio atroz, somnolento, intolerable. ¿Y qué mejor ocasión de solaz y esparcimiento que la que ahora se ofrecía? Con doña Pepa no había que contar; sobrado perezosa hubo de volverse desde que se encerró en el templo. En cuanto á Alberto, ni siquiera valía la pena de avisarle. ¡Bonito papel harían dos señoritas decentes con tan redomado pillo! Por lo tanto, sólo quedadan para la fiesta ella, Antoñita y Eugenio.

Se dispuso á engalanarse tan pronto como los primeros rayos del sol la despertaron. Bañóse; su pelo lacio sufrió las torturas de candentes tenacillas; el vestido azul, el predilecto, fué sacado del armario; las botitas nuevas aguardaban en el fondo de la caja de cartón el instante anhelado de recibir el tesoro de los pies breves. Trafagueó como nunca, azuzando á Antoñita, indignándose al verla sentada á la máquina, cosiendo, tan tranquila. ¡La holgazana! ¿No sabía que esa noche estaba obligada á aparecer bella á los ojos del novio? ¡Qué ca-

ramba! Preciso era dejar las modas ajenas y ocuparse de las propias.

Y la mayor asentía á todo, murmurando:

—Tiempo sobra para terminar esto. No te agites...

Pero ¡ay! el tiempo huyó, despiadado, cruel, sin importársele las horas de alegría que esperaban á la muchacha condenada á las torturas de la aguja. Pasó la mañana con sus jirones de cielo nubosos á veces, á veces envueltos en la luz acariciadora del sol; pasó el mediodía, la comida frugal, hecha de prisa, sin apetito, con el deseo de acabar, de acabar pronto las confecciones de las ricas faldas, de los refajos murmuradores, de los escotes llenos de encajes. La lluvia cesó á las cuatro. Aun había claridad á raudales en el «taller», y Antoñita sonreía confiada al contemplar el astro inmenso, todavía muy alto, todavía muy lejos del poniente. Y le sorprendió el crepúsculo afanada, alimentando la esperanza de concluir la tarea, imponiéndose un trabajo rudo, superior á sus fuerzas, bien flacas por cierto en aquel cuerpecito endeble. Cuando el ocaso se arrebolaba, ostentando matices dorados, suaves coloraciones de ópalo, florecimientos de nimbos blanquísimos, Antoñita se puso triste. El sol se había hundido ya. Las hojas de los tiestos mecíanse al soplo del remusgo del atardecer. En el cielo erraban resplandores inciertos. Y á la alegría de la tarde llena de luz, sucedía la penumbra saturada de melancolía, de una melancolía desconsoladora, idéntica á la que ensombrecía ya su alma de mujercita laboriosa que sólo mira el regocijo á través del velo torturador de las grandes fatigas. ¡Ah! no ir, quedarse allí, sola, encerrada, laborando, laborando siempre... Quedarse allí, lejos de él, que, entretanto, se divertía y apuraba hasta las heces las delicias de la fiesta. Era amargo. Y la aguja cayó de sus dedos, sobre la tela. ¿Para qué atarearse más? Echada sobre el respaldo de la silla, dejaba vagar la mirada por las lontananzas obscurecidas, cuando entró la chiquilla.

¡Cómo! ¿No se aprestaba aún á vestirse? Era tarde ya; habían sonado las seis y media.

Antoñita movió la cabeza tristemente. Y no dijo nada. ¿Para qué? La mueca de su semblante lo decía todo: nunca es tarde para los pobres, para los que sufren y lloran. Tarde es para los poderosos, para las damas que al siguiente día, por la noche, ostentarían los trajes que le robaban el descanso, el reposo y hasta los ratos de dicha que se esfumaban en el horizonte de su vida, disipándose luego, eternamente engañadores.

Lena lloró. Su dolor ruidoso ocultaba en el fondo sorda rabia. ¡Cómo! ¿Ahora que estaba dispuesta para el paseo, ahora que era dichosa sólo con pensar que por algunas horas saldría de aquella horrible casa en donde se hastiaba, iba á quedarse? Mustia, con la morena carita mojada en lágrimas, se había dejado caer sobre el sofá. ¡Oh! no; su existencia era insoportable.

La hermana mayor se levantó, riendo, y sentóse á su lado.

—Pero niña, ¿quién te ha dicho que no irás? ¡Vaya con el genio que tienes!

Lena se encogió de hombros, haciendo un pucherito de mozuela mimada. Antoñita reía, reía, con risa cristalina, pura. ¡No faltaba más! Iría, sí señor, iría, que para eso estaba en sus diez y ocho, para divertirse, para gozar honestamente, que no para deslomarse en el trabajo, privándose de sanos recreos. Y esto lo decía la pobre con el rostro iluminado por una sonrisa de ternura, más suave que las oleadas de claridad crepuscular que la rodeaban, sin acordarse de que ella también era joven y tenía veinte años.

Pero Lena vaciló. Titubeaba, como si alguna idea la hubiese herido de súbito. No; no iría sola.

Antoñita estuvo á punto de enojarse. ¿Por qué tal capricho? ¿Acaso Eugenio no era un caballero? Como hombre honrado, podía llevarla á todas partes. Y al hablar, no observó que en el rostro de la pequeña retozaba un gesto de pilluelo, que en vano pretendía dominar.

Al cabo, Lena se decidió. Turbada, temerosa de que una negativa infundiera sospechas, y anhelando al propio tiempo experimentar la alegría de la fiesta, dijo que sí, abrazándose á Antoñita, llamándola «mamá» en una explosión de halagos y de besos.

—Vamos, monina, haz un esfuerzo, ven con nosotros—decía ahora, á punto ya de marcharse, fresca y atemorizada bajo las blondas vaporosas de su vestido azul.

Y Eugenio continuaba apoyándola, pero con menos calor, como si adivinase en los ojos de su novia el deseo de ceder. Se equivocó, porque ésta seguía diciendo que no, despidiéndoles amable, sin revelar descontento, prestando atención al lejano rumor de holgorio y á los cohetes que tronaban en lo alto.

Estaba muy bonita con su falda gris y sencilla, su blusa blanca y el negro listón ceñido al cuello que hacia resaltar la palidez de su cara enfermiza. En aquel instante, Linares sintió que una ternura inmensa brotaba de lo hondo de su ser; que una admiración religiosa hacia la bondad de la muchacha le invadía, y á punto estuvo de empujarla hacia afuera, dulcemente, obligándola á que les acompañase. Pero en aquel instante miró con el rabillo del ojo á la otra, tan robusta, tan coqueta, tan deseable en medio de su lujo burgués, de sus encajes que exhalaban un aroma embriagador de heliotropo, y dijo:

—Puesto que no quiere, vámonos, Lena...

Y partieron, cogidos del brazo, riendo, bromeando, haciendo resonar con sus tacones los peldaños mugrientos de la escalera, sin percatarse del encuentro que tuvieron con doña Manuela, en el ventanuco donde *Matasiete* dormitaba. Cuando atravesaron el patio, Eugenio volvió el rostro instintivamente. Allá estaba ella, apoyada de codos en el pretil, inmóvil en la penumbra, confundida casi con los rosales que dibujaban la masa confusa de su follaje. Y el mancebo experimentó súbita tristeza, un vago remordimiento que le escarabajeaba el alma. Pero siguió adelante, con paso rápido, aturdiéndose con la charla juguetona de Lena, que le oprimía el brazo, lanzando chilliditos débiles cuando sus botas nuevas se ensuciaban en los charcos.

Antoñita les vió perderse en el agujero negro del zaguán. Mas no se retiró de allí luego. Continuaba sin moverse, sin sentir el frío del muro que se comunicaba

á sus miembros. El regocijo que poco antes la invadiera, habíase desvanecido: una amargura inexplicable la poseía, la obsesionaba. Se iban los dos... Y sin darse cuenta, este pensamiento hubo de entristecerla.

A sus espaldas, los rosales florecían, esparciendo en el ambiente húmedo suaves fragancias. A lo lejos, el murmullo seguía resonando, ensordecedor, callado á intervalos, turbulento después, como si la llamase á participar de la dicha. Titilaban las estrellas. Del patio, solitario y obscuro, no ascendía el más leve rumor: todos se habían marchado, con los trapitos de cristianar, á olvidarse por un instante de las miserias y fatigas. Sólo ella permanecía allí, silenciosa, pensativa, con los ricillos de su cabellera de oro agitados por la brisa, ignorando el misterio cruel de sacrificio que para ella encerraba la vida.

Sonaron las diez en un reloj lejano. El farolillo de la portería apagóse, y en el caserón resonó el chirrido de los goznes de la enorme puerta que se cerraba.

Antoñita se pasó las manos por el rostro, como para disipar una pesadilla borrosa. Fijó su atención en un puntito brillante que se elevaba en la atmósfera, y que estalló en lo alto, salpicando el cielo de manchas sangrientas. Miró cómo se desvanecían en el azul... El primer día de su amor, cuando abandonaba las manos á su novio, mirando al cielo, había visto también otra lluvia luminosa como aquélla, sólo que no era roja, no, sino multicolor, henchida de promesas y de esperanzas.

Entró en las habitaciones con andar lento. Era presa de un desasosiego, de una angustia profunda, como si con esa percepción maravillosa de la mujer para adivinar el futuro, presintiera algo vago, un peligro amenazador y terrible.

Lena y Eugenio, cogidos del brazo, corrían apresurados. La impaciencia les devoraba: querían llegar cuanto antes al centro del bullicio. Respirábase en las calles un ambiente de regocijo desusado. Por los paseos de la Alameda deslizábanse muchedumbres heterogéneas, que se dirigían al Zócalo, el cual se adivinaba á lo lejos por

el inmenso vaho de luz que incendiaba el cielo. Familias numerosas de obreros rozaban el vestidito azul de la chiquilla, que miraba airada al padre de rostro brutalmente alegre, que, abrazado de la cintura de la mujer, á la cual cubría con el propio jorongo, gritaba á los hijos, muchachos traviesos que correteaban por la orilla de los prados, que no se alejasen. Junto á la fuente central, un matrimonio provinciano parecía alelado, perdido en el vaivén. Ella, muchacha robusta, de grueso talle, enfundada en el estrecho traje color de rosa, con una mascada al cuello y sombrerillo verde, veía con timidez á los transeuntes, mostrando los guantes que aprimían sus manos. El, campesinote bonachón y panzudo, que lucía vestimenta de charro, masculiaba la colilla de un puro, bajando los ojos ante las miradas curiosas. Más allá, en la Avenida Juárez, bajo los arbolillos refrescados por la lluvia, las parejas guapas abundaban. Y la chiquilla sentía un placer intenso al observar que las señoritas la examinaban, cuchicheando al oído de sus compañeras, volviendo el rostro con insistencia. ¡Ah! por algo amaba ella su vestido azul. No pudo, sin embargo, continuar en sus reflexiones vanidosas de modas. Ella y Eugenio se detuvieron deslumbrados ante el espectáculo que ofrecía la gran avenida.

Desde el puente de San Francisco hasta Plateros, extendíase un ascua luminosa, resplandeciente. Millares de foquillos eléctricos formaban caprichosos arabescos sobre las fachadas, esparciendo viva claridad. Los había verdes, semejantes á luciérnagas; rojos como granates; azules, tan pequeñitos, que se les creyera miosotis; amarillos, de un amarillo pálido, enfermo, que agonizaba en el ambiente surcado de ráfagas de claridad policroma. En el centro de la calle, inmóviles, los grandes focos de arco esparramaban su luz blanca, destacándose como astros. Sobre los postes, sobre los balcones, en lo alto, ondeaban banderas. Canastillas de rosas mustias, á medio marchitar, veíanse de trecho en trecho, bajo trofeos y escudos alineados á lo largo de la calle. Y una cascada de flores, una invasión de pétalos y de hojas, cubría las paredes, haciendo pensar en la devastación de las huertas. Frescas guirnaldas, rústicas colgaduras de heno, que mecía blandamente el aire, pendían de los alambres tendidos de esquina á esquina. El cielo, á pesar de su tinte azul, aparecía somo enorme franja negra que cubría aquel lujo de color, que allá á lo lejos, en el término de la calle, transformábase en incendio brillante.

La chiquilla reía. ¡Qué hermoso era todo aquello! Creía soñar, deleitarse en la contemplación de una morada maravillosa de hadas. Oprimiendo el brazo delgaducho de Linares, avanzaba pausadamente, confundida entre la muchedumbre que henchía las aceras y el arroyo.

Bajo el resplandor intenso, tornábase misterioso el bullir de las masas. La gente se apretaba, sudorosa, fatigada. Pero eran muchas las caras sonrientes: caras bonachonas de burgueses que se prometían una noche de holgorio; caras jóvenes, arreboladas por el calor de la embriaguez; caras infantiles, de labios frescos, de ojos vivos que se cerraban ante la profusa luz. El murmullo que ascendía era entrecortado á veces por gritos de júbilo, por las exclamaciones de las turbas vociferadoradas de muchachos que ya comenzaban á recorrer la calle, al son de los toques estridentes de las cornetas de barro y del redoblar de improvisados tambores: botes de hojalata y cajas de cartón.

A la puerta del Jockey Club, señorones enfundados en airosas levitas, ostentando el sombrero de copa y el plastrón novísimo, contemplaban el desfile, dirigiendo frases á los mozos barbilindos que les acompañaban, los cuales, haciendo muecas de fastidio bajo la ancha ala de su jipijapa, afirmaban tener náuseas. Era un oprobio que la chusma aquella fuese á envilecer la atmósfera del bulevar con su olor de miseria; horrorizaba, en verdad, que mujerzuelas de la peor catadura, de vientres hinchados por la maternidad, se codearan con las damas distinguidas.

Lena, sin pensarlo, participaba de las mismas ideas. Sentía repugnancia al verse encerrada entre la muchedumbre. Y si reía, era para burlarse á más y mejor de

los modales groseros de los pobres. No; ella tendía á lo alto, á lo *chic*. Por eso la seducían las pastelerías y los restaurants caros. Agitábase allí la flor y nata de la aristocracia mexicana: chicas ataviadas lujosamente, de rostros pálidos y nerviosos; galanes enamorados de las *poses* sutiles, que se inclinaban cuchicheando, en torno á las mesitas cuajadas de cristalería valiosa. De buena gana hubiera entrado; pero sabedora de los escasos recursos del pobrete de su cuñado, ni siquiera se atrevió á insinuar su deseo. Contentábase con detenerse junto á los escaparates, resistiendo la marea humana que pretendía arrollarles. Placíale clavar los rientes ojillos en los interiores lujosos, de blancas paredes, de ricos artesonados. ¡Qué algarada reinaba allí! Las dependientas, coquetonas y sonreídoras, luciendo delantales llenos de encajes, iban y venían; rondaban en torno de los parroquianos, como abejas; metían las manos blanquísimas en los frascos de bombones; envolvían los pasteles en paquetes, atando éstos con delicadeza, y poniendo encima de ellos, traidoramente, un ramillete de violetas, cuyo aroma creía ella aspirar desde afuera.

Eugenio Linares, de pie á espaldas de la chiquilla, inclinado, miraba los ricillos que temblequeaban en su nuca. No eran tan finos como los de Antoñita; pero, en cambio, tenían tales rebeldías, tal encanto, que le atraían. Aspiraba las emanaciones del cuello moreno, encerrado en la boa blanca; embriagábase al sentir el calor del cuerpecito voluptuoso contra el cual le empujaba el gentío. Sus sensaciones, más suaves que las de la última noche de charla en la azotea, eran, sin embargo, lo suficiente fuertemente para aprisionarle. Envolvíala en las oleadas tibias de su aliento, sin percatarse de que no reía ya, de que miraba el espectáculo de la pastelería con una atención semejante á la tristeza. Se encontraron sus miradas, y Linares advirtió el secreto del mutismo de Lena. En su mente fulguró una idea infantil. ¿Si la conquistase haciéndole gozar del boato de allí dentro?

No vaciló un instante. Guardaba en la cartera un billete de diez duros, destinado á pagar el alquiler del

cuarto. ¡Qué demonio! Justo le parecía derrocharlo como príncipe. Alguna vez se han de dar gusto los hombres honrados. Y oprimiendo cariñosamente el brazo de Lena, murmuró á su oído, con voz juguetona, en la que se podía advertir leve temblor:

—¿Quieres?

La moza hizo un mohín negativo.

—¡Pillo! Y me lo propones como si tuvieras los bolsillos repletos.

—Anda, vamos...

—No, señorito. Seguiremos nuestro camino como pobres.

—Lena...

—Nada, nada de ruegos.

Continuaba diciendo que no con la cabeza. Respondía á las insinuaciones de Linares con palabras inquebrantables, hijas, en la apariencia, de la más firme decisión. Mas no se movía; sus ojos pícaros, sus gruesos labios, su gesto encantador de chiquilla candorosa y ligera, la contradecían. Aquella mirada, aquella sonrisa, aquella mueca, pronunciaban un «sí» mudo. Al cabo, una risa de ambos les delató. Los dos querían entrar; franqueza por franqueza. Y la chiquilla, estrechando amorosa el brazo de su compañero, deleitóse al oír el taconeo de sus botitas nuevas sobre el terso mosaico.

Tamizábase la luz á través de los globos de cristal opalino, derramando leve fulgor, de una claridad opaca, que daba á los rostros cierta traza aristocrática. Lena sentíase á sus anchas. Arrellanada en el asiento de felpa roja, apenas si se dignó responder á Linares, que desplegaba desde momentos antes una locuacidad extraordinaria, con vanidad de ser él quien satisfacía un capricho de la muchacha. Pero ésta maldito el caso que le hacía, solazándose en levantar los visillos de seda y mirar, tras de los cristales, la avenida rebosante, ensordecida por el vaivén eterno. Experimentaba secreto placer al verse en aquel sitio, frecuentado tan sólo por ricos. Y en un rinconcillo de su cerebro alentaba un anhelo, un anhelo rabioso, más grande aún que el inspirado por los helados y pastas que acababan de colocar

sobre el mármol de la mesa; un anhelo que se advertía en el brillo de sus ojos... ¿Si pasaran por la acera algunas gentes conocidas? ¡Buena sorpresa les causaría! Mentalmente hacía la lista de sus amigas. ¡Eran tan pocas! Mas lo que le infundía loco regocijo, era reflexionar que acaso se les ocurriese á las cursis de la vecindad darse una vueltecita por aquellos parajes.

—Lena—dijo Eugenio—, comencemos...

Ella se volvió, radiante. Doña Manuela la había visto. Envuelta en su chal rameado, debió de quedarse atónita al descubrirla. Y alegre, risueña á causa de su triunfo, la moza hundió con suavidad en el helado de vainilla que tenía delante la cuchara argentada. Desbordóse entonces en insubstancial charla, riendo de todo, á fin de lucir sus dientecillos graciosos. El mocetón estaba cual unas pascuas; nunca como aquel día se mostraba la chiquilla de tal suerte amable y coqueta. Llamábale en diminutivo, le daba los calificativos más cariñosos, y no contenta con eso, atrevíase á prodigarle palmaditas en las manos, ante los ojos indiferentes de los que ocupaban las mesas cercanas.

Tras los helados y pasteles vinieron los *cock-tails*, las sodas, los dulces. Hasta pidieron dos chocolates, á pesar de la sonrisa burlona de la dependienta. Si tenían apetito, ¿por qué no saciarlo, vamos á ver? Experimentaban singular glotonería al hallarse tan cerca de manjares raros y exquisitos. Cuando, ahitos ya, se reclinaban sobre el mullido respaldo del asiento, ella, entornando los ojos, murmuró:

—Cualquiera diría, al vernos, que somos novios.

Dijo estas palabras en voz baja, con extraño acento, insinuando la burla. Linares, al escucharlas, se ruborizó, sin comprender. Pero no hubo de alargarse demasiado su confusión, porque la moza, seguidamente, dejó escapar una risita perlada.

—Novios, ¿eh? ¿Qué te parece? No haríamos mala pareja, ¿verdad? Pero ¡ay! cuñadito de mi alma; conociste á Antoñita, y Antoñita...

Terminó la frase con un gesto expresivo.

De la calle ascendía confuso clamoreo de voces, de

carcajadas, de gritos. En medio del resplandor intenso alzábase dorado polvillo, que parecía emanar de las flores, bañadas de luz. Linares consultó el reloj. Eran las once menos cuarto. Apenas tendrían tiempo de llegar al Zócalo á la hora del «grito».

Se encontraron de nuevo en la acera. Una atmósfera pesada, caliginosa, acre, les envolvía. El perfume de las flores marchitas y del follaje seco; el olor de la multitud amontonada, poseída del vértigo del entusiasmo; el fino polvo que se desprendía del suelo, elevándose en vaporosas nubecillas, saturaba el ambiente, tornándolo asfixiante. Ahora la multitud huía calle arriba, espoleada por el ansia de verlo todo, de engrosar las ya apretadas filas de espectadores que desde horas antes esperaban en la plaza que se extiende desde el Palacio Nacional á Mercaderes y de la Diputación á la Catedral. Chusmas de pilluelos de rostro ennegrecido y voz ronca, corrían despavoridas, ondeando banderas de papel y ensordeciendo la calle con la eterna tocata de sus cornetas. Lena, al verles, se estremecía de miedo. Aquellos chicos se le figuraban pequeños salvajes por su catadura, y grandes pícaros por las atrocidades que decían.

Abriéndose paso con los codos, lograron llegar á la esquina de Mercaderes. Allí, ante el espectáculo que se ofrecía á sus ojos, Lena no pudo contener una exclamación de asombro.

Enfrente, el Palacio Nacional esplendía nimbado por el resplandor de los focos de luz, que serpeaban á lo largo de los muros, retorciéndose, semejantes á una serpiente enorme. A la derecha, la Catedral, pesada, aplastada por sus torres, recortaba en el cielo obscuro su silueta fantástica. Trepaban las luces por los cornisamentos; seguían los arquitectónicos detalles, cubriendo los muros negruzcos con un encaje de mil colores, que se alargaba hasta las cruces, perdido casi en la altura. A la izquierda, los portales de la Diputación, pequeñitos, casi minúsculos ante la grandiosidad del templo, veíanse surcados por haces luminosos. En el centro, los árboles, de cuyas ramas colgaban farolillos venecianos,

se mecían al soplo del viento, y en el kiosco, una banda militar ejecutaba en ese instante un aire popular.

Eugenio Linares, ahogado entre la gente que le rodeaba, sentía la tibieza del cuerpo de Lena. La chiquilla, colocada delante de él, reía de su mutismo, sin pensar que cada una de sus risas, que cada uno de sus estremecimientos, producían en el mozo una sensación de intenso deseo.

De súbito hubo de alzarse de la multitud un clamor inmenso, que hizo agonizar las campanadas de los relojes, que marcaban las once. En el campanario de la Catedral sonaron los primeros repiques, secundados luego por las iglesias cercanas. Un haz de cohetes surcó el espacio. Acreció el vocerío, antes confuso, con furores de tormenta, ensordecedor, potente. Era el «grito», la evocación del episodio de Dolores, hecha por el presidente de la República, que de pie en el balcón central de Palacio, hacía vibrar la campana histórica con la que Hidalgo llamó á los sencillos campesinos de su curato para lanzarse á la conquista de la libertad.

A veces sobresalían de la gritería algunas notas del Himno Nacional, á las que seguían explosiones de entusiasmo, en tanto que las campanas esparcían sus roncas voces en el ambiente caldeado, saturado de humo y de luz.

Cuando cesó el tumulto, las multitudes empezaron á desfilar, atropellándose. Corrían desbandadas á lo largo de la calle de Plateros, empuñando botellas y banderas, vociferando, aullando, semejantes á turbas de energúmenos. Cubiertas de harapos, allá iban, enardecidas por la fiebre patriótica, las mujeres con los chiquillos en brazos, los hombres envueltos en rojos jorongos, la granujería con las ropas desgarradas. Por la plaza abandonada discurrían los paseantes, deteniéndose ante los puestos de golosinas, alumbrados por primitivos mecheros, que humeaban. Las vendedoras, grasientas, con los cabellos pegados á la frente por el sudor, despachaban frituras y guisos del país con gran contentamiento de los glotones. Las horchateras, luciendo el blanco delantal, remangadas hasta los codos, hundían los rollizos brazos en el agua de las ollas de oloroso barro. Una de ellas, pequeñita, carirredonda, la color morena, guiñaba los ojos sonriendo á un mocetón decidor y bromista.

Lena estaba contenta: lo revelaba el fosforeo de sus pupilas obscuras, el borbotear de su charla, que deleitaba á Linares, el cual hubo de disfrazar su deseo irresistible con muestras de galantería exquisita. Acordábase ella de su hermana. ¡Pobre Antoñita! ¿Qué pensaría allá en la soledad del cuarto, entregada al trabajo? Para consolarla guardaba los bombones que Eugenio comprara en la pastelería. Y se conmovía, llamándola madrecita, y murmurando al oído de él:

—Quiérela mucho... Quiérela mucho...

Aquella frase, en los rojos labios que incitaban al beso, avivaban más el ardor de Eugenio Linares, produciéndole un escozor de voluptuosidad. Las horas de la noche pasaban al lado de ella; el andar lento á lo largo de las calles saturadas de olor de humanidad, de claridad incierta á pesar de su brillantez, de aromas embriagantes, de pétalos marchitos; la peregrinación deliciosa y difícil á través de las multitudes que se amontonaban; el roce sutil, casi imperceptible, con el cuerpo divinamente ampuloso de la chiquilla; el brazo de ella, redondo, mórbido, que le apretaba; sus bromas rebosantes de malicia infantil; sus miradas acariciadoras como el raso; sus movimientos rítmicos, pausados, de virgen ansiosa de amor; todas las mil impresiones de matices tan diversos que le hiciera experimentar, acrecentaron su pasión dormida desde días antes, su deseo infinito, tanto más poderoso cuanto que se encerraba en la cárcel de su timidez, de su carácter débil incapaz de lucha, impotente para trabar el duelo de la carne. Lo olvidó toda: sus resabios de enamorado fiel; sus promesas de un amor casto y eterno á la otra; el respeto merecido á la que en el futuro sería su hermana. Sólo le dominaba un anhelo abrumador, indestructible, que echó raíces en lo profundo de sus entrañas: el de hacerla suya, el de poseerla inmediatamente, sin reticencias, sin hipocresías, sin temores. Y se acordó de su última noche en la azotea sumida en la penumbra,

cuando el farolillo parecía mirarle, inquieto. Entonces fué presa de la ceguera bestial, del hambre de concupiscencia; se abalanzó como fiera, sin pensar, sin reflexionar en nada, y si no consumó el acto, fué porque la visión adorable de Antoñita reaccionó en sus nervios, revolucionándolos, haciéndolos perder, en medio de su tensión loca, el equilibrio que poseían, el fin á que le encaminaban en aquella batalla sin obstáculos. Ahora, por el contrario, razonaba como un calculador seguro del éxito; no embestía cual animal ansioso de satisfacer sus apetitos, sino que esperaba, esperaba confiado á la fuerza que adquiriera en pasados lances.

Erraban al azar por los alrededores del Zócalo, pisando distraídos sobre el barro amontonado allí por la lluvia de la tarde. Lena parecía cansada; apoyábase con fuerza en el brazo de él, y en su semblante se insinuaba un gesto de hastío. Y murmuró al cabo de un instante:

—¿Quieres que nos vayamos, Eugenio?

—Como gustes... Pero ¡es tan pronto!... Si no te has fastidiado, me alegraría que paseáramos más.

—Cuñado de mi alma, ¡qué pesado eres!

—¡Y qué mona tú, chiquilla!

Iban á sentarse ee una banca de hierro, á la sombra de raquítico arbolillo, cuando escucharon un estremecimiento rumoroso de las hojas. Linares miró al cielo, y observó el caer de menudas gotitas. Llovía. Las ramas, acariciadas por la llovizna, susurraban, adquiriendo un matiz brillante, que hacía resaltar el obscuro verdor. Sobre el asfalto humedecido, semejante á un espejo, los focos eléctricos proyectaban manchas luminosas, semejantes á trozos de cristal opalino. Chisporroteaban las luminarias de los puestos; un olorcillo fresco de tierra mojada impregnaba los prados; más allá dibujábanse las siluetas de las mujeres que corrían, con las faldas hasta la rodilla, en tanto que una turba rezagada de chicuelos lanzaba al viento la aguda nota de sus cornetas.

Lena, al ver que sobre el vestido azul comenzaban á deslizarse gotas de agua, hizo un mohín de impaciencia.

¡Maldita lluvia! ¡A buena hora se le ocurría venir á importunarles! Bajo el sombrajo permanecieron indecisos, esperando que el cielo recobrase la perdida calma. Contemplaba el espacio surcado por cristalinas saetas, que al recibir el halago cariciosо de la luz resplandecían. De pronto, arreció el aguacero; los arbolillos se inclinaban al azote del viento, y sobre el techo de cinc del kiosco, abandonado momentos antes por la banda militar, el chapoteo era estruendoso. Riendo los dos, siguieron el ejemplo de los demás. Corrieron á refugiarse en los portales cercanos, hundiéndose de nuevo en el mar humano, oprimidos, lanzados uno contra otro, como si la muchedumbre pretendiese unirles en un abrazo estrecho y eterno.

A las doce y media cesó la tormenta. En las calles, imperaba aún la alegría, una alegría epiléptica, borrachera de alcohol y de patriotismo. Los vivas, los gritos roncos, mezclábanse al resonar de los botes vacíos, de los organillos que dejaban oír su cantinela llorosa á lo lejos. Por Plateros, grupos diseminados iban y venían, dando á la avenida un tinte exótico. Yacían en mitad del arroyo enfangado pedazos de botellas, jirones de banderas, sombreros deshechos. En los muros, sobre las rosas deshojadas y junto á los gallardetes que chorreaban agua, las lamparillas eléctricas refulgían aún con brillo lívido, opaco. De los teatros salían los espectadores enfundados en largos gabanes. Las cortesanas de *élite*, cimbreantes, flotando en nubes de encajes y de gasas, con enormes sombreros de plumas que ondulaban sobre el rostro carmíneo, deliciosamente pálido, encaminábanse á los restaurants, del brazo de los amantes de una noche. Por las aceras, con las faldas enlodadas, las mejillas que ocultaban el color terroso bajo la capa de groseros artificios, iban las otras, las que formaban la falange del vicio barato, implorando una mirada de los transeuntes, sonriendo ante las chanzonetas que les dirigían, con sonrisa dolorosa en fuerza de ser fingida. Y se alejaban con el movimiento rápido de sus caderas deformes, encaminándose á la Alameda, cuyos follajes asomaban distantes.

—¡Qué contenta estoy!—murmuraba Lena, marchando al lado de su compañero, calle abajo—. ¡Qué contenta estoy!

Reía dichosa, en tanto que Eugenio Linares apretaba su brazo con estremecimientos nerviosos, cual si temiera que alguien se la robase.

—Si todas las noches fueran como esta, Lena, te juro que la vida sería para mí más bella. ¡Eres tan buena y te quiero tanto!...

Ella le miró. Resucitaba en sus pupilas la traicionera ironía. Inclinó levemente el rostro, musitando:

—Sí, ¿eh? Los cuñados deben quererse...

El mozo reprimió la protesta que ascendía á sus labios, mientras que ella, en su apetito insaciable de criticar gentes y trajes, pasaba revista á los paseantes. De súbito hizo un gesto de repugnancia, volviendo el rostro hacia el joven. Interrogóla éste con la mirada, y ella, haciendo un guiño, le mostró á las buenas personas que se acercaban. Linares hubo de reconocer á don Hilario Gómez, que, ostentando el levitín que guardaba en el armario para las ocasiones solemnes, iba del brazo de su cara mitad, la enorme y sonrosada doña Luisa, precediendo ambos á Teresita, la mayor, la cual, cogida del brazo de un mozuelo de aire inocentón, charlaba lindamente, haciendo pucheros de niña mimada.

—¿Lo ves?—dijo Lena, riendo al oído de Eugenio—. Perdieron á la segunda y ahora vuelven á la carga con la primera.

—Mujer, el comercio es permitido.

—Ya lo creo. Y sobre todo el de imágenes viejas. Esta es una Purísima de pueblo.

Y callando, respondió en ese instante al saludo de la criticada y de sus padres, que, triunfadores, se cruzaron con ella y su acompañante.

—Adiós, Lena, ¡qué guapa estás!

—Adiós, Tere... Felices noches, ¿eh?

La hija de don Hilario sonrió, torciendo los labios. Todavía osaba darles un tinte de puerilidad virginal, no obstante sus treinta y cuatro primaveras. Cuando ya se alejaba, la chiquilla rió estrepitosamente.

—¿Qué te parece? Se empeña en que la llamen Tere. Dice que es muy poético.

—No tanto.

Se burló á su sabor, con aguda ironía de chica despreocupada. ¿Verdad que era gracioso? El vejete aquel, que tanto había declamado y dicho en favor de su honra puesta al nivel de las alcantarillas—textual—, allí estaba ahora, tan campechanote y fresco, en plena campaña matrimonial. Desengañado de Teresita, que buenos dolores de cabeza y de bolsillo le diera; convencido de que la primogénita, sea por su edad ó por su mala estrella, no encontraría marido, tornaba ahora á la lucha, al ver que Eloísa, capullo de sus esperanzas ardientes de padre enamorado del casorio, era ya cosa inútil. Lo mejor de la viña se había perdido. Por lo mismo, la única solución posible era la de realizar el fruto sano, aunque viejo. Y mientras que Eloísa laboraba sola, muda, sin lágrimas, ennoblecida por la maternidad próxima, en el obscuro tabuco, el buenazo de su padre, que días antes hiciera las paces con su mujer, ocupábase en atraer á sus subalternos de la oficina, metiéndoles á Tere por los ojos, regodeándoles, sin acordarse de que la táctica igual que había seguido con el periodista dióle pésimos resultados.

No podía darse cursilería mayor. Y Lena proseguía riendo sin piedad, destrozándoles, implacable. En su opinión, era ridículo andar á caza de maridos; que éstos por sí solos venían, con mayor razón cuando el pobrete de don Hilario no aspiraba á cosa mejor que un empleadillo que no tendría ni para alfileres.

En sus palabras, en su saña cruel, se ocultaba una llaga profunda, dolorosa. Lena pensaba siempre en el hombre por venir, en el amante soñado. Por eso jamás se entretuvo en amoríos con los de su condición y clase, y sonrió con lástima al pensar en las ilusiones de Antoñita. No era por cierto la mujer fría. Su temperamento ardoroso, hecho para el placer, escondíase en la bruñida coraza de la ambición. Esperaba confiada al acaso. Y el amante no llegaba, no llegaría nunca quizás... Un vacío nebuloso, amargo, rodeábala, infundiendo en su ánimo

la pena, la pena sin confidencias, la pena á solas, que la torturaba en sus ratos de fastidio.

Sobre la acera se dibujaron los cuadros de luz proyectados por los cristales de la *Maison Dorée*. A través de las mamparas escapábase un rumor de abejas. Eugenio y Lena, al pasar ante la puerta se detuvieron, deslumbrados por una visión. Una muchacha alta, de talle esbelto, de ondulados cabellos negros, envuelta en mullido abrigo de pieles, salió del brazo de un caballero viejo, de anchas patillas canosas. El lacayo, erguido, de pie junto á la portezuela del carruaje que esperaba, inclinóse á su paso cuando ella subía, dejando ver el arranque de sus pantorrillas aristocráticas. El señor, después de pronunciar un «á casa» seco, autoritario, penetró en el interior del vehículo. Estalló la fusta y los caballos tascaron el freno, arrancando en seguida.

Lena, muy pálida, enmudecía. Linares, asombrado, miraba con insistencia el coche que se alejaba.

—Es Clara...—murmuró ella débilmente.

—Sí; es Clara...

Y no hablaron más. Al echar á andar de nuevo columbraron tras de las ventanas del restaurant á Esteban Conti. Tenía el rostro pálido, fulgurantes las pupilas. Decíase que, más enamorado que nunca de Clara Ruiz, hubo de lanzarse al bajo periodismo, ávido de fortuna, creando reputaciones falsas, atacando nombres honrados, sin ver otra cosa más allá de las cuartillas que escribía que el dinero ganado á montones, el oro, en su sed insaciable de riquezas, en su deseo loco de arrebatar á la muchacha de las garras del mundo elegante y de poseerla él solo, de hacerla suya. ¡Vano empeño! Clarita, robada á las caricias de don Antonio Cortezo por un hombre rico á los quince días de su huída, elevábase cada vez más. Y aquel pobre chico luchaba hasta la bajeza: era el amor sin esperanza que á todas partes seguía á la cortesana, sin alcanzarla nunca, nunca...

El regreso fué doloroso.

Inútiles resultaron los esfuerzos de Linares para reavivar en la chiquilla la alegría jovial que antes diera á sus ojos tan seductor encanto. Callada, con el

desconsuelo en el semblante, marchaba del brazo de él, sin que el regocijo de la calle la preocupase. En la Alameda, cuando se deslizaban bajo los ramajes abrillantados, haciendo crujir la arena, Eugenio le dijo:

—Lena, tú estás triste...

—¿Triste yo? No; ¿por qué? La buena suerte de Clara me alegra—repuso con acento en el que se insinuaba una leve amargura.

Atravesaron por entre la multitud que se arremolinaba al extremo de los paseos, bailando al son de los organillos. Las parejas, excitadas por el vino y el deseo, revoloteaban, iban y venían, ensayando un danzón canallesco.

La gruñona portera les vió desvanecerse en las tinieblas del patio. En el rellano de la escalera, adivinaron, á través del velo de sombra que les rodeaba, una silueta vaga, algo que se agitaba. El recuerdo de la cizañera vino á su mente. Un temblorcillo medroso les produjo invencible sensación de miedo.

Continuaron subiendo á obscuras.

Linares percibía el respirar sofocado de Lena, que le acariciaba. Apoyada en su brazo, la chiquilla enmudecía, transmitiendo al cuerpo enardecido de él un estremecimiento blando, casi imperceptible. No hablaba; sus labios no daban paso á la eterna risa, á la broma infantil. Parecía que la tristeza, aprisionándola, hacíala enmudecer. Eugenio, embriagado, penetrado de la atracción que sobre él ejercía Lena, veíase tentado á interrogarla, á desentrañar la causa de aquella transformación del carácter que él vislumbraba. Pero las frases ahogábanse en su garganta, y sus esfuerzos se estrellaban en su timidez inmensa. Hubiese querido estrechar la cintura de la muchacha, besarla en los labios, tiernamente, amorosamente, que tales eran los propósitos que se forjara allá en su interior, horas antes. Mas su voluntad enfermiza negábase á secundarle, y seguían su camino lentamente, adormecidos por el *fru-fru* de las faldas de ella.

Entraron en el tortuoso caracol. Los empinados peldaños subían, revoloteaban en torno del poste que les

sostenía, como si emprendiesen loca y vertiginosa carrera hacia lo alto. Acreció la angustia del mozo. No ya la tristeza, no ya la desesperanza que momentos antes le torturaban, eran los acicates que le impelían á la satisfacción de su deseo: la convicción de su impotencia, de su estúpida debilidad, que le alejaba de lo más amado, de lo que veneraba en ese instante con la fanática veneración de la carne, destrozábale. Maquinalmente contó los escalones, sintiendo el convulsivo temblequeo que invadía sus piernas á medida que el número se tornaba mayor. Ocho, nueve, diez... diez y siete... Sólo faltaban seis. Allá, encima de sus cabezas, miraba una claridad lívida que descendía fosforeando; rachas de aire helado imprimían en su frente bañada por el sudor un halago glacial. Pensó en la azotea llena de los recuerdos de sus amores pasados; en los rosales; en la lamparilla encendida en la sala, mudo testigo de los afanes y tristezas de Antoñita; en todo aquello que ejercía sobre él inmenso poderío también y le doblegaba. Y el valor deseado, un súbito resurgimiento de sus energías, le animó.

Se detuvo; apretó el brazo de Lena, balbuciente, loco. La chiquilla, vuelta de su meditación, lanzó un grito.

—Eugenio... Eugenio... ¿Qué tienes?

—Lena... Lena...

Rodeó el talle de la moza; la atrajo á sí, en un abrazo hercúleo, impropio de su constitución enclenque; y acercando sus labios á los de ella, besóla con rabia, con desesperación. Fué un chasquido rápido, vibrante, que resonó en la sombra, perdiéndose luego. La muchacha, desfallecida, pareció entregarse al principio. Se abandonába sin decir palabra, dejando caer sobre los hombros de Linares la cabecita rizosa.

—Lena, te adoro, te quiero con toda mi alma... No me rechaces...

Hablaba quedo, en voz baja, conmovido.

Estremecíase al paso de aquellas frases arrancadas de lo profundo, de aquellos rugidos de pasión que ocultos en los escondites de su alma brotaban tumultuosos,

estallando en los labios mismos de ella. Y no era la suya la voluptuosidad del placer conseguido al acaso; algo había de doliente, de fúnebre, en los besos que aplastaban su ideal, en medio de la carne triunfadora. La sentía en sus brazos, junto á su pecho; sentía los latidos del corazón, hasta entonces insensible; el movimiento acelerado de los robustos pechos; el hálito ardoroso que emanaba de los labios húmedos. ¿Era que se había rendido al fin, que se entregaba en el misterio de la sombra? Este pensamiento le hizo sentir una dulzura infinita, refinado ardor que invadiendo las venas por donde hervía la sangre alborotada, se le subía á la cabeza, produciéndole deliciosa embriaguez. Hundía el rostro en el cuello de Lena; sentía el contacto de la piel suave, satinada, que se ponía rígida al soplo de su aliento. La besaba en la nuca, nido de sedosos cabellos; en la barba, sobre la cual adivinaba el hoyuelo gracioso. Sus manos, errantes por las morbideces del busto, deteníanse á veces entre los dedos crispados que resistían, sin revelarse del todo, aquella invasión súbita del amor. Y en el silencio de la escalera, apenas si se escuchaban sus respiraciones entrecortadas. El polvillo de luz blanca que caía de lo alto, iluminaba en las tinieblas sus caras medrosas, convulsionadas por el deseo.

Lena experimentaba un repentino abandono de su indiferencia habitual. Al contacto de aquel hombre ciego de lascivia, caía de pronto el velo de frialdad y de cálculo con que cubrieran su temperamento sensual la educación que recibió en su hogar y las pasadas reflexiones. Era otra. Despertaba la mujer sedienta de pasión, la chiquilla encarcelada en la estrecha mazmorra de la vanidad y de las ambiciones de la clase media. Iba á caer, mas de pronto la asaltó un escrúpulo de virgen pudorosa. ¿Cómo entregarse así, como cortesana, al novio de Antoñita, cayendo en un incesto horrible? Las lágrimas acudieron á sus ojos; un gemido trémulo salió de su boca.

—No, no, Eugenio; déjame... Yo te lo ruego por lo que más quieras en el mundo...

No cejó Eugenio Linares. Al contrario, hubo de es-

trecharla con varonil energía, con fuerza brutal que hacía crujir sus músculos, como á presa que se escapa, como á cosa muy amada que pretende irse para no volver nunca.

Entonces la chiquillá sollozó:

—Déjame, déjame...

—¿Por qué? ¿Por qué, si te quiero tanto, si te he conquistado por el sufrimiento y la esperanza? ¡Ah! dejarte ir... No, no... ¡Sería la falta más grande de mi vida!...

Lena, llorosa, tornó á reclinarse sobre el hombro de él, y musitó á su oído, suplicante:

—Hazlo por ella... por Antoñita...

El mocetón se irguió, como bestia herida. Fué tal su estupor, que la obstinación que le embriagara desvanecióse lentamente. Un aflojamiento de sus nervios le hizo retirar las manos del cuerpo deseado, retrocediendo. Inclinó el rostro; suspiró. Luego, cogiendo á Lena del brazo, la hizo subir pausadamente, en tanto que la claridad se agrandaba, tornándose intensa, é imprimía en su rostro lívido, casi blanco, la caricia que en vano pretendía borrar las huellas de un sufrimiento hondo, inmenso.

La azotea dormía, como sus dueños. Ni un estremecimiento, ni un soplo, ni una luz, en la apacible calma de la noche estrellada.

Avanzaron.

La puerta del comedor hallábase entornada. Lena la abrió sin ruido, y deteniéndose en el umbral, tendió la mano á Eugenio, que la miraba. Estrechóla éste en silencio; y cuando ella iba á retirarse, con la frente baja, el mozo la siguió, introduciéndose en el cuartito oloroso aún á viandas frías. Quiso Lena gritar; pero el temor, el deseo, la torpeza de lo inesperado, se lo impidieron. Cayó en sus brazos sin decir palabra. Escucharon un instante. Todo enmudecía, presa del sueño. A través de los maderos entreabiertos titilaban las estrellas. A la derecha, el ronquido monótono, perezoso, de Estéfana, resonaba acompasado en la cocina. Más allá prevalecía la obscuridad impenetrable. Linares la besó, empujándola suavemente. Cayeron de rodillas en el suelo. Y en su borrachera de amor, de voluptuosidad largo tiempo

esperada, ni siquiera pararon mientes en una silla que hicieron rodar por el pavimento con estruendo formidable

Pasaron rápidos los instantes.

De pronto la chiquilla rechazó á Eugenio, espantada. El no comprendía. A la satisfacción de su deseo siguió un atontamiento brutal que le ofuscaba el cerebro.

—¡Vete! ¡Vete!

No comprendía. ¿Por qué irse? Y con dulzura contrarrestaba los esfuerzos de Lena, que luchaba por ponerse en pie.

—Mira...—murmuró ella desfallecida.

En los cristales blancuzcos de la puerta vidriera que comunicaba con las habitaciones, aparecía un resplandor rojizo, débil al principio, que crecía en intensidad. Linares quedó perplejo.

—Anda, ¡vete!

No se movió. Idiotizado, sin darse cuenta de lo que le rodeaba, continuó reteniéndola.

Una voz dejóse oír.

—¿Eres tú, Lena?

Y en seguida, cuando la respuesta se helaba en los labios de la chiquilla, chirriaron los goznes de la puerta, y la silueta de Antoñita destacóse de la obscuridad.

Estaba en camisa, con una palmatoria en la mano. Resplandecían sus cabellos ante la luz tenue; la palidez de su rostro resaltaba de la blanca tela que cubría su cuerpo casto; y sus ojos, aquellos ojos de suave azul impregnados de una melancolía soñadora, buscaban á su alrededor. Eugenio la miraba, embrutecido, con las manos en las sienes, tras de la mesa; Lena, con las ropas en desorden, temblando de miedo, procuraba esconderse. Antoñita, extrañada al ver la puerta abierta, dió algunos pasos. Sus pupilas dilatadas erraron por el recinto; y súbitamente, un grito de sorpresa, de dolor, un grito estridente, la desgarró. Retrocedió, con los ojos muy abiertos, descompuesta, intentando ocultar su desnudez. Y la vela cayó de sus manos, al mismo tiempo que una sombra huía hacia la azotea, seguida de otra más pequeña, que al atravesar el umbral turbó el silencio con medroso *fru-fru*.

Antoñita sintió que las fuerzas la abandonaban, que un desfallecimiento infinito le doblaba las piernas. Apoyóse en la pared, y se desplomó al cabo en el rincón, después de resistir inútilmente á la muerte de sus energías, tan raquíticas y pobres.

Allí permaneció inmóvil, con el rostro entre las manos, desparramadas las crenchas de oro sobre las espaldas desnudas. La claridad indecisa de la noche besaba sus pies rígidos. Y el roncar de la maritornes, dolorosa evocación del olvido y de la muerte, continuaba resonando.

Comenzó á clarear el día. Fulgores de lila y rosa, muy pálidos, matizaron el cielo. Sopló el céfiro del alba, caricioso y fresco, despertando con su impresión de frío á la muchacha, que yacía exánime. Antoñita se llevó las manos á los ojos, suspensa. Veía la puerta abierta, el amanecer lívido. Una pesadez semejante á la somnolencia la confundía. Al fin surgió el recuerdo, primero vago, indeciso, como la mañana que despuntaba; luego claro, patente descarnado. Sentada en el rincón, la cara enjuta por el dolor, estremecida por el frío, tornó á su inmovilidad. No lloraba. La luz juguetona continuaba avanzando, envolviéndola en su resplandor lila y rosa. Su pecho infantil pareció ensancharse: un gemido, al principio débil, casi imperceptible; después largo, prolongado, acompañó á la luz en su invasión.

Y una silueta encorvada, deforme, se dibujó en la azotea. Andaba con paso inseguro. Acercóse, y dando traspiés, se plantó en mitad de la habitación. Iba á encaminarse rumbo á la cocina, cuando los ayes lastimeros que brotaban de la penumbra le detuvieron.

—¿Quién llora?

Avanzó con andar torpe de ebrio, é inclinándose, alzó hasta él la carita pálida.

—¿Eres tú? ¿Por qué lloras?—murmuró Alberto con voz estropajosa, añadiendo, al ver que no obtenía respuesta:—¡Al demonio con las lágrimas! Ríe, emborráchate como yo... ¡Ah! bendito el vino... ¡Bendito sea!

Y se alejó gruñendo, seguido del gemir incesante, doloroso, que tornaba melancólica aquella alba de Septiembre.

XII

Por la mañana, después de la aurora blanca de invierno, muy triste era el sonar de las campanas, que se dilataba en las alas del vientecillo helado, de un confín á otro de México. Primero, la melodía argentina de una dejábase escuchar desde muy lejos, suavizada por la distancia; á ésta seguía el lamento débil de otra, que impregnaba de intensa melancolía el amanecer; luego, el tintineo juguetón que se escapaba como bandada de gorriones del vetusto campanario de San Juan de Dios, imprimía su nota alegre, jovial, que hacía resaltar más la llamada monótona, quejumbrosa, que la campana de San Felipe lanzaba desde la puntiaguda torre que recortaba su perfil escueto en el nebuloso cielo de Noviembre.

¡Triste era, sí! Cuando Estéfana salía, muy temprano, á barrer la azotea, quedábase inmóvil al oirlas, con el rostro contraído por un gesto de dolor, como si añorase la existencia de mejores días. Con las enaguas raídas de color indefinible, el rebozo liado en torno de la cabeza y del busto, para escapar á la penetración del remusgo, alta, enjuta, con la escoba en la mano, prestaba atento oído al resonar pausado que llenaba el ambiente de una armonía muy dulce, muy tierna...

Las campanas se respondían de una torre á otra torre, de un campanario á otro campanario, y su apacible son, prolongándose, extendiéndose en ola sonora, poblaba el aire de musicales ruidos, que iban á extinguirse en el despertar perezoso, soñoliento, de la ciudad.

Y no porque la albaraca que armaban fuese distinta de la de antaño, producían una sensación de tristeza;

Antoñita sintió que las fuerzas la abandonaban, que un desfallecimiento infinito le doblaba las piernas. Apoyóse en la pared, y se desplomó al cabo en el rincón, después de resistir inútilmente á la muerte de sus energías, tan raquíticas y pobres.

Allí permaneció inmóvil, con el rostro entre las manos, desparramadas las crenchas de oro sobre las espaldas desnudas. La claridad indecisa de la noche besaba sus pies rígidos. Y el roncar de la maritornes, dolorosa evocación del olvido y de la muerte, continuaba resonando.

Comenzó á clarear el día. Fulgores de lila y rosa, muy pálidos, matizaron el cielo. Sopló el céfiro del alba, caricioso y fresco, despertando con su impresión de frío á la muchacha, que yacía exánime. Antoñita se llevó las manos á los ojos, suspensa. Veía la puerta abierta, el amanecer lívido. Una pesadez semejante á la somnolencia la confundía. Al fin surgió el recuerdo, primero vago, indeciso, como la mañana que despuntaba; luego claro, patente descarnado. Sentada en el rincón, la cara enjuta por el dolor, estremecida por el frío, tornó á su inmovilidad. No lloraba. La luz juguetona continuaba avanzando, envolviéndola en su resplandor lila y rosa. Su pecho infantil pareció ensancharse: un gemido, al principio débil, casi imperceptible; después largo, prolongado, acompañó á la luz en su invasión.

Y una silueta encorvada, deforme, se dibujó en la azotea. Andaba con paso inseguro. Acercóse, y dando traspiés, se plantó en mitad de la habitación. Iba á encaminarse rumbo á la cocina, cuando los ayes lastimeros que brotaban de la penumbra le detuvieron.

—¿Quién llora?

Avanzó con andar torpe de ebrio, é inclinándose, alzó hasta él la carita pálida.

—¿Eres tú? ¿Por qué lloras?—murmuró Alberto con voz estropajosa, añadiendo, al ver que no obtenía respuesta:—¡Al demonio con las lágrimas! Ríe, emborráchate como yo... ¡Ah! bendito el vino... ¡Bendito sea!

Y se alejó gruñendo, seguido del gemir incesante, doloroso, que tornaba melancólica aquella alba de Septiembre.

XII

Por la mañana, después de la aurora blanca de invierno, muy triste era el sonar de las campanas, que se dilataba en las alas del vientecillo helado, de un confín á otro de México. Primero, la melodía argentina de una dejábase escuchar desde muy lejos, suavizada por la distancia; á ésta seguía el lamento débil de otra, que impregnaba de intensa melancolía el amanecer; luego, el tintineo juguetón que se escapaba como bandada de gorriones del vetusto campanario de San Juan de Dios, imprimía su nota alegre, jovial, que hacía resaltar más la llamada monótona, quejumbrosa, que la campana de San Felipe lanzaba desde la puntiaguda torre que recortaba su perfil escueto en el nebuloso cielo de Noviembre.

¡Triste era, sí! Cuando Estéfana salía, muy temprano, á barrer la azotea, quedábase inmóvil al oirlas, con el rostro contraído por un gesto de dolor, como si añorase la existencia de mejores días. Con las enaguas raídas de color indefinible, el rebozo liado en torno de la cabeza y del busto, para escapar á la penetración del remusgo, alta, enjuta, con la escoba en la mano, prestaba atento oído al resonar pausado que llenaba el ambiente de una armonía muy dulce, muy tierna...

Las campanas se respondían de una torre á otra torre, de un campanario á otro campanario, y su apacible son, prolongándose, extendiéndose en ola sonora, poblaba el aire de musicales ruidos, que iban á extinguirse en el despertar perezoso, soñoliento, de la ciudad.

Y no porque la albaraca que armaban fuese distinta de la de antaño, producían una sensación de tristeza;

no. El ruido era el mismo: igual el tintineo infantil de la de San Juan de Dios; igual el lamento caricioso de la de San Felipe; idéntico el gorjeo metálico de todas. Lo que pasaba era que los días de hoy disonaban de los de ayer, y las cosas humanas parecen tristes ó alegres según las épocas en que se observen. Ahora se veía ella allí, con sus espaldas encorvadas, sus pingajos pegados á las secas carnes, sola y pensativa. En el pasado, no ella, sino una jovencita querida, paseaba por aquellas alturas.

Creía mirarla aún, con los ricillos de oro cayéndole sobre la frente, el cutis sonrosado por el fresco matinal, sonreidores los labios: iba y venía, deleitándose con la charla de las campanas, envuelta en su chalecito azul, viejo y desleído por los años. Su andar era vivo, castamente cadencioso, revelador de una juventud de niña enfermiza; revoloteaba con alegría desde la puerta de la salita hasta la entrada de la escalera; solazábase en poner en los clavos del muro las jaulas de los canarios que parloteaban con gorjeo melifluo, mirando el cielo terso con sus ojillos redondos. ¡Qué bello y qué bueno era contemplarla, tan dichosa, silbando á los pajarillos presos las canciones que repetía en las horas de labor, llamándoles como á niños: «Monín, eres muy tonto»: «Precioso, es justo que aprendas; si no, ¿qué dirá la gente de tí?»

Volvía ahora Estéfana la rugosa faz, y clavaba las pupilas en la pared blanca, gris á trechos, humedecida por las lluvias. No estaban ya las jaulas en su sitio; los clavos destacaban sus negras cabezas, muy largos, como si reclamasen el peso de aquéllas. Enmudecían los canarios en la penumbra del comedor, echando de menos las caricias del sol y de su dueña.

Y la maritornes seguía evocando adormecidos recuerdos.

Después de prodigar ternuras á los canarios, la moza se encariñaba con los rosales. Acercábase á las macetas, hundía la regadera en el cubo lleno de agua; inclinábala luego sobre las matas, y fina lluvia descendía sobre las hojas mustias, que temblequeaban y parecían

resucitar á la vida de las plantas refrescadas, exhalando fragancias que purificaban el aire. ¡Ay! ¡y cómo amaba ella á sus rosales, y qué empeño ponía en que ningún cuidado les faltase, con aquel geniecillo dulce que la movía á ver en las cosas más nimias personas de alma y carne á quienes era preciso querer!

Con la escoba en la mano, frunciendo el entrecejo, la cocinera absorbíase en el pasado, perdida la mirada en los rosales, que ahora aparecían marchitos. Ya no estaba junto á ellos la mano adorable que les daba vida, la muchacha que les asociara á sus penas y regocijos, y si volviese, si animada de la salud que hace borbotear la sangre en las venas, buscara una rosa para deshojarla sobre el patio, no la encontraría. La última había languidecido en los comienzos del otoño.

En los relojes públicos sonaban las siete; el cielo, veteado de blanco, adquiría un tinte sonrosado; los rayos del sol, rasgando la neblina vaporosa, fulguraban en el espacio, quebrábanse en las cúpulas, matizaban los ramajes secos de las copas de los árboles cercanos. Bandas de pájaros, avanzando en el cielo como manchas de tinta, se deslizaban con vuelo lento, desvaneciéndose tras de las altas techumbres. En el patio daba principio el trafagueo, con el ruido de las cubas al chocar con el agua de la fuente y las risas de las domésticas, que repercutían en el alma de Estéfana con eco doloroso. La vieja sirvienta doblegaba las huesosas espaldas, y suavemente hacía correr la escoba sobre el suelo, amontonando la basura en los rincones, recogiéndola después en trozos de hojalata, yendo y viniendo de la casa al exterior, luego de cerciorarse de que nada conmovía el silencio que reinaba dentro. De buena gana hubiera deseado un completo mutismo, una calma profunda, imperturbable. ¡Estaba Antoñita tan mala! Por eso la vieja sentía rabia al escuchar la alegría del patio impregnado de frío, las reyertas de las criadas, el chirrido de las puertas que se abrían, los canturreos de las mujeres que lavaban las sucias ropas en el lavadero. Cuando el ruido se tornaba más fuerte que de ordinario, acodábase en el pretil, furiosa, agitando la escoba, cual

si intentase pegar á las mujeronas de abajo. No entraba en su magín el que la gente fuese de tal modo inconsiderada y grosera. ¿Ignoraban por ventura que la señorita yacía enferma? Bien que lo sabían. ¡El escándalo no había sido para menos!

Todavía recordaba los hechos, como si hubiesen acaecido ayer. ¡Ah! ¡qué día tan horrible aquel 16 de Septiembre! Teníalo presente como uno de los más negros de su vida: primero, el despertar, que semejaba la continuación de dolorosa pesadilla. Soñaba en algo que su mente no podía precisar ahora, pero que sin duda había sido triste, porque aquella mañana abrió los ojos con sobresalto, creyendo percibir un gemido lastimero, prolongado, que partía el alma. Restregóse los párpados, deseosa de volver á la realidad, conmovida aún por las cosas que vislumbrara en la inconsciencia del sueño, riendo al cabo de lo que ella solía llamar *necedades de los viejos*. La luz clara y riente penetraba por los resquicios del ventanuco, esparciendo un resplandor suave sobre el fogón donde blanqueaban las brasas apagadas; los trastos, alineados en la alacena, reflejaban los rayos luminosos sobre sus fondos ennegrecidos por el hollín. *Bonifacio*, el gato blanco, tendido á su lado, alzaba á veces una de las patitas, lamiendo el sedoso pelo, como si estuviese ahito de dormir.

¡Virgen María! Imposible pareciale negar que los años le hacían mella; aquel cuerpo enteco, apergaminado, se doblaba ya al peso de sus sesenta y pico de primaveras. Señor, ¿no era vergonzoso que una criada roncase á pierna suelta hasta bien entrado el día, como si fuese ama digna de todos los mimos habidos y por haber? Las siete serían por filo, y ella, tan comodona y holgazana, aun tenía valor para quedarse en el duro petate, bajo las ropas tibias, desperezándose y abriendo tal boca, que era una bendición de Dios. Punzábale semejante pensamiento, y de grado se hubiera puesto en pie, á no ser por el sopor invencible que la invadía, á consecuencia quizás de la desvelada y por la amargura que experimentaba á causa de la pesadilla de momentos antes, aquel aullido que durante la noche la obligase á dar vueltas y revueltas en el lecho, presa de la angustia.

Las luminosas rachas proseguían infiltrando en el recinto su claridad cegadora de pupilas; la felina bestiezuela continuaba en su tarea de limpiar de malos bichos su nívea piel. Se convenció más aún de que era tarde, y enviando á paseo sus naturales achaques, disponíase ya á vestir los remendados harapos, cuando se estremeció, quedando inmóvil. Hasta sus oídos llegaba, no el doliente gemido que la martirizara en sueños, sino un lamento débil, una queja larga, muy largo, que justamente por no ser fuerte, era más penetrante. Escuchó un rato, y atemorizada al fin por la verdad de sus observaciones, se puso en pie de un salto, echóse encima enaguas y saco, y con agilidad increíble en sus piernas quebrantadas, hubo de plantarse en mitad del comedor.

A punto estuvo de lanzar un grito; mas el espectáculo que á sus ojos se ofrecía, desgarrador, tristísimo en su descarnada realidad, movióla al fin á reprimirlo. Muda, silenciosa, con el asombro en el rostro, miró: allí, á sus pies, hallábase Antoñita, sentada en el rincón. Una de sus piernas, más blanca que la camisa transparente que la cubría, extendíase sobre el suelo, crispada. Los cabellos rubios, desmechados, caían sobre la cara y los hombros, ocultándolos. Convulsivo temblor sacudía el cuerpecito débil, casi anémico. Por la puerta abierta, se colaba frío viento.

—¡Ave María Purísima!

La cocinera se acercó. Cogió entre sus manos la cabecita inclinada, y las lágrimas saltaron de sus ojos al verla. Lívida, la cara de Antoñita aparecía enflaquecida, con un gesto doloroso de sufrimiento; en las entreabiertas pupilas nada se reflejaba: dijérase que el profundo azul que las embellecía se había tornado insensible á la emoción; de los labios azulados y levemente contraídos hacia las cisuras, escapábase aquel interminable lamento que escuchó Estéfana con azoro. La palpó: sus mejillas ardían. Entonces, en el colmo de la sorpresa, corrió á la cocina, volviendo en seguida con las groseras telas de su cama, y la arropó.

De rodillas junto á ella, repetía acongojada:

—Alma mía, ¿qué tienes? Niña, mi buena niña, respóndeme, ¿qué tienes? Chiquita, óyeme... ¿Qué tienes? ¿Qué tienes?

Y era su acento el de la sierva herida en lo más caro, en lo más amado. Sus ruegos afectuosos brotaban entrecortados, en el silencio de la mañana, ebria de luz. Allá, lejos, alentaba el bullicio del patio, del caserón despierto, ignorante del drama que se desarrollara en sus entrañas mismas. La risa matinal, ruidosa, insinuante, se elevaba afuera, bajo el cielo opalino, haciendo eco en los oídos de la vieja, que en vano pretendió acallar el lamento de la muchacha, depositando sobre el rostro calenturiento el beso desinteresado, amante, de sus labios rugosos. Enloquecida, idiotizada, no acertó á tomar una determinación. Nada pensaba ni preveía. Tan sólo se daba cuenta de que el ser en quien había concentrado la ternura que le restase al fin de su vida de soledad y de trabajo, aquella niña pura y buena que en sus brazos tenía, estaba en peligro, amenazada quizás por la muerte. Y con instintivo impulso cubría de caricias á la moza, en apasionada protesta de amor, soñando acaso que el espectro negro que vislumbraba más allá de la pálida carita huiría aterrado al ver tanta dulzura y tantas lágrimas.

Doña Pepa llegó momentos más tarde, llamada por la cocinera. Grande fué su desconcierto al mirar á su hija casi exánime. Por mera casualidad, aquella mañana no se había marchado á la Santa Veracruz á misa de siete. Lloró, gimoteó ruidosamente, con desenfreno de beata, con arranques de mujer en la que el misticismo dominaba á la maternidad. Después de haber transportado á la enferma á la recámara, ocurriósele, antes que ir en busca del médico, encender una lamparilla á Santa Teresa, de quien era ferviente devota.

Subida en una silla ocupábase de labor tan importante, cuando Estéfana se detuvo en la puerta de la habitación. Estaba pálida, con el espanto pintado en el rostro.

—Señora...

—¿Qué hay, Estéfana?

—Señora... La niña Lena...

—Déjela usted, déjela, que no estamos para chismes. ¡Ay, Dios mío! ¡Qué desgracia, qué desgracia más grande!... Pero María Santísima la salvará; Santa Teresa, que me ha sacado de trances horribles, no me negará ahora su sagrada intercesión.

Hablaba sin detenerse, con los ojos mojados aún por el llanto, mientras que encendía la lamparilla de aceite. Al fin, cuando la llama azulada, tenue, iluminó el cuadro de la imagen, doña Pepa, algo tranquila ya, volvióse hacia la criada. Iba á decir algo, sin duda, pero se reprimió al reparar en la turbación de ésta. Interrogóla con un gesto.

—Señora... la niña Lena... no ha vuelto...

El asombro, la indecible sorpresa de la pobre mujer no tuvo entonces límites. Corrió á la pieza contigua, enmudeciendo, alelada, ante la cama vacía, intacta, de la chiquilla. Quiso gritar, preguntar, huir, con el propósito de informarse. Mas al cabo de un instante, presa del dolor, de un dolor callado, silencioso, dejóse caer sobre el lecho, estallando en llanto. Se estremecía su cuerpo minúsculo al paso de las lágrimas, y Estéfana, de pie á su lado, la miraba sin despegar los labios, cuando escucharon las quejas de la enferma, que redoblaban después de un momento de tranquilidad. No se movió doña Pepa de su sitio. Los encontrados pensamientos que bullían en su cerebro, impulsándola á rasgar el velo de misterio que cubría la súbita desaparición de la pequeña, impedíanselo. Como en muchas madres, predominaba en doña Pepa cierta no confesada predilección por la hija menor, por aquella Lena que, careciendo de las nunca premiadas virtudes de la primogénita, poseía, en cambio, las zalamerías y mimos siempre gratos á los temperamentos simples. No lograba la buena señora atar el hilo de los sucesos que se desarrollaran la noche anterior; confundíase en una maraña de suposiciones, á cual más errónea é ilógica. Y sorda á los lamentos de su hija, levantóse de pronto, deseosa de echarse á la calle para curar su fiebre de indecisión.

Estéfana hubo de impedírselo, sujetándola por los brazos.

—Señora, la niña se muere... Oiga usté: delira...

Tornaron al lecho de la costurera. Con la cabeza hundida en las almohadas, los enflaquecidos brazos en alto, Antoñita murmuraba frases muy vagas, casi ininteligibles. Su semblante pálido tenía un gesto de dolor y de extravío; sobre su frente, los rizos caían, adhiriéndose á la piel, á causa del sudor. Las dos mujeres la miraban fijamente, turbadas por la catástrofe, hasta entonces inexplicable. La luz, tamizándose con suavidad á través de los visillos, bañaba de lleno á la moza. De pronto, ésta se incorporó, presa de loco espanto, llevándose las manos al rostro, como si la escasa lucidez que le restaba se debatiera contra el delirio presente.

—Lena... Lena...—dijo, y extendió los brazos, como si buscara algo; después suspiró, quedando inmóvil.

Doña Pepa titubeó entonces. Estéfana escapó á casa del médico. En el patio su aparición fué saludada con cuchicheos, sonrisas y miradas de ironía. Las maritornes, remangadas, charlaban reclinándose con laxitud en el brocal de la fuente. Algunas, con la cesta al brazo, de vuelta de la panadería, entreteníanse en echar un palique con la portera, la cual, de pie en el umbral de su obscuro cuarto, gesticulaba, accionando, como si se ocupase de interesantísimo asunto. En su puerta, don Hilario Gómez, en mangas de camisa y zapatillas, prestaba atento oído á los dichos de Petra, su descarada criadita, la cual, en unión de otras compañeras, reía, al propio tiempo que confesaba algo sin duda muy picante, porque sus pupilas vivarachas centelleaban. Doña Manuela iba y venía, arrastrando su eterna falda negra. Y era su continente altivo; una mueca de orgullo iluminaba su amarillenta faz, desde los ojillos penetrantes de malicia hasta la boca desdentada. Triunfaba. Las mujeres la seguían, consultándola, procurando arrancarle una palabra, ávidas de saberlo todo. Ella, que en cuestiones de semejante índole no era lerda, no se prodigaba, contentándose con decir palabras vagas, intercalando anécdotas de su vida y consejos morales y sanos, segura

de que al soltar la última frase produciría efecto. Los panes y regalitos caían como llovidos del cielo; aturdíanla las invitaciones de sus vecinos; quién la instaba á entrar en el modesto comedor á desayunarse; quién le prometía un chocolate delicioso. No le haría daño, ¿verdad? Y luego, que se lo ofrecían con el corazón en la mano... Las personas como ella, serviciales y buenas, eran dignas del aprecio de la gente honrada.

Compitieron todos en el floreo. La vieja se regodeaba, revolcándose en la servil adulación. Hombres y mujeres la halagaban con palabras de mimo, zalameras y dulzonas. Sí, no cabía duda; para las señoras decentes como doña Manuela, no se hizo aquel estercolero en donde la lujuria y la depravación tenían su asiento. Coloradotes, grotescos en su indignación, repetían que estaban hartos de miserias. ¡Señor, aquello no podía tolerarse un día más! No había muchacha de quince abriles, de cristiana educación y familia ejemplar, que no se lanzara por las torcidas sendas del vicio. Todos se mostraban acordes en ese punto: el propio don Hilario, cuya calva ignominiosa relucía al sol, aprobaba con movimientos de cabeza.

Cuando Estéfana apareció en lo alto del descansillo, las chismosas enmudecieron un instante. Pero su actitud curiosa no desconcertó por cierto á la anciana, que ya se alejaba con rápido paso hacia el exterior, cuando fué detenida por la ropavajera.

¿Adónde iba su querida Estéfana? ¿Había algo malo por casa? Le cerraba el paso, la acariciaba dándole palmaditas en el hombro, sin permitirle hablar, cerrando su boca á fuerza de palabras de subidísimo y entrañable afecto. ¡Ay! bien sabía ella que las Fernández sufrieron un terrible golpe. Las compadecía en el alma, deseándoles pronta resignación.

Estéfana, que pugnó por marcharse, detúvose de pronto, inmóvil, al oir las frases de doña Manuela. El misterio estaba allí, á su lado, ofreciéndose, incitándola á que lo rasgase.

—¿Sabe usté algo?

—¡Que si sé!

—¡Cómo!

—Es el platillo del día. Buenos comentarios se han hecho ya. La cosa no era para menos, mi buena amiga. Una chica que se pierde así, á los ojos del mundo entero...

Y al observar la mirada febril, impaciente; el asombro, el temblor de la voz de Estéfana, no pudo reprimirse y estalló. Sí; les había visto. Primero en una pastelería de mucho lujo y decencia, comiendo como dos recién casados; después, allí en la escalera, pisando quedo. Les siguió en la obscuridad, con mirada interrogadora, presintiendo algo. Pasó largo rato, y cuando volvía á su cuchitril hubo de escuchar precipitada carrera, pasos que resonaban en los peldaños, acercándose. Un hombre dibujó su silueta en lo alto, y desapareció huyendo en la negrura del patio. Imposible fué conocerle; mas en breve hubo alguien que le dijera el nombre de aquella misteriosa y furtiva sombra. Lena, descompuesta, ajada, balbuciente, bajó á poco y se detuvo á su lado, abrazándose á ella como á un salvador. «¡Sálveme usted!», decía con angustia.

¡La pobre niña! Su estado tristísimo, su terror, sus ruegos, inspiraban compasión á la más dura de las almas. Se lo confesó todo, la deshonra, la sorpresa, la huída. Obedecía á la ingenuidad egoísta que en el ánimo producen las grandes conmociones. Sollozaba implorando abrigo. No quería volver á su hogar; rechazaba toda súplica que á ello la moviese, poseída del miedo, de la vergüenza, del orgullo quizás, porque al pronunciar el malhadado nombre de Eugenio Linares se estremecía, echándole en cara sus defectos, su pobreza, su infamia. Había caído sin saberlo, sin desearlo, en brazos de aquel cochino empleadillo. ¡Y su deshonra no tenía remedio, no! Ella misma lo decía al oído de doña Manuela, interrumpiéndose al escuchar el soplo leve del viento; rogándole, casi de rodillas, que le diera albergue durante la noche en el tabuco atestado de vajilla y de ropas.

Pero la vieja se negó, asustada. Lo sentía de todo corazón; mas no quería ser víctima de habladurías y hasta responsable de semejante desgracia á los ojos del

caserón entero. Y Lena se fué, sin pronunciar palabra. Ella la vió desaparecer con presura en el anchuroso patio, envuelto en tinieblas, conmovido por el gotear de la fuente y el susurro de las matas. El ruido del aldabón y el gemir de la enorme puerta al abrirse, resonaron en la calma nocturna, llegando á sus oídos, produciéndole infinita pena.

Sí; experimentó una pena horrible, un hondo desconsuelo. Lo repetía á Estéfana, que la escuchó perpleja, con los ojos bajos, como si su honradez de sirvienta cortada á la antigua sufriera con el desprestigio de sus amos. ¡María Santísima, qué cosas se veían en el mundo!

En la vivienda antaño alegrada por el canturreo de la máquina de coser y los píos de los canarios, y aquel día mustia, inmensamente dolorida y triste, lo supieron todo. Doña Pepa gimoteó; el padre Morales, llamado al instante, vociferó contra la corrupción de los tiempos, sin dar otro consejo que el de la resignación y el amor á Dios. Estaba huraño, descontento á causa de lo que él llamaba la tacañez de doña Pepa, pues la devota señora debía algunas mensualidades á la Asociación de las Madres católicas. Displicente, con la panza en alto, negóse á contribuir con su ayuda á que Lena volviese. Y al observar las quejas doloridas de la madre, que lloraba á la chiquilla como se llora á un muerto, se puso en pie, solemne; miró en torno con el entrecejo fruncido, cual si buscase al espíritu del mal, gigantesco, invencible, y murmuró con voz ronca:

—He ahí los resultados. El descreimiento, la indiferencia, el odio á la religión, traen consigo esas desgracias.

Doña Pepa gimió, clavando en él sus ojos abrillantados por las lágrimas.

—Padre: es que yo...

—Nada, nada de disculpas, señora mía. Amad á Dios, temedle, y no contemplaremos tan sucias escenas. ¡Ay, qué sería del mundo sin nosotros!

Cogió el sombrero, presentó su mano á la vieja para que la besara, y salió tosiendo, en tanto que su capa le envolvía, agitada por el aire, semejante á las sombrías

alas de un cuervo. Doña Pepa le vió ir, muda, anonadada.

Un gemido de su hija enferma se esparció en el ambiente tibio de la sala. Y no le asaltó ninguna duda, no discutió las frases del sacerdote, creyendo en la verdad de ellas como creía en Cristo. ¡Sí; Lena se había perdido á causa del indiferentismo de ella, de su mezquindad para contribuir al alivio de las necesidades del templo; sí, la enfermedad de Antoñita, su muerte quizás próxima, no tenían otra explicación que la impiedad de ella, su poco fervor, su todavía escasa adoración por Dios!

El cielo axtendíase más allá de la ventana, manchado por blancas nubecillas; el céfiro estremecía las hojas de los alelíes y de los claveles. Doña Pepa suspiró; erraron sus ojos por la estancia, buscando una imagen; y al no hallarla, fijáronse en el jirón azul, tan distante, ante el cual se arrodilló, musitando una oración, abstraída, entregada á El, alimentando la esperanza terca, obstinada, de aliviar sus desdichas presentes con el fervor de sus rezos. Sorda á las lamentaciones de la enferma, se abatía encorvada, soñando en alas de su histérico misticismo.

Cuando alzó los ojos, el médico estaba ante ella. Era un viejo de barba entrecana, ancha frente, ojillos penetrantes que brillaban bajo la espesura de las cejas, y ademanes desenfadados. Sonrió al ver la actitud de doña Pepa, afirmando con voz velada, profunda, que la joven sufría una fiebre cuyo carácter no podía determinar al momento por los síntomas de tal suerte complejos que se ofrecía. Habló de complicaciones posibles: el corazón no funcionaba bien; el tinte de los labios no era normal. Interrogó á la santa señora sobre los ascendientes de la familia, haciendo gestos vagos á cada respuesta. Y al fin, satisfecho ya de sus observaciones, fuese, prometiendo volver al día siguiente, y ordenando que los medicamentos prescritos en la receta que dejaba se administrasen regularmente.

Estéfana le acompañó hasta la escalera, intentando en vano saber algo. Anhelaba vislumbrar el estado real de la niña, perdida como estaba en los técnicos vocablos del galeno, en su fisonomía impenetrable y en su dudosa afabilidad. Pero el anciano doctor permaneció mudo á sus preguntas, alejándose con paso lento peldaños abajo, mientras que la veterana maritornes, indecisa, desconfiada, triste por su ignorancia, volvía á la sala.

¡Qué desconsoladores y largos fueron los días que á aquel siguieron; qué largas y monótonas las noches transcurridas junto á la cama de Antoñita! Pasó Septiembre, el mes maldito; el viento otoñal, frío, cortante, azotó los cristales de la ventana; la palidez del cielo entrevista allá, muy lejos, tornó más angustiosas las horas. Al amanecer tardío, sucedíanse el mediodía del sol amarillento y el crepúsculo vago, impregnado de abrumadora tristeza. Doña Pepa y Estéfana encaláronse en el cuarto de la enferma. Apenas si la cocinera atendía á las cotidianas labores, yendo al mercado con presura; dando escobazos á diestra y siniestra, como si le importara un comino que el polvo se enseñorease de la casa entera; respondiendo con monosílabos á las interrogaciones y chismorreos del patio; sin hablar nunca, silenciosa, deslizándose por las habitaciones como si su espíritu y su cuerpo esclavos fuesen de la amita cuya existencia estaba en peligro. ¡Y cosa rara! Doña Pepa dejó de ir á misa, de atracarse de sermones y de atender á las exigencias de la benemérita Asociación á la cual pertenecía. Quedóse en casa leyendo libros devotos, allí mismo, junto al lecho donde su hija dejaba adivinar los enflaquecidos miembros, ocupando el sitio que ocupar pudiese un niño. Rezaba, musitando con murmullo semejante al de las abejas; repasando las cuentas negras del rosario, con mirada opaca, desvanecida, cual si su pensamiento tendiese el vuelo á misteriosas regiones.

Ama y criada dejaban correr los instantes, en aquel lecho doloroso de la muerte, clavando á intervalos los ojos en la joven, como si quisieran adivinar en el semblante demacrado las huellas precursoras del momento terrible. Pero la parca no venía. Dijérase que le inspiraba compasión aquella carita lívida, de pómulos salientes; aquellos ojos, antaño de una expresión tan

tierna, animados por chispa fugaz que prestaba débil fulgor al azul de las pupilas; aquellos rizos encrespados que resaltaban de la blancura de las sábanas como mechones de oro; aquellas manecitas, en otro tiempo laboriosas y fuertes, y ahora descarnadas, transparentes. Suspiraba Estéfana al mirarla. ¡Ay, Dios Santo, qué infames eran la fiebre y el tiempo, que cambiaran de tal suerte á su niña!

El médico venía todas las mañanas, á las diez. Se inclinaba sobre el lecho, con dulce sonrisa que hacía amable su recia barba; observaba la respiración, anhelosa á ratos, en ocasiones débil; auscultaba poniendo su oreja sobre el pecho virginal, escuchando los latidos del corazón; luego, tomaba el pulso... A excepción del primer día, su rostro jamás dejó adivinar las emociones. Seco, impenetrable, escribía hoja tras hoja en el *carnet*, dictando órdenes, cual enemigo valeroso de la tumba. No dió esperanzas ni deshaució. Y las dos mujeres, acostumbradas á su reserva y discreción, no volvieron á importunarle con preguntas ni mal contenidos deseos de saber. Al cabo, una mañana Antoñita abrió los ojos más sosesagada que de ordinario, y pronunció algunas palabras. Doña Pepa y Estéfana se regocijaron, experimentando intensa alegría, por la convicción de que la moza estaba curada.

¡Cómo no jurarlo, si su aspecto acusaba salud! Sus ojos no tenían aquel desmayado fulgor de semanas atrás: parecían más tranquilos, bañados en la mirada serena, en la dulzura inefable que posee á los convalecientes.

El viejo doctor sonrió también al entrar, dando de mano á la habitual austeridad. Mas su sonrisa no era de pascuas ni cosa que se le parezca. Alarmada la cocinera, que nunca dejó de ser ducha en achaques fisonómicos, miróle con ansiedad.

—¿No está curada, señor?

Don Buenaventura López movió la cabeza.

—No es tan fácil como se cree, buena mujer.

Entonces doña Pepa, en cuyo corazón la alegría de poco antes fuera sustituída por extrema congoja, terció

en el palique de la sirvienta. El médico hubo de confesar que la muchacha estaba salvada de intensa fiebre cerebral; pero que sus temores no alcanzaban tan sólo á eso: las complicaciones que barruntara al principio, comenzaban á desarrollarse. Y al decir esto, volvía la barbuda faz con inquietud, fijándose en el matíz azulado que cubría los labios de la chica, en la hinchazón que empezaba á deformar el rostro consumido, en el leve sofocamiento que imprimía desasosiego al cuerpo.

No añadió palabra. En sus adentros no pecaban de infundadas sus sospechas; juraría que aquella pobre muchacha era víctima de un mal hereditario del corazón, que, á juzgar por los síntomas, era insuficiencia mitral. Pero lo que á él le metía miedo no era la enfermedad misma; que su larga práctica profesional le había enseñado que la juventud, avasalladora y potente, triunfa muy á menudo de la muerte: suponía que un mal de esa índole no sería combatido con buen éxito en un organismo de por sí enclenque y debilitado á fuerza de dura y penosa faena.

Comenzaba Noviembre. De los árboles caían las hojas, y el seco perfil de los ramajes recortaba en una línea irregular y sinuosa el espacio nublado. Ofrecíase el otoño más paliducho y enfermo que sus antecesores. Fina lluvia empapaba con frecuencia el asfalto de las calles, encharcándolas. Los muros mojados hacían experimentar, al verlos, una sensación helada. Estéfana se estremecía, calada hasta los huesos, cuando salía al mercado en busca de las provisiones indispensables para el sustento de la familia, y pensaba con tristeza en que tiempo semejante no era propicio para el alivio de la enfermita, que, libre ya de la fiebre, permanecía arrebujada entre las sábanas, muy pálida y muy débil.

El doctor López era de la misma opinión. Antoñita necesitaba de mucho sol, de tibio ambiente, de luz clara y diáfana, para escapar del mal que ahora se agravaba. Aquella enfermedad del corazón que él presintió, hizo presa de la muchacha, resistiendo tenaz á los humanos esfuerzos, avanzando lenta y paulatinamente. Sí; imponíase un cambio de aires; lo reclamaba él, con su auto-

ridad de médico que sabe lo que trae entre manos. Doña Pepa, al oirle, lloró y rezó mucho; no conocía ella otro remedio, para los trances difíciles, que la oración y las lágrimas. Estéfana, en cambio, se devanó el magín, sin dar en los medios que tornaran efectivo el proyectado viaje. Mermados andaban los recursos de la familia: hacía la pobre vieja prodigios de economía para atender al sostenimiento de ella, acudiendo á Mad. Bernard para comprar las medicinas, y visitando de vez en vez empeños y montepíos, á fin de adquirir los dineros precisos. Pero ya la dama francesa, cuya bondad y cariño hacia Antoñita eran puramente comerciales, se iba cansando de abrir el bolsillo, y el comedor, la recámara de doña Pepa y la cocina, despoblábanse de vasijas, utensilios y miriñaques, ofreciendo á los ojos ávidos de la criada sus paredes desnudas, sus muebles desprovistos de adornos, su vacío angustioso.

Todo expediente hubo de agotarse: economías, muebles, valimientos, todo se evaporaba como si la postración de la mocita rubia fuese la muerte del hogar, antes dichoso.

Desechó Estéfana el tal viaje. ¿Adónde ir, sin dinero, sin protectores que se doliesen de la vida casi extinta de la modistilla olvidada y obscura? Bastante afortunada sería si lograse sostener la actual situación, aguzando la maña y el ingenio. Pero aquélla empeoraba: el casero reclamó el alquiler de la vivienda, y sólo á costa de súplicas sin cuento y de la ostentación franca de la miseria allí reinante, consintió el aplazar el pago. El tendero, el carbonero, el panadero, la gruesa dueña de la carnicería, toda aquella gente que en días de bonanza hiciera alarde de simpatía y desprendimiento, negábase á fiar en lo sucesivo, olfateando la ruina de los Fernández, que en buena parte desquiciaría sus intereses, á causa de la deuda ya entonces crecida á que montaban anteriores cuentas.

Un lunes por la mañana encontróse Estéfana con los bolsillos vacíos, perdido el crédito, desierto el comedor de quincalla y objetos que pudieran empeñarse y exhausto el meollo de ideas salvadoras. ¿Qué hacer? Imposible parecíale negar el pan á la madre inútil y á la hija enferma. Tentada se vió de entrar á saco en la sala y hasta en la misma recámara de Antoñita. Pero su entereza vaciló, desmenuzándose, desapareciendo como por ensalmo al asentar las pecadoras plantas en el cuarto sombrío y triste donde se oían los débiles quejidos de la moza, y columbrar la salita mustia, apenas iluminada por los albores matinales, semejante á nido abandonado. Volvió sobre sus pasos, como si los recuerdos, reviviendo, la echaran de allí.

En la cocina quedóse atontada, no sabiendo qué hacer, ignorando el desenlace de aquel drama vulgar y tétrico que la oprimía. Ni siquiera le pasó por la imaginación recurrir á Alberto. El mocetón, con sus veintiocho años y todo, encenagado en la crápula, casi nunca aparecía por aquellos andurriales, insensible á la deshonra de su hermana y á la gravedad de Antoñita. Rodando en el lodo, vegetando en el empleíllo que por milagro retenía, habíase identificado con el vicio, sin preocuparse de nada ni por nadie. Era en la paterna casa una sombra, un perfil borroso en el cual nadie reparaba.

De pie, en mitad del ahumado cuartucho, los brazos cruzados, la angulosa cabeza inclinada, meditabunda, la cocinera reflexionaba. *Bonifacio* maullada en un rincón, con los amarillentos ojos fijos en ella. El fogón, apagado, frío, infundía en su ánimo infinita sensación de tristeza. Afuera, bajo el cielo risueño de la mañana, acrecentábase el trafagueo, envolviendo al hogar sin lumbre en rachas de vida intensa. Estéfana suspiró. Sus pupilas, apagadas por los años, discurrieron en torno, buscando, escudriñando. ¡Nada! Y era noble la actitud de su semblante, encuadrado por la alborotada cabellera entrecana, casi blanca. De pronto, clavó la mirada, hasta aquel momento errabunda, en el baúl viejísimo que yacía enfrente, junto á la pared. Era un mueble de rara y arcaica apariencia, cuadrilongo, anchote, deforme, forrada de pergamino su madera, claveteados sus bordes, combada la tapa. Olía á humedad, á cachivache desdeñado: la luz, al bañarle, adquiría una tonalidad vaga, lívida.

Fijáronse sus ojos en él, y quedó como petrificada. Inmóvil, veía aquel arcón, dormido allí de años atrás, que encerraba su pobre fortuna, aquel tesoro tan decantado, montón de monedas reunidas á fuerza de sudor y de trabajo, último despojo que le restaba, esperanza halagadora de su vejez, futuro sostén de sus días postreros, amasado con fatigas y con lágrimas. Allí estaban los pesos reunidos centavo por centavo, las pesetas escatimadas al vestido y al estómago, los décimos relucientes, producto de un pequeño servicio, propinas caídas como del cielo en venturosos momentos. Ella nunca pensaba en él, alimentando la esperanza de abrirlo de continuo en un tiempo no distante, cuando sus brazos, carentes de energía, fueran inútiles para el trabajo, y sus cabellos blanqueasen más, y sus ojos se obscurecieran. Nunca pensaba en él, no: negábase el pedazo de pan, la blusa de percal, los zapatos nuevos, antes que introducir la seca mano en las profundidades inexploradas, comidas por la polilla. Era avara, con la avaricia de las criadas viejas, con la terquedad antigua, que movía á la acumulación improductiva del ahorro. Las leyendas que corrían acerca de su tesoro, rodeábanla de prestigio: un respeto sumiso, cariñoso, aun de las mujeres de su edad, la acariciaba, produciéndole suave cosquilleo de vanidad. Antoñita, cuando estaba de broma, le tendía una moneda, diciéndole: «Toma, para tu *guardado*.» Y aquel capitalito, creado mediante ímprobos y pacientes esfuerzos, era su orgullo, su presea, su única gloria en su ya larga existencia de sirvienta cansada.

Aturdida por la invasión de sus propios pensamientos, conturbada por el torbellino de ideas que á su cerebro afluía, mesábase los cabellos, no acertando á definir su conducta en trance de tal suerte difícil. Al principio, sólo el pensar que la fortunita abandonaría su antigua morada, la espantó: se agarraba á ella como el soldado á su fusil en los instantes supremos de la derrota. Pero ¿dejaría morir á la inocente no más que por marrullería y tacañez insensatas? ó—y esto era lo que le angustiaba, empapando sus sienes de frío sudor—¿echaría camino del Monte de Piedad la máquina, la lamparilla azul, la alfombra rameada, los adornos del tocador y de las mesas, aquel conjunto de cosas amadas por Antoñita? ¡No, nunca! ¡Qué doloroso sería el gesto que la niña pusiera cuando, libre ya del mal, tornase á su dulce vida de otros años, á la sala riente, único abrigo de sus ilusiones, y la hallara vacía, desierta...

Y se imaginaba la triste mirada de reproche que brotaría de los ojos azules...

Como no poseía la más insignificante corteza de cultura, su espíritu se inclinaba á materializar los afectos, creyendo que la dicha residía en el exterior, en los objetos esparcidos en torno, y no en los adentros del individuo.

Entonces, justamente, la visión del tesoro se ofrecía á sus ojos como lo único capaz de sacarla adelante. A la señorita se lo debía todo. Ella había sido su hada buena, su ángel, la que la compadecía y amaba. ¿A quién si no á ella, á su ama, pertenecían aquellos dineros olorosos á herrumbre? Cierto que los ganó con el sudor de su frente; pero ¿no es por ventura natural y justo dar lo que se tiene al que de ello ha menester, sobre todo cuando de gente como la modista se trataba?

Fruncido el entrecejo, los labios trémulos, inmóvil, todavía vaciló. Era bien entrada la mañana. El sol metíase á chorros por el ventanuco, yendo á revolcar su cabellera en la ceniza azulada del fogón exhausto de lumbre; el gato maullaba, poniendo una carita de hambre, y el ruido del patio hacíase confuso. Tembloroso, ahogado por la distancia, la cocinera escuchó un lamento; sintió que su cuerpo se estremecía, y que fuerza incontrarrestable pulverizaba sus cavilaciones y avaricias, empujándola hacia el arcón. Y al mamotreto se dirigió en seguida, no con murria ni desgano, sino con alborozo intensísimo, como si la voz del dolor que había percibido la moviese á regocijo.

La carcomida tapa chirrió con sus enmohecidos goznes; ante la mirada de Estéfana presentóse el interior del mueble, revuelto, maloliente, que albergaba confuso montón de cosas inútiles. Allí se hallaban, recogi-

dos del suelo, vasos desfondados, pedazos de espejo, cintas, listones, desdentados peines, y hasta cacharros sucios de hollín. La criada revolvía pacientemente, evocando las remembranzas que á su cerebro traían aquellos guiñapos y despojos, complaciéndose en pasar por ellos su mano largucha, ávida del contacto, á la luz del día, de aquellos cachivaches que manoseaba en la obscuridad de las noches. De pronto, se detuvo: apareció en un rincón un zapatito plegado de roturas y remiendos. Lo cogió, examinándolo con mirada cariciosa. Era de Antoñita cuando tenía seis años. Lo había sacado del cesto de la basura, guardándolo como reliquia. Dentro de él veíase una cajita de cartón que escon día un rizo rubio. Contempló largo rato aquellos desperdicios, que no cambiaría por su fortuna misma; y lanzada ya á su propósito final, asió el rojo y anudado pañuelo que junto á ellos estaba, y extrajo un duro reluciente, nuevecito, que brilló á la luz con argentados fulgores.

¡Ah! Pero si á costa de sacrificios pudiera cambiarse el curso de los días, borrar del cristal de la dicha las manchas, transformar los cielos nublados en jirones de azul, y el pan amargo en manjar sabroso...

Antoñita estuvo al borde mismo del sepulcro. ¡Cuán lóbregas fueron las horas pasadas junto al lecho, en el ambiente saturado de olores de medicinas y bebedizos extraños! El doctor López desesperaba ya de dar salud al cuerpecito exangüe, de volver el color de la vida á la carita pálida. Doña Pepa lloró y rezó mucho; el recuerdo de la chiquilla borróse casi en la morada que el padre Morales, envuelto en su negra capa, visitó alguna vez, moviendo la tonsurada cabeza al percatarse del estado de la joven. Deforme, con el rostro lívido, abotagado, las manos inertes sobre el pecho, los labios de una coloración azulosa, yacía en la cama, sofocada, experimentando frecuentes vértigos, que le daban la apariencia de la muerte. Por las habitaciones iban y venían la criada y no pocas vecinas entrometidas, que se colaban allí más bien por ansia de curioseo que por caritativos sentimientos. En el patio corrían rumores disparatados: hablábase vagamente de un homicidio, de una detestable curación. El doctor López era la comidilla de la casa; y mozos y mozas le miraban ir, enfundado en su levita negra y un tanto verdosa, con ojos escrutadores. Ya la fuga de Lena era asunto trasnochado, y como Eugenio Linares no había vuelto al cuarto, nadie osó, en adelante, ocuparse de tales cosas.

La crisis final, sin embargo, no llegó; antes por el contrario, acentuóse súbita mejoría, que volvió la esperanza á los ánimos y las vecinas á sus moradas. Doña Pepa sentóse de nuevo á los pies del lecho, engolfándose en sus eternos rosarios y nunca terminadas novenas, y Estéfana hubo de enfrascarse en sus diarias labores, acariciando la ilusión de un alivio milagroso, no obstante la cara desconfiada del médico, que nada decía, limitándose á recomendar mucha regularidad en las curaciones, y sobre todo, mucho sosiego, un silencio de claustro.

Por eso Estéfana, en aquella mañana de invierno, de codos en el límite de la azotea, miraba amenazadora á la gentuza de abajo, agitando la escoba sobre las flacas ancas, como si quisiera pegarle. Y las campanas continuaban vibrando con son melodioso y triste, que poblaba el ambiente de armonías que se fundían en el susurro travieso, riente, de la ciudad despierta y congelada de frío. Refulgían las cúpulas, heridas por el sol; por entre la neblina vaporosa, hecha jirones al cabo, asomaba el disco amarillento; en el fondo, á la puerta de las viviendas, resonaban las jarras de hojalata de los lecheros, contra los litros metálicos en los cuales medían el líquido blanco y espumoso. Fastidiada al fin, viendo que sus gestos feroces pasaban inadvertidos, iba á retirarse ya, cuando percibió la rechoncha humanidad de don Buenaventura López, que atravesaba el patio lentamente.

Aquel día la casa estuvo de fiesta. Había declarado el médico que Antoñita entraba en un período de alivio, y que si bien es cierto que la salud no aparecería desde luego, no lo era menos que la enferma necesitaba de otra índole de vida, de un poquitín de alegría que disipara de su mente las abrumadoras sombras acumuladas

por la enfermedad. Y hubo de ser tan grande el regocijo que enloqueció á las dos mujeres, que no repararon en el gesto de don Buenaventura, gesto inquieto, que antes reflejaba en él la tristeza del impotente que la vanagloria del vencedor.

Desde entonces pareció establecerse en la vivienda una calma dulce, reparadora; un reposo que se dijera devolvía las perdidas fuerzas á aquellos tres seres, dos de ellos viejos, joven el otro, aunque más próximo al ocaso de la existencia. En la cocina las rojas brasas comenzaban á crepitar en el fogón, con crepitar alegre, que se entró por los poros del alma de la maritornes; afuera, los canarios gorjearon en sus jaulas, cual si predijeran la vida nueva, y hasta en los rosales, ya mustios por el invierno, Estéfana encontró una rosa apenas marchita en los finos bordes de los pétalos, que corrió á ofrecer á la muchacha.

Noviembre tenía palideces de enfermo. La vaga tonalidad azul de su cielo, la melancólica alegría de sus mañanas, el caer voluptuoso de sus tardes, cuando el espacio se coloreaba de tenues irisaciones, de tintes suaves, infiltraba en el alma de Antoñita la tristeza. La moza, al resucitar, abandonando el lecho que ocupó durante meses, no experimentó el dolor de sus desdichas pasadas. En su temperamento nervioso, afinado por el mal, persistía nada más que una sensación leve, como si las desventuras fuesen por ella vistas á través de sutil velo. En su rostro desencajado y amarillento; en sus dulces ojos impregnados de languidez; en sus labios delgados, blanquecinos, de donde nunca más brotó la risa, advertíase una tristeza resignada, apacible, sin desesperaciones ni arranques. Inmóvil en el sillón, recostada sobre cojines blanquísimos, pasó los primeros días en su recámara. A la una, cuando ella quedaba sola, mientras que su madre y la criada comían, el sol penetraba por la ventana, jugueteando en el suelo, acercándose poco á poco, acariciando primero los pies breves, luego los cobertores en que estaba envuelta, y al fin las manecitas níveas, transparentes. Era el viejo y buen amigo de otros tiempos; el que iluminaba la salita

cuando cosía; el que trazaba arabescos en la alfombra durante la siesta; el que á la hora del crepúsculo ascendía al techo, derramando áureo polvillo de luz, y se fundía después en las sombras con blando parpadeo, que semejaba la sonrisa del que se va... Era el viejo y buen amigo; el compañero inseparable de sus días, el testigo de sus amores, de sus placeres y de sus penas. Ella le quería con cariño tierno, infantil. ¡Le había visto tantas veces! ¡Había contemplado en tantas ocasiones su faz roja, asomando entre las nubecillas de la mañana! ¡Había suspirado tan hondo al mirarle agonizante, paliducho, recostándose en los horizontes lejanos!

¡Ah! El sol...

Se deslizaba lentamente, conquistándola palmo á palmo, imprimiendo su beso caricioso en las manos y en los brazos. Ella le observaba con fijeza de niño no habituado aún á la luz. En su cerebro, ofuscado por la pasada fiebre, los recuerdos iban destacándose, indecisos al principio, apenas insinuados; luego distintos, como si les bañara aquella misma claridad. Y desfilaban por su mente, en caravana interminable, haciéndola permanecer extática, con los ojos muy abiertos. Suspiraba, pasándose las manos por la frente. Y muchas veces, mirando al sol, los ojos se le llenaron de lágrimas.

¿Qué había sido su vida hasta entonces, si no el eterno sacrificio en favor de los otros, la abnegación llevada hasta el martirio? Niña aún, luchó valerosa por arrancar á los suyos de las garras de la miseria, que asomaba siniestra por encima del ataúd de su padre. Atrevida, en medio de la indiferencia que reinara en su casa, lanzóse al combate de la vida, dando el pan á aquellos seres enfermos. La aguja fué para ella lo que el tocador para las mozas, sus iguales. A lo más, robó á sus noches de velada un instante: el consagrado al novio. En su juventud, ahora moribunda, Linares hubo de ser la única flor que aspirase con delicia, el único encanto.

Y miraba con desconsuelo las ruinas que yacían á su alrededor: su madre, perdida para el hogar, vagando como sonámbula bajo las naves invadidas por la penum-

bra y el aroma del incienso; Alberto, enfangado, olvidándose de los libros, pobre ilota del vicio; y Lena, la chiquilla que adorase con amor apacible, la última esperanza de dicha, entregándose al hombre en que la infeliz creyó, al que era, en su existencia dolorosa, algo así como el rayo de luz que sonríe en la sombra.

Lloraba á solas, allá en el silencio de la recámara, pretendiendo ocultar sus lágrimas para no afligir á los otros. Y eran un consuelo la caricia tibia del sol y el gorjeo de los canarios, que saltaban de un lado á otro de la jaula.

Nunca sorprendió doña Pepa tales lloriqueos. Su hija sonreía al escuchar las preguntas inquietas, jurando que nada tenía, que muy pronto la salud sería misericordiosa, volviendo á ella, y que entonces reanudaríase el reposo de antes. Alimentaba firmísimas ilusiones. Laboraría con acierto, convirtiéndose en la primera oficiala de Mad. Bernard. ¡Ah! no estaba bien que la madrecita se entristeciera. ¿Por qué, si ella, la mayor, se encontraba en la primavera de la edad, ansiosa de triunfos? Pondrían la salita más mona que nunca; alhajarían el comedor ricamente; una Virgen de marfil erguiríase en el buró, y hasta el padre Morales recibiría cantidades de mayor cuantía.

Hablaba despacio, con la sonrisa en los labios, soñando en esperanzas, cuando ningunas tenía; disertando sobre la felicidad, cuando la más negra de las tristezas la ahogaba.

Sin embargo, un día el dolor superó á sus fuerzas, y el llanto desbordóse de sus pupilas, deslizándose sobre las mejillas marchitas. La sonrisa que en aquel momento iluminaba su boca adquirió un tinte lúgubre que espantaba á la vieja.

Y lloró, lloró largo rato en brazos de doña Pepa, en tanto que los canarios canturreaban y el sol despedía chispas á través de los cristales. Conmovida la buena señora, hubo al fin de imitarla, y sus labios murmuraron una frase, henchida de profundo egoísmo:

—¡Hija mía de mi alma, no llores!... Puedes agravar tu mal, y entonces, ¿qué sería de tu madre sin ti?

Antoñita alzó el rostro; en sus ojos lucía una mirada de compasión.

—No, mamá; no te dejaré... Tú eres lo único que me queda...

Y no lloró en adelante.

Días después, á instancias de la enferma, doña Pepa salió breves instantes por las tardes con el propósito de distraer el contristado ánimo. Estéfana era en tales horas la compañera solícita y cariñosa de la muchacha. Remendaba sus raídas enaguas á los pies de ella, sentada en el suelo. La conversación era bien pobre: nada tenían que decirse. Pensaba la moza, con los ojos perdidos en el vacío: cosía la doméstica.

Aquella tarde, Antoñita habíase mostrado meditabunda; dijérase que aguzada idea se clavaba en su magín, abstrayéndola. Apenas respondió á las frases de la criada, que entraba. Inmóvil, recostada en el sillón, entreabría los párpados de vez en cuando, bañada en luz gris.

—Niña—gruñó Estéfana—, ¿por qué estás tan tristona hoy? Si casi no me has dicho una palabra...

Abrió los ojos, y de súbito, como si el traidor pensamiento que la poseía no pudiese permanecer ya en la estrecha cavidad del cerebro, preguntó:

—Oye, Estéfana, ¿dónde está Lena?...

La vieja hubo de mirarla, estupefacta.

—Anda, no seas mala, dime... ¿dónde está Lena?

Nada respondió la cocinera: aturdida, se puso en pie; arrodillóse luego y abrazó á su ama, diciéndole al oído:

—¿Para qué quieres saberlo? No está aquí...

—¿En dónde está, pues?...

Estéfana bajó los ojos, y sus dedos erraron sobre las enjutas piernas, estrujando el delantal. Asióla Antoñita por las manos; sus ojos continuaban interrogando, interrogando...

—¿En dónde?...

Estéfana se levantó, con la rugosa cara contraída. Su busto destacábase del jirón de cielo lejano. Quiso hablar, pero recio nudo oprimió su garganta. Y se limitó á señalar con gesto sombrío la ciudad, que se adivinaba

allá, tras de la ventana, con sus calles anchas y ruidosas, sus jardines, sus refinados placeres, su lujo, su alegría.

Antoñita, demudada, incorporóse, siguiendo la dirección que marcaba el flaco índice de la sirvienta. Ni un sollozo agitó su pecho ni el más leve movimiento turbó su inmovilidad. Callaron ambas. Y cuando la noche anegaba en sombras el cuarto, la enferma gimió, clavando sus ojos en el mundo desconocido que se extendía tras de los maderos entornados.

—¡Perdida... perdida para siempre!...

Fué en Diciembre, un miércoles por la mañana.

La víspera, Antoñita había suplicado al médico que le permitiera trabajar. Sentíase fuerte. Y además, el sostenimiento de la casa la reclamaba. En vano fué que Estéfana jurase y perjurase que nada se debía á madame Bernard; que los gastos diarios habíanse hecho así, á la buena de Dios, sin recurrir á nadie. Experimentaba la pobre vieja subidísimo deleite al guardar secreto su sacrificio, que tal era la coronación digna de su obra; mas no le valieron caricias ni consejos: Antoñita quería coger la aguja á toda costa, y preciso fué que se marchase corriendo á pedir labor á Mad. Bernard.

Cuando la maritornes salió, levantóse del mullido asiento. Quería recorrer la casa, de un extremo á otro, de rincón á rincón, con el ansia que invade á los enfermos que durante mucho tiempo han permanecido clavados en un mismo sitio. Encaminóse á la cocina, seguida de las miradas de doña Pepa, la cual, poseída de nuevo por devoto fervor, encendía la lamparilla de aceite á Santa Teresa. En el fogón chisporroteaba con alegre llama abundosa lumbre. *Bonifacio*, tendido panza arriba, solazábase con las moscas, lanzando manotadas á diestra y siniestra. Por los entreabiertos maderos de la ventana, colábase el aire de la mañana, ebrio de frescor, y tenue polvillo de luz cabrilleaba sobre los ladrillos rojos.

La muchacha lo veía todo con atención, como si aquellas viejas cosas tuviesen un seductor encanto. Avivó el fuego, despojó á los cacharros de la espuma que borboteaba, produciendo monótono murmullo, é inclinándose, regaló al gato con un halago suave, que le hizo enarcarse voluptuosamente.

Ocurriósele penetrar en el cuarto de Alberto; pero repentina tristeza la obligó á retroceder: la habitación estaba cerrada, revelando en su abandono la ausencia de su dueño, de aquel hermano que nunca tuvo para la modista el más insignificante de los afectos.

Retrocedía ya, dispuesta á proseguir su melancólica peregrinación de convaleciente. Pero se detuvo en el umbral, al ver á su lado, en el húmedo suelo, el mueble famoso, aquel centenario arcón que constituyó, durante su niñez, el misterio de la casa, el mamotreto que escondía el tesoro de Estéfana. Y hubiese sonreído al mirarlo, evocando los mejores años de su vida, á no ser porque observaba algo inaudito, casi inverosímil: el arcón permanecía abierto y vacío. Intrigada, hubo de acercarse; huroneó con detenimiento: nada había allí, á excepción de un zapatito viejo y contrahecho y tal cual harapo inútil.

Los vasos rotos estaban arriba, alineados en la alacena, listos para el servicio. Ella hizo un gesto de asombro; luego, en un instante de lucidez, lo comprendió todo. ¡Con razón Estéfana decía que nada debían á madame Bernard! ¡Ah, la pobre, la buena vieja!...

Cuando se alejó de aquel recinto que encubriera el más grande de los sacrificios, creyó sentir, con ímpetus de alucinada, que las muertas energías resucitaban en ella, que una juventud febril la hacía presa. Miraba al porvenir con la mirada serena de los seres que han trazado su camino, esperando con impaciencia el retorno de la criada, que no tardó en asomar las narices por el comedor, gruñendo regocijada porque la *gabacha* le había dicho que enviaría labor á la mañana siguiente.

Antoñita fijó en ella sus pupilas húmedas. Contem-

plaba á aquella anciana agostada en el fregadero; aquel cuerpecito larguirucho y enteco, que encerraba tan noble espíritu; aquellos ojos adormidos por la edad, cada una de cuyas miradas era una caricia.

Cayó en sus brazos, sollozando.

—¡Ah! ¡Estéfana, Estéfana, yo no lo sabía!...

La vieja nada dijo, enmudecida por la sorpresa. ¡Qué! ¿había descubierto el asuntillo aquel, y por eso lloraba? No, no señor. Semejante cosa no valía la pena. ¿Para quién eran los dineros, los trapos raídos, si no para la niña que se los diera? ¿Que se había gastado todo? ¡Valiente chisme! No más lloriqueos ni pucheritos, que ella ansiaba ver á su nena echando salud hasta por los labios, reidora y contenta.

Y callaron las dos, una en brazos de la otra, emocionadas y dichosas.

Apenas el sol paliducho de invierno se filtraba por las hendiduras de la ventana, al siguiente día, Antoñita saltó de la cama. Sentía rara opresión en el pecho; pero no obstante, enfundóse en su vestido de trabajo; se puso la negra falda de lana, abrillantada por el uso; la blusita blanca y el chal azul de otros tiempos, tan agujereado, que semejaba una colgadura de papel de China hecha por niños para adornar el patio en Navidad; peinóse con ingenua coquetería ante el pequeño espejo que pendía de la pared, reflejando su rostro enflaquecido, que cubría intensa palidez. Y era tal su convicción de estar curada, que no reparó en el tinte violáceo de sus labios, pensando que sus facciones, á causa de la enfermedad, cobraron cierto matiz severo que respondía perfectamente á la expresión de la mirada. Había envejecido diez años, pero hoy era la mujercita seria con que soñó, allá en su adolescencia, cuando la rechazaban en los talleres por su poca edad.

El desayuno fué menos triste que de costumbre. A las ocho, doña Pepa abandonó la mesa, y requiriendo chal, rosario y libro, estampó un beso en la frente de su hija. Iba á misa, después de tres meses de encierro, olvidada ya del peligro, experimentando secreto deleite al tornar á sus tareas favoritas. Antoñita la vió

ir, con una sonrisa de tristeza. Su madre la dejaba también...

La sala reía, con risa alegre. La ventana abierta recortaba un jirón de cielo diáfano, del que se destacaban nubecillas blancas, níveas gasas que empujadas por el remusgo corrían rápidas hacia Occidente. En el marco, los tiestos, amorosamente cuidados por mano amiga, lucían su follaje un tanto marchito. Afuera, junto á la entornada puerta, trinaban los canarios con débiles gorjeos, como si el frío les entumeciera; y el vocerío del patio, vago y lejano, iba á morir allí, con arrullo imperceptible. La salita reía, con su lamparilla azul, con su rameada alfombra, con sus modestos cuadros; sobre las diminutas mesas, los juguetes amontonábanse en abigarrada confusión, como si reclamasen la mano blanca que sabía distribuirlos con primor. La máquina de coser, reluciente, esperaba la fuerza que la pusiera en movimiento: bien lo decían los géneros apilados en las sillas cercanas, los encajes, los mil adornos con que la femenil inventiva ha poblado el mundo.

La muchacha, inmóvil, contemplaba aquel recinto, una de sus ilusiones de otro tiempo, experimentando una sensación de dulce amargor. Se acercó á la ventana: el mar de techumbres continuaba allí, inconmovible, perdiéndose en el azulado horizonte. Los pocos árboles que acá y acullá surgían, estaban desnudos de hojas. Las bardas, erizadas de trozos de vidrio, brillaban al sol.

Tendió la mano hacia las macetas. Habían muerto las flores. El clavel, el heliotropo y la mata de violetas, languidecían, mustios, sin aroma. ¡Cómo desaparecía todo, Dios santo! De codos en el antepecho, permaneció durante largo rato, con la mirada errante y el corazón oprimido por la tristeza. Despertó al fin de su letargo, y comenzó á pasear por la habitación. De súbito, un estremecimiento la invadió: ante ella, el blanco cisne de porcelana se erguía con las alitas abiertas, como si se dispusiera á emprender el vuelo. Lo asió con mano trémula. ¡Qué lejos estaba ya aquella noche en que él se lo diera en el patio! Toda la historia de sus amores

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"

pareció brotar á la vista del cisne, con sus dolores y alegrías. La figura de Eugenio delineóse en su mente, vigorosa. Ella creía haberle olvidado, y ahora se encontraba con que un simple objeto impulsábala á volver los ojos hacia él, con la desesperación inmensa de lo imposible. La huella del infame, del canalla, no se borraba aún. Soñaba todavía con sus amoríos muertos, y esto acrecentaba su tristeza, acentuando la lividez de su semblante.

El cisne cayó de sus manos, haciéndose trizas. ¡Ah, no volaría nunca, nunca! Y ella, con los brazos abiertos, indolente, abandonada á su pena, quedó extática, con los ojos bañados en lágrimas.

La voz de Estéfana la sacó de su abatimiento profundo. Cuando volvió el rostro, la vieja estaba á su lado, mirándola cariñosamente.

—¡Vaya! ¡Cuidadito con los lloriqueos! Miren á la niña: ahora que está bien de salud, se mata...—Y en voz baja, muy suave, con aire de misterio, agregó:—No te aflijas: voy al mercado, y mira te traeré flores, muchas flores...

Antoñita la convenció de que estaba alegre. Sólo que... los recuerdos... Y la cocinera marchóse al cabo, con la cesta al brazo, á hacer las compras. Sus pisadas apagáronse á lo lejos; pronto reinó el silencio, turbado por la algarabía de los canarios y el murmullo de afuera. La muchacha, después de cerrar la puerta, secó sus lágrimas, presa de momentánea reacción. Avanzaba resuelta hacia la máquina.

¡Sí; era preciso tornar á la lucha! Así lo quería la vida implacable. Era menester laborar con denuedo por la dicha, reanimar las ruinas que la cercaban. La chiquilla había partido para siempre; su amor agonizaría también, merced al tiempo y á la ausencia. Los seres que á su lado quedaban, merecían un poquillo de felicidad en sus postreros años. Y erguida la pura frente de virgen, sentóse ante las telas esparcidas: quería olvidar, embriagarse en el furor de la faena, no vivir sino para el trabajo.

El canturreo dulzón de la máquina tornó á resonar

en la sala, asustando á los gorriones, que huían á saltitos por las vecinas azoteas. El pedal movíase acompasado, y la rueda giraba, giraba, volteando sin interrupción. Pero el canto de la dicha y del amor, la tonadilla melancólica, no escapaba ya de los labios apretados. Se había marchitado también, como las flores de los tiestos.

Los gorriones interrumpieron presto su carrera, chillando, alborozados. El ruido disminuía lentamente, y se escuchaba clarísimo el parlotear de los canarios presos.

Pálida, temblorosa, desencajada, la joven se había puesto en pie. Advertía que el corazón le palpitaba con irregularidad, y que un desvanecimiento la envolvía. Quiso gritar, pero la voz se ahogó en su garganta. Sólo un gemido escapó de sus labios. Nadie acudía. Entonces intentó correr, presintiendo algo sombrío. Sus pies no se movieron, cual si adheridos estuviesen á la alfombra. Su rostro hinchado, violáceo, se contraía; sus crispadas manos retorcíanse en el pecho, como si anhelaran arrojar de allí un peso abrumador, inmenso. Sobrevino un acceso de tos, de tos seca, desgarradora. Y Antoñita, desfallecida, cayó de rodillas; luego inclinóse hacia el lado derecho, rodando en seguida por el suelo, como una masa inerte. Su rostro conservaba un gesto de infinita tristeza; sus manos yertas, oprimidas contra el seno, parecían implorar piedad. La sombra de la muerte daba á su cara, enjuta por el sufrimiento y el trabajo, una angustia dolorosa.

Repiqueteaban las campanas á lo lejos, vibrando en el ambiente invernal: era su son melodioso y triste; del patio, ascendía un vocerío confuso, murmullo revelador de dicha; y el sol, que entraba á raudales por la puerta abierta, se deslizaba lentamente, avanzando hacia el cuerpecito inmóvil con timidez, como si dudase de reanimar las facciones rígidas, de una expresión tan dulce.

La mañana reía. En la soledad del cuarto, sentíase su regocijo casi primaveral, su carcajada cristalina y sonora. Los canarios gorjeaban, y el murmullo de la

fuente, el choque de las cubas contra el agua y los gritos de las criadas, pregonaban la alegría de vivir.

Estalló un grito cascado, pero lleno de juventud, de esperanza: era la dicha que llegaba, la pálida sonrisa del invierno. Oíase sonar de puertas y agitado chánchleteo.

—¡Niña, niña, tus flores! ¡Aquí están tus flores!...

Un día de Marzo, los vecinos del Puente de Alvarado despertaron suspensos. A través de las ventanas oíase el son de una marcha ejecutada por músicos de *mala muerte;* á las rudas notas del trombón sucedían los chillidos de la flauta, y los cornetines y tambores metían un ruido de mil demonios, poblando la avenida de rispidas armonías. Los holgazanes que á tal hora permanecían aún en el lecho, sacudieron la modorra, atreviéndose á asomar las narices por los visillos; otros, más filósofos, arropáronse bajo las sábanas, dispuestos á conciliar el sueño al arrullo de la ratonera banda.

Corrían las criadas en todas direcciones, con las puntas del rebozo barriendo el suelo y los cestos rebosantes al brazo, ansiosas de engrosar la turba que ya invadía media calle, de la acera al arroyo. Los borrachines de las pulquerías cercanas, con los ojos enrojecidos, sucias y harapientas las blusas, acudían á trasplés, berreando de lo lindo. Los comerciantes salían medrosos á las puertas. ¡Caracoles! Aquello era gordo. En la panadería habíase suspendido la venta, y la dueña, una viejecilla de Dios, manoteaba hecha un basilisco. Los propietarios del cafetín de enfrente, recientemente establecido, se mordían los labios, presintiendo la catástrofe, sonrientes á su pesar, á fin de no dejar traslucir el miedo. El tendero de la esquina, señor Mundiedo, se acariciaba el vientre, escuchando con regocijo los trompetazos de los pobres filarmónicos que, formados en

grupos, hinchaban los carrillos, haciendo vibrar cañas y latones.

Todos, hasta el gendarme, seriote y mal encarado, miraban la fachada que se elevaba ante ellos, pintada de azul, reluciente. Los menos leídos, deletreaban el gran rótulo dorado que se veía sobre las puertas, descifrándolo trabajosamente, en tanto que otros, más duchos en tales achaques, leían de corrido:

LA DAMA BLANCA

GRAN CAFÉ

Era aquel el día de la inauguración.

Los chiquillos golosos se amontonaban ante los escaparates. ¡Qué escaparates, santo Dios, tan distintos de los antiguos! Amplios, resplandecientes, encerraban una porción de cosas apetecibles al estómago: longanizas toluqueñas gordísimas; bollos de mantequilla y quesos de lechería que eran una bendición del cielo; dulces morelianos exquisitos; pirámides de galletas de caprichosa forma y varios colores; natillas blanquísimas que flotaban en transparente líquido; latas de pescados...

¡Señores, aquello no era café, sino un almacén de todos los comestibles habidos y por haber!

En el umbral, el señor Carrizales llevaba el compás con el bastón, repartiendo amistosas palmaditas entre los amigos. Dentro, el magnífico salón tapizado de papel azul, lleno de mesitas de cubierta de mármol, de grandes espejos, de arañas de cristal que pendían majestuosamente del techo, sonreía al claro sol. Doña Filo, vestida de blanco, echando salud por la sonrosada faz, estaba de pie, tras del mostrador, recibiendo ufana los parabienes de los clientes viejos, y agasajando á los nuevos.

—¡Caramba, doña Filo; esto es prodigioso!

—Amiga mía, si el café es como el edificio... ¡Estoy maravillado!

Y la excelente señora reía, confusa, protestando.

—No, si no soy yo... Ni lo soñé siquiera... El autor de la obra es Arsenio; á él es á quien deben ustedes felicitar.

Y al decir esto, mostraba á su marido, que paseaba de un lado á otro, silencioso, con los brazos cruzados á la espalda, la rapada testa al aire y los ojos distraídos en la contemplación de la aglomerada muchedumbre. De vez en cuando, volvía el rostro, y sus pupilas se encontraban con las cariñosotas de la antigua patrona.

Aquel era el triunfo, ¿verdad? Doña Filo lo decía, redoblando los elogios á Urízar, con el cual se había casado dos meses antes. Y los oyentes aprobaban con movimientos de cabeza. ¡Claro! Con un hombre mozo, guapetón y de semejantes agallas, se iba á todas partes. Ya le quisieran otras para un día de fiesta. Y la robusta mujer sonreía, apurando con delectación suma tal letanía de piropos, sin hacer caso del amigo Carrizales, que iba y venía, trayéndole noticias magnas: los competidores de enfrente servían café á las moscas; la vieja de la panadería iba á caer muerta de la berrinchina; don Patricio Mundiedo había avizorado las letras de la muestra con mal gesto. ¡En fin, la hecatombe para ellos!

—Basta, Carrizales, basta... Todos somos personas decentes, y podemos vivir como Dios manda...

Pero el empecatado vejete no reparaba en tamañas moralejas, y no encontrando gente que le escuchara, dirigióse á Arsenio.

—¡Oh! esto es grandioso, querido amigo—decía cogiéndole del brazo.

Ambos se encaminaron á la puerta, aturdidos por el vocerío y los marciales acordes de la callejera murga. Arsenio Urízar sonreía, con una sonrisa nueva de burgués satisfecho, que hace bien la digestión, se acuesta temprano y viste holgada y pulcramente. La abigarrada turba agitábase ante él, bañada por tibias oleadas de sol; del gris que la cubría destacábanse los tintes vivos de los trajes de las mujeres, el rojo sangriento de los jorongos, la color morena de los rostros. Todos aquellos seres le envidiaban, y al paladear vanidosamente tal envidia, experimentó un secreto bienestar, nunca sentido

en su azarosa vida pasada. Dejaba errar los ojos sobre la muchedumbre: no faltaban allí gentes conocidas, que le traían á la mente ingratos ó amables recuerdos: allí veía á doña Manuela, la cizañera eterna, con su chal amarillo, sus vivos ojuelos y su nariz de pico de ave. Hablaba cautelosamente, interrogando, comentando sucedidos y chismes con las mujeres del barrio. Petra, la criada de los Gómez, descaradota y maliciosilla, fijaba en el propietario de *La dama blanca* una mirada de abandono, recordando quizá ratos de amor libertino, y volvía á intervalos el rostro, murmurando con las compañeras sobre el mismo tema: las monomanías de don Hilario. Más allá, en las últimas filas, columbró á doña Silveria, la viuda del coronel, con la botellita al brazo, revelando una inconsciencia de bestia, con los ojos desmesuradamente abiertos.

Creía vivir los juveniles años que tal gente le recordaba. Creíase muy lejos de ellos, sin ningún lazo que le uniera á las cosas idas, y dichoso, iba á entrar de nuevo en el café, cuando un estremecimiento le agitó. En la acera de enfrente, un muchacho de pobre aspecto permanecía inmóvil, mirando con fijeza el renovado cafetín. Vestía raído saco y pantalón viejo; su cabeza, de enmarañada cabellera, cubríala grasiento fieltro. Urízar le reconoció: era Eugenio Linares.

De un salto atravesó la calle, plantándose á su lado.

—¡Eugenio!

El pobre hombre se asombró: sus pálidas mejillas se arrebolaron, y en sus ojos fulguró un chispazo.

—¡Ah! ¿eres tú?

Se estrecharon. Luego, al ver Urízar que su compañero nada decía, permaneciendo con los ojos bajos, pensativo, invitóle á entrar en su casa.

—¿En tu casa?

—Sí; pasemos. Te desayunarás conmigo. Bueno es recordar los pasados días.

Ya en el rincón, en el mismo sitio donde antaño despartiéranse, la expresión huraña, hosca de Linares, pareció disiparse. Estableciase una corriente de afecto, de mutua confianza, como si Urízar no fuese el comerciante

de hoy, sino el poeta de largas melenas y genio dicharachero y burlón, y su invitado el mozo que suspiraba por la novia, en su lucha desesperada, en su anhelo de triunfar de los obstáculos que le oponía la vida.

Doña Filo en persona, radiante de gozo al ver á su cliente desaparecido, les sirvió las humeantes tazas de café. Cuando los dos quedaron solos, observáronse detenidamente, como seres que después de haber pensado y sentido juntos, hallábanse al cabo separados por una distancia enorme. Linares tenía el rostro demacrado, los ojos tristes, con esa tristeza de los que han descendido hasta lo hondo del sufrimiento y de la miseria. Urízar, por el contrario, aparecía más robusto, de mofletuda cara, conservando, sin embargo, una suave ironía en los labios, que quizás no careciera de amargura. A pesar de los seis meses que transcurrieron desde que se vieran la última vez, no tenían á mano asunto de que hablar. Evitaban el pasado, comprendiendo que para los dos era doloroso.

Lentamente, en la penumbra del rinconcito, daban sorbos de café, escudriñándose el uno al otro. Eugenio fué el primero que se atrevió á rasgar el velo de misterio que entre ambos se interponía.

—¿Qué es de tu vida?

—¡Nada! Ya lo ves... Tan monótona y cansada como la antígua, brutal si quieres; pero misericordiosa... Como, duermo... ¿Qué más puedo pedir? Fuí un soñador, y ahora soy un burgués que calcula y engorda. ¡Ni más ni menos! Como el mundo quiere que sean los jóvenes de este tiempo.

Sonrió, dando un trago del obscuro néctar, y prosiguió, apoyado de codos sobre la mesa. Había soñado mucho, había pensado mucho; su mocedad estuvo animada siempre por un ideal; osó apartarse de las aspiraciones idiotas de los vulgares, ser un raro en el mundo en que vivía. Y cuando daba el primer paso, cuando creyó emprender el vuelo, hete allí que le pisotearon, desdeñándole. Su padre le maldijo: esquiváronle sus amigos; pobre y solo, erró por las calles con los zapatos rotos, abrigando todavía una acariciadora esperanza: su libro, entonces en prensa. Los *poemas salvajes* salieron al público. ¡Qué delicia verlos en los escaparates, alineaditos y monos, con sus cubiertas blancas y sus títulos rojos! No durmió en muchas noches, pensando que no era ya el poeta inédito, el olvidado. ¡Y qué desengaño más cruel!... Nadie habló del libro, y los que lo hicieron, critiquillos de tres al cuarto, fué con el propósito muy santo y muy noble de vociferar á sus anchas, disparatando. Hasta Esteban Conti, periodista inculto; hasta aquel chico que se llamó su amigo, le fulminó desde las columnas del diario que dirigía. Afirmaban que carecía de talento, que era un loco y un rimador imbécil. Posible es que tuvieran razón. Por eso dejó que los volúmenes se perdiesen en las librerías. Encerraba su porvenir entre las cuatro paredes de una casa de comercio; se había casado con una mujer laboriosa, entrada en años, sin seducciones, pero que le mantendría...

—No hacer nada, amodorrarse, vivir en plena vulgaridad, á caza del duro... ¿Concibes algo mejor?—dijo riendo.

Callaron. La música había cesado, y el cafetín iba quedándose silencioso. Cabrilleaba el sol sobre los dorados de los muros, y el rumor de la calle se percibía desde allí, á la manera de una colmena colosal.

—¿Y tú?

Al escuchar la pregunta, Linares vaciló. Sentía la garganta oprimida, y al propio tiempo experimentaba deseos de confesar, de desahogarse. ¡Hacía tantos meses que no charlaba con un amigo, amontonando sus pensamientos y sus cuitas en el espacio estrechísimo de su propia personalidad!... Pero alentado por una mirada cariñosa, balbuceó trémulo:

—Yo... yo, nada... pasarla...

A su memoria acudía el recuerdo de la pobre mártir, la ingratitud de él, la historia de su pasión, saturada de ingenuidad, de luz celeste. Veía, anublada por la muerte, por la eterna ausencia, á Antoñita, entregándole su corazón, consagrándole las ternuras de su alma adorable; la veía con su carita sería, mirándole desde allá,

desde la azotea, entre las rosas, bañada por la luz; veía también la noche horrible en que mató su dicha por satisfacer su carne; y allá, á lo lejos, en las calles, columbraba la horrible caravana de las caídas, de las que ofrendan sus cuerpos al transeunte que pasa; el cortejo doloroso, que se deslizaba taconeando por la acera, luciendo los marchitos rostros pintados, los secos labios que sonríen suplicantes y tristes, los ojos reveladores de cansancio. Y en medio de aquella turba, una cara conocida, que ocultaba su miseria y su podre con sonrisilla aleve: Lena, corrompida, rodando en el eterno girar de las que por manchada senda caminan al hospital y á la fosa común... Después, la visión de un ataúd blanco, de un cortejo exiguo que le seguía, de dos pobres viejas que marchaban abatidas, bajo la menuda lluvia de Diciembre, acompañando al panteón los despojos amados. Más tarde, su existencia tonta, hundido, á solas con sus recuerdos, entre montones de expedientes polvosos...

Y lo que más sentía, lo que le desgarraba, era pensar en que la infeliz se había ido creyendo que su amor era un engaño, una mentira.

Lo decía ahora, en la mesa del cafetín, con la mirada vaga, haciendo su confesión. Y Arsenio Urízar, el desengañado, le escuchaba atentamente, reviviendo el pasado obscurecido por el tiempo.

Cuando terminó, el comerciantillo sintió que en sus adentros resucitaba el poeta con dejos de pensador.

—Convéncete, amigo mío—afirmó con voz que quería ser profunda—; en el mundo no vale la pena de apurarse por nada ni por nadie. Piensa en esa pobre muchacha sacrificada, que amó tanto, que laboró tanto. ¿Cuál recompensa tuvo? Ninguna. Su familia, no la comprendió nunca; tú, pisoteaste sus ilusiones; la chiquilla, su más grande afecto, el que ella creía santo, inmaculado, le arrojó al rostro la ingratitud... Y la chiquilla es la vida, Eugenio, la eterna engañadora que sonríe y muerde. Hay que despreciarla.

Luego, poniendo el gesto de antaño, agregó:

—¡No me negarás tú ahora, soñador empedernido, que la carne es la victoriosa, la reina del mundo, el móvil único de las acciones humanas!

Eugenio Linares alzó el rostro entristecido.

—Quizá tengas razón—murmuró—. ¡Cuántas cosas sabes tú, que yo ignoro! Pero... ella ha muerto ya; para mí no es más que un recuerdo muy dulce, muy vago; y no obstante, la quiero como no la quise nunca...

Suspiró, echándose hacia atrás. Y vió cómo se desvanecía el humo azul de su cigarro, en el ambiente de la mañana primaveral.

FIN

México, Junio 1905-Enero 1906.

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HISTORIA

DE LA

REVOLUCIÓN FRANCESA

POR J. MICHELET

Ilustrada con más de 1.000 grabados reproduciendo escenas de la Revolución, cuadros, estatuas, retratos, estampas, medallas, sellos, armas, trajes, caricaturas y modas de la época.—Traducida por primera vez del francés.

Traducción y prólogo de V. Blasco Ibáñez

Tres gruesos volúmenes encuadernados en tela, á 10 pesetas volumen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS